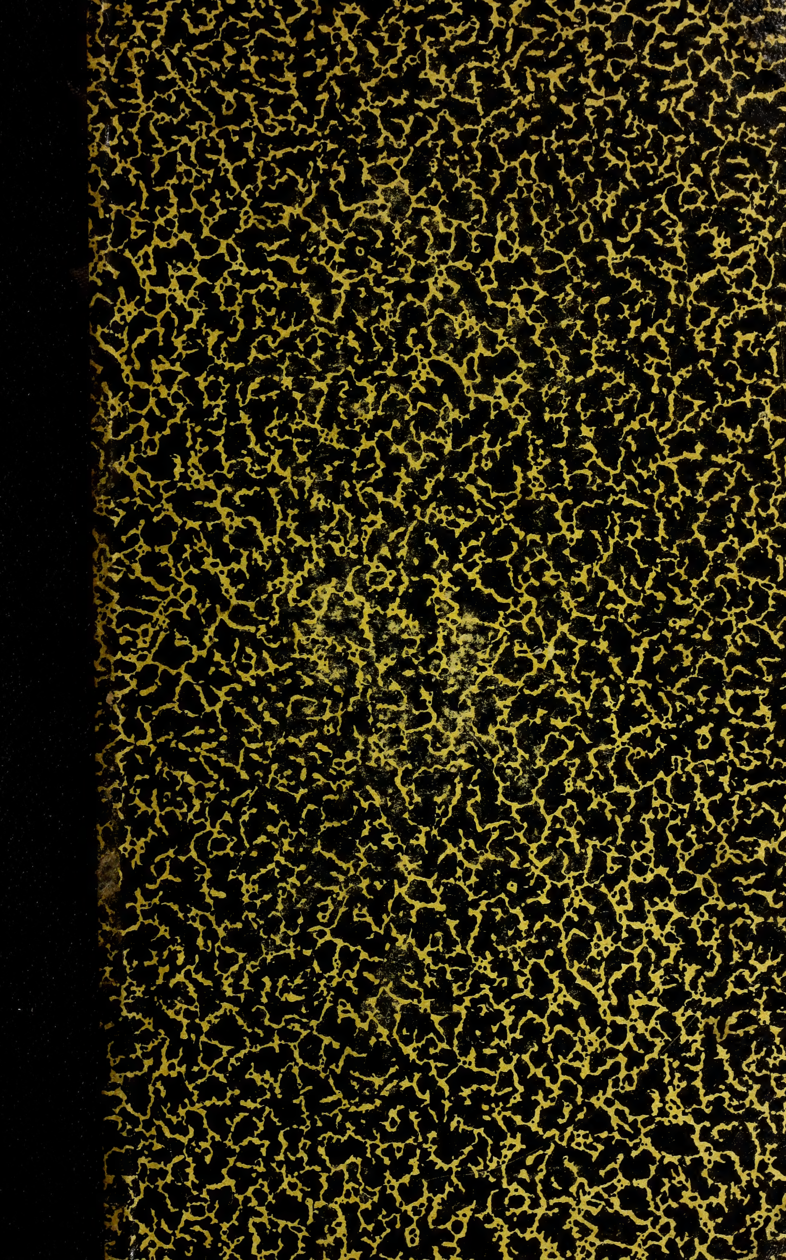
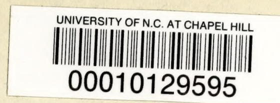
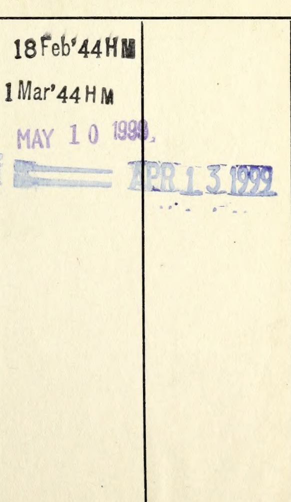



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00010129595


18 Feb'44 H M
1 Mar'44 H M
MAY 10 1999
APR 13 1999

OBRAS

LITERARIAS

DEL DOCTOR DON

Manuel Fombona Palacio



CARACAS
Tipografia Universal
1904

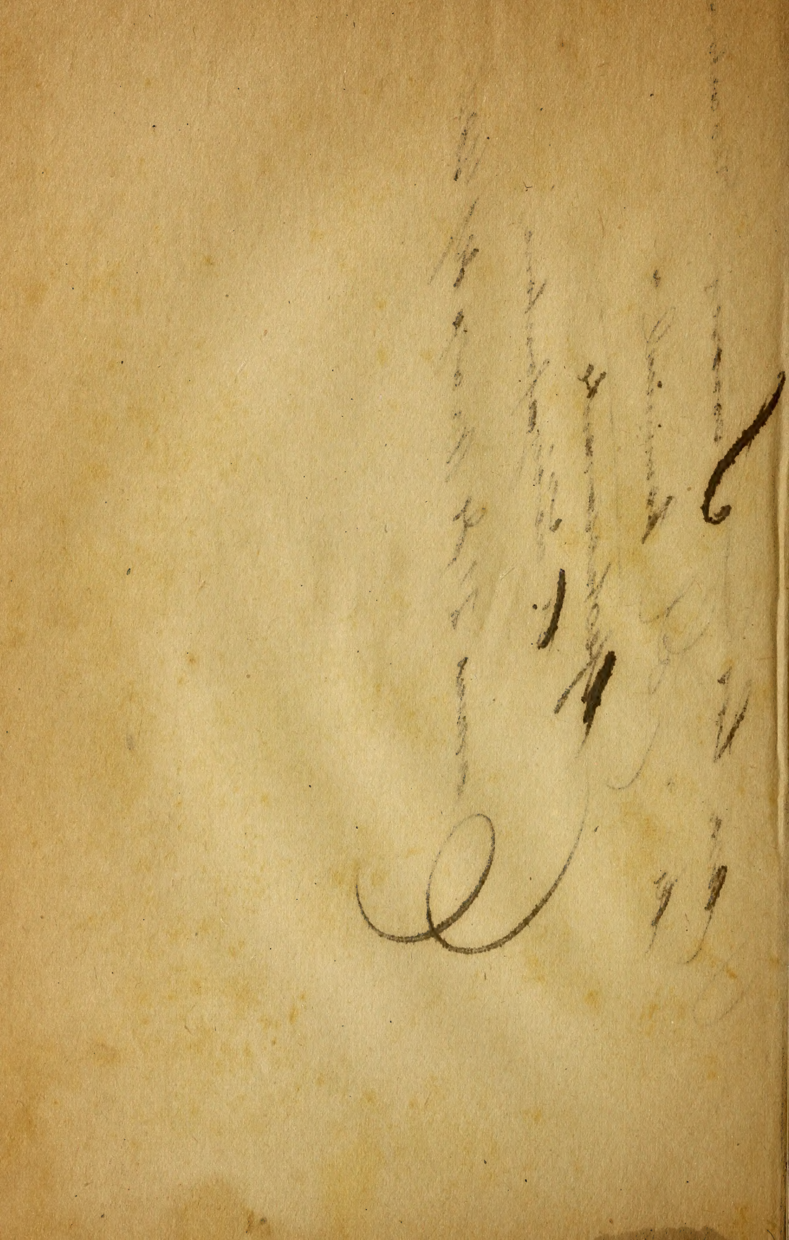


Para los Señores Redactores
de "El Dominical"

Afectuosamente

C. [illegible]

Caracas 21 de Marzo del [illegible]



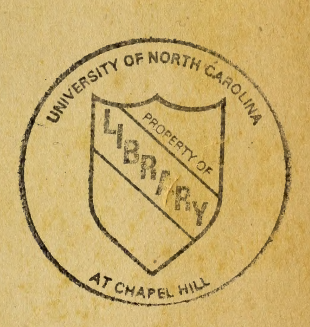
OBRAS

LITERARIAS

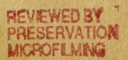
DEL DOCTOR DON

Manuel Fombona Palacio





CARACAS
TIPOGRAFIA UNIVERSAL
1904





Caracas: 31 de julio de 1904.

Sra. Ignacia de Fombona Palacio

Pte.

Muy honorable Señora:

Interrumpo su recogimiento de oraciones y lágrimas, con esta carta; porque es un respetuoso homenaje á la memoria de su noble compañero, y una deuda de justicia, al pensador, que consagró á la literatura sus ideas, á la familia sus virtudes, y á la República su patriotismo.

El expediente de los beneméritos del País, lo forman la equidad ciudadana y la rectitud de los que mandan en nombre de la ley y de la Patria.

Así lo interpreta por costumbre, por carácter, por doctrina, por honor y por gloria, el General Cipriano Castro.

Y yo, inspirado en las excelencias de sus actos, recojo el tributo de lágrimas que depositaron los afectos y el juicio de las opiniones en la tumba del Doctor Manuel Fombona Palácio, y lo presento á Ud., con mi habitual respeto, en un libro, á manera de saludo al amigo que ya no existe, y de protesta de aprecio, de consideración y de estima, á las altas cualidades de Ud.

Que Dios conserve á Ud. buena, que á su distinguido esposo no han de faltarle, ni el cariño social, ni los aplausos que supo merecer.

su affmo. amigo,

Ramón Tello Mendoza.

BIOGRAFIA





Datos Biográficos de Don Manuel Fombona Palacio

El señor Doctor Don Manuel Fombona Palacio nació en Caracas el 22 de julio de 1857.

Fueron sus padres Don Evaristo Fombona, español de nacimiento, pero venezolano por el corazón, y Doña Benigna Palacio, hija de un prócer de la Independencia, y sobrina del Doctor Manuel Palacio, primer Ministro de Hacienda de la Gran Colombia y uno de los amigos predilectos del Libertador.

Hizo Fombona Palacio sus estudios de primeras letras en el acreditado colegio de Santa María, hasta obtener el grado de Bachiller en Filosofía, bajo la dirección del Doctor Aveledo, que lo contaba siempre como uno de sus discípulos más sobresalientes y queridos. Pensó dedicarse primeramente al estudio de las ciencias médicas, pero la delicadeza de su salud le hizo cambiar de propósito, y así optó por la carrera del Derecho que, á poco, tuvo necesidad de abandonar para ser útil á su padre en sus asuntos particulares.

Diez y seis años tenía apenas, Fombona Palacio, cuando entró á dirigir la imprenta de "La Concordia," propiedad de su señor padre y á administrar el periódico del mismo nombre que redactaba Don Evaristo Fombona. El joven Fombona lo era allí todo, desde redactor hasta cajero.

Fundada después la librería en la misma imprenta,

coleccionó "Los Poetas Españoles y Americanos" donde se leen muchas composiciones suyas, de estro ardiente, que revelan la facilidad é inspiración que más tarde, unidas al estudio peculiar de la materia, habrían de constituir en él uno de los mejores, más profundos y bizarros poetas del parnaso nacional, si no del continente americano.

En 1881, se trasladó á Europa Fombona Palacio y en Madrid perfeccionó sus conocimientos de jurisprudencia y aquilató sus prendas literarias con el trato asiduo de Don Manuel Alonzo Martínez, Ministro, entonces, de Gracia y Justicia; de Don Juan Manuel Ortí y Lara; de Don Emilio Castelar; de Don Ramón de Campoamor y de otras celebridades contemporáneas de las letras españolas. De España pasó á Francia y allí, entre otras entidades, se conexionó con Víctor Hugo, el máximo poeta de la Francia moderna; con Gambetta, el Magistrado demócrata, y con Freycinet, una de las cabezas mejor dotadas para la ciencia del Estado. Viajó luégo por Inglatarra, Italia y Austria, y regresó á Venezuela en el promedio de 1883. Presidía la República el General Guzmán Blanco, quien deseó llevar á Fombona Palacio á las esferas de la política y al efecto le ofreció la Cartera de Instrucción Pública el año de 1884, pero atacado entonces de violenta enfermedad hubo aquel de retirarse al campo y de rehusar dicha distinción. Á su vuelta, el Doctor Aníbal Domínici, Ministro del Ramo, lo designó para servir la Cátedra de Historia Universal en la Ilustre Universidad Central, más su precaria salud no le permitió ejercer el profesorado.

Instalada en Venezuela la Academia de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, y de la cual fué uno de los miembros fundadores, ésta lo eligió por unanimidad de votos, su Bibliotecario perpetuo, y en ocasiones llegó á presidirla.

Fué también electo individuo de número de la Academia Nacional de la Historia y se recibió en 7 de julio de 1901.

Al establecerse en la Universidad Central la Facultad de Filosofía y Letras, recibió el título de Doctor en dicha Facultad con los demás colegas académicos, y desempeñó en ella la Secretaría, hasta próximo á la muerte.

En 1887 el Gobierno presidido por el General Hermógenes López, lo designó para servir el cargo de Director de Estadística é Inmigración en el Ministerio de Fomento, y en 4 de febrero de 1888 ascendió á la categoría de Ministro.

El 5 de julio de dicho último año, al nombrar su primer Gabinete el Doctor Juan Pablo Rojas Paúl, lo eligió también Jefe ad interim del mismo Despacho.

En 1889 fué él quien hizo el Anuario Estadístico que tantos y pormenorizados datos contiene, todos de inapreciable valor, con un mapa físico y político al respaldo, según la delimitación que entonces regía.

En enero de 1890, el Doctor Rojas Paúl al organizar el último Gabinete de su Administración, le confió en propiedad, las funciones de Ministro de Fomento, en ejercicio de las cuales suscribió el contrato del cable submarino en Venezuela é inauguró su establecimiento.

En junio de 1890 el Doctor Andueza Palacio, Presidente de la República, lo invistió con el alto cargo de Ministro de Fomento, mientras duraba la ausencia del General Batalla; por lo cual en el aniversario del 5 de julio de aquel año, el Presidente de la República, en el discurso que pronunció en el Salón Elíptico del Palacio Federal, al reseñar ante el País las condiciones y méritos de cada uno de sus Ministros, le consagró estas frases: «Á Fombona Palacio, inteligencia prematura, que lleva en el cerebro luz y profundas convicciones liberales y en el corazón la lealtad de los antiguos caballeros.» De regreso el General Batalla de su viaje al Occidente, se encargó de la Cartera. Entonces el Presidente tomó á empeño que Fombona Palacio pasara á servir la Dirección de Derecho Público Exterior en el Despacho de Relaciones Exteriores, que iba á acometer el esclarecimiento y el arreglo de la inveterada cuestión de límites guayaneses. Es de saber que, antes de entrar á ejercer el nuevo cargo, encomendósele el Decreto sobre segundo censo de la República.

En noviembre de dicho año, dos meses después de tan útil como laboriosa labor en la Cancillería Venezolana, salió para Haití y Santo Domingo, como Secretario de la Plenipotencia confiada á su suegro el General Pachano. Á su regreso en marzo de 1891, le distinguió

el Doctor Andueza Palacio con el portafolio de Relaciones Exteriores; y en su carácter de Ministro fué llamado al Congreso en sesión del 10 de junio para informar acerca del Laudo dictado por la Corona de España en el negociado de límites entre Venezuela y Nueva Colombia.

Vuelto á la Dirección de Derecho Público Exterior en 4 de agosto de 1891, la desempeñó hasta los primeros meses de 1892, cuando se retiró á la vida privada.

Triunfante la Revolución llamada del Legalismo, fué elegido Secretario de la Legación de España, encomendada al Doctor Saluzzo; pero por no separarse de su padre, ya en edad provecta, no aceptó el cargo, circunstancia que asímismo le impidió aceptar, en la época del Doctor Andueza Palacio, el nombramiento de Ministro Plenipotenciario en Francia y España, con encargo además de tratar la cuestión de límites de Guayana en Inglaterra.

Como Director de Derecho Público Exterior siguió prestando sus servicios á la República en las administraciones subsiguientes, desempeñando en varias ocasiones, ya en propiedad, ya interinamente la Cartera ministerial, hasta cuando vencedora la Revolución acaudillada por el General Castro, éste le refirmó el nombramiento del empleo en el cual había puesto tan de manifiesto su idoneidad, su ilustración y su talento.

Durante la cuestión suscitada por las reclamaciones de Inglaterra, Alemania é Italia, tocóle á Fombona Palacio, servir leal y eficazmente al Benemérito General Cipriano Castro, Presidente de la República, en su tan patriótica defensa de los derechos y perrogativas de Venezuela.

Minada su naturaleza por implacable dolencia, después de largos meses de padecimiento, feneció aquel varón eminente, tan noble como útil, y tan llorado de los suyos, en el balneario de Macuto, el 18 de noviembre de 1903.

Agosto de 1904.

EM. J. MAURI.

TITULOS Y CONDECORACIONES

DE

Don MANUEL FOMBONA PALACIO

DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS HUMANAS, EX–MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES Y DE FOMENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA: MIEMBRO FUNDADOR, INDIVIDUO DE NUMERO Y BIBLIOTECARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA: INDIVIDUO DE NUMERO DE LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA HISTORIA: MIEMBRO ACTIVO DEL CENTRO CATOLICO VENEZOLANO: INDIVIDUO CORRESPONDIENTE EXTRANJERO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLAS DE LA LENGUA, DE LA HISTORIA Y DE LA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION: MIEMBRO CORRESPONSAL DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA DE MADRID: PRESIDENTE HONORARIO CON LAS PALMAS DE ORO DE LA SOCIEDAD NEO–LATINA: CONDECORADO CON LA ORDEN DEL LIBERTADOR BOLIVAR EN 2ª CLASE, CON LA MEDALLA DE HONOR DE LA INSTRUCCION POPULAR, CON LA DE LA REAL ORDEN DE LA CORONA IMPERIAL DE ALEMANIA, CON LA MEDALLA DE LOS CABALLEROS PONTIFICIOS, CON LA DE LOS CABALLEROS SALVADORES DE LOS ALPES MARITIMOS, ETC., ETC., ETC.





DISCURSOS





DISCURSO

LEÍDO ANTE LA ACADEMIA VENEZOLANA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN JUNTA SOLEMNE DE 27 DE OCTUBRE DE 1884 POR DON MANUEL FOMBONA PALACIO, BIBLIOTECARIO PERPÉTUO DE LA MISMA CORPORACIÓN.

Señor Presidente.

Señores Académicos.

Señores.

Es condición del espíritu humano no prever, en su continuo anhelo de conquista, los múltiples obstáculos que han de ofrecérsele antes de tocar en ascensión gloriosa las esferas de la verdad. Si á veces, semejante al Helios mitológico, logra encaminarse por las regiones de lo infinito y esclarecer en su curso el campo abstracto de las ideas, también suele, como lo veis ahora mismo, imitar el osamiento del contendor de Epafo y seguir en desacordado vuelo hacia donde no es dado sostenerse sino á las almas encendidas en el fuego de la inspiración. Mas, por mucho que lo exiguo de mis facultades me haga comparable en estos momentos al que es símbolo en la fábula del presuntuoso alarde de fuerzas negativas,

fácil he de hallar en abono de mi propósito el principio de la obediencia, dócil al cual ejerzo el ministerio de la palabra en esta festividad de las letras venezolanas y españolas. Y como por otra parte nada puede serme de mayor honra que hablar desde esta tribuna, tanto á mis insignes compañeros como á los otros hijos de este suelo privilegiado, de esta tierra de venturas, de esta patria querida, donde el corazón tiene culto, adoradores la verdad y el ingenio constantes y prodigiosas manifestaciones, bien puede perdonárseme el juvenil afán con que pretendo ceñirme una corona, cuyo brillo es en el más alto grado superior á mis merecimientos.

No es oratoria académica la que en frases tan irregulares cuanto poco precisas define como tál el Vizconde de Cormenin (1); ni la de cuya práctica hace derivar el eminente Jovellanos la obtención de un solo objeto, cual es el de persuadir (2). Monumento erigido á la grandeza del lenguaje ó á la majestad de la ciencia debe ser toda oración en la cual, aunados individuales deseos con esperanzas colectivas, se ofrezcan las ideas á modo de líneas arquitectónicas que, al observar en su progresión y desarrollo las leyes de la armonía y reproducir juntamente las arrebatadas aspiraciones del alma, vayan como dibujando á los ojos del concurso una de esas obras donde exhibe el ingenio humano los mejores atributos de su poder y de su gloria. Filósofo y artista al propio tiempo, doctrinado en los misterios del dogma intelectual, investigador por naturaleza y maestro en el culto de la forma, ha de aparecer sin duda quien consiga realizar cualquie-

---

(1) *Libro de los Oradores. Primera parte.*
(2) *Curso de Humanidades castellanas.*

ra de los grandiosos modelos, á cuya vista y estudio fuerza es que se entreguen con más ó menos ahinco cuantos busquen en cada generación el verdadero sentido de la belleza ideal.

Aunque en mí residiesen las calidades todas que Cicerón y Quintiliano exigen para el ejercicio de la elocuencia, puede que todavía no acertase á cumplir por debida manera lo prevenido á tan alto respecto en el libro de oro de las revelaciones literarias. Y ya que, rendido á tal creencia y en el convencimiento además de mi propia pequeñez, no hallo, como medio de adelantar en la senda emprendida, más que la impetración de vuestra benevolencia, olvidad, breves instantes siquiera, lo infecundo de un estilo, inope en conceptos y por mío desgalanado, para sólo deteneros, con exclusión de principios personales, en el asunto que me propongo someter á vuestro elevado discernimiento.

Cumple, señores, á quienes investido del fuero académico procuran, como nosotros, la conservación y pureza del habla armoniosa heredada de nuestros padres, desplegar á las veces en modo retroactivo las facultades investigadoras del alma, para ver de penetrar los principios ora psíquicos, ora naturales que rigen el desenvolvimiento literario de algunas naciones de la tierra. La patente analogía que existe, puesto que la humanidad es úna desde Adán hasta nosotros, entre los varios idiomas que sirven de vehículo á otros tantos pueblos para ir llevando de generación en generación el glorioso recuerdo de sus conquistas morales, bastaría por sí sola á librarme del cargo de absoluto en mi intento de invadir extraños dominios con el fin de determinar la verdadera expresión

del espíritu humano y la parte que tienen en ella los más nobles ingenios de Castilla. Así no me censuraréis el que á título de esta solemnidad trate de definiros el concepto universal de la literatura, para luego estudiar su manifestación abstracta en aquel memorando período que, desde el cantor de *Salicio* y *Nemeroso* hasta el Atlante intelectual de las modernas edades, forma el ciclo para la lengua española de mayor grandeza y lozanía.

No es que me forje la ilusión de ofreceros en cuadro majestuoso los timbres principales del humano entendimiento, que á más de ser tal asunto infinitamente superior á mis fuerzas no consentiría su desarrollo el tiempo de que dispongo; ni es tampoco que me aperciba á encerrar en diminuta pieza oratoria contado número de consideraciones acerca del origen y adelantamiento del arte literario, pues si en lo primero podría tildárseme de arriesgado, argüiría lo segundo cierta falta de fe ó de entusiasmo, indisculpable aun en quien, como yo, no logra oficiar por derecho propio en los altares de la inteligencia. Suele, además, ser tan fecunda en desvaríos filosóficos la prolijidad del análisis, como ocasionado á delitos de lesa razón lo reductivo de la síntesis. Dante coloca en el mismo círculo del infierno á los pródigos y á los avaros.

El hombre, señores Académicos, adquiere el cetro del mundo, y al admirar las maravillas que encierra esta morada, de que es legítimo soberano, pretende en un arranque de elación indefinible remontarse al origen de tan singulares portentos. Levanta la indagadora pupila y ve sobre su cabeza el firmamento que, ora se ostenta engalanado con los áureos resplandores del sol; ora desco-

ge, á manera de dosel, azules gazas tachonadas de vívidas estrellas: afirma la planta y bajo ella siente la tierra, de cuyas entrañas brotan en admirable exuberancia árboles corpulentos que se elevan á desafiar los ímpetus del huracán y floridos arbustos que hinchen el ambiente de suavísimos aromas: escucha á su alrededor y percibe el incesable himno entonado por la naturaleza en alabanza de su Dios. Y á semejante contemplación la mirada se dilata, el corazón acelera sus latidos, la voluntad se agiganta y la mente se dispone á salvar los límites de su señorío. Conoce el alma que el efecto la impulsa á inquirir la causa, que lo perecedero la incita á descubrir lo inmortal, que lo relativo la lleva al deseo de lo absoluto; y en su eterna pugna con los elementos físicos, ya que no acierte á sustraerse, sino en manera transitoria, de las leyes naturales en que descansa su poder sobre la tierra, traspasa los umbrales de ese magnífico templo, lleno siempre de misteriosas armonías, donde presumió descubrir el poeta suicida las verdades en que se inspira el grandioso poema de la creación, y baña sus altares en la luz de celestiales anhelos, que es la misma luz del arte, para ver de celebrar el consorcio indisoluble, la alianza salvadora de los dos principios á que es fuerza obtemperen uniformemente todas las acciones de la humanidad.

Desde que envuelto el espíritu en el éter de la inspiración comienza á dar forma viviente á las ideas por medio de un acto volitivo sobre la naturaleza externa, parece que olvidan nuestras facultades conocedoras el examen de lo individual y contingente para entregarse al culto de lo universal y necesario, sin ser parte á desviarlas de semejante propósito ni la necesidad de representar mate-

rialmente las imágenes, ni el estudio de las maravillas del orden sensible que intervienen de altísima suerte en el desarrollo del universo moral. Y si bien al volver de su ilusorio encantamiento confiésase el alma tributaria de las verdades relativas en cuanto al cuerpo ó expresión de las ideas corresponde, lejos de abdicar por ello su poderío, convierte, á fuero de inmortal, en objeto de admiración eterna, la belleza, antes perecedera, que de la naturaleza recibe, y al infundirle su propio aliento, crea, en nombre del arte, la religión donde ha de vincularse en la tierra el presentimiento de la divina hermosura. Mas, ¿cómo pueden, por decirlo así, contenerse en la propia esencia, tan encontrados fines y tan distintas aspiraciones? ¿Cómo hermana el espíritu, á un tiempo vencedor y vencido, la pompa material de lo visible y la inefable majestad de lo que adivina el corazón? Veámoslo.

Cuando se nota la obediencia que la naturaleza física rinde á las leyes dinámicas; cuando se observa el poderoso influjo que en la admirable armonía del *Cosmos* ejercen de consuno la fuerza que atrae y el impulso que repele, adviértense principios analógicos en el ente moral, mantenedores de su equilibrio, y representados en el alma por el raciocinio y el sentimiento. Derívanse del primero ciertos juicios reguladores del arte en los que, merced á investigaciones de escuela como las del filósofo estagirita ó á interpretaciones de conveniencia como las del lírico de Venusia (1), se pretende dirigir al espíritu por los espacios de la idea sin que olvide de todo en

---

(1) Fácil sería probar que en la famosa epístola de Horacio sobre el Arte poética, no siempre domina el mismo espíritu de observación.

todo regiones ya conocidas; y brotan del segundo, en guisa de luminoso raudal, las amplias manifestaciones de la verdadera vida, esos inacabables tesoros de amor y de belleza que, al entrar bajo el amparo de la forma en los dominios de lo cognoscible, vanse progresivamente modificando, como la luz en el prisma, para no perder nada de su condición divina y reunir al propio tiempo los atractivos de la verdad natural.

Ciertamente que, como ha dicho Addisson (1), no nace idea alguna en el espíritu fuera de la intervención, más ó menos directa, de nuestra potencia visual; pero es indubitable asimismo, conforme lo expresa Kant (2), la existencia de lo sublime sólo en el alma y mientras tiene conciencia el hombre de su superioridad sobre la naturaleza; pues ni el consejero de la Reina de Palmira que intentó hace diez y seis centurias encerrar en formulario especial las grandes concepciones del ingenio (3), quiso desconocer un instante las excelencias de lo espiritual sobre lo corpóreo, desde que al juzgar las faltas cometidas por los pontífices de la idea contra el instinto guardador de los fueros literarios, vió en ellas únicamente el resultado de una influencia superior. No siempre en lo convencional de la forma reside por manera precisa la eficiencia de lo bello, que á no poder el ánimo apoderarse de la idea artística sin el estudio de su manifestación material, jamás se conmovería á la vista de ciertos modelos, cuyo mérito estriba de modo primario en lo intangible de su pensamiento, como aquel cuadro del sacrificio

(1) *Ensayos sobre la imaginación.*
(2) *Crítica de la facultad de juzgar.*
(3) CASIO LONGINO. *Tratado del Sublime.*

de Efigenia, recordado malamente por Voltaire (1), en que llega el pincel de Timantes á ser fidelísimo intérprete de largo poema de lágrimas, escondiendo tras un velo el rostro del adolorido Agamenón (2).

Y en verdad, señores, si el objeto primordial del artista que es, según Hegel (3), la representación sensible de la idea absoluta, estuviese subordinado al simple desenvolvimiento de la razón humana; si en su principio no se hallase libre de toda proclividad imitatoria, sólo admiraríamos en la invención atribuida al hijo de Lamec (4) el suceder de varios sonidos matemáticamente combinados ó el vano remedo de las voces infinitas que pueblan el seno de la naturaleza inorgánica ; y no encontráramos en la reproducción de la forma individual por medio de la materia en desbaste, otra dignidad que la que conceder pudiéramos al fragmento de mármol cincelado á compás en las canteras del Pentélico ; ni veríamos en el lienzo donde se palpan los diversos efectos de la luz y de la interposición del aire en todos los cuerpos del orden físico, más que un conjunto de figuras inanimadas sobre un fondo desapacible de sombras y de colores. Mas, como al concebir el alma una serie de ideas enlazadas entre sí por el vínculo del sentimiento artístico, parece deleitarse en la exposición de ellas señalando sus caracteres, definiendo sus tendencias y determinando, sobre todo,

---

(1) *Diccionario filosófico.*

(2) ALBERTI *al hablar de este cuadro en su "Tratado de la pintura" cae en el notable error de suponer á Menelao padre de la víctima, con mengua de la tradición artística y de la verdad histórica.*

(3) *Curso de Estética.*

(4) *Et nomen fratis ejus Jubal : ipse fuit pater canentium citharâ et organo.* (GENESIS).

sus relaciones con las varias esferas del pensamiento, sin que á ello coadyuve en manera alguna el examen del mundo externo ni contribuya sino en la parte relativa al concierto de la forma el sentido razonal, siempre habrán de quilatarse los nobles esfuerzos del ingenio por las pasiones que vayan imprimiendo en el espíritu de la humanidad. Así se conocerá la virtud de la inspiración, por el arrobamiento que producen los ecos de la lira de Terpandro en los hijos de Lacedemonia ; la prestancia de los dones morales, en el arbitrio con que al tañer de su flauta sojuzga Timoteo la voluntad del macedón; el poderío de las facultades psíquicas, por la mezcla de horror y de lástima que logran infundir Agesandro y Polidoro en quien contempla el famoso grupo escultural, símbolo de los rencores de Minerva (1); la eficacia de las cualidades sobrenaturales, en el aliento de la vida comunicado por Parrhasio y por Apeles, bien á la tela donde Ayax disputa á Ulises las armas del vencedor de Héctor, bien á la alegórica representación de la Calumnia; y lo preeminente, en suma, de cuantas dotes avaloran nuestro sér inmaterial, en el propio entusiasmo de que dominados nos sentimos al recordar la supremidad del arte y comprender con Schiller (2) que el hombre lleva siempre en sí mismo el *primum movile* de la hermosura ideal.

Jamás se juzga tan alto el dominio del espíritu como cuando consigue sobreponerse en el mundo á las leyes del olvido y de la muerte. Refiere Plutarco (3) que al

---

(1) *Léase la catástrofe de Laocoonte en el libro II de La Eneida.*

(2) *Cartas sobre la educación estética.*

(3) *Vida de Alejandro.*

poner Casandro los ojos en la estatua del hijo de Filipo, erigida en Delfos, sentía el nervioso estremecimiento que le causara la presencia viva de su soberano ; señal inequívoca de la influencia del alma sobre la materia inerte, y hecho que por el arte sugiere á la moral saludables advertimientos. Es *tan úna* en su carácter la belleza artística que, aun existiendo los medios de representarla bajo diferentes formas, no se siente satisfecho ninguno de sus adoradores sino después de llegar á la máxima altura, desde la cual es dado contemplarla en todo su divino esplendor, y donde únicamente se atina á reproducirla con aquella precisa majestad y aquella perfección cuasi absoluta, cuyo alcanzamiento llevó á Zeuxis hasta considerarse él mismo un dios entre los mortales (1), é hizo que Cervantes, bien que por boca de un vademecum, se llamase á sí propio el *regocijo de las Musas* (2).

La verdad sensible, sujeta á la idea innata de lo bello y de lo sublime por modo preternatural, determina el concepto del arte. Empero, si en la lectura, por ejemplo, de los textos de Winckelmann (3) se apacienta la admiración viendo levantarse al conjuro del infatigable arqueólogo las diversas creaciones emblemáticas que caracterizan en las edades antiguas el culto de lo ideal, échase menos á las veces la genuina grandeza del arte, el mejor reflejo del espíritu, el objeto más alto del pensamiento, la manifestación de la belleza por medio de la palabra. Y ¿qué es la palabra? Ah! señores. Cuando desasida el alma de los vínculos de la razón finita y embelesada

(1) ALBERTI. *Tratado de la pintura.*
(2) *Pérsiles y Sigismunda. Prólogo.*
(3) *Historia del arte en la antigüedad.*

desde la tierra en el antevedimiento de la gloria, exclama con el poeta :

> *Est deus in nobis : agitante calescimus illo ;*
> *Impetus hic sacræ semina mentis habet* (1),

no es, no puede ser instrumento material el que revela en tan rítmicas ondulaciones la conciencia que tiene el hombre de su propia superioridad. Si cada voz, como sienta Aristóteles, es una imagen de las modificaciones del alma (2); si existen conceptos, según da á entender Platón, que se van despertando sucesivamente en el espíritu con el auxilio de anteriores conocimientos (3); si el pensar, como asevera Leibnitz por labio de Filaletes, es una operación de la mente sobre sus propias ideas (4); y si éstas no es posible concebirlas sin el favor de signos intelectuales, ni expresarlas por modo cumplido más que con los caracteres ya fonéticos, ya gráficos, que son en hermosa combinación artística el elemento constitutivo del arte literario ¿cómo aceptar á tal respecto los inanes supuestos de Adán Smith (5), las hipótesis sensualistas de Condillac (6), las sofísticas sutilezas de su discípulo Destutt Tracy (7) y los paralogismos de Cousin (8), para encontrar al hombre, á la hechura más perfecta de Dios, utilizando casi sin conciencia su maravilloso aparato vocal y confundiendo su palabra, expresión de la

(1) Ovidio. *Fastos. VI.*
(2) *Hermeneia, ó Tratado de la proposición.*
(3) *Fedro: Diálogo.*
(4) *Nuevo ensayo sobre el entendimiento humano.*
(5) *Consideraciones acerca del origen y formación de las lenguas.*
(6) *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos.*
(7) *Principios lógicos, ó colección de hechos relativos á la inteligencia humana.*
(8) *Obras completas. Fragmentos filosóficos. Del lenguaje.*

vida inteligente, con las voces inordinadas del bruto en la espesura de los bosques ó el rugir de las fieras en las soledades del desierto? La Voluntad Soberana que comunicó á nuestra mente la virtud de explayarse en el análisis de los objetos naturales; que encendió en nuestro espíritu la luz de la razón y puso en nuestro sér las delicadas fibras del sentimiento, no pudo dejar sujeto un solo día á todo el género humano á la pena del infortunado, que al sentir en el cerebro la llama abrasadora de la idea, no alcanza á trasmitirla á sus semejantes, y se enloquece; como el ave de alas poderosas, sometida á duro cautiverio, y condenada á mirar á lo lejos las claridades del espacio, sin serle dado tender el arrogante vuelo para proclamarse dominadora de las regiones infinitas.

El verbo, conductor magnético del pensamiento, no es el lenguaje informe de que nos habla Buffon (1), ni el horripilante grito de la selvática bestia, ni el monótono gorjeo de los pobladores del aire: es vibración sonora que, al rasgar con la velocidad del relámpago las sutiles gasas de la atmósfera, manifiesta nuestros dolores, demuestra nuestras alegrías, descubre nuestros deseos y patentiza nuestras concepciones: es la potencia impulsiva de todo lo grande que surge en el alma, la fuerza generadora de las más heroicas acciones; la que en Atenas levantó con Pericles, Lisias y Teramenes un monumento insigne al derecho de los pueblos y opuso con Demóstenes valla prepotente á la irrupción de las falanges macedónicas al poner los designios del progenitor de Alejandro bajo el justo anatema de la conciencia pública; la

(1) *Historia natural. De las aves. El loro*

que con Cicerón detuvo en la Ciudad Eterna el empuje de las pasiones desencadenadas y despertó con Hortensio el prístino valor de las romanas legiones; la que anunció con San Pablo al Areópago el glorioso advenimiento de la verdad y el augusto poderío del Dios único; la que al difundir por los ámbitos del mundo con San Agustín, Tertuliano, San Juan Crisóstomo y San Basilio la salvadora doctrina del Evangelio, trocó el castigo en perdón, la egolatría en generosidad, el encono en amor y la soberbia en mansedumbre; la que combatió en Inglaterra con Fox, Shéridan y Grattam el instinto usurpador encarnado en Pitt, el perspicaz ministro de Jorge Tercero; la que en Francia hundió para siempre con Mirabeau y Danton vetustos principios sociales y políticos y venció con Tallien la omnipotencia de Robespierre; y la que contrastó en España con Argüelles, Toreno, Muñoz Torrero y Calatrava los siniestros propósitos del vencedor de Austerlitz y dió á la anonadada Europa el ejemplo del verdadero patriotismo que, convertido en raudales de arrebatadora elocuencia, arrastra los pueblos oprimidos al rescate de su libertad.

Facultad primera del espíritu y heraldo de sus victorias sobre el universo material, la palabra, como elemento artístico, reúne la eficacia del cincel, la magia de los colores y el armonioso prestigio del período musical para consagrar las eternas aspiraciones del alma y hacer que perduren los timbres del ingenio en el templo donde se recuentan las glorias de la humanidad. Si del poder que ella muestra cuando encarna la idea en el sonido arrebatado por las ondulaciones del aire dan fe á cada paso los triunfos de la oratoria, con más vividor efecto

osténtase su imperio en esotras creaciones de la literatura universal, á las cuales el arte vivifica para asombro del entendimiento y fatiga de la admiración. El cuadro de no emulada grandeza que en el libro de Job va describiendo el Eterno desde el inflamado torbellino donde retumban los ecos de su enojo (1); el éxtasis de Asaf cuando al rememorar, en medio de su dolor, la virtud de la infinita clemencia, pone delante de sí las maravillas obradas por el Altísimo para pregonar su potestad sobre los descendientes de Israel (2); el anhelo del esposo que en el *Cantar de los Cantares* pinta Salomón al mostrarnos en el Líbano la hermosura de cabellos lucientes como el pelo de los cabritillos de Galaad, de mejillas tersas y rojas cual la fruta de granado y de cuello enhiesto y airoso como la torre de David (3); el abnegado esfuerzo con que en *el Ramayana* deja su reino el hijo de Dazaratha y huye al otro lado del Ganges, en cuyas orillas interpreta Sumantra el duelo de la naturaleza por la mudez de las selvas solitarias y el agostamiento de los sagrados lothos (4); la cólera del Júpiter Olímpico retratada por Hesiodo en aquel episodio admirable en que se oye el clamor de las divinidades titánicas al caer vencidas en los tartáreos abismos (5); el espanto de Plutón en el relato de Homero cuando llega hasta el reino de las sombras el estremecimiento con que se prepara la tierra á presenciar el combate entre los dioses y los hombres (6); el pavor de los

(1) *Capítulos XXXVIII, XXXIX, XL y XLI.*
(2) *Salmos LXXVI y LXXVII.*
(3) *Capítulo IV.*
(4) *Libro II.*
(5) *La Teogonía, 677 en adelante.*
(6) *Iliada. Libro XX.*

habitantes de Atenas, á quienes Lucrecio ofrece heridos por el rayo de la peste y abrasados de aquella sed inextinguible, para cuya mitigación parecen levísimas gotas los raudales más caudalosos y los más hinchados torrentes (1); la altivez de Neptuno en el poema de Virgilio al levantar el tridente sobre las alteradas ondas y detener á los vientos con el amenazante *Quos ego* (2); el rencor en que se agitan los seres infernales condenados por el numen de Alighieri á respirar sin tregua aire de llamas y á guardar eternamente los ferrados muros de la ciudad de Dite (3); el ambiente de felicidad en que Ariosto envuelve á Rugiero cuando en alas del hipógrifo le conduce á la encantada isla, circuida de laureles y de mirtos, regada por fresquísimos arroyos, y donde entre azahares y azucenas da su arrullo la brisa enamorada (4); el valor de Reinaldo, á quien después de llevar á correr márgenes tranquilas, de hacerle sentir sobre la frente el rocío de la aurora y de embelesarle á la vista de ninfas de hermosos coturnos y destrenzada cabellera, nos presenta el Cisne de Sorrento como vencedor de los hechizos de Armida (5); la impavidez que Camoens sabe poner en el pecho de Gama para despreciar los acentos fatídicos del gigante Adamastor (6); la imagen que de la soberbia traza Milton al exhibir á Luzbel, por labio de emisario divino, rodeado de arcángeles en rebelión y maquinando la pérdida del Ungido en el mismo regio alcá-

(1) *De la Naturaleza de las cosas, Libro VI.*
(2) *Eneida, Libro I.*
(3) *Divina comedia, Infierno, Canto IX.*
(4) *Orlando furioso, Canto VI.*
(5) *Jerusalén libertada, Canto XVIII.*
(6) *Lusiadas, Canto V.*

zar que Dios le destinara en el cielo (1); la *Gloria de Cristo*, ante el cual las nubes se repliegan y el planeta tiembla conmovido, guiada por la fantasía de Klopstock desde la cumbre del Gólgota, donde acaba de espirar el Redentor, hasta el santuario del templo, cuyo velo se rasga al recibirla (2); el vago temor con que Fausto recibe de mano de Mefistófeles aquella tremenda llave, símbolo de la especulación, que ha de abrirle paso al descubrimiento de las primeras causas y ayudarle á trasponer los umbrales de lo desconocido (3); la inefable dulzura de que impregna la musa de Chateaubriand los ámbitos de la ciudad maravillosa, dotada de inteligencia, donde se entonan himnos de perpetua alabanza al Señor tres veces santo, y en cuyas colinas elevan su ramaje de inmarcesible verdor el árbol de la ciencia y el árbol de la vida (4); todas esas ideas, de las cuales ponen unas respeto en el alma con su sombría majestad y otras la llenan de deleitoso pasmo con lo apacible de su hermosura; todas esas sublimes representaciones que ya por el respecto físico, ya por el moral, ora bajo el concepto artístico, ora bajo el filosófico, va destinando el ingenio, en su facultad creativa, al mayor crecimiento de la gloria intelectual, prueban las excelencias de la palabra humana gráficamente manifiesta, y la inmortalidad de su poder como noble atributo del espíritu.

Ya lo hemos visto, señores. El hombre no se resigna á persistir aherrojado en la cárcel de la materia; que sa-

---

(1) *Paraíso perdido, Libro V.*
(2) *Mesíada, Canto XI.*
(3) *Fausto, por Goethe.—2ª parte.—Galería oscura.*
(4) *Mártires. Libro III.*

bedor del alto destino que la mano omnipotente le depara, se remonta de esfera en esfera á observar la ley que regula las cósmicas transformaciones, salva con no usado arrojo la inaccesible cumbre del tiempo y suele llevar su atrevido impulso hasta abismarse en el piélago de la eternidad. Nada basta á mitigar el inquiridor anhelo que le domina, y á medida que avanza en el glorioso campo de sus conquistas, columbra nuevos horizontes y presiente infinitos misterios que, lejos de detenerle en su camino, infúndenle mayores deseos de llegar á la verdad absoluta para beber la luz de la suprema inteligencia y bañar sus obras en los esplendores de la hermosura increada. Si por el arte sorprende ó adivina el alto fin de la belleza, deduce en nombre de la ciencia los eternos principios de la bondad. Él dicta en la *Ética*, llamada por Séneca *regla de la vida*, las sapientísimas prescripciones que señalan el orden como firme sustentáculo del edificio social; indica en la *Lógica* el rumbo que ha de tomar el entendimiento al través del desierto de la duda para alcanzar, guiado por el luminoso faro del raciocinio, la tierra prometida de la verdad; intenta en la *Teodicea* determinar por manera inductiva los atributos del Sér Omnipotente que tiene en su mano los destinos de la creación; y en la *Psicología*, que es como su punto de partida, define las prodigiosas facultades del alma, desde la atención, comparable á una fuerza que recoge y trae á nuestra mente chispas de luz diseminadas en el seno de las sombras, hasta la palabra, potente motor que difunde por la extensión del orbe las sublimes concepciones del pensamiento. Mas, si al conocer que lleva dentro de sí mismo el fuego creador de las ideas no sabe

atemperarle al ambiente moral en que se agita, y rehusa declararse apóstol fidelísimo de aquellas verdades en que se funda el orden del universo espiritual, baja lastimosamente de su trono y abdica su soberanía, sin que vuelva el cetro á sus manos más que como un emblema de oprobiosa debilidad.

El pueblo hebreo, escogido por el Altísimo para manifestar en la tierra los dones de su omnipotencia; las excelsas leyes de su justicia y los inagotables tesoros de su misericordia (1); el pueblo hebreo que ofrece en su borrascosa existencia los más altos ejemplos de valor inextinguible, de constancia inquebrantable, y los más afrentosos hechos de procaz rebeldía y de punible descreimiento; raza autóctona que en el inmenso escenario de la historia descuella con pomposa majestad; se levanta, lidia con denuedo, vence á sus encarnizados enemigos y señorea la tierra en obediencia á su preclaro destino, y luégo, dócil á los consejos de la soberbia é inconsiguiente con su divino origen, declina y sucumbe bajo el peso de todas las abominaciones; ese pueblo que en los anales de la literatura representa el mejor desenvolvimiento de la poesía y de la historia, y cuyos sagrados textos, llenos de brillantes imágenes y de metáforas atrevidas, elevan el alma á las sublimes esferas del entusiasmo; ese pueblo personifica á un tiempo mismo, como otro ninguno del oriente, la altitud de la inteligencia en posesión de la verdad revelada y la ignominia del espíritu abismado en las sombras del error.

Nunca, señores Académicos, encontrarémos en las

(1) BARRUEL.—*Historia del pueblo de Dios.*
BACALLAR Y SANNA. *La monarquía hebrea.*

altas manifestaciones de la antigua literatura otro impulso que el del bien ni más objeto que la realización de la belleza moral. El Pueblo de Dios, al olvidarse de sí mismo y perderse en la idolatría, cegó las fuentes donde bebiera aquella inspiración que forma todavía nuestro encanto y servirá siempre de modelo á cuantos solicitan el ideal de la verdadera poesía, no de la que busca en principios meramente convencionales y en postizos arreos, encubridores de repugnante sensualidad, la manera de herir el corazón humano y de excitar en las almas el deseo de resolver en un día los más pavorosos problemas de la existencia social.

Aun entre aquellas razas no favorecidas por la luz de los eternos dogmas; en las extensas comarcas donde las creencias panteísticas constituyen el fundamento de una vasta religión, tiende la literatura al mejoramiento de la vida en el sentido del orden con exclusión de toda ley natural (1). Cuando las huestes de Alejandro, después de haber costeado el Mediterráneo, recorrido el antiguo reino de Sesostris y atravesado parte de los arenales de Libia, dejan á su espalda el Mar Rojo, trasponen luégo el Golfo Pérsico é invaden las regiones índicas, asómbranse al encontrar monumentos literarios que, como el *Mahabaratha* y los *Himnos Védicos*, reproducen la inspiración nativa y espontánea de pueblos no propensos, cual se creyera, á la más afrentosa barbarie, sino imbuidos en el concepto religioso y conocedores del bien inmaterial, según allí lo prueban las fórmulas sacramentales consagradas al culto y la variedad de sentimientos encantado-

(1) *Véase á* WEBER *(Alberto Federico.) Lecciones académicas sobre la Historia de la literatura india.*

res. Y entre los persas ¿qué es el *Zend–Avesta* (palabra viva) sino una serie de doctrinas reguladoras de la existencia (1), las cuales doctrinas, predicadas por el Moisés de aquella raza, Zoroastro, enseñan á comprender el origen de las cosas y á esperar la felicidad de manos de los seres superiores que presiden y mantienen la armonía del Universo?

Del mismo Egipto nada pudiera decirse que no acreditase la privanza de la ley moral en su primitiva literatura; y si ya no estuviese adquiriendo este discurso proporciones inconvenientes, yo trataría de probaros, bien que con el auxilio de importantes estudios como los de Champollion (2), Quatremère (3), Tomás Young (4) y el malogrado Mariett–Bey (5), las verdades que así de la historia de aquella escritura en su edad jeroglífica, en su época hierática y en su período demótico, como de la literatura de innumerables papiros allí escondidos durantes largos siglos juntamente con las momias, se deducen en pro de la alteza del espíritu y en contra del materialismo profesado por los sedicientes sabios de nuestro tiempo; pues aun de los sacrificios y ceremonias rituales entre los pueblos que demoraron á las márgenes del sagrado Nilo, se infiere, después de leer lo que á tal ocasión narra Herodoto (6), que ni las influencias su-

---

(1) *Véase la traducción francesa de* ANQUETIL DUPERRON.

(2) *Compendio del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios.*

(3) *Indagaciones críticas é históricas acerca de la lengua y literatura del Egipto.*

(4) *Descubrimientos en la escritura jeroglífica.*

(5) *Ojeada sobre la historia de Egipto. Papiros egipcios del Museo de Boulah.*

(6) *Libro II.*

persticiosas ó idolátricas consiguen apartar del hombre el anhelo de confundirse en un solo principio inmortal. Hegel encuentra en las Pirámides algo de misterioso, oculto bajo forma exterior engrandecida por el arte (1); y en verdad que al penetrar aquellas galerías y pozos subterráneos donde durmieron el sueño de la muerte los poderosos Faraones; al recorrer las salas de los sepulcros en la cual se guardan todavía regios féretros cuya inscripción ha borrado la mano inexorable de los siglos, debe el ánimo de sobrecogerse como ante irresoluble arcano, y comprender que el respeto tributado á lo desconocido no muestra en tan remotas generaciones sino espiritualidad de sentimientos. Recuérdese, si nó, el tribunal que en los espacios invisibles presidía Osiris con diversísimas nominaciones, tribunal que de suerte simbólica es más allá de la tumba representación de la justicia.

Convirtamos la atención al pueblo griego para observar someramente la índole de su literatura y descubrir las enseñanzas que ella encierra en cuanto guarda relación con la parte divina de nuestro sér. Jamás quiso la raza helénica aprender otra lengua que la propia; y si á pesar de la unidad que se nota en el fondo de sus varios dialectos no se encuentra allí hasta los cantos homéricos el verdadero carácter del estilo narratorio, siempre se habrá de reconocer que los precursores de la grande epopeya fueron los que fundaron la poesía sacerdotal y teológica, cuyas rimas celebraban los más faustos acontecimientos y eran la grata ofrenda que, desde la calma

---

(1) *Curso de Estética.*

de los santuarios, rendíase á los númenes protectores del amor y de la virtud. Más tarde en los poemas de Museo, en la estancia poética escrita sobre su sepulcro, en las estrofas de Lino y en los himnos alegóricos de Orfeo, se revelan misterios del mundo físico, dedúcense y generalízanse las leyes guardadoras del orden en los dominios siderales y se proclama el triunfo del espíritu sobre la materia al anunciar que el hombre no perece cuando se despoja para siempre de sus carnales vestiduras (1). Y un pueblo que recoge y guarda tal tesoro de ciencia y poesía, ha por fuerza de irse apercibiendo á desplegar las alas del ingenio en más amplios y luminosos horizontes.

Con los dos monumentos atribuidos á Homero entra la poesía griega en el período de su mayor grandeza (2). Nacidos de un espíritu de observación que ninguna crítica será bastante á superar, en ellos se aclaran los más recónditos secretos del corazón humano y se personifican los altos sentimientos y las bastardas pasiones de los hombres. Allí el amor se vincula en Andrómaca, en Héctor el heroísmo, la cobardía en Paris y en Príamo el

---

(1) MULLER [C. O.] *Historia de la literatura griega.*
PIERRON [A.] *Historia de la literatura griega.*
BURNOUF [E.] *Historia de la literatura griega.*

(2) *No parece congruente disertar aquí acerca de la personalidad de Homero; pero el autor de este discurso se juzga en el deber de advertir que, después de conocer parte de las teorías contra aquella desarrolladas por J. B. Vico en La Scienza Nuova y por Federico Augusto Wolf en sus Prolegómenos y en sus cartas á Heyne (Cristiano), y de haber estudiado los dos poemas en sus relaciones con las primitivas edades de Grecia, está no lejos de pensar que la Ilíada y la Odisea, especialmente la primera, representan tradiciones conservadas en la memoria popular y recogidas, para darles ilación lógica, por sabios de época muy posterior.*

desconsuelo. Néstor simboliza la prudencia, la audacia Diomedes, Ayax la soberbia y Aquiles la venganza. En Agamenón se refleja el egoísmo, la perfidia en Clitemnestra, en Egisto la ingratitud, y en Ulises el dolor del alma que ansiosa busca su celeste patria por entre los mares de la vida, donde los escollos del pecado la amenazan como amenazaron al hijo de Laertes en su fatal derrota las formidables gargantas de Escila y de Caribdis. Échanse de ver, no obstante, en el carácter del primero de los personajes homéricos, condiciones nada cónsonas con la figura que el mismo poeta se propone delinear; que el héroe, lejos de irse progresivamente engrandeciendo y purificando como juzga Pierron, va dando cabida en el alma á propósitos siniestros, cuyo alcance le sitúa al fin del poema casi al nivel del más vulgar matador.

Por muy poco entra el destino en las creaciones de Homero. El terrible *fatum*, como se le llamó entre los latinos; el principio de falaz naturaleza, poderoso más que los hombres y más que los Dioses invencible, no ejerce todo su influjo en la literatura griega hasta que los tres adalides de la escena lo convierten en protagonista de la acción dramática, por ver en él un agente misterioso, un sér incomunicable, sobrepuesto á todo albedrío, superior á toda voluntad. El autor del *Prometeo encadenado* lo exhibe sin rebozo alguno, mientras que tanto el que interpretó las aventuras de Edipo como el que quiso inmortalizar el sacrificio de Alcestea, saben presentarlo revestido de más humana forma y guardar así mejor consecuencia con la verdad fundamental de las pasiones. Ninguno de ellos rinde abiertamente homenajes

al sentido moral de su época; pero como al comparar sus obras con las relaciones introducidas en las fiestas de Baco, vése el cambio más radical que efectuarse puede en menos de una centuria respecto de género literario de índole tan complexa; y como del carro de Tespis al primer teatro construido en Atenas poco antes de principiar Esquilo su gloriosa carrera, hay la misma distancia que entre la idea naciente y la idea triunfante, no puede exigirse á tales maestros la fiel interpretación de los sentimientos de un pueblo y la pintura viva de sus afectos, sin considerar de antemano la preferencia debida á los caracteres en toda creación escénica de carácter simbólico y representativa además de nuevos propósitos en el arte. El modo que de estudiar al hombre tenían los fundadores del clasicismo y las luchas en que siempre le pintan con las tremendas leyes de la fatalidad, son parte á que los personajes de sus tragedias aparezcan á nuestros ojos con cualidades más causadoras de asombro que verdaderamente sublimes.

En el examen de ciertas edades unitarias aprendemos de continuo, señores, á medir el valimiento de las artes y en especial de la que, por contenerlas á todas, luce con no igualado brillo en las varias manifestaciones del alma. Si los pueblos hundidos en las sombras de la ignominia no conservasen por la literatura los timbres de su pasada gloria, vanamente aguardarían esas reacciones morales que son muchas veces el lógico resultado de consoladoras reminiscencias. Cuando los heroicos hijos de Arístides y de Temístocles, de Pelópidas y de Epaminondas, hállanse forzados á doblar la cerviz bajo el yugo que les impone la descendencia de Rómulo, con-

templan á esta misma humillada en su victoria al recibir de ellos la luz que tanto necesita para dejar impresa con rasgos indelebles en las páginas de la historia la imagen de su grandeza intelectual. La raza vencedora de Darío y de Jerjes, rendida á la ominosa coyunda de los expugnadores de Cartago, yergue, no obstante, la soberbia frente y olvida la opresión en que gime, cuando ve á Terencio emprender ciegamente la drámatica ruta marcada por Menandro, y á Lucilio manejar las armas sutiles del apasionado Arquíloco: cuando más tarde percibe en las églogas del gran poeta mantuano el eco dulce de los idilios de Teócrito, y oye repetidos por Cátulo, imitados por Ovidio y realzados por Propercio los lúgubres acentos de Calímaco: cuando descubre en algunas de las odas de Horacio los líricos arrebatos de Píndaro, y advierte reproducidas en el *De Rerum Natura* de Lucrecio las voluptuosas doctrinas de Epicuro; y cuando observa, en suma, que la nación apellidada señora del mundo erige altares en el templo de sus ciencias al fundador de la escuela itálica y al instituidor de la Academia, al jefe de la secta deambulatoria y á su discípulo Teofrasto, como á tantos otros soles que, en el cielo de la sabiduría griega, se ostentan sin temor á la noche del olvido ni á la tenebrosa nube que condensan las viles pasiones de la humanidad.

Al recuerdo del imperio romano la mirada se anubla y el espíritu desfallece entre los vapores de sangre, las escenas de la muerte y el abismo de horrores con que se presenta la aciaga dominación del cruel y suspicaz Tiberio y la del furioso Calígula, la del imbécil Claudio y la

del parricida incensor de Roma, la del avaricioso Galba y la del intemperante Othón, la del voraz Vitelio y la de todos los que como el feroz Domiciano, el uxoricida Cómodo y el fratricida Caracalla, llevan en la frente el eterno estigma de la historia, y se levantan como fantasmas aterradores en el horizonte de los pasados siglos á recibir la maldición de los pueblos aleccionados en el principio de la libertad, sin el que son un sarcasmo los fueros de la conciencia é irrisorias las prerrogativas que distinguen de los entes irracionales á la hechura predilecta del Creador.

No es, empero, todo sombras el cuadro ofrecido por aquella edad de desastres infinitos, de grandes pruebas para el espíritu humano; que si no fuese dado al hombre transfigurarse moralmente en medio de la desdicha, serían efímeros sus triunfos, temporales sus conquistas y de reconocido inmérito las preeminencias que juzga haber alcanzado en las batallas consigo mismo y en sus luchas con la rebelde naturaleza. En medio de tanta desolación sentimos el arte de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides reanimarse al aliento vivificador de Séneca; y á la trompa épica, alzada del polvo por Lucano y Silio Itálico, por Estacio y Valerio Flaco, despedir sones, si no tan robustos cual los que le arrancara el cantor de Eneas, siquier dignos de los héroes que en ella se glorifican. De las mismas profundas tinieblas, esclarecidas ligeramente merced á la beneficencia de Vespasiano y de Tito y más tarde al espíritu de justicia, de moderación y de templanza empezado á mostrar por Nerva y seguido, bien que no sin dolorosas claudicaciones, por Trajano y sus sucesores hasta el estoico Marco Aurelio,

vemos surgir á Persio y á Juvenal con los dardos candentes de la sátira, á Fedro con la inventiva de Esopo, á Marcial con el cortante epigrama, á Tácito y á Suetonio con la áurea pluma del historiador, á Plinio con las verdades naturales, á Epicteto con las máximas de Zenón; y tal cohorte de soberanos de la idea nos da testimonio de la supremacía del alma, y pone al propio tiempo de manifiesto la incapacidad del mal para en modo perdurable enseñorearse vez alguna de los dominios de la inteligencia.

Cuando la ley de gracia comienza á preponderar en la tierra y el politeísmo y el judaísmo ceden el paso á su corriente benefactora, queda abrogado el principio de la servidumbre é incólumes se devuelven á la preciosa mitad del género humano los privilegios inherentes á su elevado carácter de consoladora de nuestros pesares en la contienda de la vida. Nutridos en las máximas sublimes del Divino Redentor, los apóstoles del Cristianismo levantan el culto del espíritu, predican la resignación como el mejor lenitivo de los humanos dolores, hacen volver al cielo la mirada de los seres que caminan por las sendas del delito, enjugan las ardientes lágrimas que vierte el infortunio y dejan la oración como fácil escala por donde suba el alma, ansiosa de consuelo en sus acerbas angustias, al soberano asiento que circundan los resplandores de la Eternidad.

La literatura que de aquí nace no es, señores, esa literatura frívola y sin nombre determinado, que rastrea, como ave entumecida, para buscar el alimento de sus obras. La sublimidad de los principios que la informan, la grandeza de las armonías que la acompañan, el espon-

táneo fulgor que á su paso va despidiendo, todo cuanto acredita su majestad y su gloria, es menos de admirar que el efecto por ella producido en las sociedades humanas al través de tántas y tan borrascosas centurias. Ni la general descomposición del mundo al abatimiento y caída de la soberbia Roma, ni el poder invasor de las razas septentrionales que ponen con el estruendo de sus armas y el eco de sus gritos de guerra, miedo y espanto en el pecho de los hijos del mediodía, ni el prevalecimiento del Islamismo, ni las ideas que al fin de los siglos medios diversifican el carácter intelectual de los pueblos de Occidente, consiguen debilitar la acción incesante y salvadora de la literatura evangélica, literatura que tanto en su doctrina moral cuanto en su expresión artística, se nos ofrece como animada por el pensamiento de Dios. Chateaubriand lo ha dicho (1). El espectáculo mismo de la naturaleza no podía despertar en los poetas del paganismo ese placer indefinible, ese anhelo inexplicable que se levanta en el ánimo de los cantores cristianos á la vista, por ejemplo, de la reina de la noche cuando por entre las tupidas arboledas viene á reflejarse en rayos melancólicos sobre las aguas del sosegado río, ó á la solitaria contemplación de los bosques, en cuyo silencio juzga descubrir el hombre algún gran misterio de la Divinidad.

Guárdanse en el Evangelio tales tesoros de belleza artística que en vano presumirán agotarlos por completo los ingenios de las edades futuras. ¿Dónde hallar poema más hermoso que el de la Samaritana, cuando resis-

(1) *Genio del Cristianismo.*

tida á mitigar la sed del viajero que descansa sobre el húmedo pretil, siéntese tomada de temor religioso al oír descubiertos los secretos de su alma? (1) ¿Dónde más noble asunto para un pincel inspirado que la actitud de la pecadora Magdalena al ungir con el óleo de su arrepentimiento los sagrados pies del Redentor? (2) Y si el Profeta de Patmos nos describe la visión apocalíptica ¿cómo no sentirnos exaltados á la esfera de la admiración al contemplar aquel cuadro, donde aparece el Eterno en su trono de relámpagos, entre espléndidos iris de esmeraldados colores, y sosteniendo en la diestra el misterioso libro que, al ser abierto en la mano del cordero de séptuple pupila, va mostrando en simbólicas formas, á la voz de los alígeros monstruos, todos los desastres precursores de la ruina del Universo; hasta que rasgado el sello del sexto de los misterios allí contenidos se columbra el sol envuelto entre medrosos celajes, y óyese el estruendo del subitáneo terremoto, de astros que chocan en el firmamento, de montes gigantescos que se derrumban; y revelado el último arcano del gran libro vese al pavoroso desconcierto suceder calma de muerte, interrumpida luégo por el temido són de las trompas celestiales que, al convocar los encontrados elementos á su postrimera lid, anuncian la hora de cumplirse los tremendos designios del Señor? (3) En el orden del tiempo no podrá sobrepujar belleza alguna á esa belleza nacida en el orden de la Eternidad.

Después de luenga noche para las letras y las artes,

---

(1) *San Juan.—Cap. IV.*
(2) *San Lucas.—Cap. VII.—San Juan.—Cap. XII.*
(3) *El Apocalipsis.—Capítulos IV, V, VI, VII, y VIII.*

anuncia la alborada del Renacimiento que el espíritu humano, enamorado de sí mismo, vuelve á consagrarse en el templo de los recuerdos y á embebecerse en el culto de la hermosura ideal. Entonces cobra fuerzas en Italia aquella literatura, de antes incoada por el numen florentino, que desde los suspiros amorosos del apasionado de Laura ha de llegar á los primores descriptivos del cantor de Godofredo, no sin lucir su mejor engrandecimiento en la epopeya fantástica de Ludovico Ariosto, en las festivas concepciones de Berni, en los amenos relatos de Guicciardini, en los axiomas políticos de Maquiavelo y en todos los timbres intelectuales con que enriquecen á su patria los ingenios que ilustran el famoso siglo de León X. Entonces se siente en Francia el espíritu contrapuesto á los principios legendarios de las tradiciones carlovingias y al insufrible alambicamiento de los romances de La Rosa; espíritu que pasando por la mezcla de vehemencia, bufonería y grandeza filosófica exhibida en las obras de Rabelais, por la abusiva ingeniosidad desplegada en los ensayos de Montaigne y por el atrevimiento reformador de Ronsard y los demás poetas de su escuela, va á rubricar su poderío en la edad de Luis XIV con las ideas preceptivas de Boileau, con el recuerdo de la clemencia de Augusto en *Cinna* (1), con la grandiosidad escénica de *la Atalía* (2), con la facultad obervadora que se admira en el *Avaro* (3),

---

(1) *Obra dramática de Pedro Corneille.*

(2) *La mejor tragedia de Racine y acaso de todo el teatro francés.*

(3) *Carácter el más preciso de los creados por Moliere, según piensa el mismo La Harpe.*

con la belleza moral, mitad gentílica, mitad cristiana, del *Telêmaco* (1), y con los rayos de elocuencia que, desde la cátedra sagrada, lanzan allí contra las vanidades del mundo cuantos, como Bossuet y Massillón, ejercen por alto modo el ministerio del catolicismo.

De la propia suerte procuran los pueblos no latinos comulgar en los nuevos principios del arte y hacer disminuir su sed de belleza en los manantiales de la moderna poesía. Inglaterra, que antes de terminar la Edad Media había fundado con Chaucer su literatura nacional, ostenta bajo el cetro del octavo Enrique lujo de erudición en sus Universidades; y así continúa desenvolviéndose hasta mostrarse en la plenitud de su gloria intelectual, desde el reinado de la rencorosa Isabel hasta el del triste nieto de María Estuardo. Es allí donde se levanta esa constelación brillantísima cuyos reflejos nos hacen ver en el *Macbeth* el invencible terror de la conciencia remordida (2), en *la Reina de las Hadas* el exaltamiento, aunque un tanto vano, de nuestras mejores virtudes (3), la expresión rítmica de la existencia subjetiva en las *Odas pindáricas* (4), y en *el Paraíso Perdido* el alto origen del humano linaje y los dolorosos efec-

(1) Aun no se sabe lo que se propuso Fenelón al escribir este poema, en el cual se juzga, por muchos críticos, ver una sátira continuada del reinado de Luis XIV.

(2) Al enumerar las principales obras de Shakespeare, Chateaubriand no titubea en conceder á ésta el primer puésto, y aun trascribe, lleno de entusiasmo, la tercera escena del acto cuarto. (Véase su ensayo sobre la Literatura Inglesa.)

(3) Reina de las Hadas, célebre poema de Spencer.

(4) De Abraham Gowley, considerado entonces como el primer lírico de su patria.

tos de la primitiva culpa (1). Alemania, en tanto, sigue mostrando de progresiva manera la originalidad que en ella caracteriza á las creaciones de la inteligencia. El coincidir á la sazón el levantamiento de varios institutos de enseñanza con la llegada de los prófugos griegos después de la toma de Constantinopla, facilita allí el estudio de los antiguos modelos y sustrae á la poesía del amanerado prosaísmo en la forma que por entonces domina en las literaturas septentrionales (2). La majestad de exposición que se descubre en el primitivo poema de *los Nibelungos*, donde se pinta con siniestros colores, así la venganza de Crimilda como el castigo que dá Hildebrando á tan desapiadada Reina; el apasionamiento de aquellos bardos de preexcelsa categoría social que habían de dar á Rudiger de Maresse ocasión de recoger la herencia poética de los *Minnesænger;* la índole reflexiva de las bien ordenadas trovas con que concurren los *Meistersænger* á los públicos certámenes; la exuberancia de inventiva que distingue al mejor de ellos, Hans Sachs; cuando testifica, en suma, el carácter libérrimo y espontáneo de las antiguas letras alemanas, hállase reproducido en el siglo XVI, bien que algo tinturado ya del clasicismo, como para preparar el campo á los maestros que al trascurrir de los años, y gracias al ejemplo dado por Wolf en sus trabajos filológicos, han de poner en su mayor altura el idioma nacional.

Nos encontramos, señores, en plena edad moderna.

---

(1) *Véase el poema de Milton.*

(2) WAZLER. [L.] *Historia de la literatura nacional de los alemanes.*

WEBER [J.] *Historia de la literatura alemana.*

He dejado de propósito, para estudiarla separadamente como al comenzar os lo prometiera, la parte que á España corresponde en el cuadro que venimos contemplando; y quiero entrar luego á luego en el desarrollo de tan simpático asunto para con ello poner término, que ya es tiempo, á esta cansada y prolijísima oración.

Es el habla de todo pueblo incipiente como acervo glorioso á que han de agregar las generaciones sucesivas cuantos gajes de victoria vayan obteniendo en sus luchas por la integridad nacional. Una vez perfeccionada se contendrán en ella fijamente las señales determinantes del respectivo período histórico y se descubrirán en sus condiciones lexicológicas y gramaticales los rasgos más notables del espíritu que la haya engendrado, por ser las leyes á que obedece el desarrollo de las lenguas, análogas á las que sigue el arte en sus progresivas manifestaciones. Conforme deduce el arqueólogo del atento registro de una medalla, del examen minucioso de un torso, del estudio de un friso ya injuriado por el tiempo, la verdadera expresión artístico–ideal de la época cúya es la reliquia donde se hunde su mirada, penetra el filólogo los misterios de algunas literaturas por el cotejo de las voces, el confrontar de las raíces y la comparación entre sí de los distintos elementos que muestra cada pueblo en sus idiomas vernáculos, antes de llevarlos á confundirse, como los ríos en el océano, en el que ha de unificar sus conquistas y dar carácter de fuero á su independencia y á su libertad.

Poco acertará, sin embargo, á esclarecer en tal sentido quien para ello se socorra de los dialectos que hayan podido contribuir *directamente* á la formación del

castellano; pues la Península Ibérica, que participa en su seno de la civilización etrusca y de la civilización fenicia; que sabe dar á la lengua del Lacio tántos y tan insignes cultivadores; que logra mantener, en medio de la preponderancia romana, si no su independencia política, parte á lo menos de su independencia moral; que después de soportar la devastación de razas trashumantes como las de los vándalos, alanos y suevos, vese reconstituida social y religiosamente bajo el imperio de los godos; que pelea durante largas centurias, sin contemporizar un sólo día con los usurpadores de su suelo, por arrojar lejos de sí la oprobiosa cadena del Mahometismo; la Península Ibérica ofrece al lingüista el singular contraste de no aparecer hasta muy avanzada la Edad Media con habla propia y natural, debido acaso al mismo afanar sin fin de aquella nación belicosa y á los diversos afectos en que ardiera el jamás acobardado pecho de sus ilustres hijos.

El *Fuero de Avilés*, cuya autenticidad supo echar por tierra ante la Real Academia Española, con lujo de razonamiento y abundante copia de datos, quien alcanza prez valiosísima en aquel augusto Senado de las letras (1), no puede hoy servir de punto de partida para conocer las inmediatas fuentes de nuestro idioma; y fuerza es indagar por otros respectos el período de su primera formación. Mas, por no consistir mi propósito en disertar aquí, como acaba de hacerlo tan magistralmente nuestro docto Secretario, acerca de puntos sólo conexionados con la lingüística, bástame deciros que en

(1) *D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.*

la rápida ascensión desde *el Poema del Cid*, con sus rimas informes y sus dificultosos vocablos, y desde *la Vida del Sancto Domingo de Silos* ó los otros ensayos donde observa Berceo cierta regularidad en la metrificación, hasta los dodecasílabos de las *Trescientas* (1) y el alternado metro de las coplas de Jorge Manrique, sorprendemos al castellano en versiones como la del libro de *Calila é Dymna* (2), en historias versificadas como la de Alejandro (3), en Crónicas como la de D. Alfonso el Sabio (4) y en libros de Cantares como el del Arcipreste de Hita (5), preparándose á entrar en la para él gloriosa éra de D. Juan II, y á exponer en tiempo de la gran Isabel, con Alfonso de Palencia y Antonio de Lebrija, sus multíplices cualidades de lengua nacional (6), para luégo subir á su más alto destino en el siglo de las mayores proezas del espíritu español. Ya no es aquí el lenguaje rudo y de ingratas desinencias, conocido con el nombre de romance, sino el habla rica, sonora y majestuosa que, á más de encerrar la parte lozana y pura del elemento latino y de recoger directa-

---

(1) Llamóse así al LABERINTO *de Juan de Mena, por constar de otras tantas coplas.*

(2) Publicóse por primera vez la versión española de este libro en la Colección de escritores en prosa, anteriores al siglo XV, que formó D. Pascual de Gayangos.

(3) Véase el libro de Alexandre, escrito por Juan Lorenzo Segura de Astorga, el cual libro está inserto en la colección de Sánchez, continuada por el Marqués de Pidal é ilustrada por Janer,

(4) Léase la colección de Crónicas, ordenada por D. Cayetano Rosell.

(5) Corre impreso en la misma colección de Sánchez.

(6) Alfonso de Palencia, cronista que habia sido de Enrique IV, publicó en 1490 el primer diccionario latino-castellano; y Antonio de Lebrija dió á la estampa en 1492 una gramática castellana y un diccionario español.

mente del griego numerosas voces peculiares de las ciencias ostenta vestigios del influjo cartaginés, señales de la preponderancia gótica, y huellas de la dominación árabe, como muy bien se observa en ciertos nombres, no modificados todavía, con que distinguieron los descendientes de Dido algunas ciudades de la Península Hespérica; en varias locuciones agudas, de recia pronunciación, ignoradas en el idioma de Virgilio pero que traen á la memoria el hablado por los hijos de Alarico; y en melodiosos vocablos venidos de aquella rítmica lengua, tan admirada de todas las naciones, en la que entonó el dulcísimo Abderramán sentidas endechas al pie de la exótica palmera, plantada en uno de los jardines de Córdova, y que él contemplaba tristemente como recuerdo de suproscripción.

Lanzada España á todo linaje de aventuras; guerreando, casi de simultánea suerte, contra las piraterías turcas en las costas africanas, contra sí misma en los campos de Villalar, contra el influjo francés en las riberas del Tessino y en las márgenes del Tíber, y contra la barbarie idolátrica en las fértiles regiones de nuestro propio continente americano, parece que en el tercio primero del siglo XVI no debía permitirse á sus bardos, más que ensalzar el ardor de los fuertes paladines ó describir en lúgubres estrofas los daños de la matanza. Pero á causa de una de las contradiciones morales que ofrece la historia de los grandes pueblos, surge del seno mismo de aquella edad batalladora toledano caballero de la orden de Alcántara (1), el cual, aleccionado en la

---

(1) *Garcilaso de la Vega.*

dulce escuela italiana, reformador con Boscán de la versificación española y entusiasmado al oimiento de las idílicas notas que en remotas centurias hurtaran á la virgen naturaleza el cantor de *Adonis* (1) y el de *Títiro y Melibeo* (2), deja en ocasiones la espada con que defiende la honra de la patria, que mira como propia; y cuando saliendo encendido de las ondas raya el sol en la cumbre de las montañas, diviniza en la lira, al rumor de las cristalinas aguas, las quejas lamentosas de los pechos enamorados. En su canto palpitan los ecos más gratos de la naturaleza: desde el leve susurro de los árboles que se inclinan á mojar la copa en las linfas del arroyuelo, hasta el cuasi imperceptible paso de la hiedra que por los troncos camina con sesgo movimiento; y desde la endecha del ruiseñor, cuya voz llora entre las ramas el despojo del caro y dulce nido, hasta las canciones sólo escuchadas del monte al irse apagando lentamente los arrebolados matices de la tarde. Y si bajo su pluma cobra la lengua castellana el vigor y la pompa que hoy la caracterizan, á su ejemplo mueven el plectro, en favor de la innovación en el ritmo y del cambio de aficiones literarias, los sabios varones que, con cerrar el oído á los furores de Castillejo, dejan en églogas y sonetos, en epístolas y madrigales, altos modelos á sus sucesores de nativa originalidad (3).

Tres son, señores, las expresiones literarias que indican particularmente el carácter intelectual de España

---

(1) TEÓCRITO *en las Siracusanas.*

(2) VIRGILIO.—*Egloga I.*

(3) *Alúdese á Gutierre de Cetina y á Diego Hurtado de Mendoza.*

en el período cuyo estudio nos ocupa: la lírica, la dramática y la didáctico-filosófica; pues si la épica guarda allí con Ercilla en la descripción de las costumbres indígenas de Arauco, en el discurso del cacique Colocolo, Néstor de aquella indomable gente, y en la pintura del combate de la *Cuesta Andalicana*, timbres de envidiarse hasta por los maestros de Portugal y de Italia; si exalta con Valbuena en homéricas imitaciones y en fastuosos alardes de magnificencia poética la memoria querida de Bernardo del Carpio; si renueva con Diego de Ojeda, en octavas llenas unas veces de majestad y de pompa y otras de prosaica languidez, las sublimes escenas de nuestra santa Redención; si da en *Mosquea* con Villaviciosa la manifestación paródica del verdadero poema; y si tiene cabida en otras pruebas de igual género, como la de recordar la malograda empresa de Ricardo Corazón de León–prueba en que presumió inmortalizarse el mismo Lope de Vega–la de enaltecer los lauros del vencedor en las Alpujarras y en Lepanto, la de celebrar las beatíficas virtudes del más venerado de los Patriarcas, y la de referir el sucesivo desarrollo del Universo en los remotos días de la creación, vanamente ha de buscarse uno solo entre tales ensayos donde no huelguen las condiciones requeridas para el desenvolvimiento de la epopeya (1).

---

(1) Los poemas á que aquí se hace referencia son: La Araucana, de D. Alonso de Ercilla; El Bernardo, de D. Bernardo de Valbuena; La Cristiada, del Maestro Fray Diego de Ojeda; La Mosquea, de D. José de Villaviciosa; La Jerusalén conquistada, de Lope de Vega; La Austriada, de Juan Rufo; La Vida, excelencia y muerte del Patriarca San José, del Maestro Valdivieso; y la Creación del Mundo, del Dr. Alonso de Acevedo.—Todos, excepto el de Lope, están incluidos en la Colección dispuesta y ordenada por D. Cayetano Rosell.

Es el poeta lírico un sér que, cual profeta de sí propio, abarca de una ojeada el mundo de sus sentimientos y adivina las sombras que en él han de producirse ó las auroras que deben de levantarse al vario é irresistible influjo de externas manifestaciones. Y como en esa previsión de luz y de tinieblas se le alegra ó se le turba el alma, ahí la causa de las aparentes contradicciones que los profanos solemos descubrir en sus inspirados cantos. Cuando Fernando de Herrera al presentaros á Don Juan de Austria obscureciendo á Mavorte y al alabar al Señor que en la llanura del ancho mar venció al Trace furibundo, se ofrezca dando parias al politeísmo y reconociendo á un tiempo los atributos del Dios de Israel, no le juzguéis sino como á sacerdote de dos ideas distintas, proveniente cada cual de un estado del espíritu en que el entusiasmo tiende á desbordarse bajo diversas impresiones poéticas y religiosas. Buscad á quien lamenta con voz de dolor y estancias gemidoras el vencimiento de Lusitania en la desierta Libia; á quien pone á la vista de la belleza los riquísimos esmaltes de la opulenta Flora; á quien logra patentizar en tristes sones el tiránico poderío del desdén en la mujer; al cantor de Eliodora; al poeta elogiado por Ercilla, engrandecido por Lope de Vega, tenido en tánto por Francisco de Rioja y loado por cuantos beben en sus versos la luz de la inspiración; buscadle, y gustaréis en sus obras el sabor de genuinos y elevados principios, libres del amargo déjo de todo bastardo sentimiento. Y si luégo encontraréis al eminente agustino, al émulo de Horacio, al de terso rimar Luis de León, envuelto en la fragancia embriagadora que se exhala de los huertos oreados por la brisa, despertán-

dose al no aprendido gorjeo de las aves y oyendo deslizarse entre las floridas alamedas la sosegada fuentecilla, para después verle dirigir la mirada con afán anheloso hacia los cielos, donde está el eterno asiento circuido de deleites y de glorias, ó sentirle suspirar por la dulzura del rabel sonoro que tañe el Divino Pastor entre sus apacentadas ovejas, proclamad la alteza de la virtud que lleva á soñar en la tierra con galardones infinitos, y los encantos de la religión, á cuyo amparo goza el espíritu del preciado bien de la esperanza. Seguid recorriendo el propio campo, y si buscáis sentimientos apacibles, tristeza impregnada de celestiales aromas, ansia de inmortalidad, deteneos al oír á quien, sabedor de místicos amores modula en española cítara los suavísimos cantares de Salomón (1), ó á quien roba á la tórtola solitaria el gemido en que ensordece la selva y se acongoja con la cuitada cervatilla que va, herida de veloz montero, á mitigar la sed que la abrasa en el manantial de la fuente campesina (2). La verdad es que nunca llegaréis á echar menos en el estudio de la poesía lírica de tan fecunda época ni los delicados afectos del alma ni la tierna sensibilidad del corazón; y que tanto en las estrofas preceptivas de Céspedes y en los sonetos histórico-morales de Arguijo, como en las celotípicas quintillas de Gil Polo y en las odas filosóficas de Medrano, no haréis sino descubrir esa misma espiritualidad de sentimientos, la cual habrá de inspirar á Góngora para que pinte en cadencioso

(1) *San Juan de la Cruz.*

(2) *Francisco de la Torre, de cuya existencia, ya sospechada por Quintana, no es lícito dudar después de leer el discurso de recepción en la Real Academia Española de D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, y la contestación al mismo, escrita por el Marqués de Molíns.*

romance al amor naciendo de la dulce compasión: á Lope de Vega para en endechas llenas de lágrimas decir lo frágil de la humana fortuna: á los Argensolas para que descarguen en sonoros tercetos el látigo de Juvenal sobre los vicios sociales y las locuras ambiciosas: á Jáuregui para maldecir en cláusulas rítmicas el metal acusador de tántas y tan sangrientas discordias: á Rodrigo Caro para que recuerde en tonos elegíacos la instabilidad de los imperios: á Quevedo para narrar en silva melodiosa los triunfos y las caídas de la antigua y de la moderna Roma; y á Rioja para que regale á la Musa de Castilla con versos donde se vea morir á la desmayada rosa, encenderse de amor al erguido clavel é imitar al jazmín la nívea tinta que engalana la frente de la hermosura.

Entre las conquistas intelectuales con que puede ufanarse la España del Renacimiento, ninguna como la fundación de aquella escuela dramática, la más diversificada en sí misma, la menos monótona y de mayor originalidad de cuantas son conocidas. Desde las representaciones religiosas, cuya época no es posible aún determinar, hasta el diálogo soez y chocarrero de las coplas de Mingo Revulgo, nada se nota que indique allí adelanto alguno en el teatro nacional; pero cuando en 1499 sale á luz en Medina del Campo *La Celestina* ó *tragicomedia de Calixto* y *Melibea*, échanse los verdaderos fundamentos del género dramático, á cuyo realce tánto ha de contribuir Juan de la Encina, y en cuyo progreso influír no menos el protegido de Colonna, Torres Naharro, y el artesano de Sevilla, Lope de Rueda, quienes prepa-

4

ran su mejor período de brillo y de florecimiento. Alonso Remón y Miguel Sánchez, apellidado *El divino*, Gaspar de Aguilar y Ricardo del Turia, Belmonte Bermúdez y Antonio Hurtado de Mendoza (1), deslindan luégo el vastísimo campo donde ya comienza á prodigar los frutos de su inagotable ingenio aquel ejemplo vivo de fecundidad y de saber que puede en centenares de creaciones dramáticas tejer la más vistosa corona para la frente de su patria (2).

Si no temiera abusar de vuestra benévola atención, yo procuraría mostraros las grandezas de ese mundo de prodigios llamado Teatro Español, y acaso me fuera dado presentároslo como una de las más altas escuelas de filosofía moral y como el primer modelo literario de la tierra. De las innumerables obras con que lo enriqueció Lope de Vega, yo escogería *La Estrella de Sevilla*, para que viéseis la dignidad y firmeza en la mujer: tomaría de las de Guillem de Castro *Las Mocedades del Cid*, la comedia imitada y refundida por el gran Corneille, para que admiraseis vinculados en Rodrigo todo el valor y la soberbia de nuestra raza: de las de Vélez de Guevara prefiriera á *Reinar después de morir*, para que os compadecieseis del síno fatal de la hermosura y lloraseis con la majestad adolorida: traería de las de Tirso de Molina *El Condenado por Desconfiado*, para que sintieseis con

(1) *Autores respectivamente de las comedias famosas: El Español entre todas las naciones, La Guarda cuidadosa, El Mercader amante, La Burladora burlada, El Diablo predicador y los Empeños del mentir, incluidas todas, excepto la primera, en la Colección de dramáticos contemporáneos de Lope de Vega, escogida y ordenada por D. Ramón de Mesonero Romanos.*

(2) *Lope de Vega.*

el desdichado Paulo los terribles efectos de la duda en religión: entre las de Ruiz de Alarcón os señalaría *La verdad sospechosa*, con el fin de que palpaseis la deformidad de la mentira: de las de Francisco de Rojas estudiara *El García del Castañar*, para probaros á cuánta gloria lleva el debido culto de la honra: de las de Montalván *La doncella de labor*, para que notaseis los ardides que sugiere el anhelo de satisfacer al corazón: de las de Moreto *El Desdén con el desdén*, para que advirtieseis los artificios con que suele triunfar el alma en las contiendas del amor; y entre las de Calderón quizá no encontrara por cuál decidirme, á causa de la magnífica pompa, de la idea profunda y de los conceptos divinos que en todas ellas resplandecen y les prestan carácter y condiciones de verdadera sublimidad.

Mucho también quisiera hablaros de la grandilocuencia que ofrecen los prosadores en la edad famosa de la literatura castellana: mucho deciros de la pasmosa penetración, de la extraordinaria presciencia, del elevado espíritu con que nos muestra la Doctora de la Iglesia el destino y la hermosura de las almas (1): mucho de la harmonía de estilo, del vuelo de imaginación, de la plenitud de conciencia con que el profeso en el convento dominicano de Santa Cruz nos hace ver la omnipotencia de Dios en las obras mismas de la naturaleza (2): mucho de las persuasivas razones, del profundo convencimiento, de la bondad íntima con que el primer cronista de Ignacio de Loyola enciende en el corazón atribulado la purísima

---

(1) Santa Teresa de Jesús: en Las Moradas.

(2) Fray Luis de Granada: en El Símbolo de la Fe.

lumbre del consuelo (1); y no menos deseara tratar ante vosotros de la sabiduría que Mariana ostenta al descoger el majestuoso lienzo de la historia de su patria (2), del criterio filosófico de Don Francisco de Quevedo en sus deduciones político-morales (3), del juicio con que en sus doctrinas gubernativas se adelanta Saavedra Fajardo á los más disertos publicistas de las edades modernas (4), y de tántas otras maravillas de la palabra con que mil preclaros ingenios dilatan en tal sazón el dominio intelectual de la raza española; pero ya nos llama el monumento más insigne de aquella no igualada época, el que resume cuanto de noble y grandioso se contiene en la literatura de tan celebrado período.

Miradlo ! A manera de templo levantado por el propio Arcángel de la Gloria, se dibuja á nuestros ojos con nunca vista magnificencia; y en su pórtico, exornado de palmas y de laureles, inscribe una mano misteriosa caracteres de inmortalidad. Guarda la entrada guerrero de ahidalgada presencia, de rostro luminoso, que no aparta la siniestra mano de la empuñadura del acero, cual si fatal destino le hubiese á ello condenado. Gorguera de anchos follajes nos impide ver lo erguido de su cuello; y sus labios, plegados ligeramente por melancólica sonrisa, parecen proferir el acento de la verdad. Con mirada bondadosa nos franquea los umbrales, y al ir á penetrar en el ciclópico templo, sentimos

---

(1) *Rivadeneira: en El Tratado de la Tribulación.*

(2) *Historia de España.*

(3) *Política de Dios y Gobierno de Cristo.*

(4) *Idea de un Príncipe político-cristiano, representada en cien empresas.*

como el eco de prolongadísima batalla, de la batalla que riñen el alma y la materia. Entremos, señores, si anhelamos comprender íntimamente lo precario de nuestra vida, si aspiramos á convencernos de lo perecedero de la grandeza humana, si procuramos persuadirnos de que el espíritu, única esencia eternal, no realiza jamás en esta esfera sus legítimas ilusiones, y que para llegar al colmo de sus afanes le es forzoso conocer los dominios de un universo superior. Mas, ¿qué vemos? el guarda guerrero ha salvado la entrada; pero no viene solo: la Gloria con su cortejo de alados geniecillos lo circunda: el Ángel del Bien le ciñe á la frente guirnalda de reverdecidas hojas: precédele la Fama enalteciendo su nombre; y el Numen protector de España, luégo de arrojarle al paso raudal de olorosísimas flores, le arrebata en aquella transfiguración divina y le lleva á presidir, desde el más encumbrado trono, á cuantos ingenios moran en el Alcázar de la inmortalidad.

Detengámonos, señores. Aquí quiero dejaros después de haberos obligado á recorrer rápidamente y en infeliz manera conducidos, el vasto campo de la literatura universal. Poco grato os habrá sido el derrotero; mas, si en vez de llevarme por guía os lanzáis con la fuerza de vuestro propio criterio á bogar en ese piélago de luz inextinguible, resueltos á conocer en todas sus circunstancias el progreso del humano entendimiento, veréis, infinitamente mejor que ahora, la tendencia general de las letras y de las artes. Veréis que la realización de la belleza por medio de la palabra es imposible donde se pretende adulterar la noble naturaleza del hombre, é igualarla en destinos y propósitos á la de seres destitui-

dos de facultades morales: veréis que el alma se manifiesta siempre, en toda la majestad de su gloria, á despecho de los que presumen negarla con sofismas de origen espurio y pruebas de bastarda condición: veréis que el ideal de los grandes pueblos no está en el conseguimiento de lo que cae bajo el influjo de los tiempos, sino en el logro de esa perfección suma, de esa hermosura infinita, de esa bondad sin término, ante cuyo poder se desliza la corriente de los siglos con respeto soberano; y veréis, por último, que el hombre, señor de la tierra, dueño de sí mismo, principio eficiente de creaciones espirituales, sueña, no obstante, en alcanzar lo que no cabe en el mundo, lo que no existe en el orden físico, lo que no está sometido á la ley del perecimiento: la gloria de confundirse con la Suprema Verdad.

DISCURSO DE ORDEN

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR MANUEL FOMBONA PALACIO, EN LA SOLEMNE INAUGURACION DE LA ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES, LA TARDE DEL 2 DE OCTUBRE DE 1887.

Señor Presidente de la República. Señores Miembros del Ejecutivo Federal. Señor Director de la Academia Nacional de Bellas Artes. Señores.

Nunca se manifiesta el hombre poseedor de tan altos atributos, como al prestar formas de verdadera vida al entusiasmo que le produce la misma contemplación de sus obras. Prueba de ello el espectáculo que á nuestra vista se ofrece, en el cual no se sabe qué admirar más, si el efecto ó la causa, si la idea que representa ó el fulgor que lo ilumina, si la naturaleza de su hermosura ó el sentimiento que lo crea, ya que es legítimo reflejo de aquella energía del alma que obliga á la inteligencia á difundir su luz en pensamientos generadores, á la manera que difundió el Eterno, en miriadas de soles y de mundos la grandeza de su poder y la majestad de su gloria.

Mas, debido acaso á cierta ley de contradicción de que no alcanza á sustraerse jamás lo que recibe aliento de la tierra, viene hoy á servir como de heraldo á la nueva victoria del espíritu, quien lejos de ceñir la clámide opulenta de los pontífices del Arte, apenas si ha recorrido con pie vacilante los altares del augusto templo y arrojado un grano de tímido incienso en el turíbulo donde arde el homenaje de las agradecidas generaciones. Abona, no obstante, mi osadía, aquella creencia que pone valor en el pecho más sobrecogido, de que á todos nos cumple llevar nuestra parte de trabajo al alcázar de la civilización, bien á modo de monumental columna que forme el sustentáculo de una idea sublime, bien á guisa de átomo de arena que, como sucede en la ocasión de ahora, baste á demostrar que las ofrendas del pequeño son necesarias en manera absoluta para ennoblecer más aún el tributo de los grandes.

Congregados en este recinto á fin de sancionar, por decirlo así, la creación de un plantel que ha de ser fecundo para Venezuela en hechos de gloria y de esperanza, paréceme lo más adecuado á la solemnidad presente y lo más acorde con el espíritu que informa á este Instituto, tratar de definir el Arte en su genuino sentido, y la condición de sus intérpretes como bienhechores de la humanidad.

Señores:

Si en la vida de los pueblos que prepararon el advenimiento de nuestra prodigiosa edad, recoge la historia los más altos ejemplos de heroísmo y halla esclarecidos la ciencia los más recónditos arcanos; si en los siglos

modernos se eleva á deber el entusiasmo por la belleza artística y se rinde reverente culto á la excelsa religión de las ideas; si nunca como ahora se exploraron los senos de la naturaleza física ni tuvo el hombre la conciencia de su propia superioridad, hay en cambio en los dominios de las antiguas centurias una fuente de luz espiritual, tan rica y benefactora, que con todas nuestras conquistas no conseguiremos olvidar. Y es que el espíritu humano, arrastrado por el numen irresistible de la investigación, no ha dejado nunca de inquirir, en su ascensión eterna de lo perecedero á lo infinito, la manera de conjurar los peligros que le amenazan, de resolver los problemas que le conturban, de disminuir los dolores que le agobian y de ensanchar prodigiosamente la esfera de su actividad. Así infunde inspiración á Moisés para dictar desde la cumbre del Sinaí los preceptos que son como la piedra angular de las sociedades bien constituidas: suscita á Job como arquetipo de resignación en medio de las sombras que asedian el alma en el tenebroso dédalo de las penas: inicia en Grecia con Licurgo y complementa con Solón el código de los derechos inalienables del hombre: revela al genio de Cos aquella fuerza maravillosa que logra á las veces contrastar los tremendos designios de la muerte: presta vuelo á Pitágoras para escalar la bóveda del cielo y percibir en éxtasis inefable el inmortal concierto de los mundos: sumerge á Platón en místicos delirios para escrutar con visiones de profeta los misterios de la eternidad: descubre al sabio de Estagira el inmenso laboratorio de la naturaleza y le hace fundar sobre principios fijos el vasto edificio de la ciencia: baña la mente de Herodoto en el raudal de la verdad histó-

rica para narrar á los pueblos que nacen los hechos de las naciones que sucumben; y se ofrece, en suma, desde la edad antigua como faro resplandeniente que señala en el océano de la vida el puerto de la ventura y de la gloria.

La voz á que obedece el hombre en esa especie de ardimiento por sobreponerse á los obstáculos que le presenta la existencia material, es la misma que desde su origen le viene persuadiendo á que dilate ó extienda el radio de su autoridad, y convierta sucesivamente su propio sér en hogar, el hogar en tribu y la tribu en reino, para llegar en tan arrogante anhelo á constituir el centro único de todas las voluntades. Mas, como la idea inmanente de la potestad individual se contrapone por alto modo y desde el principio de las sociedades al empeño de todo el que pugna por arrogarse la absoluta soberanía de la conciencia, de ahí que el sér humano haya buscado en el ejercicio de las fuerzas del espíritu la manera de adquirir la superioridad en que sueña, y de traer á su dominio el alma de sus semejantes con el poderoso incentivo de sobrenaturales concepciones. Y, forzoso es conocerlo: en ninguno de sus vuelos intelectuales llegó á mayor altura el espíritu del hombre, que en aquel á que comunicaba impulso el ansia de la belleza, y el cual no detuvo hasta columbrar el sol de lo infinito y poderse recoger á la morada de la tierra trayendo las alas encendidas en el fuego de la divina hermosura.

No fué, como por alguien se ha dicho, del examen de la materia organizada, y de su disposición á entrar, como soldado de combate, en el campo del entendimiento, de donde surgió esa expresión artística en que la belleza

se halla representada como se halla representado Dios en el santuario de la conciencia;—ni tampoco al afán de minorar las asperezas de la vida se debió que aparecieran á nuestros ojos las claras manifestaciones de la hermosura; —que á no reconocer otra causa hechos de tan sublime naturaleza, jamás acertaríamos á interpretar el entusiasmo con que envuelto el artista en el éter de la inspiración, persigue los cambiantes de la luz, roba á los vapores de la atmósfera sus velos de indefinible turgencia, recoge las notas disconformes del céfiro y de las auras y se deleita y abisma en la contemplación del firmamento, para luégo animar con los matices del iris las figuras de sus lienzos inmortales, deducir de la delicadeza de las nubes la suave morbidez de sus creaciones, disponer con líneas de los cielos la soberbia cúpula de sus basílicas, y concertar con los arrullos del aire el ritmo de sus armoniosos pensamientos.

Si la adolorida amante de que habla Plinio el Antiguo (1) no hubiera tenido á su alcance más que el instinto de la naturaleza al trazar sobre el muro de su jardín la imagen del adorado Polemón, sin que hubiese llegado á sentir dentro del pecho, en el instante supremo de la ausencia de su prometido, el íntimo fuego de la pena mezclado con el fuego de la inspiración, ni su memoria estaría unida al nacimiento del arte pictórico, ni se considerara aquella delicada expresión de su amargura sino como un acto inútil de pueril entretenimiento. Y de la propia suerte y por análogo motivo se habrían excluido de la historia de la escultura las estatuas modeladas por

(1) *Hist. Nat.—Libro XXXV.—XLIII.*

los supersticiosos caldeos bajo advocaciones planetarias; y del origen del arte arquitectónico el recuerdo de la cabaña de Rómulo y el del vetusto Areópago ateniense; lo mismo que habrían pasado á las regiones del olvido aquellas arias vocales que, con el nombre de *Nomos*, servían á la antigua Grecia para ensalzar al són de las flautas y las cítaras los severos encantos de su Olimpo y la terrible grandeza de sus dioses.

Cuando el autor de *Wallenstein* comunicaba al Júpiter de Weimar su resolución de no inspirarse sino en asuntos históricos, por juzgar de peligrosos efectos cuanto se subordina en grado absoluto al principio de la inventiva, (1) tanto parecía olvidar lo reconocido por Aristóteles respecto de la existencia de ejemplares en el orden de las ideas sin modelo alguno anterior, (2) como lo afirmado veinte centurias después por el Barón de Leibnitz acerca de la realidad de ciertos conceptos que no tienen en el mundo de nuestra vista correspondencia ni representación. (3) En verdad que no todo lo hermoso entra por manera exclusiva en los dominios del sentimiento, ni sólo á los caracteres creados por la mente del artista conviene el culto debido á lo grandioso por el alma de la humanidad;—que si suspenden el ánimo los acentos suplicantes del Monarca de Troya en el canto postrero de la Iliada, y los desesperados ímpetus de la Reina de Cartago en el libro cuarto de la epopeya

(1) *Correspondencia entre Goethe y Schiller.—Carta de Schiller á Goethe.—Enero de 1798.*

(2) *Metafísica—Libro I—VII.—Libro XIII.—V.*

(3) *Nuevo Ensayo sobre el Entendimiento humano.—Libro II—Capítulo XXX.*

latina, también conmueve el espíritu la arrogancia de Ciro ante las aguas del turbulento Gyndes, pintada por Herodoto en la musa primera de su historia, como el heroísmo de Cocles, descrito de admirable suerte en el cuadro segundo de Tito Livio, ya que la inefable impresión solicitada por el alma, si casi siempre proviene de lo imaginado y de lo imprevisto, puede nacer á las veces del seno mismo de la realidad. Empero, preciso es conocer que la estéril y mezquina filosofía que intenta encerrar las elevadas manifestaciones del pensamiento en el radio de la percepción sensible, despoja al carro de las Artes de aquellas alas de fuego con que al modo del de la antigua Diosa hiende los espacios del sentimiento y surca en gallarda carrera los luminosos mundos de la poesía, para obligarlo á deslizarse perezosamente por el estrecho carril de principios convencionales que, de ser eficaces y ciertos, pondrían la corona de los genios al alcance de las vulgares ambiciones.

En el propósito de discernir la noble naturaleza del arte y de interpretar la índole de sus dignos sacerdotes, retrocedamos un tanto, y preparemos el espíritu al examen y á la observación.

Existe, señores, en los dominios de ciertas almas, un punto impenetrable para toda perspicacia humana, vedado á todo razonamiento, inaccesible á toda investigación, donde la luz parece alimentarse de sí misma ó mantenerse directamente de la esencia absoluta, sin contar en modo alguno con los agentes de la vida natural. Las fuerzas que de allí parten á conmover el mundo externo y á convertir el ambiente que lo anima en éter de ideales manifestaciones, penetran en las entrañas del orden físico

como gérmenes de poderosa actividad, y al despertar los distintos modelos de hermosura que en ellas parecían dormir el sueño del eterno misterio, hacen latir el seno de la madre Naturaleza con el sagrado estímulo de la gloria, y desatarse las voces de la tierra en melodiosos himnos de alabanza, como si herido el corazón del Universo por el imperioso presentimiento de un deber desconocido, acudiese á transfundir su propia savia y á prestar atributos de existencia á la nueva creación que surge al magnífico *fiat* de la inspiración. Y cuando el dueño de ese poder reconcentra y fecúnda de tan alta manera los dones de belleza que descubre en su camino, lejos de entregarlos á las miradas de sus semejantes como realizada conquista, los lleva antes á la propia parte de su sér de donde nació el impulso que los libró del olvido, y al envolverlos en la atmósfera de otra vida más amplia y duradera, deposita en ellos lo mejor de su alma, para luégo ofrecerlos á la muda contemplación de los hijos de la tierra como símbolo de grandeza ó emblemas de inmortalidad.

No es otra, señores, la relación comprensible entre el artista y el arte, diga lo que quiera el gran poeta germano; ni de otra suerte es posible determinar el influjo de la materia en las majestuosas expresiones de la hermosura ideal; que si se hallan oráculos en el templo de la creación para los cuales nada hay oculto en los senos de esa *Alma Mater*, hay seres que, intérpretes á un tiempo de la naturaleza y del espíritu, obtienen, por medios divinos, hermanar en un solo objeto las más sublimes condiciones de cada una de entrambas potestades.

Y á la verdad, señores, que confundirse con las causas primeras de la vida y presentarse después al par de éllas como principio eficiente de acciones sobrenaturales; hurtar á los celajes del alba sus más encendidos matices, y devolverlos cambiados por el pincel de Parrasio en alegorías pictóricas de viviente majestad; pedir sus notas al viento y sus ecos á las voz humana, para retornarlos en himnos como los que henchían en la antigua Grecia los ámbitos del *Odeón;* demandar al espacio las variadas formas de sus líneas, y dárselas luego combinadas en el famoso templo de Élide ó en el que pregonaba un día la magnificencia de Atenas desde el Acrópolis sagrado; herir el marmóreo bloque con el acompasado golpe del cincel, á fin de animar la substancia insensible y ofrecerla más tarde convertida en el Júpiter de Olimpia que transporta, en la Venus de Milo que embelesa, en el Laocoonte de Rodas que conturba y en el Apolo de Belvedere que entusiasma; aparecer en suma, como sublime colaborador de la gigante obra del Universo y trocar la materia inorgánica en entes de peculiar hermosura, no es dado sino al espíritu que desde cimas vertiginosas acierta á medir el límite de lo perecedero con lo eterno y logra contemplar á plena luz el vasto cuadro de la existencia moral.

La poesía, que es el espíritu del arte, ha sido definida como *expresión del ideal* por el más sensible de los cantores modernos; y la verdad de semejante definición se palpa sin esfuerzo alguno de lógica ni raciocinio, con sólo comprender que el artista no es tan eficaz para patentizar las cosas de la tierra como para traducir los efectos inmateriales de que es susceptible la vida de sus

diversas manifestaciones. Así vemos que en el orden físico nada, por aquel respecto, está cerrado á su penetración; esa penetración que ni requiere el estudio de preestablecidas leyes ni el impretermitible auxilio de la luz natural. Y desde el monólogo eterno en que el arroyo se cuenta su propio destino, hasta la enamorada plática de las olas del mar con las guijas de la ribera; desde el delicado aroma que como gaje de gratitud esparce á los vientos la flor de la mañana, hasta el lenguaje en que el roble gigantesco dice á las auras sus dichas y sus dolores; desde el mudo placer con que la horadada roca recibe en su seno el eco virginal de la espesura, hasta la soberana ambición con que intenta la montaña confundir en su elevada cumbre las voces de la tierra y las voces de lo infinito; desde el duelo de las sombras hasta los festejos de la luz, todo lo recoge en su mente para magnificarlo, todo lo atrae á sus dominios para engrandecerlo, al modo que atrae y recoge el cielo los rayos diseminados del sol, después de sojuzgada la tormenta, para mostrar desde la irisada nube el símbolo de la calma, como promesa de amor para los mundos y respuesta de perdón á la plegaria del creyente.

Y si nada en los senos de la naturaleza puede negarse á su investigación, no existe hecho alguno en el orden moral que se escape á su conocimiento. Así lo vemos penetrar en el recinto augusto del dolor y escoger allí la más pura de las lágrimas para guardarla, como preciada joya, en el cáliz del sentimiento; y lo oímos bajo nuestra planta recorrer el sagrado de la tumba como para resolver el problema que más sobrecoge á los mortales; y lo encontramos descorriendo el velo que encu-

bre el corazón del hombre, ansioso de numerar uno á uno los átomos de sombra y las chispas de luz que oculta en su seno aquel abismo insondable; y lo hallamos, por último, enseñoreado del asilo de nuestra propia conciencia, ora como juez que interpela, ora como víctima que clama, ya como verdugo que castiga, ya como arcángel que perdona; sin que nada alcance á eludir sobre la tierra la justicia de sus hechos ni la acción de su poderío, como que la llama que inspira las ideas de este vidente de las almas, es la misma que mueve á los predestinados del Altísimo á surcar, como nautas atrevidos, el piélago de la eternidad.

Hostigado por su propia grandeza y poseído á veces de la suprema condición de su destino, tiende á separarse del concierto humano, y se retira á nemorosa región de incomparable ventura; especie de isla que se levanta en medio del tumultuoso océano de la existencia, á donde no llega, sino como eco perdido, el clamor de las contiendas humanas, y á orillas de la cual se estrellan impotentes, como con furia de oleaje, los ruines anhelos de la materia y las bastardas pasiones de los hombres. En aquella repuesta morada no hay estímulo para la soberbia, ni propósito para el crimen, ni goces para el egoísmo, ni alicientes para la venganza; y son de amor los ecos que lisonjean sus collados, de consuelo el aroma que exhalan sus verjeles, de virtud los frutos que brindan sus campiñas, y de gloria los cánticos que suben á los serenos ámbitos de su cielo. No hay allí lágrima de amargura que no se trueque en poema de esperanza; gemido que no se mude en dulcísima nota de alegría;

sacrificio que no se cambie en valioso título de nobleza, y heroísmo que no logre corona de laureles inmortales. Y á las alturas de aquel retiro se remontan los que aspiran de derecho su ambiente privilegiado, ávidos de observar el vario panorama de las pasiones del hombre, que á lo lejos, y en espantable torbellino, se ofrece de un solo golpe á la mirada de los genios. De allí columbró Homero la crueldad de la lucha entre los distintos sentimientos que se disputan la vida, y Apeles la voracidad de la calumnia con sus terribles efectos de lágrimas y de sangre: allí escuchó Esquilo en toda su fiereza el tremendo grito de la desesperación humana, y Timantes el gemido lastimero del más grande de los paternos sacrificios: allí midió Sófocles la intensidad de la pena de quien llora bajo implacable destino, y Praxiteles la dosis de acíbar que en cada gota de llanto encierra el dolor de la madre ante los yertos despojos de sus hijos: de allí acertó Eurípides á oír de cerca las palpitaciones de la venganza, y Fidias á interpretar el principio que confunde los dones de la razón con los atributos de la fuerza; y de la más alta de aquellas cumbres antevió el Evangelista el pasmoso desenlace del drama de la existencia, con la más poderosa pupila de cuantas han interrogado á las sombras, y con el rayo de genio más luminoso de cuantos han penetrado en el horizonte de los siglos.

¡Loor eterno á esos visionarios de la gloria que nos escudan de nuestras propias asechanzas, y nos hacen mirar dentro de nosotros mismos la diferencia entre los sentimientos que enaltecen el alma y las inclinaciones que deprimen la parte inmaterial de nuestro sér!

¿No es verdad, señores, que meditar acerca de los

prodigios que han realizado en el mundo los que sacrifican en los altares del arte, pone entusiasmo en el pecho y gratitud en el corazón? Y ¿no es verdad asimismo que entre los inmensos beneficios dispensados al hombre por esos primogénitos de la inteligencia, ninguno como el de hacernos olvidar la vida perecedera para obligarnos á levantar el pensamiento en prosecución de la verdad absoluta?

Ciertamente que á la luz de los varios dogmas profesados por la familia humana, se aclaran de suerte más fácil los eternos enigmas de la creación: mas, como es imposible negar la consubstancialidad que existe entre los secretos del arte y los arcanos del espíritu, de ahí que no parezca aventurado establecer una especie de correspondencia inmediata entre las expresiones peculiares de la belleza y las creencias á que rinde tributo cada pueblo en determinadas circunstancias de su vida. Y como á ninguna de cuantas privan en la tierra debe el hombre lo que á la predicada un día por palabra más que humana al rumor de las palmeras de Palestina y entre el murmullo que levantan los mares de Galilea, fuerza es buscar en sus relaciones con el arte el poder que élla representa en la manifestación sensible de la hermosura ideal.

Es el Cristianismo, señores, una religión nacida fuera de la órbita vulgar de ruines supersticiones, y sin más base y fundamento para sus leyes que los móviles preternaturales del sacrificio y del amor. De su origen no puede el alma darse cuenta sin hallarse de improviso en aquel recinto de visiones consoladoras, donde reside en infinita esencia el misterioso principio de la vida. Com-

puesta de ideas extrañas al influjo de ocasionales efectos y revestidas con atributos de eternidad, no puede admitir contradicción alguna en su doctrina sin dejar amenazada de injuria la verdad misma que sustenta. Así sostiene ahora cuanto sostuvo en sus primeras edades, sin que las heréticas revoluciones ni el profano culto de la materia hayan podido impedir que por ella se realicen los dos hechos más grandiosos que han presenciado las centurias: la apoteosis del espíritu y el vencimiento de la muerte.

La ciencia, para la cual nada existe ni de preciso ni de verdadero más allá del radio de lo exclusivamente razonal, encuentra resueltos en ese dogma, como en otro ninguno de los antiguos, sus más pavorosos problemas, y ve llevados á términos absolutos, por los apóstoles de tan alta doctrina, los principios relativos emanados de la investigación. No busquéis en el *Phedôn* del sabio de Egina pruebas tan claras de la inmortalidad, ni en la *Etica* de Aristóteles sentencias tan morales, como las que ofrece San Pablo en sus Epístolas á los Corintios. No pidáis al filósofo de Samos, cuando os hable de la unidad absoluta y primordial, aquella lucidez con que explanan la idea de Dios único los santos Irineo y Clemente de Alejandría. Tampoco intentéis hallar en ninguno de los que antes inquirieron la causa generadora de la existencia universal, aquel poder de que se sirve el Angel de las Escuelas para patentizar la idea más inaccesible á los empeños de la razón. Y si seguís otro orden de acontecimientos, no pretendáis encontrar en toda la historia del estoicismo ejemplos semejantes á los que dan Dionisio de Areopagita y Eleuterio, Ignacio y Policarpo, Justino

y Próculo, como tántos otros héroes del espíritu, que sin exhalar un gemido cuando las famélicas bestias del circo romano devoran sus miembros, ó las llamas abrasadoras lamen sus carnes, ó desgarra sus entrañas la bárbara cuchilla del verdugo, espiran con los ojos elevados al cielo y la plegaria en los labios, como para simbolizar de esa suerte la victoria de la verdad sobre el error, el triunfo de la fe sobre el descreimiento, la supremacía del Cristianismo sobre todos los dogmas de la humanidad.

La tragedia á que dió márgen el misterio más alto de esa religión sublime, y la cual forma ó constituye la clave principal de su grandeza, dejó en el mundo una memoria que, más que como ejemplo, influye en el alma humana como deseo de predestinación. De élla se apodera el arte, así en su causa como en sus efectos, y de tal suerte la pinta, y en tal manera la esculpe, y tan maravillosamente la canta, y por tan alto modo la representa, que á no estar la verdad de cada modelo en punto á donde no alcanzan las miradas de la vida, se llegaría á dudar si el arte presta al asunto todo el vigor con que resplandece, ó si el inefable tema se transfunde en el artista para hacerle sacerdote de su recuerdo y pontífice de su gloria. La expresión de serena beatitud que pone Giotto en el rostro de la doncella israelita, al descender en los rayos del crepúsculo el intérprete de los eternos designios ; el suave ambiente de pureza en que envuelve el Pintor Angélico el grupo de la divina familia ante el inspirado Simeón; la majestad del dolor reproducida por el Perugino en el lienzo donde el Verbo se lamenta á la sombra de los olivos sagrados; la ardiente aspiración del alma á explorar los senos de lo infinito, representada por

Miguel Angel en la cúpula del primero de los templos; la virtud que trasmite Benvenuto á la substancia endurecida, cuando cincela bajo iluminaciones del genio la sublime escena de la crucifixión; la mirada de perdón y mansedumbre que descendió hasta Rafael desde el centro mismo de la Verdad, para ser luégo el PASMO de los mortales en una de las más altas maravillas del pincel; el poema de castidad y dulzura, trazado con tintas etéreas por Murillo, como revelación para el hombre del encanto inmortal de la inocencia; los majestuosos acordes de que se sirve Palestrina para hacer llegar á las alturas las deprecaciones de la tierra; las lúgubres harmonías con que atrista Mozart los ámbitos del santuario, semejantes á notas de la vida que vibran en las regiones de la muerte; todas esas grandezas en que se refleja el espíritu cristiano con los elocuentes caracteres del sentimiento y de la gloria, muestran cuánto debe el arte á esa Religión augusta, que, aun al recordar en sus expresiones ideales los quebrantos de la existencia, hace que siempre la esperanza vaya siguiendo á la tribulación.

En el orden de las acciones humanas y en el proceso indefinido de los tiempos no hay manifestación sensible que logre equipararse á esas manifestaciones espirituales, en las cuales puede escribir la inteligencia su mejor título á la gloria, y formar en la esfera del sentimiento, como con preseas de hermosura, la corona de su poder y el cetro de su dominación.

Cuando los nacidos en esta edad nos detenemos á contemplar el pasado, á la manera del viajero que desde elevada cumbre domina infinitos horizontes, no pode-

mos menos de sentirnos sobrecogidos ante el irresoluble problema de la existencia moral. ¡Cuántos padecimientos sufre el alma antes de infundir realidad á una ilusión! ¡Cuántas amarguras antes de dar cumplimiento á una esperanza! ¡Qué de aflicciones inesperadas! ¡Qué de desencantos prematuramente sentidos! Y fuéra del sagrado asilo del hogar, nunca vemos al hombre tan libre de las tribulaciones de la tierra, como cuando envuelto en esa atmósfera de luz que lo sustrae de la vida y lo encadena á lo eterno por medio de la inspiración, roba para sus semejantes un destello del sol divino y les hace disfrutar, siquiera temporalmente, del bien supremo de la infinita hermosura.

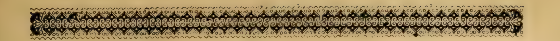
¡Oh tú, Genio de las Artes, que alimentas el espíritu y das consuelo al alma acongojada, como nos pones delante de los ojos el abismo de nuestras locuras para obligarnos á inquirir el camino de la verdad! ¡oh tú, tabernáculo de grandezas, santuario de sentimientos divinos, vaso de esencias inmortales, que así exhalas el aroma de la gloria en medio de las armonías de la vida, como viertes reparador perfume sobre los terribles dolores de la muerte; sigue haciéndonos presentir desde la tierra el goce de la suprema hermosura; dando á libar á nuestros labios la íntima copa de regalados amores; difundiendo en torno nuestro, bálsamo de celestes esperanzas; que cuando el Tiempo detenga su carrera y se recline á dormir el sueño del olvido al borde de la Eternidad, tu memoria vivirá sobre la extinguida pompa del Universo como único recuerdo que habrá de legar el Altísimo á las creaciones futuras que germinan en su pensamiento!

Señores:

Ya que dejamos incoada la gloria de este Instituto, debido á la sabia previsión del General Guzmán Blanco y á su constante celo por la instrucción pública, tócame rendir, á nombre del Director, un sincero tributo de gracias al digno Representante de los actuales destinos de Venezuela, lo mismo que á sus compañeros en las difíciles labores de la Administración Nacional, por haber contribuido á prestar con su presencia mayor autoridad á este acto civilizador. Y es ocasión asimismo de recordar con reconocimiento el interés que viene mostrando el docto Ministro de Instrucción Pública por cuanto atañe ó se refiere á esta beneficiosa Institución. Mas, no quisiera poner término á mi discurso sin exhortaros, jóvenes alumnos de la Academia Nacional de Bellas Artes, á que penetréis con fe en este sagrado recinto, á fin de que podáis un día esclarecer sus misterios y oficiar luégo en sus altares como dignos sacerdotes. Os ha tocado en suerte un Director que será para vosotros benevolente amigo y cariñoso consejero, y respecto del cual no puedo decir una siquiera de las muchas frases de justicia que pugnan por asomar á mis labios, por vedármelo motivos de bien fácil adivinamiento. Observad que el tiempo discurre de tan vertiginosa manera que casi puede decirse que se hurta á nuestra sensación. Entráis á la vida y ya experimentáis los anhelos de la juventud, que pasan fugaces para dar cabida á las reflexiones de la madurez, sustituidas prontamente por los graves pensamientos de la ancianidad. El mismo sol que ha de iluminar vuestros estudios y prestar brillo á vuestras concepciones, cuando apenas termináis de admirarlo en el Oriente, se

os presenta suspendido en el alcázar del zenit, de donde desciende en rápido curso á sumergirse en las sombras del ocaso. Por último, llevad la mano á vuestro corazón. ¿Qué sentís? ¿Es acaso el incesante latido que prueba que la savia de la vida circula por vuestras venas? No:—es el recuerdo del momento que pasa, la palpitación del instante que huye, la voz misteriosa que os dice que la existencia es dón supremo, y que cada cual tiene el deber de consumirla en gloria del espíritu, para realizar la parte que le cumple en el infinito plan del Universo.





DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR D. MANUEL FOMBONA PALACIO EN EL ACTO DE SER DEPOSITADAS EN EL PANTEÓN NACIONAL LAS CENIZAS DEL ILUSTE PRÓCER DE LA INDEPENDENCIA GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.

Señor Presidente de la República. Señores Miembros del Ejecutivo Federal.

Señores:

Ni la razón lo comprende, ni lo descubre la mirada; pero el alma lo presiente y el entusiasmo lo adivina: en torno de ese féretro se agolpan en este instante los bizarros adalides de nuestra independencia que aquí dormían el sueño de la tumba, y al ver hoy franqueadas de nuevo por el ostiario de la Gloria las puertas de este augusto recinto, vuelven de su ya largo reposo y sienten renacer dentro de sí la noble emulación de la Fama, como si surgieran á sus ojos aquellos campos de heroísmo donde regaron con el licor de sus venas la simiente que había de convertirse en el árbol majestuoso de la Patria.

Deponed, deponed ahora los atributos de la materia: llamad sólo á vosotros los dones del espíritu, y ved cómo rodea el túmulo la cohorte de inmortales, ansiosa de despertar de su letargo y rendir homenaje de bienvenida al admirado compañero. Ved cómo aquél, desceñido el talabarte, golpea el desnudo pavimento con la espada que segó los laureles de Bocachica: ved cómo el otro hace vibrar la altiva cúpula al mover la sonora espuela con que batía los ijares de su caballo en el combate contra los sitiadores de la heroica Maturín: oid á éste rememorar los grandes hechos del campeón de las llanuras con la propia voz que doctrinó en la contienda á los hijos de la moderna Esparta; y á esotro, de austero continente, herir la tierra con aquella lanza misma de que se sirvió el valiente de los valientes para coronar su triunfo en la laguna del Yagual.........Y luégo, si convertís los ojos hacia aquel centro de grandeza, embellecido por el arte, ved cómo se anima la figura del padre de los héroes, del hijo primogénito de la gloria: cómo asoma de improviso á su mirada el rayo del pensamiento, y cobran las líneas de su semblante color de humana vida: cómo va levemente agitándose el contorno de la blanca vestidura, é irguiéndose la marmórea frente, henchida otra vez de concepciones soberanas; y cómo el guerrero mueve la planta, desciende de la opulenta hornacina, y al acercarse al hemiciclo exornado con los arreos de la muerte, posa en el ataúd aquella mano, dada siempre á rubricar la victoria; y con el grito que aun asombrados repiten los ecos de Carabobo, logra despertar, entre las armonías de la Patria, al lidiador invicto que había rendido la existencia lejos del

suelo donde palpita el recuerdo inmortal de sus hazañas.

Ya está el preclaro adalid en el Alcázar de los altos merecimientos: no como el vengador de Patroclo en el solitario templo de los confines de Arcadia, sino como el libertador de Andrómeda en el que decoraban las palmeras de Chemmis. Ya se levanta alborozado, y le parece oír de nuevo el timbre marcial de los clarines, y ver las ondas de las pátrias banderas, y contemplar la marcha de los guerreros escuadrones que tantas veces condujo á la pelea, y hasta sentir el relincho en que su corcel de batalla pide llevar aún sobre el robusto dorso al Genio apocalíptico de las pampas apureñas, para cruzar con más alto brío los desiertos de la llanura, como nuncio de prodigios, como presagio de libertad.

Yo te saludo, Paladión de nobles conquistas, Alumno predilecto de la Victoria: yo ante tí me prosterno, Numen fatigador de la Fama; y de tí imploro que erguido sobre el pesdestal de tus proezas y armado de ese mismo acero, testigo y colaborador de tus hazañas, oigas el acento del que, hoy elegido para pregonar tu gloria, va á penetrar en los dominios de tu alma, á la manera del tímido arroyo en los abismos del océano, ó como el átomo perecedero en las regiones de lo inmortal.

Y no creáis, señores, que hubo nunca protesta más merecida de entusiasmo, ni penséis que se vió jamás homenaje más justo de admiración. El que hoy recibe culto de apoteosis y huella el solar nativo entre las palmas de la gratitud nacional, no viene como hombre,

sino como símbolo: no entra bajo estas bóvedas como figura inmortal, sino como idea de triunfo: no llega rodeado ya del prestigio de sus propios hechos, sino que, encarnación del heroísmo, resume y condensa la gloria de sus compañeros de lucha, y casi á la par del Genio de Colombia, se ofrece transfigurado á los ojos de nuestro espíritu, como si sus magnas acciones, con la doble virtud de crear y de engrandecer, al dotarlo de nueva vida lo llevasen al Olimpo de la Patria, al modo que llevaron sus hazañas al titán de Tebas á ocupar asiento de grandeza en el senado de los dioses.

Entre las eminentes cualidades que constitnyen los sublimes caracteres descuella á veces alguna que, cual otra especie de alma, consigue absorber en el espíritu de ciertos seres superiores todas las demás condiciones de índole sobrenatural. Así en Temístocles el anhelo de la gloria logró sobreponerse hasta el sentimiento de la patria: así el desprendimiento fué para Epaminondas deber indeclinable, aun en lid con la conciencia: así hizo Timoleón de la justicia el único soberano de su voluntad: así imperó en Arminio la energía, la altivez en Escipión, la templanza en Marco Aurelio, en Othón el Magno la constancia, la lealtad en Bayardo el Caballero; y así el valor, ese valor que no cabe en las previsiones de la mente, ni puede hallar en lenguaje alguno concepto expresivo de su admirable poder; que no mide los obstáculos, ni conoce los peligros; que no toma nada de extraña naturaleza, sino que todo lo recibe de su misma condición; que semejante á la luz, crece más cuanto más se acerca al límite demarcado á su impulso, ó es más vivo cuanto más directos son los rayos que derrama;—así ese valor

escogió á Páez para hacerlo su personificación sobre la tierra, y lo envolvió en atmósfera irrespirable para todo otro espíritu, y lo puso en regiones inaccesibles á los embates de la fatalidad, y aguardó para encerrarlo en forma humana y prevenirlo á realizar fabulosas acciones, aquella hora marcada por el dedo de la Providencia en el cuadrante de la vida, en que penetrado el hombre de la sublimidad de sus atributos y poseído de la supremacía de su inteligencia, había de lanzar la protesta de su cólera contra los falsos fundamentos de la sociedad antigua, y rendir con la clava de sus derechos la grandeza formidable del régimen absoluto, que fué el tremendo corolario de la ignorancia de los pueblos.

Después de la horrible catástrofe cuyo recuerdo pone aún temor en la conciencia, y en la cual la humanidad, como el Satanás de Milton, fluctuaba en vertiginosas alturas, próxima á caer en insondables abismos; después de aquella contienda sin descanso en que parecían tomar cuerpo y cobrar espantosa realidad los lúgubres delirios del Profeta de Babilonia, tocó á la parte de América nutrida con la savia de aquella nación heróica que supo hacer del astro de la luz el primero y más constante de sus vasallos, seguir el pasmoso ejemplo de los que habían calcinado con el fuego de la verdad la insignia del despotismo en la frente misma de los reyes, y erguida en la plenitud de su vigor, levantar con asombro de los siglos el estandarte de independencia, como el águila del Cáucaso que, persuadida de la pujanza de sus plumas, deja la abrupta roca donde ensayó su primer vuelo, y se lanza á beber las etéreas inmensidades, avezada ya á vivir, cual en atmósfera propia, en la combatida región de la tormenta.

Son las ideas, señores, entes en principio que moran en los espacios ilimitados de la inteligencia, prontos á recibir duradera vida de aquellos ungidos de la gloria que logran inquirir con pupila de vidente los arcanos más incomprensibles del universo moral. De su índole nada conoce el alma hasta que en las solemnes ocasiones de la historia ve que aparecen como agentes misteriosos movidos por una sola é irresistible voluntad. Entonces comienza á levantarse lentamente, como al conjuro de nuevos Anfiones, la obra redentora concebida por el genio para servir de enlace al espíritu con el centro de su aspiración. La Virtud le presta sus dones sobrenaturales, la Razón sus conquistas, la Conciencia sus atributos y sus fundamentos la Verdad. Pero á medida que avanza y crece se miran llegar á ella, ansiosas de herirla en su base perdurable, todas las funestas pasiones coligadas en las sombras para impedir entre los humanos el triunfo irrevocable del Bien. La envidia, á la manera de aquellos réprobos del Dante que participaban sucesivamente de la condición del hombre y de la condición del reptil, se anuncia con el silbo revelador de su iracundia: el rencor acude en la embriaguez de la venganza, como los monstruos de la isla de Alcina; y la bastarda ambición, con el sañudo encono del Argante del Tasso, se acerca armada del incendio, á convertir en cenizas el grandioso monumento destinado á la inmortalidad. Mas á despecho de tan innobles afanes sigue la prodigiosa pirámide elevándose á las alturas, consagrada por la Fe, sostenida por el Heroísmo, realzada por la Abnegación, hasta que entre atmósferas de luz, esplendores de grandeza, nubes de gloria y celajes de esperan-

za sube á perderse en el seno de lo infinito, de donde bajan al punto á vivificar la tierra, reflejados por el vértice gigante, los rayos del sol de la Justicia, como desciende por la escala del incienso, en el sacrificio del altar, el Espíritu divino, á bendecir en el mundo el homenaje de las almas.

Empero, tales conquistas nunca se obtienen para el hombre sin el concurso extraño de ciertas virtudes que, identificadas con la poderosa inteligencia de donde toma su eficacia la idea primariamente concebida, se manifiestan en la serie de ulteriores acciones como potencias impulsivas del atrevido pensamiento. Y no de otra suerte aparecen en nuestra lid de emancipación los genitores de nuestra libertad, los cuales, advertidos de la grandeza del designio por quién sabía mantener pláticas con el Tiempo y entrar en confidencias con la Gloria, pulsaron sus propias fuerzas; y al sentir que la fiebre del entusiasmo les enardecía las venas, que el ansia del triunfo les abrasaba el alma, que el ahinco del deber les imponía la lucha y el incentivo del renombre los despertaba á nueva vida, llevaron á inmolar en los altares de la Patria todas las preseas de la fortuna, todos los dones de la felicidad; y á semejanza de aquellos hijos de Lacedemonia regidos por el espíritu de Licurgo, juraron no volver al tierno regazo de la madre sino amortajados con las girones de su bandera ó ennoblecidos con la prez de la victoria.

Si por la resistencia de los tiempos hemos de medir la grandeza de las obras, ninguna, señores, como la conquista de nuestra independencia nacional. No es ya la montaña que se yergue, vecina á lo infinito, merced á la

laboriosa sucesión de providenciales acontecimientos. Es la imponderable mole que, llevada por brazos de Cíclope hacia las cimas del éxito, ora se mira próxima á la cumbre, ora rueda como el peñasco de Sísifo, sin que el tremendo alternar de la fatiga logre rendir á los titanes de aquella lucha sin ejemplo. En aquel batallar continuo entre dos ideas cardinales que se rechazan, no falta, para más asombro, ni la vacilación de la virtud. Creyérase al contemplar la lucha que postergados en ella los más nobles fundamentos de la vida, se asiste á una de esas revoluciones morales, que al modo de las del orden físico, hunden en eterno olvido, ó dejan heridos de muerte, principios que se consideraran de infinita duración. Son dos pensamientos que tienden á destruirse, dos naturalezas que intentan aniquilarse, un abismo que amenaza á otro abismo, sin que rasgue tan densas sombras un rayo siquiera de fugaz esperanza, como aquel que el cantor de Los Mártires hace penetrar en las mansiones del infierno al ser redimida Séfora por la ternura filial. En presencia del pavoroso problema la Esfinge permanece muda, pronta á devorar al primer Edipo que intente esclarecer sus recónditos arcanos. Y sigue siendo deber el sacrificio, ley la matanza, necesidad el exterminio, y la muerte único galardón. El fanatismo ocupa á trechos aquel cuadro de horrible pavura, y el dolor lo reviste de lúgubre majestad. Y en él domina Páez una y otra escena, y consagra con su valor uno y otro triunfo, como numen destinado, en medio de tanta desventura, á dirimir con el verbo de sus hazañas la terrible competencia entre los derechos antiguos y las verdades que sanciona el heroísmo de los pueblos.

No es Héctor que va á la lid en carro tirado por arrogantes corceles, ni Pirro que se hace preceder de legionarios que cabalgan sobre selváticos monstruos; sino el guerrero que al ceñir los flancos de su bridón de pelea, engendrado por los vientos de la llanura, semeja la idea de la Independencia llevada en alas del relámpago á enardecer los ánimos que vacilan en la contienda. Arde el acero en su mano como un reflejo de la gloria; y su lanza, más vibrante que la de Aquiles, más ponderosa que la de Teseo, parece un sér animado de cierto belicoso espíritu que no da tregua á los afanes del combate sino en la calma que arrullan los himnos de la victoria. Y allá se le mira siempre, delante de aquella hueste formidable que, envuelta en un bosque de hambrientas picas y de locuaces banderolas, le acompaña, cual otra selva de Birnam, á poner espanto y temor en las impávidas filas de los contrarios de la libertad.

Tiene de los héroes antiguos la tenacidad incontrastable, é inquiere como los modernos capitanes la ocasión de los reveses y el motivo de los triunfos. Y ninguno supo como él establecer entre la muerte y la vida el vínculo misterioso que, al borrar la pavorosa distancia con que separa el instinto esos dos polos de la existencia, es causa de empresas sobrehumanas, bien diferentes de aquellas que sólo realizan á veces determinadas facultades del alma, inducidas por el egoísmo ó concitadas por la ambición. Ciro en las riberas del Pactolo, es la sagacidad que se vale de lo imprevisto: Milcíades en Maratón, la inteligencia vencedora de la barbarie: Cimón en la costa de Panfilio, la audacia estimulada por la fortuna: Filipo en las márgenes del Termodonte, la pruden-

cia que se sirve de la temeridad del contrario. Y así en el Trebia no es Aníbal sino el brazo que mata por sorpresa; y Sila en Sacriporto la venganza que satisface su apetito; y Pompeyo á orillas del Eufrates el desapoderado anhelo de renombre; y César en Farsalia la sierpe que se aprovecha de la inacción del enemigo. Y en las edades modernas no hallaremos en Carlos XII sino la impetuosidad de la locura; y en Federico al ingenio que triunfa con la máscara del desaliento; y en aquel que á un tiempo abrevaba su caballo en las aguas del Niemen y estremecía con el paso de sus legiones las riberas del Tajo, al experto geómetra que encierra en fórmulas precisas la suerte de las batallas y conduce al bando adverso, con la seguridad del cálculo y la exactitud de la línea, á recoger en lugar determinado el fruto de su imprevisión.

No así nuestro héroe: su ardimiento en la pelea, su fortaleza en las fatigas, su entusiasmo en la victoria, nacen de aquella secreta virtud que, ajena á toda bastardía, se nutre sólo con los elevados principios que hacen fecunda en la tierra la idea de la libertad. Debido á tan noble causa no puede asomar á su mente la previsión de la derrota; y merced á la energía de tan alto estímulo, convierte el triunfo en atributo de su alma, y con él se confunde de tal suerte, que casi es imposible discernir si entrambos forman una naturaleza misma, ó son dos irradiaciones de un solo pensamiento, próximo á encarnarse, por maravillosa manera, en el corazón de la patria.

Recordad las páginas más gloriosas de su vida, y veréis como se palpa en ellas ese conjunto de singulares circunstancias. Y en efecto, señores: el león que al

lanzar en la Mata de la Miel el rugido de combate y abalanzarse sobre la hueste enemiga, llena de pasmo á la misma naturaleza, que corre á cubrir aquel cuadro con el velo de sus sombras; el águila que al columbrar en el Yagual la presa que le depara la fortuna, tiende á ella la garra poderosa, por entre senderos que la sangre matiza, y ciénagas donde el sol fecunda la ponzoña de la muerte; el genio que se cierne majestuoso sobre el ardiente campo de Mucuritas, y como la deidad de Diópolis agita allí la diestra formidable, entre las trombas del humo y los reflejos del incendio; el gigante que en la boca de Coplé logra el triunfo con el arma del asombro, mientras acechan de consuno su existencia los cañones del enemigo y los mónstruos de las aguas; el nuevo Orlando, cuya osada intrepidez llega á causar fatiga al numen mismo de la victoria, y levanta de súbito en el llano de Las Queseras el más alto monumento que pudo alzarse al heroísmo; el rayo que en Carabobo reduce á cenizas, sobre la propia frente de sus posesores, los lauros consagrados por la Gloria en Talavera y en Bailén; el titán de indómita pujanza, ante quien se abaten de improviso los inexpugnables muros de Puerto Cabello, entre el espanto de los que lidian en las tinieblas para no añadir al vencimiento la deshonra; el espíritu, en suma, avasallador del destino y árbitro de la bélica suerte en las luchas por la libertad, no puede haber cobrado aliento de vida sino en uno de los solemnes instantes en que el Eterno anima el impulso de aquellas fuerzas misteriosas que pugnan por declararse dominadoras de la tierra.

Señores:

En el proceso indefinido de la existencia no hay

conquista moral que no ofrezca manifestaciones más serenas y apacibles, al paso que va adelantando en el camino de su perfección. Y es porque el alma, ávida siempre de templar sus ansias en las aguas cristalinas del Bien, persiste, aun á riesgo de no dar logro á sus designios, en quitar á la lucha de las ideas todo aspecto de barbarie, cada vez que se previene á borrar con el fuego del sacrificio, las páginas más sombrías del libro de la humanidad. Así el drama de nuestra Independencia presenta en sus postreros actos cierto espíritu de hidalguía, que tiende como á convertir en torneo de bizarros justadores al duelo entre el principio de la libertad y el de la fuerza, y viene á ser el pensamiento iniciador de la concordia entre contendientes de idéntico origen, que rinden á la gloria el propio culto y comulgan en la misma religión.

Vencidas ya las pasiones; derogados de tan alta manera los propósitos sugeridos por el odio entre el fragor de los combates, el ánimo se dispone á contemplar cómo crece el bienhadado olivo en el hogar que encierra tantas reliquias de libertadores, y cuyo seno, humedecido con el llanto de las matronas y de las vírgenes, continúa exhalando el aroma de la gloria, como para avivar el anhelo de los que á fuer de nobles adalides, guardan con ahinco fervoroso las conquistas de la libertad. Y no satisfechos los lidiadores respetados por la muerte con haber encendido el sol de la Independencia en el cielo de la Patria, recogen, empapada aún en su propia sangre, la semilla fecundada por sus hechos, y en cruzada que habrá de fatigar para siempre la admiración de los siglos, van esparciéndolas en surcos luminosos desde donde el Magdalena confía sus secretos al piélago

antillano, hasta donde el Sorata se ofrece, en diálogo eterno con lo infinito, como atributo de nuestra grandeza y emblema de nuestra aspiración.

Pasan, señores, los acontecimientos humanos, y dejan tras sí un conjunto de contrapuestos principios, que son como los lizos misteriosos llamados á servir al investigador de los hechos para tejer con mano segura la filigrana de la verdad. La Historia, es testigo y juez de lo pasado, tan inexorable en sus juicios como inflexible en su lógica, quilata todas las acciones en el crisol de la conciencia, y separa con admirable pureza el oro de las virtudes, de las escorias que envilecen de contínuo cuanto participa de la humana condición. Ella nos inicia en ciertos arcanos que, imposibles de entrever por quien no inquiere en sus páginas el genuino curso de las ideas sobre la tierra, son la clave más eficaz para deducir la grandeza de los héroes y el puésto que les corresponde en el escenario de los siglos. Sus atributos, superiores aún á los del Tiempo, la facultan para detener la corriente de las centurias y dirigir evocaciones poderosas, á que responden misteriosamente los ecos de la eternidad. Y desde el que abre á punta de espada el surco de las nuevas ideas, hasta el que calcina con el rayo de la elocuencia los ídolos de las abyectas generaciones; desde el que rompe sobre la frente del pasado el emblema de las antiguas conquistas, hasta el que recoge de la arena del combate el fragmento de escudo, legado á la posteridad por el gladiador rendido como protesta muda contra su propio vencimiento; desde el humillado por los golpes de la injusticia hasta el enaltecido por los halagos de la fortuna, no hay sér alguno que pueda

eximirse de las sentencias de esa deidad soberana, la cual, como inspirada por la idea del Bien absoluto, ora hace descender sus juicios sobre la frente de los buenos como rocío de alabanzas, ora los descarga sobre la cabeza de los culpados con todo el peso de una maldición.

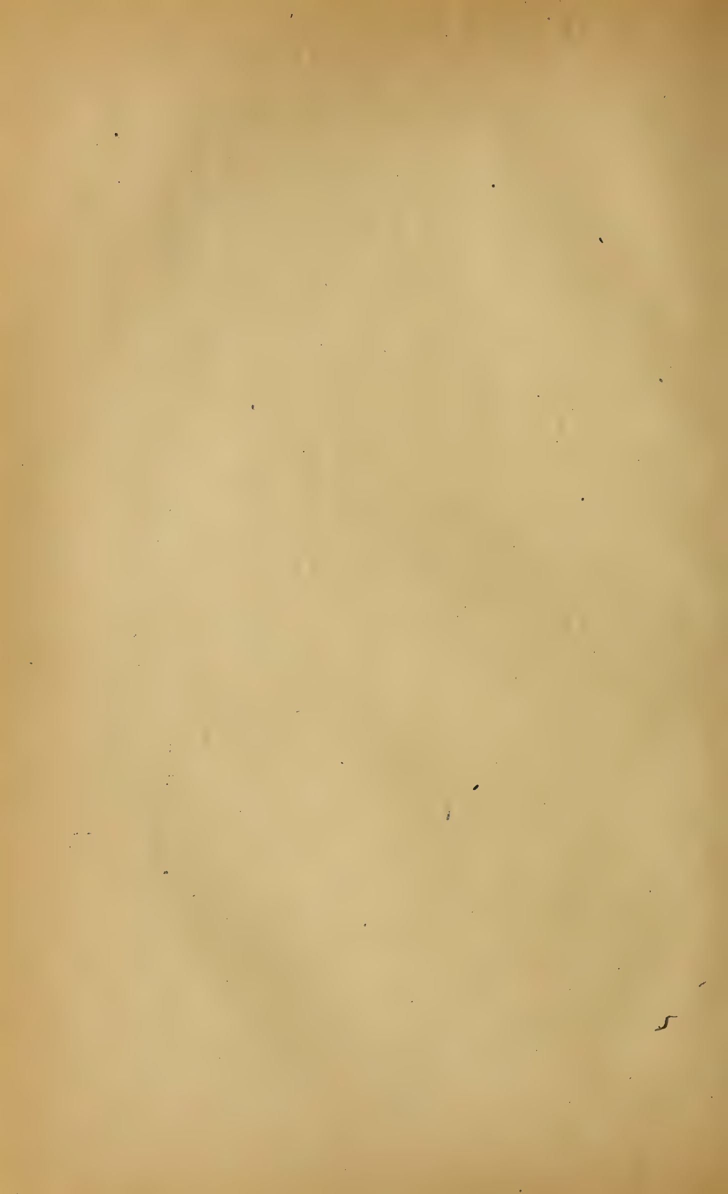
No poco tendrá que juzgar esa terrible niveladora de los tiempos en medio de la gloria que alumbra aquellos magnos días de nuestra Patria; mas, al distribúir los dones de su justicia habrán de abrumar de tal suerte su mano las coronas destinadas á los grandes hechos, que acaso no se acierte á descubrir, entre el verdor de tantos laureles, la hoja deslustrada y el tallo empobrecido, ineludibles representaciones de la fragilidad de nuestro sér. Y así, á semejanza de aquellos insignes monumentos que, erigidos bajo la pesadumbre de las edades en las vastas llanuras de Egipto, marcan el soberbio paso de una época de grandeza, cuando mañana, por el cumplimiento de ciertas leyes providenciales que incesantemente van trasformando la existencia de las naciones, haya tocado nuestra Patria el término de su carrera y no sea ya Venezuela, entre las sombras de lo pasado, sino un símbolo de nobleza y de heroísmo, resaltarán en sus anales los prodigios de tan alta éra como recuerdos de nuestro advenimiento á la vida de la libertad; y entonces se habrá de ver con asombro la altura á que en aquellos días ascendió el Capitán Egregio que hoy viene, coronado por la Fama, á reposar para siempre entre los testigos de su gloria.

Y ya que vos, íntegro Magistrado, obediente á las inspiraciones del patriotismo, determinásteis en hora

afortunada devolver á Venezuela esas venerandas reliquias, y darles glorioso descanso en este templo augusto, levantado á la memorias de nuestros sabios y de nuestros héroes por la misma experta mano que os resignó la dirección de la República, recoged ahora el sincero aplauso de todos vuestros compatricios, y sabed que el acto que con tánta pompa habéis celebrado, constituye uno de los timbres más excelsos de vuestra noble Administración.

Solo ¡ ay ! debemos lamentar que el heroico hijo de Venezuela busque hoy vanamente por los ámbitos del santuario, á tántos de sus compañeros en la primera cruzada de la Patria que yacen aún en extranjero asilo: á tántos que reposan en solitario sepulcro; y á tántos que heridos de muerte en el campo mismo del combate, no encontraron en el vértigo de la lucha quien arrojara sobre sus cenizas el generoso sudario de la tierra, y tuvieron por panteón la inmensidad de la llanura, y por única ofrenda de lágrimas el rocío que lloran sobre la pajiza hierba los genios melancólicos de la soledad.

Lloremos la deserción de tan sagradas reliquias: evoquemos los manes de aquellos desdichados campeones;......... pero no, no turbemos el júbilo de ese glorioso espíritu, á quien ya miro recoger, en urna de amor, los homenajes que hoy le tributa el entusiasmo de la Patria.





DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS CON MOTIVO DEL LAUDO ARBITRAL CON COLOMBIA, EL 21 DE ABRIL DE 1891, SIENDO MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES.

Voy, ciudadano Presidente, á cumplir el mandato de la Honorable Cámara de Diputados, con todo el respeto y el acatamiento á que son acreedores los altos representantes del noble pueblo de Venezuela.

Y puesto que se trata de un Cuerpo como éste, formado todo él de personas en quienes corren parejas la ilustración y el patriotismo, innecesario parece, para dar la solicitada respuesta, acudir á la enunciación de juicio alguno, y así habré de limitarme á la descarnada exposición de los hechos.

Cuando el actual Gobierno determinó restablecer la Legación de España, diéronse con fecha de 25 de julio último á la persona nombrada con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en Madrid, instrucciones escritas en orden á

gestionar el pronunciamiento del laudo que debía poner término á la pendiente cuestión de límites entre Venezuela y Colombia. Decíase en ellas, conforme á noticias que poseía el Ministerio de Relaciones Exteriores, que el litigio sometido desde 1881 al arbitraje del Gobierno español, había pasado al estudio de una comisión científica, con el informe de la cual, contenido en voluminoso expediente, se había transferido luégo, como por vía de consulta, al Consejo de Estado de aquella Monarquía.

El Ministro de Venezuela llegó á Madrid en la estación de verano, y á causa de la ausencia de S. M. la Reina Regente, tuvo que aguardar luengos días para la entrega de sus credenciales, que no vino á verificarse hasta el 14 de noviembre. En el mismo acto solemne de la recepción diplomática, manifestó S. M. al Representante de la República, que el asunto límites entre Venezuela y Colombia no tardaría en tocar su término definitivo.

En conferencia celebrada el 28 de octubre anterior con el señor Secretario de Estado, como hubiese nuestro Ministro llamado la atención del alto funcionario español acerca de determinados particulares, el señor Duque de Tetuán le significó que el Departamento de su cargo había estudiado minuciosamente, tánto el informe de la primera comisión como el dictamen, modificativo de aquél, producido por el Consejo de Estado; y que en vista de ambos trabajos había propuesto al Consejo de Ministros, en el propósito de proceder acertadamente, la designación de dos personas entendidas que colaborasen en la preparación del laudo. Dijo que con tal fin

se había nombrado á los señores Ministros de Ultramar y de Gracia y Justicia, quienes habían de proceder en todo, en perfecto acuerdo con el mismo Jefe del Departamento de Estado; y añadió que su Gobierno quería fallar en el asunto con entera imparcialidad, firme en la idea de dejar satisfechos á entrambos litigantes. Por nota de 22 de noviembre y con relación á otra conferencia celebrada ocho días ántes con el propio Ministro de Estado, impuso nuestro Representante al Despacho de Relaciones Exteriores, de que el asunto límites había salido ya del estado probatorio y entrado en el de decisión final. Más tarde, con fecha 4 de diciembre, participó nuestro Representante en la Corte que el señor Ministro de Ultramar, á la sazón ocupado en el estudio de tan grave materia, le había manifestado que, en su sentir, el asunto era más de forma que de fondo, dada la claridad con que se habían tratado los puntos principales del litigio, tánto por la primitiva comisión ad hoc como por el mismo Consejo de Estado.

En comunicación de 23 de enero de este mismo año participó nuestro Plenipotenciario en Madrid que ya la Ponencia, compuesta de los tres referidos Secretarios de Estado, había producido su informe; y el 4 del mes siguiente dijo que no cesaba de activar el pronunciamiento del laudo y que al efecto suministraba documentos y hablaba de la materia á la persona designada por el Departamento de Estado para su definitiva redacción. Las últimas comunicaciones de nuestro Representante en Madrid, anteriores á la firma y publicación del laudo, son de 4 y 5 de marzo, y en la primera de ellas se noticia al Gobierno que en los círculos oficiales de la Corte

corría valida la nueva de que el fallo adjudicaba á cada parte litigante la mitad del territorio en disputa.

Por último, en el promedio del mes anterior, ha poco más de treinta días, recibió el Presidente de la República un cablegrama de la Legación en Madrid concebido en estos términos: «Dictóse laudo: Goagira á Meta *statu quo.*— Aproximadamente Orinoco Atabapo, Guainía, Cocuy.»

A la llegada de los últimos vapores francés y americano, vino á enterarse el Gobierno de los verdaderos términos del laudo, remitido, no original sino impreso, primero al Presidente de la República y luégo al Ministerio de Relaciones Exteriores, por nuestro Ministro Plenipotenciario en Madrid.

El laudo, ciudadano Presidente, es el mismo que han reproducido varios periódicos de la capital, tomado, según parece, de órganos distintos de la prensa europea. No ha querido el Gobierno darle publicidad en su órgano genuino que es la *Gaceta Oficial*, por no haberse recibido aún el original correspondiente ni el plano *ad hoc* que debe acompañarle para su perfecta comprensión; y por tratarse, además, de un documeuto de no igualada trascendencia, que pide largo estudio, prolijo examen, lenta meditación, para poder precisar su verdadera naturaleza y la manera como ha de influir en nuestra futura jurisdicción territorial. El patriotismo, vidrioso siempre, como todos los nobles sentimientos del alma, puede hallar en él, *prima facie*, motivo de dolorosas impresiones; mas no es cediendo á los primeros impulsos del espíritu como las ideas se aquilatan y se alcanza á depurar la verdad y á medir la trascendencia de los hechos.

Favorable ó adversa para nosotros, esa sentencia no comporta responsabilidad alguna á la Administración actual, que al inaugurarse recibió ese grave asunto casi en la etapa de su solución. Y la Honorable Cámara de Diputados habrá visto, por la somera exposición que acabo de hacerle, que el ciudadano Presidente de la República, con la amplitud de miras y el espíritu de previsión que caracterizan todos sus actos, lejos de relegar al olvido tan importante asunto, proveyó desde los comienzos de su administración á la necesidad de restablecer la Legación en Madrid, ora con el móvil de que interviniese lo posible en el buen orden del proceso, ora para que estuviese pronta á recibir y examinar el traslado que pudiera dársele de lo actuado hasta entonces; expediente este último á que no juzgó necesario acudir el árbitro, á quien se había conferido la facultad de dirimir tan árdua competencia.

Si la Honorable Cámara de Diputados lo juzgare conveniente, consignaré sin tardanza en Secretaría la documentación donde hallará comprobada la verdad de cuanto dejo expuesto.





DISCURSO DE ORDEN

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR D. MANUEL FOMBONA PALACIO CON MOTIVO DE LA INSTALACIÓN DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES.

Señor Presidente de la República. Señora Directora. Señores Ministros. Honorables Diplomáticos.

Señores.

No hay empresa imposible si en ella toma parte la mujer. Los atributos de esta hechura maestra del Creador parecen participar de la misma esencia divina á cuyo poder se tornó la nada en fuente de vida y surgió ceñida de inefables encantos la providente Naturaleza. Halagado acaso el Supremo Artífice con la majestad de sus propias obras y poseído de una de las más grandes inspiraciones de su omniponencia, quiso encarnar en un solo sér, á par de todos los atractivos de la hermosura, cuantos dones y preeminencias reuniese en sus dominios el universo espiritual. Así apareció la compañera del hombre, con el cetro del amor en la mano y la corona de las virtudes en la frente, dispuesta

á convertir, al solo conjuro de sus miradas, en apacible verjel de delicias el yermo de los dolores de la tierra. Y después de haber ungido nuestras sienes con el óleo de su ternura y abierto á nuestros ojos los horizontes de la gloria, quiere hacer extensivos á organismos inferiores el poder de sus gracias y la magia de sus sentimientos, para minorar el rigor de las desventuras en todas las esferas de la vida natural.

Aquí lo hemos visto. El acto que nos reúne viene á ser prueba elocuente y viva del alcance y eficacia de tan prestigiosa voluntad. No es ya sólo el objeto de sus afanes la morada estrecha y obscura donde llora la miseria, ni la errátil ambulancia que tras los horrores de la encarnizada lucha recoge y conduce á lugar de alivio á los que gimen envueltos en la púrpura de su propia sangre. Atenta á toda manifestación de dolor, cualquiera que sea el puésto ocupado en la escala de la creación por el sér qne se lamenta, descubre indicios de martirio aun en aquellas organizaciones destituidas del privilegio psíquico de la palabra; y sin poseer ni la supuesta ciencia del adivino de Pilos ni los magnéticos ritmos del cantor de Tracia, atrae é interroga á las criaturas irracionales que rinden al hombre singular obediencia, con la noble mira de cambiar en soportable tributo el censo de sudor y de fatiga, impuesto á esos entes inferiores por nuestra propia superioridad.

Contradicciones del espíritu! Nos llamamos monarcas de lo creado, soberanos de la inteligencia, y vemos, no obstante, á veces, con insano menosprecio, las fuerzas que la Naturaleza pone á nuestro alcance para asegurar nuestro imperio y extender nuestra domina-

ción. Si nó ¿á qué someter á indecible tortura, en prosecución acaso de un trivial objeto, seres destinados á darnos, en trueque sólo de la conservación de la vida, y aun en medio de su misma irracionalidad, auxilio franco y seguro en las rudas labores de la existencia? ¿A qué tratar como materia inerte entes sensibles, que nos brindan con sus diversas facultades naturales la manera de llegar á la realización de nuestros propósitos y de disminuir ó neutralizar las asperezas de la tierra? Observad, en prueba de ello, al dócil bruto que salva berrocales inaccesibles y ríos torrenciales, por llevar á la meta de la gloria, cual heraldo de triunfo, al campeón enardecido; y cómo á modo de esclavo sumiso arrastra la áurea carroza en que se pasea la opulencia, ó lleva en trajín creciente los gajes de la industria á la bulliciosa lonja, donde aguarda con el incentivo del granjeo el laborioso mercadante. Ved cómo esotro, doblada la cerviz bajo pesada coyunda, abre el surco con el filo del arado y despierta los gérmenes de vida que han de comunicar vigor á la simiente, para convertirse en el sazonado fruto, regalo de nuestros hogares; y cómo aquél, compañero de nuestras vigilias, centinela de nuestro sueño, nos sigue con celo cariñoso, nos escuda de asechanzas y peligros, y aun aparece sobre la losa que cubre nuestras cenizas, como símbolo de ternura ó emblema de fidelidad.

No es mentir nuestra prosapia ni rebajar el nivel de la inteligencia, interesarse por las criaturas que nacen y crecen conforme á leyes extrañas á la vida espiritual. El tránsito del orden sensible al orden de las ideas se regula por ciertos principios, que son como el lazo más

firme entre la Naturaleza y el alma. La flor exhala blandos aromas, el ave modula dulcísimos arpegios, el aura riza y hace sonreír la corriente de las aguas; y esas facultades, hijas de una virtud eficiente, ajena de todo en todo á la acción intelectual, cobran forma y vida en los dominios del pensamiento, merced á una evolución esencialmente afectiva ó simpática, que identifica al hombre por el lado físico con los seres inferiores, y da á ellos, por un medio superior, participación indirecta en nuestros actos. Nace de aquí esa infinita correlación de ideas se nos lleva á buscar en determinados organismos la imagen de altos dones y virtudes, y hasta la representación gráfica de los más nobles conceptos. Así hermanamos el candor ó la inocencia con la exquisita fragancia de las rosas y establecemos vínculos misteriosos entre la gama musical de la voz humana y el incomunicable gorjeo de los alados trovadores. De la misma suerte, el céfiro que murmura en la floresta y el raudal que corre por entre musgosos peñascos, representan sucesivamente á nuestros ojos la instabilidad de la ventura y el camino del hombre al través de las asperezas de la vida. Tributarios somos de la Naturaleza en todo lo que de algún modo se roza con las creaciones simbólicas del entendimiento. Y es que el espíritu, bajo la influencia de aquella luz natural que llamó el más sabio de los santos *participación de la ley eterna*, procura siempre discernir entre el bien y el mal, sin valerse de abstracción alguna, á fin de poder encerrar en términos precisos los conceptos en que se radica la existencia moral de la humanidad.

No quiero hablar de los animales consagrados en las edades primitivas de Grecia, cuando los corceles de

Aquiles eran ungidos por Patroclo y los de Héctor desmenuzaban en las albas manos de Andrómaca el grano reparador después de la pelea. Bástame convertir la mirada á la Heráldica de las naciones modernas para ver al león como atributo de fortaleza, al águila rampante de dominio, al leopardo de bravura, y al caballo de libertad. Bástame recordar que en los siglos medios no hubo casi divisa de guerra exenta de tales ó análogas representaciones, y rememorar asimismo, con religioso respeto, ciertas escenas bíblicas, especialmente aquellas en que la iluminación profética del cautivo de Babilonia y la presciencia irresistible del desterrado de Pathmos, descubren en la figura de incógnitos animales la clave de las más augustas revelaciones.

Ya vemos que hay relación sensible entre el espíritu y las criaturas inferiores. Y si éstas vienen á nuestro entendimiento en virtud de una necesidad ideológica ó de un concepto artístico, ¿por qué rechazarlas cuando se nos ofrecen como seres capaces de abatimiento y de dolor? Mitigar la dureza de su suerte, atenuar sus fatigas, he aquí el pensamiento realizado ya en parte por estas respetables matronas, á quienes nunca es desdoro trocar la social pretexta en humilde vestidura y descender con el bálsamo del consuelo á las regiones sin luz de la desgracia.

La generosa propaganda tuvo precursor infatigable, apóstol ferviente, en un venerable anciano de extranjero origen, pero compatricio nuestro por el afecto y la bondad. Y la noble idea, llevada luego al ánimo del Supremo Magistrado de la República y de su respetable esposa por la sacerdotisa de éste que pudiéramos decir

templo del arte y de la belleza, halló poderoso auxilio y eficaz impulso en los inmediatos representantes del orden social.

La majestad de la presente inauguración corresponde á la excelsitud del pensamiento. Nada falta. Aquí se ostenta la hermosura como soberana de las almas : eximios repúblicos realzan el acto con el prestigio de su autoridad: varias naciones cultas, representadas por honorables varones, asisten á esta cita del progreso como para refrendar el hecho en nombre de la civilización universal; y un hijo distinguido de aquella misma hermana nuestra que rinde al Océano el más opulento de los tributos fluviales, abre este noble hogar y consagra en él el beneficioso designio, á la manera que se consagraban en los templos de la Ática, á la sombra de los olivos de Minerva, las acciones y las virtudes de los descendientes de Teseo.

La jornada está rendida. Al fin de ella luce la palma de la victoria. Bien pudiéramos ahora, al ver cómo se ofrece en forma vigorosa lo que fue en su principio débil pensamiento, exclamar con el más grande de los épicos latinos :

Labor omnia vincit.

DISCURSO

LEÍDO POR EL SEÑOR DOCTOR DON MANUEL FOMBONA PALACIO, EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PUBLICA COMO INDIVIDUO DE NUMERO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA.

Señor Director :

Señores Académicos :

Cuando el más grande de los oradores latinos, interrogado por Marco Bruto acerca de las varias calidades de la elocuencia, juzgó empresa difícil, tanto en el orden sucesivo de la vida como en el ejercicio magisterial de la palabra, hallar la fórmula de lo conveniente, puso talvez en olvido, bajo el influjo de su propia superioridad, el poder soberano que reserva en ciertos casos á los desheredados de la inteligencia, ideas capaces de señalarles rumbo fijo en el camino de una noble aspiración. La ley providencial no deja perder el más ligero brote del espíritu ni tornarse infecunda la llama de un noble deseo, por débiles que aparezcan sus principios esenciales. Así vemos á veces á entendimientos inferiores recorrer con gallardía órbitas de luz, auxiliados por una pasión

sublime, ó á mendigos de la ciencia ceñir temporalmente la corona del sabio, á virtud de la doctrina en que inspiran sus palabras ó en fuerza de los sentimientos á que subordinan sus concepciones.

De ahí que no resulte ni abrumadora ni ímproba mi tarea de hoy. Al entrar á la parte en la honrosa labor que constituye el objeto primordial de este docto Cuerpo, me ocupan el ánimo dos ideas de superior alteza, la de la gratitud que os debo y la de la Patria que adoro, bastantes á neutralizar, cada una de por sí, la flaqueza de mi entendimiento, y á infundirme en este acto, de verdadera prueba para la humildad de mi espíritu, el valor de la fortaleza y la fe de la victoria.

Si la gratitud ha de confortarme en la trabajosa empresa á que me dispongo, la Pátria será el único norte en mi obligatoria peregrinación por el campo de los hechos; ya que solicitar simiente de grandeza en ajenas heredades ó en lejano terruño, cuando el solar nativo me brinda mies tan abundosa, fuera imitar al descastado hidalgo á quien halagan más los títulos de extraño abolengo que los venerandos pergaminos en donde aparecen, con testimonio irrecusable, las virtudes constitutivas de su linaje y de su nombre. Y, además, he tardado tanto en acudir á vuestro honroso llamamiento, que debo, al solicitar la anhelada remisión para mi culpable morosidad, ofreceros en el recuerdo de las nobles hazañas acabadas por nuestros mayores, uno como presénte de gloria, tan contrapuesto á mi pequeñez como digno de la alteza y de los fines de esta Corporación Nacional. Pero antes de trasponer el pórtico del templo en donde se guardan las tradiciones de la magna lucha, genitora de

nuestra Independencia, permitidme detener el paso al borde de una tumba, y colocar en ella, con fraternal afecto, la rama de ciprés que traigo como homenaje á la memoria de mi antecesor.

Caballero cumplido en las lides de la inteligencia y justador de pro en el palenque social, supo recorrer el campo de la vida sin apurar por sí ni ofrecer á sus semejantes la copa de acíbar que tan á la mano se encuentra en el combatido escenario de las letras humanas. La toga de Magistrado que más de una vez vistió con señorío, no fue parte á cambiar la índole de su ingenio, siempre festivo y decidor; y cuando alejado del vórtice de la política se apacentaba en otra suerte de estudio, volvía de sus amenas excursiones por los espacios de la poesía y por los senderos de la sana crítica, acompañado de algún nuevo fruto de su espíritu como gaje de acendrada laboriosidad. Quien pudo como él, conquistar el afecto de sus coetáneos y la estima de los que llegamos más tarde á pedir lugar en la palestra, bien merece el tributo de nuestro dolor; y así no extrañaréis que guarde un instante de religioso silencio al pronunciar aquí el nombre del señor Doctor Andrés Antonio Silva.

I

Señores Académicos :

Enaltecidos por el Arte guarda cada pueblo de la antigüedad los hechos formadores de su génesis político, como si en el plan superior del concierto humano hubiera entrado desde las primeras épocas de la vida social, comunicar á la acción iniciativa de los sabios y de los héroes la fuerza de proyección necesaria para sacu-

dir el marasmo de las generaciones futuras, y transfundirles, con el fuego del estímulo, el entusiasmo de la gloria. De ahí que la Epopeya, llamada en sentido didascálico "apoteosis estética de la Historia," haya venido á ser en el decurso de los siglos elemento recordativo de singulares sucesos, á los cuales presta ella siempre, sin desvirtuar su naturaleza intrínseca, cierto carácter de excelsitud, para sustraerlos del orden natural de la existencia y presentarlos, al modo de señeras cumbres en el campo de lo pasado, como enseñanza del alma y embeleso de la imaginación. Nada peregrino puede resultar así el empeño de los que miden la grandeza histórica de las Naciones por la calidad de sus leyendas guerreras ó por el espíritu de sus proezas tradicionales; como nada de extraño ha de ofrecer el anhelo de aquéllos que inquieren al través de las creaciones teúrgicas ó de la intervención del *Deus ex Machina*, la verdadera, la genuina, la originaria idea del Poema heroico, en su estrecha correspondencia con el tiempo en que la acción se determina.

Hay tal enlace, nexo tan íntimo entre el pensamiento generador de toda gloriosa transformación política y el deseo, por parte de sus nobles cooperadores, de vivir en la memoria de la posteridad, que vanamente aspirarán los Homeros de las contiendas emprendidas con el estímulo de la Independencia nacional, á crear tipos de heroísmo capaces de exceder en lineamientos morales á los que da de sí la lucha misma cuya alteza les sirve de inspiración. La prueba mejor de este aserto bien podremos hallarla en nuestro propio suelo con sólo convertir la mirada al vasto palenque donde se libró, desde 1813

hasta 1823, á la instable suerte de las armas, el éxito de aquella declaración sublime, rubricada por escaso grupo de patricios en uno de esos momentos solemnes de la Historia, en que parece detenerse el horario de los siglos como anheloso de marcar más hondamente un punto de de grandeza en la ruta de la Humanidad.

Al ofrecer á vuestra sabia consideración, como tema del presente discurso, LOS CARACTERES ÉPICOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN VENEZUELA, no haré sino poneros delante de los ojos, á modo de lisonjera remembranza, la grandeza de aquellos varones que tánto habrá admirado antes de ahora cada uno de vosotros en muy justificados trasportes de patriótico orgullo.

II

Los genios de la Epopeya recorren en extensa órbita, por medio de pasmosas síntesis, todos los hechos relacionados con el nacimiento y la ruina de los Imperios; reproducen en maravillosas escenas el máximo esfuerzo del Adalid invencible á quien toca llevar la ponderosa carga de una idea hasta la meta de su realización; definen las creencias, describen los ritos y diversifican las aspiraciones de las sociedades, como penetran en lo más hondo de las almas con el irresistible poder del vidente, para inquirir la gestación misteriosa de las pasiones, patentizar su crecimiento, asistir á sus grandezas ó á sus veleidades, y contemplarlas, por último, ya en el vértigo de la caída, ya en la altura casi inaccesible de donde no se desciende sino bajo la salvaguardia de la Gloria. Resulta de ahí la Epica más difícil en su cultivo y más noble en sus manifestaciones que los otros géneros de la

poesía universal; y, por cuanto su radio abarca en cierto modo la Dramática y la Lírica, que son á las veces derivación suya, no puede haber movimiento del espíritu, estado de la conciencia, deseo de la mente, sueño de la imaginación, á que no ofrezca ella amplia cabida, bien se trate de temas nacidos de la Política y de la Historia, bien de asuntos del orden psíquico, en cuyas peripecias ha de intervenir siempre la facultad creativa como fuerza capaz de establecer el vínculo indispensable entre lo interno y lo externo, entre lo fundamental y lo accesorio.

Imposible, por ende, circunscribir á determinados hechos la acción del genio ó del bardo que aspira á sacar de lo incomunicable y de lo maravilloso representaciones de carácter moral, para ofrecerlas con todos los arreos del Arte á la contemplación de las generaciones venturas, encerradas en el cuadro viviente de la Epopeya.

«El ejemplo heroico», diremos con uno de los renom-«brados preceptistas modernos, «la virtud sublime, la «perseverancia, la abnegación, inflaman el sentimiento, «el cual subyuga á su vez á la inteligencia y vence á la «voluntad, hasta cumplirse un misterio adorable en la «unidad del espíritu, con rapidez que resulta inexplica-«ble para el análisis.»

Y á la verdad: allí donde el infortunio abisma por su intensidad y su grandeza, donde el amor conmueve por la ternura de sus sacrificios, donde la ecuanimidad manifiesta sus más señalados triunfos, donde la fe recuerda sus inefables inmolaciones, allí habrán de hallar siempre los augustos representantes de la poesía heroica objeto sensible á sus anhelos inmortales, y de allí extraerán en todo tiempo, como de inexhausto vene-

ro, el oro acendrado que necesitan sus creaciones, si están destinadas á pasar á las edades pósteras como paradigmas de enseñanza y modelos de hermosura.

Cuando el patriarca de Hus se tiende consternado sobre su lecho de fiemo y hace enmudecer con sus ayes á la Naturaleza misma, vemos surgir, como á la acción irresistible de un poder soberano, la sublime epopeya del dolor. Cuando la acongojada esposa de Rama, el héroe del gran poeta indio, se arroja sobre el ara de los holocaustos cual voluntaria víctima de la fe conyugal, nos parece asistir al enaltecimiento del amor en una de sus más heroicas representaciones. Si vemos al gran filósofo ateniense erguirse ante sus inexorables acusadores y librar al prolijo examen de su vida la mejor ó la más eficaz de sus defensas, tendremos que descubrir en esa integridad de ánimo, en esa plenitud de espíritu, la expresión épica de la conciencia humana, poseída de sus eternos atributos. Y si nos damos á recordar la entereza con que Dionisio Areopagita, ya casi carbonizado por el fuego martirizador, exalta desde su propio suplicio la virtud de su creencia, habremos de comprender cuánto de grande guarda la fe religiosa como elemento primordial de poesía para toda obra en que se glorifiquen las magnas acciones de los hombres.

Ora eternice la Epopeya, al modo de los cantos homéricos, el espíritu bélico de dos pueblos en lucha; ora rememore, como en el poema latino, la transfusión de nueva savia civilizadora en cuerpos políticos de diversificada tendencia; ya celebre, á la manera del inspirado cantor lusitano, los hechos de una edad se-

dienta de nobles aventuras; ya concentre en foco irresistible, cual lo hizo el bardo de Sorrento, todos los anhelos del alma cuando peligra ó se abate alguna de las ideas representativas de su culto, nunca dejará de ofrecer esa eximia manifestación del Arte, á la par de cada ejemplo de heroísmo, un símbolo de grandeza moral ó histórica, por efecto de la dualidad misteriosa que hace de algunos seres tipos sobrenaturales, capaces de personificar todas las pasiones de una época y todas las esperanzas de una generación.

En el orden de los sucesos humanos, máxime si se cumplen superiores designios á que el deseo social presta eficaz concurso, no cuadra la condición virtualmente epónima sino al ente apto para resumir, con las tendencias y peculiaridades de su tiempo, el conjunto de deseos vinculados en un principio político ó nacidos de una necesidad histórica más ó menos manifiesta. Por ello son tan contados los héroes que representan de manera cónsona con la verdad de los hechos las transformaciones radicales de los Estados; de donde nace la admiración rendida en ciertas edades, hasta por medio de la vitanda exterioridad del culto, á los hombres que condensan en sí propios, al modo de Timoleón en Sicilia ó de Herman entre los Queruscos, las aspiraciones colectivas de un pueblo. Otros brillantes adalides pueden ver cantada su venganza como el hijo de Peleo y celebrada la traslación de sus Penates ó la doble conquista de su corazón y de su brazo como el vencedor de Turno; pero no aparecer, como el General corintio, al lado de Paulo Emilio en los cuadros de Plutarco, ni hallarse, á la manera del

libertador germánico, exaltado al través de los siglos por la musa severa de Klopstock, en leyenda henchida de sentimiento y de belleza. El Cenáculo de la Gloria tiene sede para todos los grandes; mas los que entran en su recinto ataviados con la clámide triunfal al mismo tiempo que con el nimbo de la gratitud pública, adquieren títulos singulares al respeto de la Historia, como algunos de los magnos varones á quienes debemos nombre y Patria y en cuyas bizarras acciones podemos ver el reflejo de la doble grandeza que constituye el carácter épico de los supremos Libertadores.

III

La idea de la Independencia tuvo en Venezuela, aun después de comprendida su alta significación moral, tremendas alternativas á que no puso cabo sino la constancia de un hombre en quien había atesorado todos sus dones la fortaleza y el heroísmo sus mejores atributos. Al expirar el aciago año de 1812 trata él de recoger los destrozados fragmentos de la bandera patria, y desde territorio hermano apellida guerra, no como el rey de Micenas para el rescate de liviana princesa admirada por su hermosura, sino como el héroe cruzado, para el cumplimiento de nobles aspiraciones radicadas en la conciencia.

Convertido de subalterno en director, aun á trueque de verse, por obra de bastarda emulación, tildado de indisciplinable, habla desde el principio de su carrera á los altos Poderes políticos el lenguaje del triunfo, y mientras anonada y pulveriza las huestes de Correa é

invade con paso de titán el suelo rendido otra vez á la idea realista, esparce á los vientos el polen de la gloria, que vuela de zona en zona hasta llegar, fresco y prolífico, en progresivo aumento, á las comarcas orientales, donde el grupo de patriotas reunidos en el solitario peñón de Paria lo recoge y alienta, para plantarlo á poco, ya con pleno vigor, en el ensangrentado campo de Maturín.

La naturaleza pudiéramos decir simultánea de los actos con que abre aquel héroe el palenque destinado á proezas memorables, no tiene acaso ni en los más resplandecientes cuadros de la epopeya antigua semejanza capaz de resistir á la austeridad del análisis. El impulso iniciativo de la guerra requería, para obtener positiva eficacia después de los desastres de 1812, una especie de acción multiforme, cuyos resultados se viesen por todos los ojos, se palpasen por todas las manos, y fueran suficientes á neutralizar el doloroso pesimismo de los que ya no usaban sino la nota de la elegía y el lúgubre tono del epitafio cuando se hablaba del sentimiento de la Libertad y de la idea de la República.

En las horas de solemne prueba el adalid de la Patria parece agigantarse. Los obstáculos morales y materiales engendrados por la división de los espíritus allá en las regiones de donde espera facultades y socorro, lejos de hacerle cejar en el heroico empeño, lo mueven á desasirse, con pasmosa presciencia, de cuanto pueda ser ocasión de futuras contrariedades; y, ya dueño de sí propio, señor de su voluntad, soberano de su albedrío, despliega del todo el pendón de la lucha, y se esfuerza por que á su sombra acudan, magnetizados por el ascen-

diente del éxito glorioso, cuantos nieguen aún la alteza de los principios que han de ser como el paladión de los libres en la comenzada contienda.

Cuando el poderoso Atrida, rey de reyes, convoca toda la hueste griega que hace gemir la tierra bajo sus piés, y socorrido de las prudentes razones de Néstor y de la sabia elocuencia de Ulises excita á los capitanes á la pelea, su voz es la del guerrero á quien el vencimiento del enemigo, pedido á los dioses con interesable ofrenda, seduce y halaga, no como satisfacción de gloria sino como medio de abreviar la bélica empresa y de dar á los fatigados miembros, tras nueve años de exterminadora brega frente á los dardanios muros, la dulce calma y la placidez voluptuosa soñadas y presentidas lejos de la mansión señorial. Más longánimo que el primero de los aquivos el adalid venezolano, no cuenta los pasados infortunios de la Patria sino para deducir enseñanzas provechosas, ni se embebe en la delectación de goces futuros sino para infundir en los mantenedores de la demanda la fe á que de grado el alma se entrega cuando en el sucesivo encadenamiento de los hechos presiente la acción de lo sobrenatural.

IV

El concurso de circunstancias por que se guió la mente directora de nuestra guerra de emancipación, abre al poeta el más amplio espacio para descubrir y representar la parte que cupo á fuerzas incomunicables y desconocidas en aquel supremo empeño de la Patria. No es intervención atribuída á deidades conven-

cionales la que ha de sacar de allí el genio de la epopeya, sino la superior é invisible hallada por la musa cristiana en todos los grandes acontecimientos sociales que transforman la vida de las Naciones.

Si los fines del Arte fueran los mismos en las diversas edades de la Historia, irían hoy los cantores de las conquistas humanas, como iban los bardos de Tesalia y de Beocia, á beber inspiración en las fuentes y manantiales consagrados á númenes y ninfas, en vez de recogerse en sí propios, hacerse, por decirlo así, consubstanciales con el hecho ó el sér cuya glorificación se solicite, atar con el hilo de oro de las creencias más arraigadas en el espíritu de la época, los efectos y las causas, para comunicar á cada obra la unidad de ideas que es indispensable entre la mente que forja los modelos y la generación llamada más que otra alguna á contemplarlos y aplaudirlos.

El inmenso espectáculo de la Naturaleza no podía, según el autor del Genio del Cristianismo, despertar en los griegos y romanos las emociones que en nosotros. La vasta extensión del océano (dice) donde no veían ellos sino el palacio de Neptuno y la gruta de Proteo, hace surgir en nuestro ánimo el vago é indefinible anhelo de dejar la vida perecedera y abismarse en el seno de lo infinito, en pos del Espíritu Creador. Explícase el noble sentimiento de que se constituye digno fiador el Vizconde de Chateaubriand, por esa especie de enlace misterioso que el alma establece de continuo entre las impresiones externas y sus innatas aspiraciones. Busca ella cómo borrar así el linde que la separa de la Naturaleza y hacer de los atri-

butos de ésta nuevo elemento de poderío intelectual. De ahí las imágenes poéticas, de ahí los símbolos majestuosos, que no resultan sino manifestaciones naturales engrandecidas ó transformadas por obra de la fantasía. Para nuestro insigne compatriota Andrés Bello no hay percepción ni recuerdo que no despierte un tropel de ideas, encadenadas, ya por el vínculo de la semejanza, ya por el de la simultaneidad; y á idéntico orden de consideraciones obedece sin duda el sabio crítico francés que juzga capaz al artista, con el auxilio de lo material y lo visible, de imitar ó representar lo invisible y crear modelos de arte mediante la ingenua copia de las maravillas de la Naturaleza.

Al paso que la inspiración consigue realizar tal prodigio, siente la necesidad de subordinar sus efectos al sentido moral predominante. No de otra suerte se interpreta el cambio de los ideales artísticos y la manera cómo ellos influyen en el concierto de las sociedades. El mismo recurso poético puede progresivamente diversificarse, según la idea psíquica ó religiosa á que haya de obedecer su empleo en el curso de la epopeya. En La Jerusalén Libertada aparece Plutón, pero no el de Homero, sentado en su negro alcázar, desde el cual comparte con Júpiter y Neptuno el dominio del Universo, sino el pertinaz enemigo de los humanos que, olvidados un instante de los rayos vengadores del Omnipotente, convoca con siniestro fin á los moradores de las eternas tinieblas

al ronco son de la tartárea trompa.

Si en El Paraíso Perdido figura el Caos, no es allí Deidad animada sino idea ó principio que, en consor-

cio con la primitiva Noche, sirve de límite retroactivo á las fuerzas de la Naturaleza. El río de ondas de oro que en La Mesiada se ofrece como conductor de las Potestades angélicas para hacerlas entrar en coloquios con los hombres, en vez de crecer soberbio é hinchar su raudal como el Escamandro ante el espectáculo de la muerte, se repliega tristemente y vuelve á su origen, mientras lloran el pecado del mundo los bosques desiertos, donde antes se respiraba, cual aroma de perpetua ventura, el soberano aliento de Dios.

Cuando el cantor de Vasco de Gama entremezcla en su poema religiones tan antitéticas como la Helénica, la Muslímica y la Cristiana, con vagas reminiscencias de teurgia índica, obedece á un disimulado sincretismo que el Arte mismo no hallará excusable sino en gracia de la majestad expositiva y de la correlación magistral de los sucesos. Lo maravilloso se muestra en las grandes creaciones épicas para aumentar la hermosura del relato, infundir en los hehos más amplia vida, magnificar el carácter de los héroes, y envolver, sobre todo, la acción general en una especie de atmósfera divina, inaccesible á todo bastardo influjo y á todo vulgar sentimiento. No se logra este fin si se confunden principios que en la mente conservan su natural separación. La gloria del poeta, lejos de consistir, como pensaban los sacerdotes del Oriente, en la creación de un lenguaje simbólico, casi metafísico, que tenga por objeto vestir y disfrazar ideas abstractas, estriba en la mayor fuerza ó intensidad con que la pasión inspiradora del canto llegue á dominar las almas, hasta identificarlas por completo en la apreciación del adalid que se

celebra, de la virtud que se ensalza, del acto que se condena ó del vicio que se abomina.

V

Por efecto de un designio superior que nuestra razón cree descubrir en todas las grandes transformaciones de los pueblos, los desastres á que aparece sometida después de su comienzo la conquista guerrera de nuestra Independencia Nacional, son á la postre crisol formidable, de donde resurge, más quilatado y vigoroso, el heroico sentimiento de los que habían dejado los estrados del civismo por los campos de batalla, cuando fue preciso sostener con la espada lo que acababa de preconizar la elocuencia. Las obras llamadas á vivir dentro de los dominios de la Fama necesitan cierta acción contradictoria para cobrar la virtud resistente con que, al modo del acero templado en las ondas del Tajo, han de contrastar el embate de otras fuerzas y pasiones empeñadas en su ruina ó perecimiento.

Después de haber trazado un itinerario de victorias desde Cúcuta hasta Taguanes, convierte á todas partes los ojos el paladín de la República para estudiar los efectos morales de sus primeras conquistas en el estadio de la guerra. Los máximos colaboradores de aquella gloriosa cruzada, Urdaneta y Rivas, le rinden noble obediencia. Ayax de Telamón el uno por la tenacidad con que se sobrepone al conflicto para convertirlo en pro, y Diomedes el otro por la bizarra entereza de sus actos marciales, ambos han de contribuir á sacar ilesa la idea de la Independencia de prue-

bas terribles, aun cuando desdichado el último no logre ver, como el hijo de Tideo, en el postrer baluarte del enemigo su escudo victorioso. Mas al paso que ellos subordinan su esfuerzo al plan preconcebido por el depositario de la confianza pública, de las comarcas de Oriente llegan confundidos con los ecos del triunfo clamores de discordia. Los gallardos mancebos allí unidos por el ideal de la Libertad, se juzgan, acaso bajo el influjo de su propio valor, aptos para afrontar por sí solos todas las peripecias de la lucha; y la simultánea ambición de supremacía, eterna Briseida de la Historia, hace imposible ó dificulta entonces, en bien del común enemigo, la unidad salvadora de la acción militar. Pero en medio de ese caos de aspiraciones, lejos de poder hallar el cantor de nuestra Epopeya los vergonzosos efectos de la intemperancia atrida, habrá de descubrir la austeridad del patriota que, á fuero de Libertador consagrado por el entusiasmo popular, consigue atraer al dominio de su voluntad á los nuevos alumnos de la guerra, é inducirlos, con la fuerza persuasiva del ejemplo, á compartir con él triunfos y adversidades, hasta dejar cerrado de manera inesperadamente aciaga, pero siempre gloriosa, el primer período de la memorable contienda.

La serie de sucesos á que da fin el sangriento triunfo de Morales en las riberas de Guarapiche, ofrece contrastes desoladores, debidos, en verdad, á la prematura emulación de algunos de los mismos hijos de la Patria, ó á la anticipada tendencia de otros á despertar instintos regionales, como fuerza neutralizadora de toda absorción individual. La parte, sin embargo, verda-

deramente sombría de ese gigantesco cuadro, es la que forman las enconadas pasiones de los bandos combatientes, en el fondo de las cuales se dibuja, más que el numen de la guerra, el genio del exterminio, con su horripilante reguero de lágrimas y de sangre. Para descorrer con la luz de la Poesía las espesas tinieblas allí condensadas, fuerza es prescindir de todo intento filosófico y no ver sino la poderosa energía con que inmolaron nuestros Libertadores hasta sus propios sentimientos humanos en aras de la Independencia. Tal es el hermoso privilegio del Arte: limpiar de las escorias del mal las acciones gloriosas para ofrecerlas exentas de todo efecto negativo á la admiración de la posteridad. Compréndese así el noble anhelo con que la Baronesa de Stael descubre en las obras maestras de la literatura cierta influencia singular, capaz de producir impresiones morales que predispongan el ánimo de modo irresistible á los actos más generosos.

Entre los elementos que lleva hasta hoy reunidos la musa de la Historia para erigir en nombre ó por ministerio de la Poesía la columna miliaria de aquella éra de horrores, de grandezas, de sacrificios y de triunfos, puede haber algunos en que aparezca menos positiva la alteza de los campeones de la Patria, por consecuencia de ese espíritu analítico que quiere hacer de cada héroe y de cada repúblico un simple objeto de disección moral. Como tal método investigador no cuadra al que solicita en las grandes proezas sólo motivos de enseñanza, y en los actos humanos, no el móvil personal, más ó menos culto, sino el efecto saludable, digno de perpetua recordación, queda á la crítica la

peligrosa facultad de invadir los dominios de la conciencia, y libre á la Epopeya el campo exterior de los hechos para ensalzarlos ó maldecirlos, según la influencia que hayan ejercido ó ejerzan en el curso de las edades. Provechoso, empero, parece considerar que si la Historia es *maestra de la vida,* como la juzga el Orador romano, no puede, sin mentir sus atributos, valerse de formas inductivas para discernir las acciones de los hombres; y si *madre de la verdad,* como la llama el Príncipe de los Ingenios españoles, tiene que negar su naturaleza al estudiar los orígenes de cada suceso con criterio acomodadizo ó con miras convencionales. La parsimonia en los juicios, la austeridad en el procedimiento inquiridor, es lo que conviene al que oficia en los altares de esa deidad augusta que, á semejanza de la Sibila, como asienta Lamartine, «no da al tiempo sus secretos sino hoja por hoja.» Lo aventurado en las deducciones históricas constituye, al mismo tiempo que un peligro, un delito de lesa humanidad.

Aun los que aplican en América el más riguroso sistema al examen del primer período de nuestra lucha de emancipación, tienen que admirar, seducidos por el esplendor de la gloria, la fortaleza mostrada entonces por los soldados de la República, y conceder la mejor prez, el primer blasón, al que, además de haberse constituido, tras el embate de contrapuestas ambiciones, en centro de todos los planes encaminados á la Independencia, pudo sobreponer su espada á la de todos sus conmilitones y hacer de ella

la formidable,
árbitra de la bélica fortuna.

El respetable historiador Mitre, cuyo testimonio debe aquí considerarse mayor de toda excepción por el modo sistemáticamente severo como aprecia él en la obra acerca del General San Martín los actos políticos y militares del Libertador, no puede sustraerse en determinados casos de cierto entusiasmo noblemente guerrero, y rompe, al hablar del héroe venezolano, en frases de loor, allí donde su austera pluma parecía menos dispuesta á las frases elogiadoras.

« La primera marcha invasora de Bolívar » (dice él) « por las vertientes occidentales de la cordillera que « cruza el territorio de Venezuela, fue una serie de « relámpagos que terminó con un rayo. » « Sus victo- « rias » (agrega poco después) « eran el resultado de « la celeridad de sus movimientos y del ímpetu de sus « ataques. » Y más adelante, al resumir la primera parte de la campaña de 1813, se expresa así:

« La rapidez para concebir y la audacia para ejecu- « tar sin trepidación; la fortaleza para sobreponerse á « los contrastes y el ímpetu heroico para ir siempre « adelante; el prestigio para dominar moralmente al « enemigo é infundir confianza á los suyos; la intuición « para prevenir las maniobras, aun cometiendo errores « que el éxito coronaba, y la presencia de espíritu para « utilizar sobre la marcha los frutos de sus victorias, « tales fueron las grandes cualidades morales y militares « que reveló como hombre de acción y de pensamiento « en esta memorable campaña. »

Prodigiosas son, con efecto, las condiciones gue-

rreras que ofrece el Libertador desde su invasión impetuosa por los términos de Cúcuta hasta su inevitable salida por los límites del oriente. Mayores ocasiones de grandeza bélica y moral le están reservadas, en medio de otra serie de dolorosos quebrantos, holocausto consiguiente á toda excepción superior. Huérfana queda mientras tanto la República; pero al par que su genio creador forja desde otros horizontes, bajo la acción providencial, los rayos que han de hundir de una vez la férrea mole del régimen antiguo, los demás adalides de la patria se aperciben á nuevos intentos, y electrizados por el esplendor que irradian, como estrellas de gloria, Niquitao, Los Horcones, Taguanes, Bárbula, Araure, Mosquiteros, La Victoria, San Mateo y Carabobo, en medio de la noche formada por las sombras de La Puerta, de Aragua y de Urica, evocan los manes de los héroes inmolados hasta allí por la causa de la Independencia, y sienten el deseo de emularlos, bajo emoción análoga á la que hizo exclamar á uno de los grandes poetas de nuestro tiempo:

Heureux qui pour la Gloire ou pour la Liberté,
Dans l'orgueil de la force et l'ivresse du rêve,
Meurt ainsi, d'une mort éblouissante et brêve !

VI

Nuevo aspecto cobra la lid al avanzar el año de 1815. Las llanuras que antes abortaban temidos centauros para lanzarlos, á la manera de los precitos escuadrones pintados por Milton, sobre las huestes de la República, palpitan ahora sordamente al eco de los clarines de la Patria, y se pueblan de raudos jinetes que

alzan en la diestra locuaces grímpolas tricolores como señal de combate y como presagio de triunfo.

Ya no es el mismo hierro venezolano el destinado á desgarrar, como en 1813 y en 1814, las entrañas de los que pugnan por la Independencia. La voluntad popular parece haber adquirido mayor unificación. Legiones de allende el Océano, doctrinadas en los gloriosos encuentros de Bailén y Talavera, son las que llegan ahora ansiosas de esgrimir sus hasta aquí invencibles armas contra los retadores de Iberia. Invertidos sucesos y circunstancias, vienen hoy, no los nuevos coligados griegos, sino los hijos del viejo Príamo, á rescatar por la fuerza el tesoro de que aquéllos se juzgan dueños con derecho legítimo y de que se han declarado en posesión con títulos irrevocables. Los modernos aquivos rompen súbitamente el letargo que siguió al sometimiento de Margarita. Más grandes que los de la Iliada por la intrepidez que caracteriza sus acciones como por el estímulo con que van al combate, no miden ni cuentan las fuerzas contrarias, y llegan en el vértigo de la defensa hasta hacer de la temeridad una ley y de la muerte una consigna.

A los conatos de los héroes orientales corresponden ya en las regiones del apartado lindero granadino los efectos de la acción previsora de Urdaneta, aquel gran soldado que hace de la lealtad un acicate para el sacrificio y de la adivinación del peligro un incentivo para el valor. Por él se mantiene viva allí, en los días de mayor descaecimiento militar, la causa de la República; y por él, como por el hijo de Telamón en el séptimo canto de la Epopeya griega, salva sus fueros el ejér-

cito cuando todo parece coadyuvar á la prez del enemigo.

Aquiles, entre tanto, sale de su tienda, donde permanecía, no al modo del argivo en sus naves, dominado por la cólera, sino atento á la voz providencial que debía señalarle la hora de iniciarse en los secretos de la contienda.

Hegel, al tratar en su tan conocido curso de Estética acerca de los diversos géneros de la Epopeya, vincula gloria especial para el poeta heroico en cierta viviente harmonía de los cuadros y caracteres de la obra, con la influencia moral de la época y las peculiares condiciones de cada localidad. Quiere que el poeta sea verdaderamente nacional por las ideas, las pasiones y los propósitos de sus personajes. Y ningún héroe, á fe, más apropiado que el célebre guerrero de las pampas venezolanas, para servir de medio artístico en la realización de ese fin. Tiene la voz de Estentor para dominar el eco de los torrentes, y la mirada de Antar para medir la inmensidad de la llanura. Compañero de la Naturaleza, con ella siente y de ella recibe las grandes inspiraciones que han de valerle éxito asombroso en la pugna por la Independencia. El corcel que rige y la lanza que empuña, vienen á ser como el doble símbolo de su ideal y de su fuerza. Si aquél cruza airoso, como el pensamiento de los libres, la vasta extensión del llano, ésta penetra, como rayo de exterminio, en las falanges de los dominadores. Identificado, pudiera decirse, con esos atributos marciales, resulta patente en él la relación misteriosa hallada por el mismo Hegel entre los objetos de que el hombre se sirve para la vida exterior y el curso

de su propia existencia. "La casa solariega" (dice el filósofo alemán) "la tienda de campaña, el lecho, la "espada y la lanza; el bajel que le conduce al través de "los mares y el carro que le lleva á la pelea; no son, no "pueden ser, para el héroe simples medios materiales é "inanimados. Vive en ellos y en ellos transfunde su "inteligencia y su personalidad. Merced á ese estrecho "lazo, llega él á prestarles un sello individual, humano y "permanente."

De ahí que al imaginar el poeta al bravo capitán de las llanuras apureñas en los días en que aparece á los reclamos de la Gloria, tenga que establecer cierto superior enlace, bajo la influencia de lo maravilloso, entre la naturaleza de aquellas regiones y los hechos del adalid invencible; entre la pujanza del guerrero y los arreos del combate. Erguido sobre ágil bridón habrá de présentársele, á la manera de los legionarios del Rhin en la leyenda germánica, apercibido perennemente á la lucha con un solo ideal en la conciencia. Habrá de verle siempre seguido de impetuosa hueste, ávida de bélicas emociones; y habrá de hallarle á toda hora presto á conseguir el concurso de fuerzas misteriosas para completar sus hazañas. En la Mata de la Miel le dará la noche ocasión especial de triunfo; el fuego en Mucuritas mayor motivo de acometimiento; las corrientes del Apure en la boca de Coplé singular vehículo de victoria. Y semejante héroe, factor representativo de un nuevo impulso militar, providencial efecto de las sucesivas diversificaciones de la lid, cede al cabo ú obedece á la unidad de pensamiento encarnada en el Libertador, como cede, por

obra divina, lo superior á lo supremo, el vívido planeta á la poderosa atracción del astro primario.

A poco de haber surgido en apartado linde el caudillo de lôs indómitos llaneros, retorna Bolívar, tras alternativa odisea, de Nueva Granada y de las Antillas, y se entra por diversos lugares y costas, más penetrado que ántes de la alteza de su destino, más poseído que nunca del ideal de la Independencia. Trae consigo y desarrolla nuevos elementos de acción; pero como su ánimo requiere aún mayores pruebas para dejar quilatada del todo su noble constancia, al punto las encuentra, bien amargas y rudas, entre algunos de los mismos gloriosos luchadores que buscan á la par de él honra y fortuna para la Patria.

Vuelto después, y ya definitivamente, al suelo nativo, halla el campo como preparado á recibir al protagonista de la Epopeya. Los héroes de la República combaten: mas les falta el espíritu de cohesión llamado á dar siempre á sus actos la poderosa eficiencia del apoyo recíproco y el positivo efecto de la simultaneidad. Páez y Urdaneta, Mariño y Bermúdez, Arismendi y Gómez, Piar y Cedeño, Mac Gregor y Soublette, Monagas y Zaraza, sostienen en alto, como la idea que simboliza, el pabellón de la República; pero su gallardo esfuerzo, aun cuando aparezca soberbiamente acrecido con el estímulo de la victoria, no podrá ofrecer los inmediatos resultados de las grandes combinaciones guerreras, mientras deje de sentirse la única influencia capaz de neutralizar tantas voluntades como pugnan en el campo de los independientes. La separación del valeroso escocés de las filas patriotas; el anhelo que muestra Urdaneta, desde el fondo

de las llanuras, por saber el retorno de Bolívar y obedecer directamente á sus inspiraciones; el carácter local que todavía manifiestan los actos heroicos del hijo de las pampas; todo revela la existencia de ideas contrapuestas entre los defensores de la República, cada vez que se trata, no de poner á prueba el temple de las almas en la pelea, sino de concurrir á la labor común con la previsión de circunstancias militares. Así los laureles segados en el Apure y los trofeos adquiridos en los montículos del Alacrán y en el llano del Juncal, resultan de aislada importancia ; y así sobrevienen, aun después de la vuelta del Libertador, reveses debidos á hechos anteriores, cual si entrase en los designios de la Providencia confundir la responsabilidad de todos con la del genio mismo á quien estaba guardado, como al príncipe de Tebas, resolver los graves enigmas de la Patria bajo el influjo de las circunstancias más anormales y contradictorias.

La campaña sobre Guayana y la defensa de Margarita constituyen las mayores preseas de 1817. El bardo á quien toque celebrarlas tendrá que compartir el entusiasmo de la mente con el duelo del corazón, al contemplar la primera envuelta en el incienso de la gloria á la par que empapada en la sangre del martirio, y al hallar reproducidos en la segunda, junto con los brillantes emblemas del triunfo y del heroísmo, los sombríos atributos de la desgracia y de la muerte.

La proeza de San Félix, suficiente por sí sola á dar vida á un poema legendario, guarda epílogo luctuoso, á ella unido por hilo casi invisible que el espíritu de la historia no podrá observar con la serenidad de la justicia sino al través de algunas imparciales

generaciones. Los hechos que la inteligencia examina bajo el criterio de la necesidad, pueden resultar á la postre de negativa trascendencia si no se los ve seguir en órbita paralela á la de todos los demás actos nacidos dentro de la misma voluntad que les dió preponderancia. Difícil, ciertamente, es apreciar fuéra del respectivo escenario la situación en que se revuelven causas y efectos de manera vertiginosa; y de ahí que la historia aguarde siempre, ó tenga el deber de aguardar, la desaparición del légamo ó sedimento llevado á la superficie de las cosas por la pasión de los circunstantes, para entrar á ver el fondo de ellas en su genuino estado y llegar á discernir su intrínseca naturaleza. No es durante la torrentosa avenida cuando estudia el hidrólogo la condición del raudal que intenta convertir en benéfico agente, ni tampoco en medio del incendio acierta á considerar el mecánico la acción del calor ó del fuego como potencia auxiliar del trabajo y de la industria. Y si la verdad no acepta medias tintas ni la moral admite contemporizaciones, preferible aparece para el Arte, como antes lo dije, radicar en la crítica histórica la apreciación filosófica de ciertos actos ó acontecimientos, y no hacerse cargo de los hechos sino en su probada grandeza ó en su evidente odiosidad, para dedicarles el himno que merezcan por sus gloriosos efectos ó dirigirles el anatema que les cuadre por sus consecuencias ominosas.

Aquél á quien toque trazar el cuadro completo de nuestra Epopeya, juzgará la batalla de San Félix como una de las más brillantes representaciones del genio militar, y verá en los resultados que granjeó para

la obra de la República, el vivo testimonio de la presciencia del Libertador y de la fecunda actividad de su alma. Si el bizarro Piar conquistó el laurel, el espíritu de Bolívar le comunicó nueva savia y lo hizo crecer y crecer hasta tornarlo en ramaje pomposo, á cuya sombra habían de realizarse los sucesos que dejaron libre poco después la ancha vía del Orinoco para dilatar la acción de las armas patriotas del uno al otro extremo de Venezuela.

VII

La combinación promovida en Cariaco, que pudo haber herido de muerte á la República y á la cual no fueron extraños, por mayor contradicción, los Néstores y Ulises de la cruzada independiente, lejos de amilanar á Bolívar le infundió nuevo estímulo para lidiar á un tiempo con la insubordinación de los suyos y con los enemigos de la Patria.

Al holocausto del insigne vencedor de La Torre ha de seguir, como por virtual antítesis de aquellas solemnes circunstancias, un plan de organización política, á la manera de punto iniciativo ó de noble prolegómeno de otro mayor ó más encumbrado pensamiento. Ninguna de las ideas á que da calor la mente de Bolívar permanece en embrión. Brotan ellas de aquel cerebro como los rayos del foco, para iluminar centros distintos y diversificarse en curso ascendente, sin que les sirva de obstáculo el fracaso parcial ni aun el choque simultáneo con las imposiciones del tiempo y con la voluntad de los mismos destinados á recoger sus

beneficios. Explícase de esa suerte cómo dirigidas unas al mejor éxito del impulso militar y encaminadas otras á resolver problemas de orden estrictamente civil, no discuerdan en sus efectos, y antes bien se muestran unidas entre sí por el lazo de la oportunidad, factor de creciente eficacia en las arduas cuestiones de toda existencia política.

El Libertador necesita anticipar la fuerza moral de la Administración á las tremendas dificultades que en el campo de la guerra habrá de ofrecer desde su principio el año de 1818. Por ello adelanta la creación del Consejo de Estado, apresura la organización del Poder Judicial y hace de Angostura cabeza de Gobierno. La catástrofe del Manapire, á pesar de los efectos que al principio exageradamente se le atribuyen, no logra abatirlo. Con nuevo aliento, como el Anteo mitológico, baja el Orinoco, que acaba de remontar en ejecución de altos planes, y arbitra con inenarrable rapidez poderosos elementos, con los cuales surca otra vez aquellas aguas históricas. ¿Adónde se dirige el agente providencial de los destinos de la Patria? ¿Qué impulso le guía? ¿A cuál inspiración obedece su paso por el impetuoso raudal, que parece oponerle despeñados tumbos como para adestrarle mejor en las lides con los hombres y con la ciega Naturaleza? Va á recoger por sí mismo el tributo de obediencia del hijo de las llanuras y á medir la intensidad de su esfuerzo por la Revolución.

Los soldados de la pampa le reciben cual numen de victoria. Y á fe que allí lo fuera, como siempre, si el año de 1818 no estuviese de ántes designado para aca-

bar de aleccionar en la escuela de la adversidad á los egregios adalides de la República. Las operaciones dispuestas por Bolívar al punto que entra en el territorio de Apure, hallan en Páez inmediato concurso y ulterior salvamento. En las mudanzas de la fortuna militar es donde se prueban los grandes capitanes. Si estos dos defensores de la Patria disienten allí un instante en el modo de disponer la evolución guerrera, acordes han de andar luégo en los medios de aprovechar el triunfo y de reparar la derrota. La marcha á Calabozo produce primero el vencimiento de Morillo. A poco, tras imprevistas escenas, desarrolladas en sucesivos teatros, todas ellas de desolación y de luto y alguna hasta de traición y de vergüenza, se hallan de nuevo Bolívar y Páez en las riberas del Apure, entregados al recuento de campaña tan desastrosa, pero apercibidos á mayores empresas, á máximas acciones en pro de la causa republicana.

Júzgase de Anibal que por no haber seguido á los vencidos después de la batalla de Cannas dejó de dominar el imperio de Roma. Atribúyese parte no escasa de la gloria marcial de César á su persistente actividad sobre el enemigo en derrota. Y si ésta es norma plausible en todo el que asume los deberes de una situación bélica, muy más admirable ha de resultar el empeño del que busca próxima ocasión de triunfo en medio de su propio vencimiento. Tal es la actitud del Libertador en horas tan solemnes para Venezuela.

De retorno ya en Angostura previénese á salir de allí otra y otra vez en pos de seguros laureles, antevistos por él mismo bajo la inspiración de la Patria. Para

ello resume todas las sugestiones de su propia actividad y saca de las más hondas dificultades diversos recursos de ataque y de defensa, ansioso de contrarrestar la serie de desastres con que el Poder Superior que rige el destino de los pueblos acaba de poner nuevamente á prueba la obra gigantesca de nuestra Independencia nacional.

«En ninguna de las colonias hispano-americanas,» dice Mitre, «la guerra de emancipación fue más porfiada, «más heroica ni más trágica que en Venezuela.» Las condiciones apuntadas por el historiador argentino vienen á determinar, mejor que otra alguna, el carácter esencialmente épico de la lucha genitora de nuestra existencia republicana. Los alentados varones que en ella figuran, además de haber de combatir constantemente con un enemigo valeroso y tenaz, á quien el orgullo enardece en la derrota y el entusiasmo apasiona en medio del triunfo, tienen que pugnar no pocas veces con elementos de resistencia extraños al hombre mismo, pero que al cabo resultan inferiores á tanta constancia y ecuanimidad. Ora los detiene la cenagosa corriente de un raudal para constreñirlos á campar en la tostada llanura. Ora se ven compelidos, casi como los titanes de la fábula, á sojuzgar montes y trasponer ventisqueros, para escalar la región enemiga, ó á reñir en la planicie desiguales batallas, después de haber vivaqueado en ateridas mesetas, vecinas á las nubes. Las hazañas de 1819 han de distinguirse por esos singulares contrastes. Pero aun más dignos de glorificación hallaremos á nuestros libertadores, si nos situamos en el mismo trágico escenario de 1818 y los oímos oponer, por labio de Bolívar,

al aciago rumor de intervención que traen los vientos del océano, la sublime protesta de noviembre, especie de reto lanzado desde las alturas del Derecho á todo Poder humano capaz de vulnerar de algún modo los fueros de la República. No se esgrimen allí más armas que las de la Razón ni se embraza otro escudo que el de la Justicia; pero la oportunidad en que tal acto se dicta y la elocuente serenidad que lo sanciona, le trasmiten carácter esencialmente heroico y lo hacen descollar en nuestros anales guerreros y políticos como soberano ejemplo de fe patriótica y perdurable monumento de fortaleza moral.

VIII

El espíritu se dilata, señores Académicos, en presencia de los sucesos de 1819. ¡Cuánto de gloria y de heroísmo guarda ese año para Venezuela! Abrelo, pudiera decirse, el Congreso de febrero, y lo cierra con clave de oro la Constitución Colombiana. Entramos en él bajo la salvaguardia de las Instituciones. Ha llegado el momento de requerir la espada el amparo de la Ley para consagrar sus victorias. Dos columnas marciales, de soberbia altura, separan, á modo de piedras miliarias, el trayecto comprendido entre aquellos dos magnos acontecimientos. Una se yergue á la orilla izquierda del Arauca: la otra se levanta en territorio vecino, sobre los estribos del famoso puente cercano á la villa granadina de Tunja. Acompañadme á contemplarlas....

Por tercera vez sale Bolívar de Angostura con rumbo hacia las dilatadas pampas apureñas. El recién instalado Poder está en manos de verdaderos patricios.

Presídelo Zea, estadista experimentado. La enseña de la fortuna militar va con el Libertador; mas allí, en la región del Oriente, quedan Urdaneta, Mariño, Bermúdez y otros rayos de la guerra, prestos á inundar de nueva y fulgurante gloria los campos de la Patria. En el llano espera el moderno héroe de Tesalia, sin la férrea armadura fabricada por Vulcano á ruego de Tetis, pero sí con la lanza que puso en su diestra la voluntad providencial, propicia á la República. La llegada de Bolívar, la magia de su nombre, comunican fuerza invencible al núcleo campeador comandado por Páez. Morillo presiente algo extraordinario y junta en la línea izquierda del Arauca todos sus aguerridos escuadrones. En la margen derecha están los soldados de la Independencia; y tres grupos de ellos, guiados por la mirada del Libertador y conducidos por el invicto caudillo de la llanura, trasponen con sus corceles las turbias aguas del río, como para observar de cerca la magnitud de aquel gigante de mil y mil brazos que, silencioso y cubierto de hierro, intenta aniquilar allí de un solo golpe la causa republicana.

El avance súbito de los tres grupos de ginetes sobre el poderoso contrario sorprende á la Naturaleza. Tiéndese el sol en el llano con sus rayos más vivos, como para iluminar mejor la escena que se prepara. La brisa enmudece; los árboles del cercano bosque cierran el paso á todo eco, á todo murmullo, y el Arauca mismo detiene su corriente para que las ondas que presencian el comienzo de la acción, asistan, como testigos, á su prodigioso desenlace. Justa singular, sin explicación posible. Duelo sublime ése, que sólo en el provocado por el héroe lacedemonio en la estrechura del Asopo, ó en el sostenido

por Cocles desde el puente del Tiber, pudiera hallar antecedente capaz de darle visos ó condiciones de verosimilitud. Herodoto y Tito Livio, narradores de aquéllos, no imaginaron su reproducción. El resultado de él mide tales proporciones, que para describirlo fuera menester evocarlo por completo en su incomprensible realidad. Ninguno de vosotros habrá contemplado ese monumento sin pasmo en el espíritu, ni dejado de acudir, para cerciorarse de la verdad de su existencia, al acto que la confirma de manera inapelable; acto que Bolívar autoriza, Briceño Méndez refrenda y autentica Soublette. La alteza del testimonio corresponde á la majestad del asunto. Así siempre. Por Josué sabemos de Jericó: de Salamina por Esquilo. La hazaña del Arauca, que ya cada uno de vosotros habrá puesto de nuevo ante los ojos del espíritu, ocupa desde su realización página especial en la Historia y tendrá que figurar entre las más altivas representaciones de la Epopeya.

Diezmado el ejército español se interna en Achaguas. Bolívar, en el heroico empeño de extender incesantemente el horizonte de la gloria pátria, concibe entonces y comunica á sus tenientes el plan de campaña más audaz y peligroso que pueda haber forjado la mente de un guerrero. Quiere libertar el territorio hermano, dominado por legión numerosa, é ir á la obra por entre dificultades sin cuento, hijas todas de la condición misma que ofrece la ruta escogida obligatoriamente para la marcha.

Tras el paso del Niemen no halló tantos obstáculos el César francés, si se considera la lógica relación de las circunstancias. Allí contribuyó á la empresa el fruto de

anteriores conquistas sobre emporios inagotables. Aquí la dificulta el mísero estado de los luchadores, á quienes no da la victoria botín abundoso sino lauros inmarcesibles. Si allí se ofreció, con el espectro del invierno, la extensión de las estepas desoladas, aquí siguió á las fragosidades del primer trayecto la inclemencia del páramo aterrador. Allí iba un agregado de pueblos en pos de una hegemonía militar. Aquí va un grupo de héroes á ofrecer pan de libertad, todavía empapado en la sangre del sacrificio.

Los setenta y cinco días que median entre la salida de Mantecal y la ocupación de Tunja, discurren, como carrera de martirio, bajo creciente ansiedad. Mas el desfallecimiento, si lo hay, todos lo ocultan. Para galardonar tamaña entereza, para corresponder á tal perseverancia, se necesitan trofeos que traigan consigo la libertad de un pueblo entero. Sólo así pudiera alcanzar tan dolorosa marcha cabal justificación. El descanso de las fatigas por la libertad, no lo acepta el soldado de la gloria sino bajo los laureles del triunfo. Pantano de Vargas como episodio y Boyacá como desenlace de la tremenda cruzada, bastan á definir el carácter de ese legendario esfuerzo. La obra y el premio concuerdan entre sí. El sueño de Bolívar, la creación de Colombia, cobra de improviso viviente realidad.

IX

Con ánimo generoso pone el héroe en olvido, al presentarse súbitamente en Angostura, cuanto allí contribuyera á enturbiar la próspera corriente de los sucesos; y después de exponer en rápida síntesis el cuadro

de la prodigiosa campaña como la mejor defensa de su imaginada deserción, traza con la punta del acero ante los sacerdotes de la Ley el nuevo solar de la Patria, ya extraordinariamente ensanchado á poder de hazañas y de victorias.

Los actos del genio no ejercen tan poderosa influencia por sus efectos inmediatos como por la órbita que demarcan á sucesivos acontecimientos. Así tras los insólitos hechos realizados por el Libertador en el territorio contérmino, hemos de hallar más cónsona con las imperiosidades de la guerra la acción simultánea de los soldados de la República. Verdad es que en los principales baluartes de la costa extendida desde Cumaná hasta Cartagena flamea aún el pabellón de la conquista; mas si en la región oriental no alcanza todavía el denodado Bermúdez á rendir el símbolo de la antigua dominación, ni consigue en Nueva Granada el bravo Montilla, debido parte á la innoble conducta de advenedizas tropas, dominar del todo el litoral señalado á sus armas, en los intentos de tales lidiadores, tanto como en el esfuerzo de los que batallan de continuo en el corazón de las sierras y en el ámbito de las llanuras, se advierte ya cierto impulso decisivo, á que presta mayor pujanza moral la unión política proclamada por la resonante trompeta de Boyacá con ecos para las huestes españolas verdaderamente apocalípticos.

El grito de libertad lanzado en Cádiz, llega entre tanto, traído por las tempestades del océano. Nuevos principios vienen tras él á servir como vínculo de acercamiento entre los representantes de la sociedad

antigua y los sustentadores de las modernas ideas. Empero, si el anhelo de las almas patriotas ha de solicitar, como antes, la extirpación en el suelo nativo de toda simiente extraña á la convertida en encina gigantesca, regada con la sangre de una generación de héroes y de mártires y tendida en sombra benéfica sobre gran parte del territorio, el avenimiento tiene que resultar de todo en todo disconforme con las necesidades de la Patria y con la honra de la República. Continuará la lucha; pero de su corta tregua recogerá la Historia elocuentísima enseñanza para los que busquen en lo futuro timbre soberano en los estrados de la guerra. Como nuevo fulgor brillará ahora la gloria de Bolívar y la de sus insignes colaboradores en el postrer período de la Independencia.

El aniquilamiento del contrario constituye alta ejecutoria para el guerrero que lucha con ardor por el triunfo de una causa donde están vinculados á sus ojos los fueros de la Justicia. El logro de ese fin pide valor heroico, suprema constancia, intuición poderosa, condiciones que en los grandes capitanes resume la Providencia. Al ejercicio de ellas no cuadra ni presta mayor eficacia acto alguno contrario á los nobles principios que la Humanidad preconiza, aun en medio del vértigo de las pasiones. Aniquilar al enemigo es sólo reducirlo á la impotencia para proseguir en la pugna. En el campo del combate es donde únicamente se decide la fortuna de las banderas. La que queda enhiesta no necesita nueva sangre para confirmar su victoria. El soldado que cae en medio del fragor de la pelea, es héroe: el que sucumbe por obra de la pasión,

tras las dianas del triunfo, es mártir; y los hijos de la libertad no decretan nunca el martirio, sino lo aceptan con alma integérrima para sí propios, cuando lo exige la desapoderada venganza del inexorable contendor. El respeto á la vida del vencido agrega nueva láurea á la ya conquistada en el palenque, ó viene á producir la doble y perdurable victoria que magistralmente define uno de los más altos representantes de la Dramática española:

> Matar pude, vencedor
> De vos sólo; mas así
> He vencido á vos y á mí,
> Que es la victoria mayor.
> . . . .
> La victoria el matador
> Abrevia, y el que ha sabido
> Perdonar, la hace mayor,
> Pues mientras vive el vencido
> Venciendo está el vencedor.

La regularización de la guerra, idea que desde 1816 enseñoreaba el alma de Bolívar, forma su mejor corona triunfal en 1820. Notoria es la dolorosa impresión que produjo en su espíritu la noticia de las ejecuciones del 11 de octubre de 1819 en Santa Fe. Entre el indulto general, dictado bajo su inspiración por el Congreso Venezolano de ese año, y los fusilamientos de Cundinamarca, median apenas ochos meses; distancia bien corta en la medida del tiempo, pero que resulta inmensa si se atiende á la antitética calidad de tales hechos y á la retroactiva significación del último por su anacrónico enlace con circunstancias cuya repetición es imposible.

Acto sabio y moral, política y militarmente considerado, es el que ha de cambiar de modo definitivo el aspecto de la guerra. En el ánimo de Bolívar entra con todo el poder de la convicción la necesidad de someter las hostilidades á leyes reguladoras. Para dar forma al pensamiento, de concierto con el otro beligerante, designa á uno de los soldados más expertos en las lides del deber, á uno de los que sienten con mayor intensidad el deseo de servir constantemente á la Patria con la espada y con la inteligencia. El Tratado que, según las propias palabras del Libertador, debía ser «un monu«mento de civilización, de liberalidad y filantropía,» aparece al fin como dictado desde alta trípode por varones de relevante austeridad. Sobre el nombre de Sucre y el de los otros dos patricios que suscriben en representación de la República acto de tamaña trascendencia, descuella ó resalta, cual cifra de luz, el del generoso caudillo venezolano que, además de haber logrado unificar las pasiones políticas de la época, consigue, en lo que falta de la lucha, someter al código de la hidalguía la acción de los batalladores por la Independencia y por la Patria.

Sobreponerse así á resoluciones adoptadas en forma tan solemne como la de 1813; desvanecer sus efectos por medio de una enérgica evolución del albedrío personal; proclamar á la faz de América y del Mundo la supremacía de principios cuya observancia se había rechazado antes con igual convicción y firmeza, es algo más que triunfar marcialmente de huestes superiores, algo más que contener ímpetus extraños, porque aquí el campo de batalla es el alma misma, y la voluntad fuerza única

que se revuelve sobre sí propia en contradictorio empeño, antes de definir lo que mejor convenga al heroísmo y á la gloria.

De la grandeza épica de tales situaciones fían las reglas y doctrinas que han establecido insignes maestros para mayor realce de las obras destinadas á celebrar los hechos magnos de los pueblos y de los hombres. El crítico Lemercier, á quien se debe la enumeración acaso más amplia de las cualidades artísticas que ha de ofrecer la Epopeya, deduce de la moral de los héroes un principio especial de emociones para el alma y de enseñanzas para la inteligencia. Y en verdad que si á los atributos del valor y de la fuerza, á los dones de la fe y de la constancia, se juntan en el protagonista y en los demás personajes del cuadro épico virtudes de otro orden, como la que dió vida real, por parte de nuestros Libertadores, al acto sublime de 1820, doble arbitrio hallará el poeta para delinear cada figura con la nobleza característica de que principalmente ha de depender su existencia ideal por el sentimiento, tanto como su eterna consagración por el Arte.

Los actores de las grandes proezas históricas no prestan siempre á la inspiración la misma fuerza impulsiva. Si á las veces ensanchan por su naturaleza individual el marco luminoso destinado á contenerlos, obligan en otras ocasiones á los austeros sacerdotes de la poesía á reducirlos á la esfera estricta del hecho, de la hazaña ó del triunfo en que se cifra su fama militar, sin animarlos con el fuego creador de la imaginación. De una ú otra circunstancia nace la mayor ó la menor alteza con que aparecen en la escena los caracteres, y el efecto que produ-

cen en el desenvolvimiento de la acción heroica. Pocos serán los que en la guerra magna de Venezuela no puedan presentarse á los ojos de la fantasía con brillo, colores, pasiones y virtudes, suficientes á darles condiciones de sublimidad para perdurar sin extraño auxilio en los fulgurantes cuadros de nuestra Epopeya. Depurada en siete años de lucha sin tregua la gloria de nuestros Libertadores, aparece para 1820 en toda su genuina majestad. La influencia negativa de accidentales sucesos queda desvanecida para siempre, bajo la acción ó al impulso de otros hechos providenciales. Y los muy contados capitanes que sienten gravitar sobre sí alguna responsabilidad dolorosa, sin poder, á semejanza del gigante de la tradición eslava, desasirse del peso de ella ni con la espada que representa sus títulos al aplauso de la posteridad, buscan en otros campos luz indeficiente para envolver su figura moral, á fin de no llevar al hermoso escenario de 1821, magnificado por la gloria de Bolívar y la bravura de sus mas egregios tenientes, ni un jirón de sombra capaz de velar los rayos del nuevo sol que ya se dispone á lucir en el cielo de la República.

X

La voz del clarín anuncia improvisamente, al expirar abril, el último duelo entre los hijos de la Libertad y sus antiguos dominadores. Todo es propicio á los adalides de la Patria. Importantes ciudades y territorios se han incorporado con entusiasmo al Gobierno de los Independientes; pero aún resta vencer á más de diez mil soldados que tremolan, diligentes y resueltos, tanto en

Caracas como en Cumaná, así en Calabozo como en diversos puntos estratégicos, la enseña real de España. Comprende Bolívar la necesidad de probar otra vez en una gran batalla el empuje de las armas libertadoras ; y, lleno de previsión y de fe, concentra sus huestes, dispone infinitos medios de acción, recorre los campamentos, ó avía, disciplina y avitualla nuevos y nuevos escuadrones. Con facultad ubicua atiende entre tanto á la seguridad de Maracaibo, vela por la de Trujillo, aprovecha circunstancias favorables en las comarcas del centro, hasta que, satisfecho ya de la obra iniciativa de la campaña, va él mismo á requerir el concurso del vencedor de las llanuras como fianza del éxito que se propone alcanzar en el ya inminente encuentro con todas las legiones españolas.

El 24 de junio despunta en el horizonte. La sabana de Carabobo se decora con los más valiosos atributos de la luz, como para servir de teatro á sobrenaturales sucesos. No retumba allí el acento de Júpiter, como en él vigésimo canto de la Epopeya homérica, para convocar á los dioses en la hora del supremo combate; pero vibra la voz de mando de Bolívar, más pujante que la del hijo de Saturno por el ardor que despierta entre los defensores de la Patria. ¿ Quiénes le obedecen ? Páez, con cuerpos de ginetes y de infantes como los de Arauca y los de Apure: Cedeño, con batallones como el de Boyacá y el de Vargas: Plaza, con regimientos como el de Anzoátegui y el de Granaderos. El moderno Aquiles mueve la lanza del Yagual y de las Queseras. Enarbola el otro, nuevo Idomeneo, el templado y punzante hierro de la campaña de Guayana. El último, más que Filoctetes sereno en

la pelea, empuña el acero con que combatió gloriosamente en las comarcas granadinas.

La última y más gloriosa victoria de Colombia, como había de llamarla el Libertador, va á realizarse. Aquel campo, funesto para las armas de los dominadores, se agita ya, bajo los cascos de la caballería española, con fatídico movimiento. Acaso las huestes de La Torre y de Morales oigan el subterráneo y misterioso trotar de los escuadrones de Cagigal y de Cevallos, que vienen á recordarles cómo siete años ántes fueron allí vencidos y deshechos por la misma espada de Bolívar, por la espada á cuyo brillo surgen ahora definitivas esperanzas de triunfo para las armas republicanas.

Cuatro de los batallones enemigos intentan contener el ímpetu con que Páez avanza á toda rienda para ganar la llanura. Ni el desfiladero le amedrenta, ni el río de fuego que desde la enhiesta colina inflama el campo, corta un instante su carrera victoriosa. Las haces españolas se agolpan en un punto, ó en acción alternativa se separan, hasta que, hostigadas por los jinetes del Apure, toman, ya vencidas, la ruta de Valencia. Dispersas y rotas, se rehacen en parte, y aún denodadas, resisten, bajo la dirección de experto capitán, á quien allí toca revalidar las ejecutorias del soldado español como valiente y aguerrido.

El sol se retira lentamente, tal vez ufano de haber iluminado tan alta victoria. Mas ah ! también acaba de alumbrar doble escena de aflicción para la República ! Oíd, si no, cómo pide Bolívar homenaje de respeto y de dolor para la memoria del bravo de los bravos, del ínclito Cedeño ! Oíd cómo demanda á

Colombia tributo de lágrimas para el malogrado adalid, para Plaza el valeroso! Los laureles de la Patria se riegan con la sangre de los héroes: es ley inexorable, pero es también deber imperioso, cubrir con las palmas de la gratitud la tumba de los que así nos dejan, á par del ejemplo de su muerte, el recuerdo de sus esfuerzos como tesoro de gloria.

XI

Del campo de Carabobo saca el Libertador inspiraciones supremas en pro de la República. El ámbito de su fama se dilata y no quiere verlo sucesivamente extendido sino á medida que acrezcan y se aquilaten los timbres de Colombia. Por ello, después de vincular en la fuerza de uno de sus mayores capitanes y en la austera discreción de otro la seguridad de Venezuela, se apercibe á salvar la frontera nativa, en busca de nuevo escenario para el ardimiento de las falanges libertadoras.

La dominación española languidece, entre tanto, en la escasa parte que le queda de la República. Si Morales obra aún prodigios de actividad, y merced á ellos cae por once meses bajo su diestra la plaza de Maracaibo, ni se turba ni se debilita el plan preconcebido por los directores de la guerra. Cartagena, el gran baluarte granadino, rendido á Montilla desde octubre de 1821, habrá de coadyuvar á la posesión de la costa occidental venezolana; y uno de sus esforzados sitiadores, el experto Padilla, logrará en breve franquear el histórico lago á las naves de la República.

Con el nocturno asalto del 7 de noviembre de 1823 queda expugnado Puerto Cabello y arriada la bandera española en el postrer bastión que conservaba en Venezuela. Cierra tal empresa, heroica como de Páez, el sangriento y memorable período de nuestra guerra de emancipación. Las armas de la República continúan su obra de libertad en territorios hermanos, guiadas por el acero que en el suelo nativo les abrió tantas veces el surco de la victoria. Nueva Epopeya se realiza desde el Pichincha hasta el Illimani, y nuevos laureles tocan en ella á los soldados aquí vencedores. Como si los términos del suelo patrio no hubieran podido contener tan abundante caudal de gloria, fue éste á desbordarse, con benéfico impulso, sobre pueblos empeñados todavía en lucha terrible por su Independencia y por su Libertad.

Al rayar la aurora de 1824 no es ya Venezuela campo de batalla; pero como en los once años de contienda se ha vivido tánto del heroísmo, y tánto se ha respirado la atmósfera humeante del combate por amor á la Independencia, fuerza es plantar en el suelo, ya libre, simbólico laurel, cual ofrenda debida á esa reciente edad de sacrificios y de grandezas. Fuerza es plantarlo, para que bajo su limpio ramaje entonen las generaciones futuras el himno del reconocimiento y aspiren aroma de gloria los vates á quienes cumpla celebrar, con los sones de la trompa homérica, el esfuerzo de varones tan acreedores como aquéllos á la admiración de sus hijos y á los fueros de la inmortalidad.

Muchos de los ingenios de la República han penetrado ya en ese campo de luz y recogido en él frutos

apreciadísimos. Y si hubiéramos, señores Académicos, de hacer aquí ahora el recuento de la labor intelectual que os ha franqueado con justicia verdadera este augusto recinto, ninguno de vosotros dejaría de presentar algo noblemente destinado á la celebración de aquellos hechos ó á la glorificación de aquellos patricios. Dos, principalmente, han puesto el tesoro de su saber y las galas de su fantasía como al servicio de la Patria, para indicar rumbos provechosos á los poetas que en lo porvenir aspiren á trazar el cuadro completo de la Epopeya de nuestra emancipación. Uno de ellos, después de haber puesto ante sus ojos los sucesos más salientes de nuestra historia militar de 1814 á 1821, formó de todos, con vistosísimo engarce, brillante serie de preseas, para ofrendarla, á modo de diadema triunfal y bajo la inspiración del más acendrado patriotismo, en las aras de la República. Socorrido el otro del numeroso ritmo castellano, evocó, desde la colina de Carabobo, á los héroes principales de la Independencia, y en radio circunspectivo nos hizo recorrer en pos de ellos todo un zodiaco de triunfos, hermoseado con los colores de su bizarra imaginación. La muestra dada en tales ocasiones por esos dos altos representantes de nuestras letras, constituye prenda bien valedera de cuánto se puede espigar en ese campo con el poderoso auxilio de la Poesía y el noble ascendiente de la Gloria. La naturaleza legendaria de los hechos de nuestra magna lucha y el carácter eminentemente épico de sus primeros actores, son hoy, y habrán de ser en lo futuro, fuente de altas enseñanzas para el patriotismo y de fecunda inspiración para el Arte.

¡Bien haya la Patria que ofrece tan rico abolengo! ¡Bien haya el suelo donde pudo germinar tan vivaz y lozana la simiente del heroísmo!

APUNTES

PARA UN DISCURSO SOBRE EL DESARROLLO INTELECTUAL DE LOS PUEBLOS AMERICANOS ANTERIORES Á LA CONQUISTA.

Incansable el espíritu del hombre en sus propósitos de investigación ha presumido más de una vez sondear las espesas tinieblas que envuelven la primera edad americana y recorrer con el auxilio de la crítica el largo discurso que separa las remotas tradiciones de la época en que surge para la historia el continente de Colón. Extremadamente eficaces han sido los esfuerzos desplegados con tal objeto por varios sacerdotes de la ciencia que, como Murray y Humboldt, Fenillé y Barton, Horlan y Say, Prescott y Ulloa, Klaproth y Adelimg, ora validos de la luz de la filosofía, ora de los progresos de la lingüística, ya de los adelantos paleográficos, ya de los descubrimientos geológicos y fitológicos, han logrado esclarecer no poco tan importante materia y prestar algo de certeza á las varias hipótesis sobre que se quisó fundar al principio el nacimiento y desarrollo de los pueblos indígenas

de América. Inadmisibles en su mayor parte las teorías de Platón y de Diodoro Sículo acerca de la vasta extensión de tierra que pudo haber servido un día de lazo natural á entrambos continentes; y menos abonable aún la que Aristóteles explana con el fin de probar el conocimiento que se tenía en su edad de la existencia de una gran Antilla, descubierta por los cartagineses, lógico parece creer – si como sospecha el sabio autor del *Cosmos*, eran ya pueblos en decadencia los hallados en América por los navegantes españoles – que los primitivos habitantes del Nuevo Mundo hayan arribado á las regiones septentrionales del mismo, cuando los suecos y noruegos, después de arrebatar denodadamente á los irlandeses el fruto de sus arriesgadas expediciones, pasan á la península groenlandesa, trasponen el hoy apellidado mar de Baffin, ó acaso los estrechos conocidos con los nombres de Davis y Hudson, y siguen estudiando con inquieta curiosidad las inmensas extensiones de la tierra firme.

Las extrañas doctrinas de los que niegan á ciertas comarcas de América las condiciones necesarias para la espontánea germinación de la vida animal, doctrinas que de un modo tácito rebate Humboldt al enunciar sus ideas sobre la constitución geológica del Moderno Continente, serían fuentes de nuevas dudas y motivo de mayores contradicciones, si no las desmintiese día por día el estudio de los paleontólogos.

Entre las distintas afirmaciones que respecto á los primitivos habitantes de América vienen disputándose la primacía en el campo de la historia, suspende nuestra atención la que el sabio judío portugués Menasseh Ben

Israel asienta en su «Tratado sobre el origen de los Américanos,» precioso escrito documental salvado ha poco de las garras del olvido, merced al interés y celo patriótico del distinguido bibliógrafo Don Santiago Pérez Junquera. Pretende probar el docto judío, apoyándose en la relación de Antonio de Montesinos, que los primeros pobladores formaban parte de las diez tribus cautivadas por Salmanazar en tiempo de Oseas, y que, trasladadas á la opuesta márgen del Eufrates, peregrinaron á remotas regiones, donde nunca habitó el género humano, para guardar allí mejor su ley. Esta aserción, no obstante su naturaleza inductiva, está abonada por el parecer del autor de la «Monarquía Indiana,» quien halla patentes analogías entre el idioma hebreo y los dialectos indígenas. Mas esto mismo no es del todo admisible si se recuerda que el idioma azteco, el más extendido de todos los americanos según lo aseverado por Humboldt al enumerar las distintas lenguas vernáculas de Méjico y al echar implícitamente por tierra los argumentos alegados por los que las juzgan dialectos de una sola, esto mismo, repetimos, no es del todo admisible si se recuerda que el azteco carece en su alfabeto de nueve de los sonidos equivalentes á otros tantos del latín, y que el hebreo, primera fuente del lenguaje del Lacio, cuenta veinte y dos letras para sus combinaciones silábicas. Considerado lógicamente el punto no se encuentra el por qué hayan disminuido los signos fonéticos en un habla naciente, cuando los idiomas están sometidos como todas las cosas humanas á la ley salvadora del progreso.

En el inmenso grupo de pueblos y naciones que se dilatan desde la Nueva Bretaña hasta la Tierra del Fue-

go, descuellan dos grandes civilizaciones cuyo esplendor cautiva las miradas y arrastra el espíritu admirativo del investigador y del filósofo. Nos referimos á los aztecas y peruvianos. Oriundos los primeros de las regiones septentrionales del Continente, y atribuida á los segundos la misma procedencia por los que afirman que al Perú bajaron y allí se establecieron algunos pueblos del Norte como el de los aztecas, no es de extrañarse que éntren en su literatura idénticos elementos generadores y en su religión ideas semejantes, como muy bien se observa al estudiar el *Popol Vuh*, libro escrito en lengua quiche, y en cuyos conceptuosos períodos y alambicadas imágenes se describe el orígen y la destrucción de las primeras razas. También enuncia el propio libro las ideas cosmogónicas de aquellos pueblos, por medio de simbólicas manifestaciones y repetidas alegorías que, como los *Metamorfóseos de Ovidio*, lo hacen comparable en cierto modo á las tradiciones mosáicas.

A manera de monumentos históricos aparecen entre los toltecas el *Códice Chimalpopoca* y el *Memorial de Colhuacan*, que, sin estar escritos en el propio idioma, sirven, no obstante, para incoar el estudio de aquella civilización. Eran los toltecas hombres valientes y atrevidos, á pesar de lo cual fueron vencidos por los chichimecas, quienes en invasión repentina se apoderaron de fértiles comarcas para imprimirles el sello de su carácter emprendedor. Mas, donde comienza la verdadera grandeza de los pueblos septentrionales es al advenimiento de los aztecas, raza débil al principio, expuesta á muchas y sucesivas emigraciones, sojuzgada

durante largo tiempo por los colhues, y emancipada luégo para convertir en gloriosísimo emporio la mayor parte de los pueblos del Anahuac.

Dadas aquellas gentes á las ficciones poéticas, fanáticos por el culto de la naturaleza, y adoradoras de los astros, participaban de algo semejante al antropomorfismo heleno, y tenían sus deidades simbólicas como Quetzalcoalt, dios del aire y númen del comercio y de la guerra, poderes que se atribuían entre los toltecas al soberbio Huitzilapotchli, ó sea la encarnación del mismo demonio, según el relato de Torquemada.

Al estudiar, no obstante, los pocos monumentos literarios que nos restan de aquella civilización, (pues del incendio de los códices mejicanos, debido al torpe fanatismo del primer Obispo de Méjico, apenas pudo salvarse la deficiente colección reproducida en 1831 por Lord Kuisborough) debe recordarse lo que dice Prescott cuando al hablar de los jeroglíficos aztecas afirma que entre aquellos pueblos se otorgaba preferencia á los caracteres figurativos, prescindiéndose casi siempre de los tropológicos, lo cual indica á nuestro parecer falta de vuelo en la imaginación de tales razas y poca costumbre de remontarse á las amplias alturas, donde talvez se las creería sublimadas, si sólo se leyesen los cantos de su emperador Netzahualcoyott. Era este soberano un extraño compuesto de idealismo y materialismo; promulgador de leyes ordenativas y conculcador por su parte de los fueros de la moral; amante por instinto de las bellas artes y sensualista por naturaleza; predicador del bien, y como el filósofo latino, dispuesto al propio tiempo á todo género de inconti-

nencias; reo del mismo delito que hizo perder á David la gracia divina, y cultivador de la poesía en inocentes y melancólicos cantares. Sus rimas, inspiradas en el esplendor de la naturaleza y en la instabilidad de las grandezas humanas son, ora tan tristes como las estancias elegíacas del desterrado en el Euxino, ora tan valientes, sonoras y majestuosas, como los mágicos acentos del cantor de Fingal.

Al estudiar el progreso de las artes entre aquellas antiguas naciones, tropieza el investigador á cada instante con nuevos é irresolubles problemas, nacidos de la contemplación y el examen de las ruinas de Palenque, de las necrópolis guatelmatecas, de los innumerables monumentos quiriológicos, de las pirámides gigantescas, y de los sarcófagos sublimes, verdaderos poemas de piedra que si bien testifican la civilización de una época, contribuyen con sus varias é incomprensibles formas á aumentar la confusión de quien se propone aclarar el origen de un pueblo, tan envuelto, como el que nos ocupa, en las brumas de lo desconocido.

Recuérdase entre los toltecas un libro de escritura simbólica denominado *Tecamoxtli* ó *Libro Divino*, atribuido al Sacerdote ó hierofante Huematzin y contentivo de la historia científica y política de aquella primitiva nación. Desde el supradicho libro, especie de enciclopedia que, como queda expresado, enseña el origen y desarrollo de las primeras razas pobladoras de México, y cuyas principales páginas fueron escritas, al decir de Mancy y otros, en el año 660 de nuestra era, hasta *Ixtilxochitl*, conocido con el nombre de Fernando de Alba y narrador de los grandes hechos de los

chichimecas, hallan entre los aztecas debido cultivo todos los géneros literarios, bien que hasta el presente se ignora el nombre de los autores respectivos. Los himnos y elegías traducidos al español por el propio Ixtilxochitl, prueban que aquel pueblo si no era muy brillante en sus manifestaciones poéticas, tenía á lo ménos una idea bien precisa del modo de rendir culto á los altos principios de la belleza.

Era á la sazón tan respetado el sér que tributaba homenajes al sentimiento artístico, que aherrojado en cierto día un esposo, á causa de su deshonor, por el valiente, generoso y justiciero Netzahuitpilli, pudo recobrar la libertad merced á unas sentidas endechas con que logró conmover el ánimo del indignado conquistador.

Más amantes los aztecas del sistema quiriológico que de los signos alfabéticos para expresar sus ideas y manifestar las impresiones de su espíritu, sólo en sus jeroglíficos dejaron camino abierto á la ciencia investigadora para llegar al origen de su primera civilización. Los calendarios sacerdotales de entónces, que una vez conocidos debidamente, pudieran arrojar mucha luz sobre los puntos relacionados con la ciencia de aquellos pueblos, no han sido del todo interpretados, á pesar de los esfuerzos de Sigüenza, Boturini, Clavíjero y Gama.

Al convertir la atención hacia el segundo de los grandes centros civilizados que aparecen en la edad prehistórica de América, causa no poca extrañeza en el ánimo del observador el culto que entre los incas se rendía á la justicia, la equidad con que se repartían los frutos de sus tierras, el horror con que miraban la ociosidad, y el espíritu caritativo á cuya impulso obedecían

los capitanes y caciques de aquellas tribus siempre que entre las clases últimas había dolores y lamentaciones originados por la miseria; principios estos abiertamente contrapuestos á los instintos idólatras y á las tendencias autocráticas de los *Quitchuas*, *aymaras*, *atacamas* y *changos*. No era, como presume Ulloa, generalmente inhumana esta nación, lo cual se afirma más y más con la opinión de Róbertson, quien al hablar de la pena de muerte entre los incas dice que el terror, móvil de pasiones bastardas entre pueblos corrompidos, mantenía á los peruvianos en un orden relativo, haciendo de tal suerte muy poco considerable la serie de sus delitos.

El sentimiento artístico si no estaba allí tan desarrollado como entre los aztecas, según se deduce de lo afirmado por Mancy al hablar de los jeroglíficos peruvianos, merecía, empero, altísimo culto, como lo atestiguan las leyendas tradicionales de los tahuantinsuyus, el sistema mnemónico de que nos habla Prescott, los pláñideros cantares denominados *haravis*, la tragedia Ollanta donde el crítico encuentra hasta el *fatum* que constituía el gran resorte del drama clásico, y por último, muchas creaciones del género escénico cuya representación formaba parte de las fiestas públicas, como sucedía entre los pueblos antiguos de la Grecia.

La lengua quichua, originaria de la hebrea, al decir de algunos eruditos cuya autoridad reconoce Ulloa en sus "Noticias Americanas," no es tan dulce y harmoniosa como cree Balbi, ni tampoco tan insonora en partes, como lo da á entender Orbigny. Escasa de elementos léxicos y rica al propio tiempo en cantidades ortológicas, posee la singularidad de expresar diversas ideas con

los mismos vocablos, bien que variando convenientemente la posición de los acentos prosódicos. Hay quienes afirmen que antes de la llegada de los españoles era desconocida la escritura en las comarcas peruvianas; mas esto no obsta para que su literatura, *perpetuada por la tradición oral*, nos dé á conocer las condiciones fonéticas y el carácter léxico del lenguaje supradicho. Sin contener tantas voces polisilábicas, ni tantas inflexiones como el de los aztecas, reunía el principal idioma de los incas gran variedad de conjugaciones, con la circunstancia de no contener ninguna irregularidad en sus verbos, y de estar sujeto, como los más cultos, á inviolables leyes gramaticales.

"Al oriente de los Andes, dice un sabio historiador contemporáneo, no encontraron los españoles y portugueses más que tribus bárbaras." Respetando en lo que vale la autoridad del escritor referido, hallamos, no obstante, rebatible tan absoluta afirmación, desde luego que la lengua tupé sirvió á los misioneros de entonces para difundir sus doctrinas apostólicas entre las varias tribus de la hoy provincia de Para. Un lenguaje que se presta fácilmente á ser vehículo de la verdad evangélica posee de fijo elementos poco comunes y nada cónsonos con la incivilidad atribuida á los habitantes de las aludidas regiones.

Entre los pueblos meridionales merece atención sin duda el de Arauco, más notable por su índole belicosa y su carácter independiente que por sus manifestaciones intelectuales. Las valientes octavas que en el canto I° del poema de Ercilla describen las costumbres guerreras de aquella gente indomable, y los patéticos cuadros que

en el IVº y otros del propio libro pinta con lozano pincel el épico español, son certísimos indicios de que aquella raza tenía conciencia de su propio bien y tributaba el debido homenaje á la religión del sentimiento. En las formas de su lengua se nota la superioridad de tal pueblo sobre los otros de la parte meridional, pues, hasta ciertas locuciones científicas cncuentran allí debida equivalencia. Y si á esto se agrega la semejanza de su sistema rememorativo con el de que se valen los peruvianos y el carácter rítmico de su escasa pero espontánea poesía tradicional, deduciremos que entre los pueblos bárbaros ocupa el de los araucanos un privilegiado lugar.

Descendiendo más aûn hallaremos á los patagones, nación guerrera naturalmente, y cuyo estado de paz se distingue por lo acéfalo de la administración. Cuanto se dijo acerca de la ciclópica talla de los hijos de esta región, quedó desmentido desde que Orbigny dió á luz su estudio sobre el hombre americano y desde que Falkner describió las tierras magallánicas.

De las tríbus extendidas á lo largo de todo el Río de la Plata y cuyo carácter austero y espíritu valeroso han estudiado prolijamente historiadores como Azara y Charlewix, nada podemos decir que sea conducente al logro de nuestro propósito, pues, si bien es cierto que la rudeza de su habla no se opone en manera alguna á la expresión de los nobles afanes del espíritu; y si es asimismo indubitable el adelanto artístico de los Tobas y Payaguas, en los cuales descubre un narrador de nuestros días *los arreboles de una civilización naciente*, nada encontramos que pueda servir de guía en el exámen de su progreso intelectual. Si el idioma de un

pueblo es el reflejo de su carácter, como ha dicho un filósofo contemporáneo, la índole de aquellas tríbus debía ser opuesta á los sentimientos delicados y á las dulces emociones del alma, según la dureza que se nota en sus locuciones, plagadas de consonantes, condición ésta que resalta, como en ningún otro, en el idioma hablado por las naciones del Chaco.

Ni los Chiquitos con su abundantísima lengua de complicadas combinaciones verbales y variadas formas sintácticas; ni los moxos con su melíflua manera de expresar las ideas y su natural filarmónico; ni los itenes con su tendencia al cultivo de las artes y sus progresos en la ciencia del gobierno; ni los yuracarés con su extraña pero poética cosmogonía y su genial aspiración á descubrir el origen de las cosas; ni ninguno de los pueblos dilatados por las márgenes del Mamore, reúnen condiciones peculiares de razas totalmente civilizadas.

Si subimos de nuevo hasta las regiones que son bañadas al propio tiempo por los dos océanos y que habían de formar, andando los siglos, la gran nacionalidad colombiana, encontrarémos algunos pueblos que, como el de los panches, buscan en la reina de la noche el objeto privilegiado de su adoración, por detestar con viva fuerza el astro fecundante en cuya luz veía la mayor parte de las tribus meridionales el principio de la vida y la fuente divina de las gracias. La repugnante salacidad que se nota en los indígenas de algunas de estas comarcas, instinto que se extrema entre los laches hasta la más grosera sodomía, prueba de un modo irrefragable la poca ó ninguna idea moral que había entre tales pueblos, adscritos al panteísmo en sus abominables manifestaciones. A pesar

de semejantes vicios, adviértese entre los denominados caquesios cierta altivez de carácter y un singular amor á su independencia, que recuerda á los indomables araucanos.

Entre las lenguas practicadas por los hijos de aquellos países, la que más estudio merece es la de los moscos, ya casi olvidada, y en cuyos vocablos se advierte alguna riqueza y no poca analogía con los idiomas cultos. La gramática que de ella publicó Bern. de Lugo á principios del siglo XVII, puede dar una idea clarísima de sus especiales condiciones.

Nada confunde tanto á quien trata de inquirir el origen y desarrollo de las varias tribus que poblaron la América, como el abigarramiento de razas, que á cada paso se nota, y la diversidad, verdaderamente injustificable, de sus creencias y sentimientos. Si era uno mismo el idioma hablado por los moradores de las pequeñas Antillas y los habitantes de las comarcas extendidas al norte de lo que más tarde se llamó Colombia; si las inmensas tríbus de los caribes conservan la uniformidad de su dialecto al través de las vastas regiones que pueblan y dominan; si el propio espíritu de independencia predomina entre ellos ¿cómo se comprende la divergencia entre los que moran en el archipiélago antillano y los que habitan la tierra firme; y cómo se compadecen los hábitos apacibles y serenos de los que viven en Cuba, Haití y otras islas, con las costumbres belicosas y los instintos vengativos de los que ocupan las riberas del Orinoco ó del Magdalena? Problema es éste que cumple resolver á los etnólogos y etnógrafos, y en cuya aclaración estriba el descubrimiento de muchas verdades históricas.

Valdez y Aguirre, impulsado tal vez por un sentimiento patriótico, ha presumido últimamente hallar entre los indígenas de Cuba restos de una civilización que se remonta á la edad de los romanos. Verdad es que los areitos ó romances populares en cuyo cultivo descolló la célebre haitiana Anacaona, y por los cuales se conocía el principio fundamental de las cosas, demuestran que entre aquellos pueblos no era planta exótica el sentimiento poético ni elemento extraño la ciencia de la naturaleza.

Al echar una rápida ojeada sobre la parte de América que debía fecundar para el espíritu moderno el aliento de la raza Sajona, hallamos que, según el parecer de sabios como Malte-Brun, los pueblos salvajes allí encontrados por los españoles y franceses en sus expediciones de 1520, 23, 24 y 25, por los españoles sólos en 1527 y 39, y por los ingleses durante el reinado de Isabel, eran sucesores de otros más antiguos y civilizados, como lo demuestran notables monumentos descubiertos por la ciencia y de los cuales no conservaba memoria alguna la raza hallada allí por los descubridores. La Florida, objeto de notabilísimos estudios, presenta un campo de diversos cacicazgos y una singular confusión de gentes cultas é inciviles. La variedad de lenguas que allí se habla, es el más claro indicio en tales pueblos de la desigualdad de su orígen; y la parte que les corresponde en el cuadro sinóptico que de los idiomas de la América Septentrional indígena formó Gallatín, muestra lo dicho, con mayor evidencia.

Los creeks, adoradores del Grande Espíritu, partidarios de la justicia y poco dados al culto de los afec-

tos, pero grandes en sus concepciones, son entre los pueblos indígenas de la América del Norte, de los que merecen alcanzar la preeminencia de la investigación histórica. Los nátchez, cuya descendencia había de dar más tarde motivo á Chateaubriand para agregar un precioso laurel á la corona de su gloria, eran, según sus propias tradiciones, de las razas más antiguas de América; y si se estudian sus creencias religiosas, las condiciones particulares y la autoridad absoluta de sus soberanos, sus costumbres y tendencias, vendremos en conocimiento de la verdad de sus adelantos relativos, no obtante los bárbaros sacrificios que entre éllos se consumaban y lo extraño y fantástico de sus fiestas.

Continuando en nuestra ascensión tropezaremos con algunas naciones entre las cuales se observa como principal homenaje tributado á los principios de la cultura una pasión desmedida por el lujo entre hombres y mujeres y un excesivo esmero en el tocado de las últimas. Estas gentes, diseminadas á lo largo de la Carolina del Norte, tenían su representación, semejante al del Jove greco-romano, en Kervuas creador de todos los seres y jefe supremo de los dioses. Los iroqueses que, como lo indicaba su antiguo nombre, se juzgaban superiores á los demás pueblos de la tierra y presumían ser, cual otros hijos de Israel, escogidos por los dioses para altos é inexcrutables fines, son sin duda una congregación importantísima entre las varias de títulos y razas que se disputan con los aztecas y peruvianos la civilización prehistórica del continente. Adolece su religión de los errores de Budhismo asiático y hasta participa de algo muy semejante á las absurdas doctrinas del heresiarca

Manes. La leyenda á que ha dado margen el origen de los iroqueses, es de lo más bello y poético que puede concebirse, y tiene no pocos puntos de identidad con la del titán que dió al primero de los trágicos griegos el argumento de su incomparable poema. La elocuencia que los iroqueses desplegaban en sus arengas y las innumerables galas retóricas que se advierte en las mismas, dan muestras de que acaso entre ellos sea donde la imaginación se desplegó en América con mayor vida y colorido. Su lengua, sobrecargada de voces polisilábicas y con las cuales se expresaba á veces toda una serie de ideas, no cuadraba siempre al ritmo de los períodos regulares, siendo entre ellos más de apreciarse la brillantez de una imagen ó la profundidad de un concepto, que la parte morfológica de sus creaciones intelectuales.

Si convertimos la mirada á los Dacotas, la más potente nación indígena, al decir de algunos, de las del septentrión americano, no dejará de encantarnos el encontrar en su literatura, pequeños y preciosos poemas que, aunque hiperbólicamente inspirados en las maravillas de la naturaleza, están henchidos de sentimiento artístico y llenos de cautivadoras imágenes. Una existe tan bella, sencilla y al propio tiempo majestuosa, que trae á la memoria algún argumento de los cántigos del Rey Sabio.

Los winnchagoes con sus secretas ciencias médicas y sus abstrusas teorías sobre la ordenación de las especies; los mandanes con sus costumbres asimilables á las de los trogloditas etiópicos y su completa ignorancia de las causas generadoras del mundo físico; los

hiperbóneas, sin sentimiento alguno de nobleza y condenados bajo la dureza de su clima á perpetua ociosidad y á repetidas privaciones; los esquimales, rendidos perennemente al peso de los hielos, ocultos en sus chozas de nieve y sin idea alguna de la naturaleza pintoresca; todas las otras razas de ínfimo orden que pululan en la parte norte del continente, vivían en estado de completa depresión intelectual cuando sonó la hora de que España, por medio del gran Colón, escribiese la página más brillante en la magnífica epopeya de sus glorias.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR DON MANUEL FOMBONA PALACIO, EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO, LA NOCHE DEL 19 DE AGOSTO DE 1888.

Ilustrísimo señor Arzobispo de Caracas y Venezuela: Señores de la mesa presidencial: Señoritas Directoras:

Señores:

Ardua es siempre la tarea del orador; mas sube de punto, raya en lo infinito la dificultad del desempeño, si trata, como en el caso de ahora, de patentizar los dones morales que residen en el corazón de la mujer, en ese templo, sublime por augusto y por divino misterioso, donde no es dado oficiar dignamente sino al sér investido con el sumo sacerdocio de la virtud. De ello os hablo porque después de las espirituales manifestaciones que todos aquí hemos admirado, nada se ofrece tan propio para servir de término á la grata escena como la glorificación de ese

mágico prestigio con que la más dulce mitad del género humano infunde realidad á las aspiraciones del alma y presta eficaz impulso á las victorias de la idea. Y ya que son tan débiles mis fuerzas como es alto el asunto, invocad para bien mío aquel generoso sentimiento cuyo poder equilibra en las esferas intelectuales la pequeñez del concepto y la alteza del propósito, como iguala en el seno de la Naturaleza la eterna ley de amor que rige los mundos, el átomo que sube á recibir existencia en los espacios y el rayo de sol que desciende á despertar los genios de la vida.

Entre los grandes espectáculos que previenen el ánimo á la realización del bien, ninguno como el de la mujer convertida de educanda en educadora, y dispuesta á transfundir en las almas inocentes la savia fecunda de la doctrina moral. Y es tanto mayor el gozo del espíritu al contemplar esa especie de magnético influjo ejercido por la virtud consciente sobre la virtud que á sí misma se ignora, cuanto que en ella parece adivinarse ó presentirse aquella comunión misteriosa de las almas, de la cual ha de derivarse en lo futuro la noble harmonía de la existencia. Mas, ¿de dónde nace ese benéfico predominio; quién ha dado á la mujer esa facultad casi creadora con que consigue neutralizar en épocas de lucha los efectos de la barbarie y enaltecer más y más en edades venturosas las conquistas de la inteligencia y el imperio de la verdad? Veámoslo.

Cuando entregada la mente á la resolución de los más abstrusos problemas de la historia, inquiere á la luz de la verdadera filosofía la idea primigenia del

orden social, no tanto la busca en el estrado donde se dictan los fallos de la humana justicia, ni tanto en el recinto donde se sancionan los fundamentos del derecho, como en la estancia apacible que la alegría viste de flores ó el sacrificio consagra, en la cual templa el padre, al fuego del ejemplo, á los llamados á ser un día ornamento de la Patria, y nutre la madre, con la savia de sus consejos, á las que han de matener, como las Vestales de Roma, intacta la luz de la honra en el santuario de la familia. Y halla en verdad el observador que es en aquel retiro, entre modulaciones de recíproco afecto, en medio de ambiente que la castidad perfuma, á los reflejos de una lumbre alimentada por la esperanza y bajo la augusta advocación del deber, donde viene elevándose al través de las centurias la idea de la perfección humana, como si solo le infundiesen vuelo para ir en seguimiento de lo absoluto las leyes inefables de la abnegación y del amor. De campo tan fecundo, cultivado de continuo por manos que parecen nacidas para tejer ilusiones: de ese reino donde hoy se yergue, soberana por la virtud la que llama el Conde de Segur alma segunda de nuestro sér; de ese espacio que ilumina con el sol de sus gracias la compañera que revoca en nosotros los ruines designios y despierta en nuestro espíritu aspiraciones á la Gloria; de allí surgió revestido de celestes atributos, realizados por religiosos sentimientos, el principio que convertido primero en norma y luego en ley de existencia, vino á la postre á constituir en dogma el funda-

mento de la familia y en objeto de fervoroso culto á la sacerdotisa del hogar.

Nada más encantador, señores, que ver cómo se invierten en las íntimas escenas de la vida, y merced á la conjuración de los afectos, las naturales preeminencias de la autoridad. Nada más lisonjero que hallar trocado, por ministerio del cariño en juez de nuestras propias acciones, al sér que cultiva por ciencia única la ciencia del sentimiento. Nada más dulce que ver á la mujer, si hija, convertir en suave ascendiente la severidad paternal; si esposa, lograr que revistan el mandato y la obediencia las formas de una mutua contemplación; y si madre, ordenar con la voz del sacrificio el cumplimiento de los deberes filiales y hacer de la ternura una fuerza represiva de caracteres, como del perdón una enseñanza moderadora de pasiones.

Sin miedo de que extreme su poderío, otorga el hombre á tan admirable sér la facultad de legislar, con decisiones inapelables, sobre aquellos hechos de la existencia en que la razón cede el paso á los altos anhelos del espíritu. Y entonces, como en trueque de tan singulares prerrogativas, no hay duelo que ella no se apropie, palma de martirio que no busque, inmolación que no solicite, ni cáliz de amargura que no pruebe, si de tales sacrificios se deriva bien alguno para cualquiera de los seres que viven en su alma. Más grande que la misma naturaleza como fuerza providente ó como numen sensible, al par que guarda para cada orfandad un alivio y para cada queja una esperanza, tiene lágrimas y gemidos para toda inevitable tribulación;—que jamás destilaron miel tan fragante los panales del Himeto como la miel

de consuelo con que mitigó la piadosa Antígona los inenarrables tormentos de su desventurado padre: ni el céfiro que halaga los viñedos de Laconia se ha impregnado nunca de tan delicada esencia como la esencia de ternura con que embalsamó Laodamia la fe de sus promesas y la memoria de su amor. Tampoco se ha oido á las fuentes de Beocia murmurar tan dulcemente como Alcestes al demandar del adolorido esposo la retribución de su hermoso sacrificio; ni á los raudales de Ática correr con ecos tan lastimeros como el río de lágrimas con que regó Niobe los inanimados restos de sus hijos.

Si tiene glorias la vida y brillan en los espacios del alma horizontes que la esperanza pinta ó la ilusión arrebola, es la mujer quien pronuncia ese *fiat* misterioso á cuyo influjo se desvanecen las amarguras de la realidad. Su corazón es un mundo donde se ostentan con mayor viveza y colorido las más altas virtudes humanas, como si por una ley de reflexión, impenetrable para el entendimiento, se retratasen allí indeleblemente todas las grandezas del universo moral. Y en aquel infinito hay sonrisas de hermosura que envidiaría la Primavera, y auras de inocencia que aspirarían los ángeles, como hay también paisajes de melancólico crepúsculo y nubes que derraman lágrimas de tal pureza que al descender, como bálsamo, sobre los dolores de la vida, se evaporan como esencia del alma, para subir á confundirse con el éter de los cielos.

Relegada la mujer en ciertas edades de la Historia á la condición de sierva, fue preciso que nuevas ideas viniesen á vivificar el mundo é ignotos gérmenes de vida bullesen en los espacios de la tierra, para que le fue-

sen devueltos sus gloriosos atributos y se le viese otra vez tan rica de dones como en aquellas auroras del Paraíso, en que no había flor que no le brindase aroma de venturas, ni céfiro que no llevase á sus oidos misteriosos mensajes del infinito amor. Necesitóse que penetrara en las venas del mundo la savia de la revelación cristiana para que la mujer recobrase los fueros de su nobleza, y engalanada ora con la aureola de las vírgenes, ora con la diadema de esposa, ya con la corona de la maternidad, se proclamase con la voz del dolor árbitra de los destinos humanos, desde aquella escena, sombría y augusta á un tiempo mismo, en que absortas contemplan nuestras miradas á los reflejos del ocaso moribundo y entre las convulsiones del planeta, mezclado por virtud altísima y para salvación de los hombres, el llanto más fecundo brotado de humanos ojos con la sangre más preciosa que ha caido jamás sobre la tierra.

Y semejante conquista, lograda por la mujer en la ocasión más solemne de la Historia, é inmortalizada de consuno por el sacrificio y el sentimiento, no debe, no puede trocarse por esotros laureles de efímero brillo alcanzados en medio del torbellino de bastardas pasiones y no hechos á ceñir sino la frente de aquellos seres capaces de capitular con los intereses de la vida en las batallas que riñe la virtud. La mujer fuéra del tabernáculo del hogar y con parte activa en las luchas de la existencia, es como arroyo que surca la campiña sin reflejar en su linfa el claro azul de los cielos: como rosal que no exhala aromosas esencias ni muestra en sus hojas el aljófar del alba, como nube que cruza los espacios sin que el sol dibuje en ella los tiernos celajes de la aurora; y

como ráfaga de luz que no brilla sino con el fulgor siniestro del relámpago. Despojada así de sus eximios privilegios y envuelta en las borrascas de que constantemente es escenario la vida, lejos de ofrecerse semejante á la Beatriz de Alighieri, coronada de verde olivo y ceñida de albos cendales, aparece cubierta como la Discordia de Ariosto, con los torpes arreos de la locura, sin poder mostrar sobre la frente un reflejo siquiera de su prístima condición.

Reclinada en el trono que nuestro amor le ha erigido y dentro de los límites del mismo templo donde le rendimos perpetua adoración, la mujer es á un tiempo iris que nos anuncia el término de la borrasca y deidad que nos guía en el camino de la gloria. Por ella entramos al mundo con la idea del deber en la mente y la palabra de perdón en los labios, como nociones principales para practicar la ciencia de la vida, y por ella vemos mas tarde á nuestros propios hijos hollar con planta segura el camino de la existencia con la religión por escudo de nobleza y el principio de la honra por único talismán.

Observad, si no, en la fiesta misma que celebramos, infinitos testimonios de las grandes facultades de la mujer. Contemplad en cada una de esas niñas un triunfo adquirido por el saber, una victoria alcanzada por la constancia. Ved como se ha sugerido á cada una de esas almas la idea indeficiente del Bien: como se ha hecho alborear en cada uno de esos espíritus la conciencia de la verdad. Y ¿qué decir ahora de la singular manera, del modo verdaderamente admirable con que vence la paciente educadora, la resistencia de la naturaleza, al ir convirtiendo el sonido casi inorgánico que brota de los labios

del niño, ya en el premioso silabeo, primer esfuerzo de la inteligencia; ya en la clara articulación del vocablo, ora en el suelto modular de la claúsula, ora en la rotunda ondulación del majestuoso período? ¿Cómo comprender el secreto de que se vale para doctrinar en los misterios de la harmonía á espíritus incipientes, los cuales lleva al cabo por medio de iniciaciones artísticas, á ver en cada latido del corazón una nota del sentimiento, en cada queja del alma un acorde de la sinfonía del dolor, en cada idea de la mente una voz del concierto de la vida? ¿Qué decir del maravilloso poder con que consigue la incansable profesora trocar débiles manos en agentes de belleza que al entresacar delicadamente las tenues hebras del cándido lino para sustituirlas, con eficacia creadora, por áureos estambres ó por séricas urdimbres, van formando hermosísimos recamos que, convertidos á la postre en paisajes de vistoso conjunto, al par que deleitan la vista entusiasman el corazón? Y ¿cómo definir, por último, la facultad con que logra amaestrar á seres inocentes en esotras labores del alma, donde se ofrecen primorosamente dibujados sobre la rica tela de la Virtud los nobles atributos del Deber, y con las cuales se forman esos gloriosos ornamentos de amor y de ventura que constituyen la gala más hermosa del templo del hogar? Lo cierto es que nunca serán suficientemente enaltecidos esos esfuerzos en pro de la inteligencia humana, ni jamás se verán dignamente glorificados esos sacrificios en aras de la verdadera civilización.

Ah! señores ¡Cómo os contemplo embelesados á la vista de esos seres infantiles, dulcísimos renuevos de

nuestra sociedad! ¡Cómo leo en cada uno de vosotros el presentimiento de celestiales venturas, la adivinación de purísimas glorias, al escuchar el rumor producido por ese coro de ángeles, al oír esa harmonía misteriosa, que es como un recuerdo de los halagos que guarda la vida cuando la flor de la inocencia conserva aún sus primeras aromas! Y al ver hoy de manifiesto en esos pedazos del alma dones que en el hogar dormían ocultos por faltarles el poderoso incentivo de la emulación, ¡cómo os oigo aplaudir en lo más íntimo de vuestro sér á las dignísimas cultoras de este campo, á quienes ha cabido como á la espigadora bíblica, ir descubriendo en cada espíritu la mies abandonada para recogerla con ahinco y aprovecharla con amor!

Loor á vosotras fieles sacerdotisas del saber, que identificadas á maravilla con vuestro sublime ministerio, habéis logrado mantener vivos en el templo que os estaba confiado, el sacro fuego de la inteligencia y la llama divina de la virtud. Loor á vosotras, que sin miedo á quedar desposeídas de parte siquiera del tesoro de luz encerrado en vuestra mente, habéis no sólo reproducido el milagro creador en almas que sentían el primer aleteo del pensamiento, sino alcanzado además en las esferas donde el espíritu indaga las causas de la vida, nuevos triunfos para la conciencia y nuevas conquistas para la moral. Habéis vencido.



PROSA





EL DOCTOR RAFAEL SEIJAS

† EN CARACAS EL 4 DE SETIEMBRE DE 1900

Animi cultus quasi quidam humanitatis cibus.

No habrá sabio que al rendir su laboriosa jornada pueda con mejores títulos que este eminente hijo de la República, señalar la huella de sus pasos como sendero luminoso á los llamados á solicitar en la tierra el triunfo completo de la Justicia. Quien supo sustraerse hasta de los halagos de la gloria, y darse, dentro del silencio de la meditación y en la soledad del estudio, á interpretar las fórmulas del Derecho, para aplicarlas con la convicción del bien y el ahinco del patriotismo á la guarda ó al salvamento de los fueros nacionales, tenía que trasponer las regiones de la muerte en medio del doloroso clamor de toda una generación, para la cual fué él oráculo de inapelables soluciones en cierto orden de doctrinas, al par que símbolo de acción perpetua en determinadas esferas de la enseñanza superior.

La obra de los egregios varones para quienes la ciencia ha sido como cariñosa madre, no puede apre-

ciarse en su genuino valor sino cuando desbastadas las inevitables asperezas de la pasión coetánea, se aquilaten los hechos anteriores y puedan resumirse en el mismo concepto el esfuerzo y el resultado, á fin de discernir la trascendencia de cada labor en pro de la humanidad ó en beneficio particular de un pueblo. Varia, como es, la política en las sucesivas edades de la Historia, no cabe pedir á sus manifestaciones, ni siquiera en nombre de la filosofía, ejemplo alguno de aplicación práctica, si se trata de circunstancias nacidas más bien de un influjo local y repentino que de otras causas de naturaleza permanente y de imposible diversificación.

El estudio á que dedicó principalmente la vida el compatriota á quien lloramos, es de los más sometidos á las alternativas ó vicisitudes de la política universal, y el que acaso requiere mayor tesón, laboriosidad y constancia en el que lo profesa y cultiva, supuesta la necesidad de conservar ó seguir constantemente el hilo de los hechos en que se va vinculando su definitivo desarroyo. Acontece con el Derecho Internacional, talvez más determinadamente, lo que con ciertas escuelas de la filosofía especulativa, cuya aparición viene á ser á veces efecto de diversas tendencias hacia la meta de la Verdad, ó fruto de contrapuestas aspiraciones por la soberanía del Pensamiento.

Paralelamente recorren las ideas la órbita de los siglos, en solicitud de un punto donde detenerse para siempre ó aguardar la hora de la nueva peregrinación, según el impulso que las guía desde su orígen, bajo la suprema virtud de la Providencia. La pugna de los principios filosóficos anteriores á la edad en que cobró su vida y

acción el Derecho de Gentes, vale á demostrar cuánto de preparación requieren las conquistas contrarias á la ley de la fuerza, si han de prevalecer en el orden de la vida y arraigarse permanentemente en las entrañas de la sociedad.

Con la clausura de la escuela alejandrina quedó en el siglo sexto extinguida ó muerta la antigua filosofía. Si comenzó á renacer en el Reinado de Carlomagno, cuando buscaron los escolásticos en la Lógica del Estagirita amplio rumbo á sus meditaciones, no halló favor en todos los sabios el nuevo sistema, á pesar de la actividad científica de Alcuino, y hubo de verse más tarde al omniscio Anselmo beber en la fuente de los primeros Doctores y emular poderosamente en sus explicaciones teológicas la fuerza intelectiva de Aurelio Agustín. El choque entre las doctrinas de Roscelin y las de Guillermo de Champeaux, que Abelardo aspiró á neutralizar en su heterodoxo conceptualismo, tan combatido por el fundador de la Orden de Bernardinos, no puede considerarse sino como un esfuerzo prematuro de la filosofía para salvar el punto adonde debía llegar en la decimosexta centuria, después de haber recorrido las sentencias de Pedro Lombardo, las remembranzas peripatéticas de Alberto el Grande, los altos conceptos probatorios de Tomás de Aquino, *el principio de individuación* de Escoto, *el Arte Universal* de Lulio y el *Opus Majus* del *Doctor admirable.*

De la lucha de los principios nace por ley de lógica nuevo afán de investigación; y el hombre, que anda casi siempre dominado, aun en medio de las mayores sombras, por la idea del bien, en cuyo fondo presiente y adivina lo

verdaderamente útil desde el punto de vista político y moral, se propuso en los primeros albores de la edad moderna extraer del seno de las mismas escuelas filosóficas que se disputaban el dominio de la inteligencia, las máximas destinadas á reglamentar el trato recíproco de los pueblos cultos, no sometido en lo antiguo sino á reglas vagas y contrapuestas, incapaces de constituir fundamento científico, ni aun en las mejores edades de la armipotente Roma. Así puede asegurarse que la ciencia del Derecho Internacional es esencialmente moderna. Apóstoles tuvo en su principio que, al modo de Grocio, se contentaron con establecer el punto iniciativo de ella; pero luego ofreció propagandistas como Vattel, capaces de adelantarse á su propia época y señalar fijamente el límite adonde habría de llegar, en su progresivo curso, la doctrina que ellos proclamaban en nombre de la Justicia. Desde que el sabio holandés aspiró á subordinar en la obra *De jure belli et pacis* las prácticas del Derecho al concepto de la Naturaleza cual hechura de Dios, hasta que el célebre publicista suizo explanó metódicamente en sus libros las nuevas doctrinas con caracteres universales y necesarios, mediaron apenas, como verdaderos esfuerzos de orden filosófico en favor de la ciencia naciente, los estudios de Jurisprudencia y de Derecho Natural de Pufendorff, las fórmulas demostrativas de Wolfio y las inconclusas disertaciones de Burlamaqui, por donde resultó el *corpus juris* de Vattel pórtico inmenso, destinado á franquear á todos los pueblos cultos, así á los débiles como á los poderosos, tanto á los de progenie antigua como á los de reciente abolengo, la entrada en el cenáculo de la vida política, sobre la base de la igual-

dad en la justicia, que es una de las mejores preseas de la civilización cristiana.

La preponderancia militar, aunque adquirida á poder de muy gloriosas victorias, quedó atenuada por virtud de principios escritos que á cada uno cumplía observar, para el mejoramiento de un bien común á todos los Pueblos y de provecho igual para todas las Potestades. El escritor difuso y falto de método, como se llamaba á Vattel; el que no había, en concepto del célebre publicista inglés, sino elaborado un Manual muy adecuado á una ciencia que demandaba el genio de nuevo arquitecto para su reconstrucción, podía ya dar por ganada la principal de las batallas con armas tan lucidas como son las del razonamiento. Lo que Grocio había llamado *consentimiento universal* debía darse por obtenido. La doctrina dominaba los hechos, y la igualdad teórica de los Estados ofrecía tangible representación.

Cuando el célebre profesor de la Universidad de Gante sentó de modo casi dogmático propio de su estilo, que «la Historia del Derecho de Gentes nos presenta al «género humano avanzando hacia un porvenir de paz y de unidad», tuvo acaso en mira refundir en una sola idea toda la loa, todo el aplauso, todo el reconocimiento de que son merecedores los que pusieron las bases del vasto edificio á cuya sombra vinieron á ventilarse las diferencias internacionales, en harmonía con los fueros de la justicia y con los consejos de la razón.

La guerra vió desde entonces reglamentadas de manera definitiva sus prácticas dolorosas; y así la destrucción del enemigo no fué objeto sino necesidad,

como no resultó la declinación de las hegemonías políticas, á lo menos para la ciencia, efecto de fuerzas contrarias puestas al servicio de una idea local, sino mera razón de equilibrio, impuesta por antecedentes poderosos. Los pueblos cristianos hallaron posible referir á sanas máximas el arreglo de sus escisiones, y en cada disentimiento tuvieron ocasión de precaverse, mediante arbitrios recíprocos, de ulteriores dificultades. El uso constante y sincero de esa doctrina jurídica, vino á ser, como será siempre, la mejor garantía de progreso entre los Pueblos y la prenda de mayor seguridad en sus mutuas relaciones.

Nuestro sabio compatriota vivió, pudiera decirse, en medio de la atmósfera moral del Derecho, y logró así penetrarse de todo el bien rendido á la causa de la Justicia por los principales sacerdotes de la ciencia en el decurso de la presente centuria y en el de las dos anteriores. La posesión de tanta doctrina lo hacía superior á todo conato de duda, aun respecto de asuntos sin antecedentes determinados. Así, tras el examen de éste ó de aquel caso, tras la investigación concerniente al uno ó al otro punto, venía su concepto á dar á la materia en controversia forma invariable, desde que caía sobre ella, una sola vez, con la presión y seguridad del troquel sobre el metal maleable preparado para recibirlo. Interrogado acerca de alguna cuestión de ardua naturaleza, recogíase primero en sí mismo, como si temiese anticipar la expresión al prolijo discernimiento de la consulta; se abroquelaba en el más impenetrable silencio, como si recorriese de una en una, por decirlo así, las celdillas de la memoria para hermanar opiniones y resu-

mir pareceres, y luego exponía, casi de súbito, el resultado de su excursión científica, en la que acababan de acompañarlo á un simple conjuro del entendimiento, los máximos representantes de cada doctrina internacional. Á su sabor hacía comparecer en orden rigurosamente cronológico, ó bien por escuelas ó nacionalidades, á los más afamados maestros, á fin de reforzar su propio concepto, sin titubeo en la cita ni duda en la interpretación. Ya era el comentador Merlin y el expositor Teodoro Ortolán quienes acudían á su llamamiento, para resolver acerca de un punto de jurisdicción marítima; ya Bentham ó Filangieri, para determinar la oportunidad de un principio de Legislación; ora Lerminier ó Kant, para fijar el sentido filosófico de una máxima ó doctrina; ora Laurent ó Wheaton, para esclarecer una idea relacionada con el progreso del Derecho de Gentes desde el punto de vista de la moral en la Política ó de la necesidad en la Historia. Como arca privilegiada guardaba su mente, para ofrecerlos en la hora oportuna, los resúmenes y referencias del conocido curso de Jorge Federico de Martens, así como los más salientes ejemplos de las causas célebres recopiladas por Carlos, otro de los publicistas de aquel privilegiado apellido, tan famoso en los anales de la Diplomacia europea. Familiares le eran, como al amaestrado guerrero los preceptos de la disciplina, las fórmulas locales del comentarista angloamericano Kent, las explanaciones jurídicas del docto britano Phillimore, las metódicas deducciones del alemán Heffter, la fecunda y diserta doctrina, rica de antecedentes como pocas, del francés Pradier-Fodéré, las perspicuas exposiciones del español Riquelme, la

puntualizada y serena enseñanza del italiano Fiore, así como el sistema amplificativo y á veces prolijo del profesor ruso Federico de Martens. Poco afecto, acaso, á los métodos extraídos de la primitiva escuela de Grocio, consultaba apenas á Jouffroy y á Rutherforth, y aun cuando aplaudía en Ahrens la claridad elocutiva, no le rendía parias como á otros publicistas y expositores. En su predilección por todo sistema práctico para elucidar ciertos puntos, recomendaba la lectura del Digesto de Wharton, por más que juzgara opinables algunas de las soluciones que allí se contienen; y encarecía el estudio de la obra principal de Bluntschli y del Repertorio de Dalloz, al paso que juzgaba contraproducente la intrusión de todo elemento metafísico en las teorías del Derecho Público, si el autor no se atemperaba á las conveniencias impuestas por el curso diario de las ideas en el seno de las sociedades humanas.

Era de ver el ahinco con que solicitaba, ya la aparición de una obra, ya los ensayos de un novel autor, ora la fecha de una proyectada conferencia internacional. Y si se trataba de asuntos cuya significación ó tendencia pudiera importar directa ó indirectamente á la República, acrecía su ansiedad, hija del patriótico anhelo con que buscaba en todos sus estudios é investigaciones el concepto más sintético de la Justicia, como escudo contra toda tendencia peligrosa para el natural desenvolvimiento político de los Pueblos americanos.

Bello, Calvo, Alberdi, Madiedo, Samper, Arosemena, sonaban frecuentemente en sus labios con frases de calificada complacencia, por el interés que le inspiraba cuanto pudiera en nuestra America demostrar adelanta-

miento positivo, en orden á los estudios del Derecho de Gentes y del Derecho Constitucional.

Las estipulaciones internacionales de carácter concreto eran para nuestro compatricio fuente de provechoso estudio, por cuanto el impulso que les presta su misma aplicación sucesiva, conduce á deducciones prácticas, á que no pocas veces se debe el establecimiento de un principio desconocido ó el logro de una nueva enseñanza. La antigua sentencia latina *regula ex jure, non jus ex regula sumitur*, halla en esas manifestaciones de mutua inteligencia comercial y política una especie de negación, en cierto sentido satisfactoria.

Grande fué el empeño con que él estudió desde los primeros años de su labor en el ramo de Relaciones Exteriores el desenvolvimiento cronológico de los Tratados, Convenciones y Protocolos, que equivalen, por decirlo así, á la vida del Derecho de Gentes puesta en acción progresiva y hasta cierto punto universal. Resultaba de esa suerte tan versado en el manejo de las colecciones particulares de Abreu y Bertodano, de Hertslet, de Hauterive y de Cussy, de Cantillo y de Janer, como en el conocimiento de las compilaciones generales de Du Montt de Jorge Federico de Martens y de los varios continuadores de este último; sin que le fuera extraño nada de lo que en tan complexo ramo contienen los Archivos de Amyot, ni la serie misma de 1493 á 1867, catalogada con admirable sistema por el pacientísimo Tétot en su afamado repertorio.

Sabía del mecanismo político y administrativo de las Grandes Naciones Europeas como si hubiera apurado la investigación que sirvió á Demombynes para su reciente

obra; y esclarecía cualquier pasaje tópico de las leyes principales de los Estados Unidos, con la cabal posesión de los juicios de Daniel Webster, de los conceptos de Story, y aun de los discursos y observaciones de Calhoun.

Los distintos y á las veces largos períodos en que desempeñó la Cartera de Relaciones Exteriores, le valieron para dilucidar materias de entidad y trascendencia, con gloria para su nombre y honra para la República. Ahí están, señaladas como modelo de doctrina diplomática y de estilo oficial, las notas que dirigió á Legaciones y Cancillerías con motivo de cuestiones de orden diverso; y ahí están, igualmente estudiados y aplaudidos, sus informes respecto de diferentes asuntos, en donde resaltan, á la par de la sana erudición jurídica, el más alto respeto á la Justicia y el más acendrado amor á la Verdad.

Y nó fué sólo el campo del Derecho el que brindó á su inteligencia con sazonada mies y regalados frutos. Las Letras le abrieron, casi desde niño, su adorable regazo, en el cual lactó con avidez el nutritivo jugo del clasicismo, como para comunicar fuerza resistente, vigor indefectible, á la expresión de sus ideas, sin flaquezas contra la Lógica, ni capitulaciones con los fundadores de extraños ritos en las esferas del Arte.

Dominador de casi todas las lenguas vivas de Europa y adestrado en algunas de las muertas, principalmente en la latina, tuvo la lisonjera fortuna de conocer á cada cual de los grandes ingenios dentro de su propio alcázar, libre de extraños presentantes y de intérpretes ó escoliadores. De la continua tarea comparativa á que

le obligaba el recuento de su caudal de polígloto, nació el amor con que hizo del habla castellana objeto de noble culto, por donde llegó á veces á confundir, en la exageración del respeto, la natural amplitud de los elementos lexicológicos, con la peligrosa avenida de voces estrambóticas, de esas que forman á su arbitrio las escuelas revolucionarias.

Su estilo semejaba el arnés con que salían á la pelea los señores del feudalismo: de lisura y pulimento intachables, desde el yelmo hasta las grebas. Vano fuera buscarle la más leve entrada por las junturas del coselete, el más ligero aflojamiento en los ataderos y hebillajes. Y si nunca lució, á la verdad, como ornamento de tan acicalada armadura, ni la rica dalmática de Jovellanos ni la flamante cimera de Donoso Cortés, entraba en la justa con la bizarra apostura del autor de las *Empresas Políticas*, en cuya limpia frase halló norma cumplida para concertar la alteza del pensamiento con la serenidad de la expresión.

En el empeño de precaver el habla castellana de todo trato peligroso, de toda tintura contraria á su luciente color y soberano aliño, hubiera acompañado á Garcés en la tarea de desmenuzar las locuciones y partículas para discernir su genuino significado y establecer su más noble empleo en el discurso: hubiera ido con Máyans y Siscar y con Aldrete á las diversas fuentes de donde manó, por manera sucesiva, el vasto caudal de nuestro vocabulario, para deducir el valor ideológico de cada palabra é interpretar su naturaleza, conforme al sentido ú origen de la que le sirvió de guía ó le valió de auxilio al tomar puésto en el naciente romance:

hubiera penetrado con Capmany en el vasto seno de la lengua francesa, para señalar el riesgo de extraer de tal venero lo que nuestro idioma no necesita, por tener en sus propias canteras bloques marmóreos, adecuados á cualquier estatua ó columna; y hasta hubiera presumido con Clemencín depurar el estilo de ese agregado de voces menudas en que, como dice el sabio comentador del Quijote, tropieza y se embaraza de contínuo el discurso, sin poder andar á pasos largos, cual sucede á los que caminan por un terreno formado de greba y piedrezuelas.

Animábanlo en orden á la claridad del concepto sesudas é invariables doctrinas gramaticales; y si admiraba, por razón natural y por ley de justicia, el espíritu analítico de aquel otro insigne venezolano, prez de la ciencia y de las letras de nuestra América, á quien dió Virgilio parte de su láurea, y en quien residía, como en el alma de los primeros Decemviros, el sentimiento del legislador, contrariaba en cierto grado algunas de sus enseñanzas sintácticas, y prefería el método expositivo de Salvá, cuya tendencia conservadora, sobre todo en materia de *Régimen*, enaltecía con entusiasmo.

De la lucidez con que presentaba todo asunto, por complicado que en su origen apareciera, y del lógico ordenamiento de su argumentación, es larga prueba la serie de artículos con que por espacio de seis meses ocupó en 1894 las columnas del «Diario de Caracas»; serie dirigida á ilustrar el criterio público en la cuestión de límites de Guayana, ya para entonces en el período de su mayor ó más calificado desarrollo. Quien anhele formar idea de la amplitud con que discurría en

cuanto á los negocios de la Diplomacia estudie lo que acerca de esta noble rama de la ciencia y de sus orígenes en la República, sacó á luz en diciembre de 1879; ó lea la disertación biográfica que en 1896 dedicó á la memoria del Doctor Alejo Fortique, de aquel espíritu integérrimo que tanto se desveló por evitar conflictos á la Patria. Si se desea conocer el espíritu crítico que le guiaba en determinados puntos de la Historia Nacional, ó la forma en que ofrecía el resultado de sus varias observaciones literarias y filosóficas, ahí está el Prólogo con que abrió el Manual de nuestro querido compañero el Doctor Felipe Tejera, ó bien el análisis sobre la significación de la fecha clásica del 19 de abril, ó ya el escrito respecto de la guerra á muerte, ó sus discursos en altos centros docentes y científicos, como la Universidad Central y la Academia Venezolana.

Era de la raza de esos hombres á quienes pinta el erudito Salvá, capaces de recorrer seis ó siete obras sobre diversas ciencias, artes ó disciplinas, en busca de una voz, de una frase, de un concepto; ó que se arriesgan á devorar, desde la portada hasta la fe de erratas, una obra larga en lenguaje antiguo, sólo para verificar si es activo ó neutro, el verbo mencionado aisladamente en un Indice ó Glosario.

En el arsenal de su memoria se guardaban armas y joyas de singular lucimiento, que hacía brillar en el diálogo amistoso ó en la discusión familiar, con la naturalidad de quien sabe lo que dice, ó sin la afectada suficiencia de quien sólo busca para su propio bien el efecto momentáneo de las palabras. Así no era raro oírle toda una serie de octavas de la églóga tercera de Garcilaso, y verlo

pasar de allí á una estancia del divino Herrera, á una ó á varias quintillas de Gil Polo, á cualquiera de las silvas de Rioja ó de los sonetos de Arguijo, á una lira del agustino León ó á un terceto de los Argensolas.

De los poetas franceses prefería á Lamartine, de los ingleses á Byron, de los italianos á Torcuato Tasso y de los alemanes á Klopstock. En literatura latina eran sus maestros Horacio y Cicerón, á quienes había visitado, como antes se dijo, y como á todos los demás ingenios, en su misma casa, para conocer las peculiaridades de su estilo y gozar á su sombra de todos los primores de la lengua del Lacio.

La muerte le halló, pudiera decirse, todavía en pleno palenque. Ocupábase en la extensa traducción del inglés al castellano, de los discursos en que los abogados de Venezuela expusieron ante el Tribunal Arbitral de París los derechos de la República, y escribía al mismo tiempo una serie de trabajos para el periódico fundado hace poco, con la protección oficial del Gobierno, para servir de órgano directo á la respetable Universidad de Caracas. De esos estudios conoce ya el público porción importante. El que preparaba cuando rindió el alma á Dios, debía recorrer vasta órbita, y confirma la excelencia del principio de la Nacionalidad *jure soli*, como el único aceptable para los Estados incipientes que aspiren á progresar sin contingencias y á vivir sin riesgo alguno en su legítima Soberanía.

Católico fervoroso vió siempre en la Iglesia la depositaria de la Verdad; y era suyo apacentarse en los libros de aquellos altos varones que, como Bossuet y Didón, obligan á convertir la mirada á la cima del Bien, de la

cual desciende el hilo de indeficiente luz por donde las almas se comunican con el foco de la Eterna Gracia, bajo la suprema comprensión de sus atributos y en el éxtasis de sus últimas aspiraciones.

No fué sabio de un día porque no aprendió su ciencia ni en epítomes, ni en catálogos, ni en resúmenes, ni en Enciclopedias. Bebió en cada raudal por sus propios labios: ascendió á cada altura por sus propios pies; y en el constante afán de llegar á la plenitud de la doctrina jurídica que era su norte, peregrinó más de una vez por regiones á ella misma extrañas, de las cuales volvió siempre con una nueva máxima en la pluma, con un nuevo caudal en la memoria. Fuéle desconocido todo descanso en el estudio, y así pudo colmar su mente al precio de su propia perseverancia, como para desmentir con el ejemplo, en sentido tan noble como beneficioso, el célebre apotegma de Juvenal:

Scire volunt omnes, mercedem solvere nemo

9 de setiembre de 1900.



DON FELIPE TEJERA

Al hablar cierto renombrado escritor contemporáneo en elogio del eminente humanista Don José Coll y Vehí, llámale *uno de los literatos más de veras que España en estos últimos tiempos ha producido.* Y á fe que nadie pudiera motejarnos de parciales, si con referencia á Venezuela aplicáramos idéntico concepto al distinguido poeta, galano prosista é ilustrado profesor cuyo retrato honra el presente número de *El Cojo Ilustrado.*

Nacido Don Felipe Tejera á la vida intelectual cuando espiraba en los ámbitos de la República, como la vibración postrera de una lira, el eco del entusiasmo que había despertado en muchos de nuestros más gloriosos bardos la musa, empapada de romanticismo, del egregio cantor de las antiguas tradiciones españolas, acertó á sustraerse un tanto de la poderosa influencia de aquella escuela poética, y deplegar las alas de la fantasía en más despejados horizontes. Con irresistible afición á los antiguos maestros grie-

gos y latinos que tuvieron en Portugal y en la Italia del Renacimiento muy felices imitadores, acarició Tejera desde su primera juventud el anhelo de seguir la inspiración de ellos y el propósito de encerrar en el marco del poema épico el caudal de elevadas ideas que ya atesoraba su espíritu,

Logrólo al cabo, en temas tan altos como el Descubrimiento de América y la Independencia de una vasta porción del Nuevo Mundo, sin que la lírica y la dramática dejasen por ello de afiliarlo á su culto y de recibir de él las ofrendas con que á fuer de agradecido sacerdote, supo contribuir día por día á la riqueza de tales géneros literarios en el Parnaso de Venezuela.

Artista en la más genuina expresión del concepto, Tejera no transige un instante con la secta que tiene por único punto de mira la imitación servil de la naturaleza: y persuadido de que los propósitos de esa nueva religión tenderán vanamente á dar en tierra con los supremos ideales del alma, aguarda tranquilo el paso de la tremenda oleada, asido á la tabla salvadora de aquellos principios que determinaron siempre en el mundo la augusta realización de la belleza.

Y no se equivoca el poeta al mantener intacta su fe y dar por seguro á la postre el vencimiento ú olvido de los nuevos cánones con que se intente despojar al Arte de sus divinos atributos. Las facultades sensitivas que facilitan al hombre sus relaciones con el mundo exterior y en las cuales vió el sabio Vizconde de Bonald meros servidores ó vasallos de la inteligencia, no pueden reproducir á los ojos del alma

en todo su nativo esplendor las maravillas de la Naturaleza, sino mediante el acto espontáneo en que por una inflexible ley psicológica estriba el concierto íntimo entre las ideas y la verdad. El pintor que intente dar vida á una figura sólo con el auxilio de la tenaz observación y el poeta cuyas rimas no hermanen á la vibrante harmonía del pensamiento los delicados afectos ó las ardientes impresiones que recoge el espíritu en su vuelo incesante por las varias esferas de la existencia, alcanzarán talvez la gloria del artífice que cincela el vaso etrusco ó concibe prestar más noble acicaladura al oro de Fibar; pero nunca dejarán en sus obras, como quería el autor de *Jocelyn*, la encarnación de lo que hay de más íntimo en el corazón humano.

El calumniado Aristóteles, para quien no es posible la perfecta comprensión de las cosas cuando ellas no pueden concebirse á la par de las imágenes, pone en el alma la fuerza eficiente que comunica belleza y gloria á los objetos sensibles por medio de las ideas. Y esto, que puede servir por sí sólo de impenetrable escudo ó de formidable defensa á los adalides del idealismo en el Arte, muestra la necesidad de reconocer entre la mente creadora y la obra concebida, no una relación emanada del prolijo examen de los hechos, sino un vínculo establecido por ese hilo de luz misteriosa que brota de las altas inteligencias y va directamente á infundir en entes ó en cualidades susceptibles de grandeza, condiciones de eterna vida y alientos de superioridad. Por eso no todos los temas de la existencia caben en los dominios del Arte, ni

para los intérpretes de la belleza poseen todos los objetos comprendidos en el radio de nuestra percepción, la facultad de recibir eficazmente ese calor de las almas inspiradas, que anima lo inanimado é inmortaliza lo que es perecedero.

El ingenio de Tejera no se aleja nunca de tan alta verdad. Vestido con los arreos de la Musa lírica ó bien con la férrea armadura de la Epopeya, canta pasiones y virtudes, proezas y sacrificios, sin que el raudal de su inspiración se vea jamás enturbiado por conceptos de falsa índole ni por imágenes de equívoca naturaleza. Sus versos abundan en símiles de aquellos que en Vyasa y en Walmiky, en Job y en el Cantar de los Cantares, en Homero y en Ossián, son como rico esmalte de las ideas, como ropaje luminoso del objeto que se dibuja; y la pompa de sus períodos rítmicos no se abate ni cambia sino cuando lo pide el empeño mismo, aconsejados por los grandes maestros, de eximir la dicción poética de la más ligera sombra de monotonía. El *os magna sonaturum*, inherente á los cantores de alto vuelo, puede trocarse en hinchazón de lenguaje ó de estilo si no se atempera á las condiciones de cada idea ó al carácter peculiar de la respectiva escena ó episodio

Tejera, pudiera decirse, ha cultivado casi todos los géneros literarios. Como profesor hace ya largo tiempo en la Ilustre Universidad Central reunió en un volumen, que circula y se estudia con creciente estimación en los países americanos de origen español, las reglas más acendradas en orden á silabeo y acentuación, á Retórica y Poética, así como los más claros

principios en cuanto á metrificación castellana. Muéstrase allí con caudal de doctrina propia y abundante cúmulo de ejemplos modernos, como si hubiese querido abrir nuevo campo á sus discípulos y convertirlos á la observación de modelos que no fuesen los reproducidos en casi todos los textos de igual condición publicados en España desde que el Canónigo Sicilia escribió sus lecciones de Ortología y Prosodia y Gómez Hermosilla dió á luz su célebre y combatida obra didascálica. Admirador, y con justicia, de nuestro insigne Bello, síguele en muchas de sus ideas, y se acoge á veces, como preceptista y como expositor de las diversas escuelas que privan en el campo de la literatura moderna, al criterio de los autores que, en su sentir, poseen la intuición de la verdad y examinan las tendencias del Arte sin fanatismo de principios ni idolátricas predisposiciones.

Los ensayos críticos del señor Tejera, el bosquejo de Historia Universal que con modesto título publicó por primera vez en 1876, el libro donde compendió en bizarro estilo los hechos más salientes de nuestra vida guerrera y política hasta la fundación del régimen federal en 1864, y finalmente, los artículos de costumbre con que bajo pseudónimo revelado más tarde, deleitó un día á los aficionados á este género literario, ya tan convalecido entre nosotros, dicen muy alto de sus múltiples facultades de escritor y de la rica erudición por él adquirida en largo y asiduo peregrinaje por el campo del estudio.

Platicar con Tejera es aprender. Y si se habla de literatura española, ambiente donde él respira con ma-

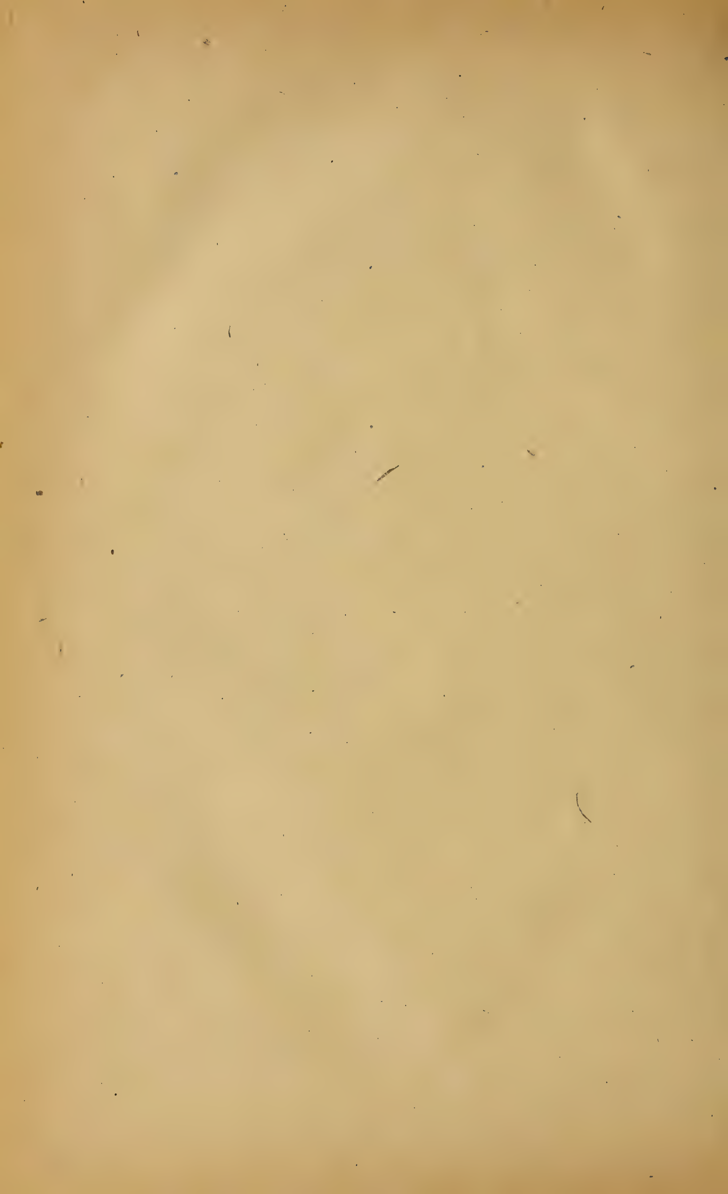
yor holgura, forzoso será acompañarle en odisea no interrumpida desde el primer vagido de nuestra hermosa lengua hasta el total eclipse á cuyo sombrío influjo trocóse en vitanda jerigonza el majestuoso decir de la poesía castellana. Y allí quedará su relato si no se quiere llegar con él á Luzán y á los demás restauradores de las antiguas escuelas, para proseguir hasta hoy y comentar bajo la inspiración de la justicia, las varias y originales evoluciones de la literatura contemporánea.

Cautiva en él, como prosador, la estructura musical de los períodos, el harmonioso clausular de todas las oraciones. Algunos de sus trabajos, especialmente la serie de cuadros que llevan por título «El Progreso de la Historia» convidan á leerse, como afirma Cicerón que recitaba sus discursos el tribuno Cayo Graco: al eco de oculta flauta, dulcemente acordada con el tono especial de cada pasaje oratorio.

Todos los centros literarios nacionales cuentan en su seno al señor Tejera. En ellos su labor compite casi siempre en noble fecundidad con la de sus compañeros; que no es de su índole ir á la zaga de nadie en tareas colectivas ni desaprovechar la ocasión de llevar un grano de arena á la obra generosa del provecho común. Muévele singular estímulo si se trata de enaltecer á los grandes varones de la Patria que abonaron con su sangre el palenque de nuestras glorias, ó si se quiere rendir tributo de afecto á los pueblos unidos á nosotros por lazos tradicionales de religión y de familia.

Enamorado del deber, ha hecho de él un culto

para todos los órdenes de la vida social, y así, mientras goza, como de tesoro inapreciable, del afecto de numerosos amigos, granjea alta estimación de los que pueden apreciar cada día sus prendas privadas por la intachable conducta moral que las revela y avalora.



PROLOGO

DE LA OBRA "ESCORZOS" POR J. GRATEROL Y MORLES.

Si las ideas, como juzga un eminente pensador de nuestra época, son comparables á los caballeros andantes que llevaban escrita en el escudo la serie de sus reveses y de sus victorias, el libro en que aparezcan tratados varios y complexos temas, representativo cada cual de tendencia distinta, puede resultar muy bien á los ojos de la sana crítica campo de contrapuesta lucha, donde se ofrezca la figura del autor iluminada unas veces por las claridades del triunfo y otras envuelta en la penumbra de la derrota. El constante acierto es dón escaso, máxime en obras de arte y en ensayos científicos, que casi siempre se examinan conforme al influjo de la escuela predominante, para concederles ó negarles aplauso y aceptación. De ahí tánto criterio convencional en asuntos literarios y tánto espíritu de contradicción en materias filosóficas. De ahí que Tolomeo Filadelfo viva siempre para maldecir

y lapidar á los Zoilos de todas las edades, y esté perennemente deseoso Tolomeo Filopátor de rendir pleito homenaje á los Aristarcos de todos los tiempos. Sin esa especie de dualismo intelectual, que en ocasiones, por suerte muy contadas, ha querido hacerse sentir en las regiones de lo absoluto, donde las ideas son únas é inviolables al modo de las sacerdotizas de Vesta, no se comprendería cómo ingenios de la altura de Shakespeare y de Cervantes hubiesen tenido que ver, desde los centros del reposo eterno, revalidada su gloria por el sufragio de la posteridad.

Sometida cada generación á ganar en contienda consigo misma el lote de grandeza, largo ó corto, que le quepa en los designios providenciales, extrema en ciertos casos la fuerza que posee y se aventura en correrías misteriosas, de donde no siempre logra tornar con el alma tranquila y absuelta la conciencia. De esas arriesgadas excursiones resulta el deseo de ver preponderar en la ciencia una nueva doctrina, ó la aspiración á implantar en el arte un sistema extraño, sin consultar, como consulta el adestrado cultor, la calidad de la simiente y la condición del terruño. Establecida entonces la pugna entre lo natural y lo sobrepuesto, es menester largo espacio y no menos prolongado martirio para que el concepto de la verdad se depure y prevalezca. Vienen á ser tales circunstancias como piscinas ó crisoles á que por superior designio se someten las artes y las ciencias, para demostrar la excelsitud de su origen y el alcance de sus genuinos atributos. Y, como al presente nos hallamos en uno de esos períodos de prueba, bueno es no juzgar de obra

alguna de la inteligencia humana sin poner oído á los vientos que soplan sobre la cúpula del majestuoso templo, en donde mientras unos rendimos incienso de adoración á las vivas representaciones de la ciencia antigua y del arte cristiano, queman otros la mirra de su entusiasmo ante los símbolos de las nuevas escuelas.

Sugiéreme las precedentes consideraciones el libro intitulado «Escorzos» del señor Doctor Graterol y Morles, por hallar en sus páginas, engalanadas con los más ricos atavíos de la prosa castellana, cierto disfrazado ó aparente eclecticismo, como si el autor, requerido al propio tiempo por opuestos principios, los mismos que se disputan hoy el dominio intelectual, no quisiera rendir parias á unos con entera mengua de los otros. No es que su pluma vacile en el camino de las ideas, y mucho menos que su espíritu padezca de timidez en la exposición de su culto, que harta fuerza tiene el señor Doctor Graterol y Morles para embrazar el escudo de la defensa y blandir la espada del combate cuando se le llama á la lid en nombre de algún principio filosófico ó de alguna secta literaria. Lo que en él se descubre, lo que en la índole de sus estudios se adivina, es la sugestión ejercida por cierto grupo de autores modernos, algunos contrarios entre sí, y á quienes él admira con ese ardor que cuadra tan bien á las almas elevadas, si no se convierte en ciega obediencia ó en constante idolatría. Adviértese así la especie de batalla que libra su espíritu cuando habla del realismo y del naturalismo en la Novela, como se echa de ver en otros

pasajes el entusiasmo con que ensalza á los grandes apóstoles del Catolicismo, á la par que califica con tendencia contemporizadora á determinados sectarios del Libre Pensamiento. Parece pugnar en su mente con la fe ó doctrina que él profesa, uno como anhele por llegar á la conciliación de determinados principios en nombre del Arte, á lo cual se debe hallarle en ocasiones próximo á vadear el torrente que separa ideas antitéticas, ó entregado á fórmulas abstractivas, de las que solicita el alma, para no caer en contradicción evidente, cuando se sorprende á sí misma en medio de atmósfera extraña á sus propios sentimientos y aspiraciones. En el vértigo de esa lucha invoca el nombre del célebre adalid del realismo contemporáneo, á quien combate gallardamente después de decir que ha traído «entre los pliegues de su vasto talento el germen de la nueva planta literaria»; y como si la tal semilla, una vez puesta en el preparado surco, pudiera diversificarse y ofrecer renuevos ó brote de forma y condición distinta, juzga el señor Graterol los frutos de la decantada escuela, ora movido de impulso favorable, ora con el terror de quien mira extenderse el ramaje del árbol maldito, á cuya sombra se engendran día tras día las representaciones de la miseria humana, paramentadas por el Arte en su embriaguez analizadora. Mucho puede la probada fuerza del autor contra el influjo de la secta naturalista, pero acaso más por el llamamiento que hace á los caros recuerdos de su corazón que por convencimiento literario, según lo prueba el vago empeño con que presume hallar en algunas de las obras de aquel

género, tendido un velo de trasparente castidad sobre las desnudeces de la vida. Y aun cuando en el propio estudio se detenga consternado ante los cuadros en que surgen las más torpes realidades de la existencia, bien se adivina en él ese diálogo mudo que la imaginación y el sentimiento sostienen á veces, vencidos por contrarias impresiones, y del cual resulta en determinados casos choque violentísimo, si no acuden á prevenirlo la razón con sus fueros y la conciencia con sus poderosos mandatos.

Como el doctor Graterol es, ante todo, hijo del estudio, al cual no da de mano sino para encarnar sus pensamientos en brillante forma, natural y hasta disculpable parece que trate de reflejar sinceramente en sus obras la serie de impresiones por él recogidas en largos peregrinajes al través de las varias escuelas literarias y científicas, y que al hacerlo atempere su labor, para mayor fidelidad, á cada hecho, doctrina, influencia ó circunstancia, sin menoscabo de las ideas consubstanciales con su espíritu ni de las creencias arraigadas en su corazón, para las cuales guarda él la más segura de las defensas en la propia atmósfera moral que envuelve su vida y sus acciones. Y por lo mismo que en la obra del Doctor Graterol se recorre tan vasta órbita intelectual, poco extraño ó sorprendente viene á ser, á la postre, lo que ya se ha descrito como efecto de una lucha interna, cuyas peripecias se determinan con la intervención de agentes momentáneos, poco eficaces para cambiar de modo radical en el ánimo del autor doctrinas ó principios de venerable abolengo.

Al leer en orden consecutivo las cuatro partes del libro del señor doctor Graterol, parece que se asiste á la tarea de uno de esos diestros arborizadores que penetran, destral al hombro, en la parte más rica y tupida del bosque secular, para recoger aquí la oleosa sustancia del pino, cortar más adelante la salutífera corteza del abeto, herir seguidamente el macizo tronco del quejigo, y hender, por último, las bienolientes fibras del cinamomo con el doble objeto de templar la curiosidad científica y concurrir á la obra del bien común mediante la observación de ciertos elementos utilizables en la vida, ó el análisis de principios químicos igualmente provechosos. Puede que el hierro, debido al mismo vigoroso impulso que lo mueve, destroce parte del leñoso pie y haga caer una ú otra rama, vestida de trasovadas hojas; puede que al golpe sucumba éste ó aquel árbol y hasta llegue á ser deseable el paso de torrencial avenida y la subsecuente acción del astro solar para el desbrozo de las obstruidas sendas; pero ello ni quita mérito al propósito concebido, ni desvirtúa los efectos de la difícil faena, en cuya realización han entrado, de consuno, el ingenio con sus fuerzas y la voluntad con su perseverancia.

Y á fé que no se transita por ninguno de los parajes adonde nos lleva el autor en el discurso de la obra, sin probar el deleite producido por la acción amenizadora del estudio; como no se llega á penetrar tampoco en los asilos del amor que él nos descubre, sin aspirar el suave aroma de la ternura cristiana, en medio de las más puras emanaciones de la virtud y de la inocencia. Cuando recorre los dominios del Arte,

nos hace asistir á la gestación misteriosa de las ideas, dentro del inmenso espacio en que bullen, como las sustancias volcánicas, los gérmenes primitivos de ellas; y, si traspone el umbral de la ciencia, nos ofrece el cuadro de la vida en sus varias manifestaciones, ó nos presenta en los senos del orden físico las formas evolutivas de la materia, condolido de la suerte qué cabe á ciertas especies ú organismos en la varia rotación de las cosas, y alarmado con el posible descendimiento de la eterna sombra sobre la frente del Universo. Al hablar de la juventud, bajo el sentido colectivo de la palabra, nos la muestra adornada con las mejores preseas del triunfo en el estrado social y en el palenque de la gloria; y, al pintarnos las virtudes cristianas, singularmente la Caridad, consigue tocar el corazón del lector con la vara mágica del sentimiento, como para hacer revivir anhelos generosos en pro de los que entran en la vida con la herencia del infortunio. Cuando desasido de las influencias exteriores se recoge en sí mismo y busca para su propio sér ambiente deleitoso, salva á fuero de hombre justo, los penetrales del hogar cristiano, y describe allí á la matrona evangélica, ungida por el amor conyugal, envuelta en el puro ambiente de los recuerdos, y entregada á las místicas contemplaciones de la Religión Augusta que nos patentiza las preeminencias del espíritu y hace del dolor bien sufrido el mejor título para la eternidad.

Realza los cuadros del señor Doctor Graterol la prosa en que están descritos, rica y lozana por extremo, aun cuando no ofrezca alardes de exagerada corrección. Los exigentes pudieran tildar en ella la profusa

mezcla de formas adjetivales con la no menos abundante copia de incisos accesoriamente entretegidos en las cláusulas y oraciones, como si el autor, cautivado por la sonoridad misma del idioma que sirve de vínculo á sus ideas, no se curase mucho de esquivar el señuelo de las locuciones expletivas y de las frases tautológicas. Resultan de ahí, en ocasiones, períodos si rotundos y harmoniosos como los del aplaudido orador y crítico Pastor Díaz, algún tanto difusos como los del erudito Canalejas. También pudiera notársele el repetido uso del pronombre posesivo, allí donde los bizarros escritores del siglo de oro ponían siempre el artículo determinado; y asimismo fuera fácil señalarle proposiciones en que del simple cambio del relativo por el gerundio ó de la mera omisión de una partícula, se pudieran derivar ventajas positivas para la propiedad del sentido y la belleza material del concepto. Mas esto arguye poco contra el mérito intrínseco de la forma literaria de «Los Escorzos», si atendemos á la condición de nuestra lengua ó á la sutileza de su mecanismo gramatical, tan susceptible de combinaciones y modos peculiares en que halla cada autor, aunque á trueque algunas veces de la castiza naturaleza de las ideas, el modo de pintar su propio carácter y el género de impresiones á que obedece su espíritu.

El célebre Clemencín, calificado por alguien, sin el respeto debido á la sabiduría, de gramático formulista, halló evidente similitud entre la construcción de la lengua latina y las creaciones arquitectónicas de los romanos, como si quisiera probar que toda expresión colectiva, sea cual fuere el orden á que corres-

ponda, participa de una misma influencia desde el punto de vista histórico y social. Y lo que así se observa respecto de los pueblos, acontece por analogía con los individuos, de donde procede esa diversidad de estilos, pudiéramos decir personales, en que entra de singular manera la índole del respectivo escritor. Por ello es atildada la forma de Martínez de la Rosa, rotunda al par que severa la del Marqués de Valdegamas, sintética la de Selgas y amplia la de Castelar. Por ello expone Campoamor con el más alegre desenfado los arduos problemas de la filosofía, y traza Valera en airosa frase, como de conversación amena, sus cuadros novelescos y sus figuras embelesadoras. Muy más grato viene á ser el despejo con que ofrece el autor su naturaleza íntima en la manera de enunciar el pensamiento, que la nimia ansiedad de hacer de cada locución una especie de joyuela áurea, acicalada á fuerza de fatigas y sudores, como los que en sus últimas tareas literarias se atribuyen á Flaubert. Y no es que la esmerada perfección sintáctica y lexicológica deje de constituir valiosísimo atributo ó resulte contraria al arrogante vuelo del pensamiento, como lo juzgan espíritus empobrecidos, pues bastaría recordar, sin acudir á los grandes maestros de los siglos XVI y XVII, cuánto de grandeza y brillo debe la literatura castellana á varones de ésta y de la anterior centuria que vincularon no escasa parte de su gloria en la pureza y corrección del lenguaje.

Prosador cultísimo fue Jovellanos y, sin mengua de la integridad en la elocución, al tratar de las cien-

cias de la naturaleza, recorrió con magia soberana los senos de esa *Alma Mater*, desde la luz que vivifica los átomos y presta colores á las cosas, hasta el cuarzo hialino que se esconde en los profundos abismos del planeta. Perfecto escritor fue Capmany, hasta rayar en intransigente purismo, y ello no obstó para que en forma enérgica ó vigorosa pintase los varios atributos de la elocuencia, dominado siempre por sincero entusiasmo, sobre todo al hablar de las imágenes y afectos como agentes de eficacia decisiva en circunstancias contrarias á los nobles anhelos de la conciencia y á los sublimes arrebatos del alma. Estilo pulcro fue el de Hartzenbusch, y con él supo tan preclaro ingenio animar el polvo olvidado de las tradiciones visigóticas, al par que descubrir lozanamente, cual si tuviese poder de evocación, célebres figuras típicas y caracteres de la raza española. Pluma limada fue la de los hermanos Fernández-Guerra, y ella retrató, con el primero, moral é intelectualmente, en cuadros llenos de vida, al señor de la Torre de Juan Abad, como trazó con el otro, por manera prodigiosa, en la historia de don Juan Ruiz de Alarcón, el espectáculo de la segunda civilización mexicana, sin omitir en la escena ninguna de las grandezas naturales en que abunda el suelo privilegiado de la América. Y no necesitamos salir de la propia casa, del querido hogar de Venezuela, para aplaudir el estilo de algunos autores, muertos ya, y de varios, todavía felizmente en la palestra literaria, á quienes nadie pudiera motejar de haber respetado el rigorismo preceptivo con menoscabo de las ideas ó detrimento de la imaginación.

Posee la lengua castellana tal majestad oratoria y tan donairosa sencillez al propio tiempo, que no rehusa servir de cuerpo á los pensamientos más disconformes, á los conceptos más diversificados, ya se rocen con las ásperas realidades de la existencia, ya procedan de las celestiales contemplaciones del espíritu. Así es desbarro lastimoso querer descoyuntarla, como nuevo Procusto, para que se acomode á locuciones extrañas, so color de bellezas que no existen ó de novedades que resultan sustituciones.

El autor de «¡Espagne Poétique» y de «Esvero y Almedora», que ahondó, como pocos, en los misterios del lenguaje, y á quien auxiliaba en su labor investigadora el vasto conocimiento de los idiomas neo-latinos, se embelesó más de una vez ante la hermosura del habla castellana, cuando abría el arca de los secretos elocutivos de ella para poner mayor ornato en sus períodos rítmicos ó aderezar artificiosamente sus propias descripciones. «Hállome,» decía él, «en «medio de la anchura, abundancia y franquicia de la «hermosa y socorrida lengua castellana: archivo de «lindezas, tesoro de originalidades, tan propensa á la «osadía y despreciadora de pequeñeces. Dotada de «las cualidades más opuestas: aguda, festiva y pica- «resca, cuanto austera, solemne y majestuosa: que ya «se luce pomposamente galana, como bajel empave- «sado en día de salva real; ya, limpia como el agua, «se allana y alisa como las arenas; apta para los modos «populares lo mismo que para los primores de la ele- «gancia, para la dejadez voluptuosa como para la es- «toica rigidez, con sonidos y medios materiales ade-

«cuados para todo intento imitativo; áspera, ruda y
«bronca donde haga al caso, si bien genialmente dulce,
«fluida y melodiosa por extremo, ofreciendo tantos
«recursos sacados de su doble origen y, por ejemplo,
«así como capitanes, castillos, torres y centinelas, po-
«niendo á nuestra disposición, adalides, alcázares, alme-
«nas y atalayas. Que si tiene sus tropiezos y resis-
«tencias, para eso está la diligencia del artista. No
«hay instrumento músico sin dificultades, y que mal
«tocado suene bien.»

Tal es el habla castellana, tal el medio que nos sirve de expresión para pintar nuestro amor á esta patria generosa y nuestro anhelo por su felicidad. Tal el instrumento sonoro en que vibran nuestras oraciones y súplicas, en que cobran forma nuestras aspiraciones y afectos, en que se repiten nuestras quejas y se cantan nuestras alegrías. Siga él sirviendo al distinguido autor de los «Escorzos» para aumentar el caudal de las producciones venezolanas y deleitar á sus sinceros amigos, entre los cuales si hay algunos que, como el que esto escribe, no se conforman á todas las apreciaciones históricas y filosóficas del señor Doctor Graterol, no por ello dejan de avalorar, antes bien aplauden con vivo entusiasmo, su ilustración y su talento, en la esperanza de verle siempre dispuesto al acrecimiento de su ya rico tesoro literario.

PROLOGO

AL LIBRO "CHANZAS Y VERDADES" DE EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA.

Aquí está. Su lectura persuade de que, no obstante aparecer diversificados entre sí los cuadros y las descripciones que contiene, este libro obedeció á un solo propósito, digno de loa por su propia tendencia y por la manera como se hizo realizable.

Toca al entendimiento buscar para el logro de determinados fines, entre los varios medios ofrecidos á su acción, el que posea la eficiencia de la oportunidad, fuerza misteriosamente enérgica á que por desdicha no conceden siempre el mismo valor los sacerdotes del arte ni los ministros de la ciencia. Para el espíritu que sigue el rumbo natural de las ideas, lo que no es oportuno resulta al cabo innecesario.

De los cuatro sentidos que atribuye Dante á todo escrito, basta uno á concentrar peculiarmente el pensamiento capital de la obra, cuando ésta mira á corregir errores ó á establecer hechos, sin desmenuzar los ele-

mentos de que el espíritu se sirve para su propio trabajo. Las ideas, así como los objetos en que ellas se encarnan, entran como materiales en la labor intelectual á la manera que el oro en la joya artística: sin las escorias de su primitiva condición. Tarea infecunda al par que ingrata es la de aplicar á la literatura los sistemas ó métodos de la química, y hacer de las frases y aun de las imágenes meros simples ó substancias, susceptibles de análisis cada vez más persistentes y prolijos. *El esplendor de la verdad*, que dijo el filósofo, lejos de requerir para manifestarse fuerzas proyectorias emanadas del subsuelo, las busca en el ámbito inmenso donde la Naturaleza muestra sus lozanos atavíos, libres ya de toda penosa gestación. La minuciosa tendencia que lleva hasta describir las heces del fango, no tiene razón artística que la justifique y habrá de detenerse por extemporánea.

Uno de los géneros literarios más inclinados á despojar al arte de su ropaje augusto para vestirlo con harapos recogidos ó mercados á precio vil en los hospitales y en las lonjas, es el satírico–social, semejante á veces á esos árboles descritos por los viajeros orientales, que matan con su sombra al peregrino mismo á quien brindan en el jugoso fruto consolador refrigerio. Eludir la influencia dañina y obedecer á la innocua, sin esquivar por ello los socorridos arbitrios del chiste donairoso, es facultad no distribuida muy pródigamente por la Naturaleza, pero de la cual caben ya á Venezuela bien honrosas manifestaciones.

El presente libro viene á comprobarlo; y aunque no aceptamos todas las ideas que en algunas de sus

páginas incidentalmente se apuntan, juzgamos que él confirma la idea enunciada por el sabio Hartzenbusch al referirse á las "Escenas Matritenses" del *Curioso parlante*, de que se puede escribir en el género festivo sin hacer agravio á las leyes ni á las personas. No hay con efecto, en la obra de Méndez y Mendoza nada que pueda rozar siquiera la más delicada epidermis: nada que pugne directamente con los principios constitutivos del orden social. El pensamiento que sirve de vínculo á sus diversas partes, tiende á lo ameno dentro de lo natural y de lo justo. La pesimista aserción de Montaigne resulta aquí tácitamente refutada. El autor de los *Ensayos* no podría hallar en ninguno de estos cuadros derivado el beneficio de unos seres en daño de los demás. Tan bien librado sale el cuerpo social de la exposición de los hechos en estas páginas festivas, que aun las costumbres censuradas y las acciones reprendidas, si fueran seres animados, habrían de convenir, como efecto natural del retrato, en la necesidad de su propio desaparecimiento.

Las obras dedicadas á un tiempo mismo al solaz y á la enseñanza, poseen, cuando cumplen su doble fin, méritos dignos de especial consideración. El que escribe un libro de ciencia donde sólo se solicita la concentración de la verdad en el orden meramente especulativo, si bien necesita mayor caudal de estudio y más potencia investigadora, puede prescindir de las circunstancias peculiares de cada objeto en sus relaciones con la parte sensitiva del alma, y aun distraer la mente de cierto linaje de ideas que la razón no requiere sino cuando busca hermanar sus atributos con los del ingenio

por virtud de una consubstancialidad eminentemente artística. No es lo mismo recoger los rayos de la luz para formar el foco, que difundirlos en progresiva divergencia á fin de que cada uno proyecte sobre el objeto respectivo la claridad bastante á infundirle vida real y belleza duradera.

Los cuadros de costumbres del señor Méndez y Mendoza, aun aquéllos en que él, sin variar el carácter genuinamente objetivo de la obra, limita á determinadas exageraciones sociales el radio de su facultad crítica, reúnen á un movimiento descriptivo sobre manera animado y pintoresco tal ingenuidad de acción, que cada asunto parece hablar por sí mismo, sin que se vea al autor un momento siquiera andar á caza de extraños interlocutores para comunicarles esa especie de existencia postiza, fruto ó resultado de convencionalismos absurdos. El joven escritor estudia los hechos y examina los seres que en ellos influyen, sin curarse para nada de juicios anteriores. Con la sinceridad del que lleva consigo fuerzas poderosas de observación, dibuja sin trabajo lo reflejado en el espejo de su mente, y al reproducir la imagen interior para que todos la vean tal como la retrató su espíritu, la baña, por virtud natural, en la serena luz del arte, que es el más eficaz de los factores en todas las obras de la inteligencia.

La mejor prenda de su valor la tienen esos cuadros en el gusto con que se leen ahora, después de haberse visto sucesivamente aplaudidos en las columnas de *El Cojo Ilustrado.* En ese noble palenque literario, abierto siempre por mano inteligente y amiga á todos los ingenios de la República, vienen brillando los escritos de

Méndez y Mendoza á la par de los galanos estudios y de las sonoras rimas con que enriquecen día por día el arte patrio, los ya por desdicha escasos hijos de la segunda generación de Venezuela, y los numerosos adalides de la que llega, radiante de juventud, á dominar la escena con altos títulos á la gloria.

El estilo de la obra de Méndez y Mendoza deleita por manera singular. Y no es que se saquen á lucir en él giros exóticos, de hipérbaton ondulatorio, ni modos de decir rebuscados en la época del clasicismo español. Ni es tampoco que dé franco acceso á locuciones viciosas, usadas sólo y defendidas por algunos lectores de obras mal trasladadas del francés. Conocedor de las riquezas de la lengua, sabe aprovecharlas como el diestro segador que recorre el campo y recoge en sazón la granada mies, sin tocar las espigas ya secas ni hacer cuenta de las que aún luchan por llegar á su completo desarrollo.

Yerran los que niegan al castellano la facultad de hacer suyas sin detrimento de la pureza nativa, las palabras técnicas de algunas de las ciencias humanas; y desbarran de igual modo los que rechazan el empleo de frases castizas por más natural que resulte su oficio en las oraciones gramaticales. Bien puede el castellano asimilarse los vocablos indispensables á la expresión de nuevas ideas y darles carácter peculiar dentro de sí mismo, sin renegar por ello de una vasta herencia que equivale á valioso patrimonio de gloria literaria. No vayamos los poseedores del rico tesoro á postergarlo inconsultamente para dar entrada á neologismos peligrosos; y si la exuberancia de esta hermosa tierra ame-

ricana que de derecho nos pertenece, facilita el aumento de nuestro léxico, procuremos en buena hora que acrezca el caudal, mas sin confundir lo superfluo con lo verdaderamente necesario ó provechoso. El vario colorido que se observa en el lenguaje de Méndez y Mendoza es una prueba más de las galas naturales del castellano, y la corrección de estos artículos muestra inequívoca del acierto con que se cultiva en la República.

Libro así escrito, bien merece ser leído con interés y entusiasmo por cuantos hallan en el brillo de los ingenios patrios un motivo de justificado orgullo.

Caracas: 3 de mayo de 1896.

¡LOOR A LA MUJER!

Cualesquiera que sean los usos y leyes, la mujer forma las costumbres de todos los países.

(AIME-MARTIN.—Educ. de la M. de F.—Lib. I.—Cap. V.)

La Atenas de Solón y la Esparta de Licurgo ofrecen, por virtud de una elocuente antítesis, el testimonio más vivo de lo ignoradas que eran en la mayor parte de los pueblos antiguos las verdaderas condiciones morales de la mujer. Mientras en la región que demora á las márgenes del Cefiso se la reduce á vivir casi en perpetua clausura, privada de los más inocentes placeres sociales y sin derecho á ejercer dominio alguno sobre sí misma más que bajo la mirada inquisidora de la ley, en el suelo bañado por el Eurotas, al par que se solicitan sus consejos para la decisión de los asuntos públicos, con lo cual se la desposee en cierto modo de sus atributos más preciados, sugiérensele ideas tan inexorables acerca del patriotismo, que llegan á destruir, con su desapiadado influjo hasta el sublime sentimiento de la maternidad.

Si mueve á censura la conducta del tribunal ateniense, que oye con desdén las quejas de la virtuosa Hipareta

contra su esposo Alcibíades, no menos ingrata sorpresa produce el belicoso ademán de aquellas mujeres lacedemonias, que mandan cubrir con el manto de la tierra los despojos del hijo muerto en el combate, y ordenan que otro de los frutos de sus entrañas ocupe, sin tregua, el lugar que aquél dejó vacío en las filas batalladoras.

La Mujer no aparece revestida de sus nobles y peculiares facultades hasta la gloriosa edad del cristianismo. No es ya ni el sér destituido de condiciones divinas, que se guarda como tesoro material ú objeto de mero divertimiento, ni tampoco la musa que cambia el luminoso nimbo de la hermosura por el símbolo de pelea, y arrastra á la muerte á sus propios hijos en pos de ideas que, si bien gloriosas, cuadran mal á las almas no hechas sino á sembrar de ilusiones el camino de la vida. Sacerdotisa en el hogar, y fuéra de él numen de consuelo, la mujer cristiana aparece en el concierto social como elemento decisivo de ventura é investida de facultades que no puede ejercer con tanta eficacia el hombre, por requerir todas ellas, para que su acción sea fecunda, desenvolverse en las esferas del más acendrado sentimiento.

Los preceptos que dicta la mujer cuando la inspira el amor; las verdades que proclama si la domina el anhelo de la justicia; la elocuencia de sus hechos, de sus palabras, de su silencio mismo, al protestar en nombre de algunos de sus fueros ultrajados; cuanto nace en su corazón y proviene de su inteligencia, ya para producir un beneficio, ya para neutralizar los efectos del mal, tiene mayor fuerza, ascendiente más poderoso, que todas las leyes sancionadas por el hombre para el mejor ordenamiento de la sociedad.

Cautiva, en efecto, el espectáculo que ofrece la mujer cuando poseída de noble sentimiento ó electrizada por una idea sublime, labora en la realización de la preconcebida obra, y muestra al mundo de cuánto es capaz la inteligencia humana, puesta, de singular manera, al servicio de la virtud. Las asperezas de la vida, las naturales resistencias de lo que surge sin fuerza propia en los senos del alma, lejos de arredrar á la heroína del deber, tórnase á sus ojos en más altos incentivos, como si poseyese la virtud de docilizar los elementos morales para hacerlos colaboradores de su elevado pensamiento.

Para medir la grandeza de la Mujer, quilatar sus atributos, comprender el espíritu que la anima y deducir los fines morales que está llamada á realizar sobre la tierra, fuerza es sustraerse de todo material influjo, y después de convertir los ojos á la escena del Calvario, donde la Redentora del linaje humano resume todos esos dones, de suerte tan misteriosa y augusta que pasma y asombra nuestro limitado entendimiento, contemplar desde las alturas del alma á la madre de Constantino, bañada por la luz de aquella Fe con que pudo señalar á su hijo los caminos de la Verdad: á la emperatriz Adelaida, ornada con la mística aureola que tanta gloria irradió sobre el imperio de Othón el Magno: á la mártir Inés de Castro, resignada á su trágico fin por salvar los frutos de su desventurado amor: á Isabel de Castilla, más grande aún en el estrado de la esposa y como reina del hogar, que como soberana en cuya frente logró afirmarse, con peso de infinita gloria, la corona de dos mundos: á Teresa de Jesús, envuelta en los fulgores de la ciencia, al par que ceñida con la alba túnica de la santidad: á Isabel de

Farnesio, dechado de piedad conyugal: á la marquesa de Sevigné, modelo de maternal ternura; y á otras tántas, matronas ó virgenes, que han enaltecido su nombre y dejado el recuerdo de su existencia como ejemplo viviente de singulares virtudes.

Grandes, á la verdad, son las obras del hombre; mas no llevan en sí el predominio moral, decisivo para la vida del sentimiento, que comportan, al consubstanciarse con las costumbres sociales, los hechos ó sacrificios de la mujer. El rey de lo creado hace suyas las fuerzas de la naturaleza; esclaviza, en provecho de la gloria humana, desde el grano de arena que yace oculto en la inmensidad de la pampa, hasta el rayo de sol que desciende, con libérrimo impulso, á coronar la frente del universo: conjura, como el Neptuno mitológico, las iras de la borrasca para trocarlas luégo en fuerzas sumisas, y se sumerge, como el Hermes egipcio, en el piélago de la existencia, para resurgir con la mente encendida en los esplendores de la verdad natural: descoge con mano segura el velo de lo pasado, en prosecución de provechosas enseñanzas, y hiere con luz de presciencia el seno de lo futuro, en pos de saludables revelaciones; y tiende, en suma, por todo el orbe de la vida el cetro de la inteligencia, como símbolo de su grandeza y emblema de su poderío.

Emperò, si la mujer no desenvuelve de suerte tan maravillosa la acción de sus facultades, sobrepuja al hombre en la trascendencia moral de sus pensamientos. Ella prescinde del mundo externo, y se da en nombre de su propia ternura, á buscar dentro de ese otro infinito que cada cual lleva en el alma, la manera de convertir en luz de ventura las sombras de la desdicha y de haccr del

amor una fuerza atractiva que recoja en sí todas las aspiraciones de la existencia, al modo que recoge el sol, en uno mismo de sus luminosos rayos, las perlas de rocío que sobre el delicado pétalo deposita, al alejarse de la tierra, el ángel de la noche.

Sin más poder que el del sacrificio ni más auxilio que el de la queja, obtiene á veces singulares triunfos, que á tiempo que salvan al hombre de catástrofes tremendas, devuelven á la conciencia sus fueros, y sus atributos á la moral. Y el llanto, raudal benéfico donde el dolor templa sus amarguras, Jordán purísimo que refrigera las almas, dón inefable que parece nacido de la fuente viva del sentimiento, es para ella hermoso y peculiar atributo, con el cual adelanta, cuando no decide, la victoria en que se empeña. Si *llorar es amar*, como en forma absoluta lo expresa una de las más afamadas escritoras de la moderna Francia, nadie puede mostrarlo en tanto grado como la mujer, cuando vierte lágrimas, ora de gozo, ora de duelo, según la idea de júbilo que ilumina su alma ó el pensamiento sombrío que torture su corazón.

Y al estudiar los valiosos dones que atesora la mujer, hallaremos que esta hermosa porción de la tierra donde se radica nuestro amor patrio, este suelo tan favorecido por la providente Naturaleza y tan glorioso por el saber y heroísmo de sus hijos, es sin duda de los que pueden mostrar con más noble orgullo la influencia de la compañera del hombre en el ordenado concierto de la sociedad. La mujer venezolana nace y crece en atmósfera perfumada por la virtud, y al aspirar en la plenitud de la vida la esencia del sentimiento, vincula su mejor gloria en llevar

el alma á los altares del amor exenta de toda mancha, y poder ceñir la corona de sus nupcias bajo las bendiciones del cielo y con el aplauso de la conciencia como fianza de felicidad.

Cuando idea de caridad la mueve, ó propósito de protección la estimula, ó fines de harmonía social ocupan su ánimo, nada hay comparable á la constancia con que pone el objeto beneficioso por cima de todo obstáculo, ni esfuerzo que se asemeje al que despliega por imponer su propia fe á los que dudan de dar logro al laudable pensamiento en que ella cifra lisonjeras esperanzas.

Hoy mismo, como testimonio de tan relevantes facultades, se ofrece en uno de los pedazos más gloriosos de la tierra venezolana, en la esclarecida Coro, la corporación que lleva por nombre «LA ARMONÍA», nacida al calor de respetables damas de aquella sociedad, que parecen haber querido probar, al instituir tal centro de social cultura, cuánto alcanzan las ideas en que es factor esencial el sentimiento y cómo crece y se desarrolla la espiga del bien, si abren el surco manos generosas y la simiente lleva consigo principios de fraternidad.

No ya satisfecha con haber realizado el objeto primordial de su formación, cual es el de contribuir á la amenidad y firmeza de las relaciones sociales, hace extensivos sus esfuerzos al conseguimiento de más elevados fines, y puesta la mira en la grandeza moral de nuestra patria, inicia la póstuma glorificación de varones eximios, á quienes pueda deber alabanzas la historia y homenajes de gratitud el pueblo de Venezuela.

El gran legislador persa proclamó en sentencia inmortal las peculiares dotes de la mujer para ejercer el bien sobre el linaje humano; y á fe que si no hubiera tantas y tan vivas muestras de los milagros de constancia

que obra la compañera de nuestra vida, cuando el amor, ó la desventura, ó el anhelo de la caridad, despiertan su corazón, bastarían ejemplos como el que presenta la «Sociedad Armonia», para confirmar el apotegma de Zoroastro, y reconocer que entre las inefables conquistas del Cristianismo, una de las que más han ennoblecido y dignificado la tierra, es la reivindicación de los fueros de la mujer y la revelación de sus facultades como soberana de la virtud.

Caracas: 31 de julio de 1891.



IXION

I

La cortinilla del tragaluz cede á los primeros soplos del aura matutina y abre fácil entrada á los tenues reflejos del alba, que, al penetrar poco á poco en el cuarto de estudio, lo bañan de claridad rosácea y dejan ver en el fondo la silueta del sabio, á quien mantiene insomne el afán de la investigación. Calada la montera, defensa obligatoria de la espaciosa calva, y bien aseguradas las antiparras sobre la nariz, espera él, de codos sobre largo *in folio*, la llegada del día, para proseguir en su labor inquiridora. La mesa de trabajo ocupa la tercera parte del aposento, y su tablaje, sostenido por ocho pilastras que rematan hacia lo exterior en sendas cabezas de grifo, se oculta casi del todo bajo innumerables volúmenes, abiertos unos, otros á medio cerrar, y muchos con abundantes copias de notas manuscritas, ó llenos de signos, marcas y señales al margen de las ya deslustradas páginas, como para puntualizar el pasaje, la sentencia ó la máxima que ha de obedecer al con-

juro de la memoria cuando llegue el instante de guiar las ideas en pos de la verdad anhelantemente solicitada.

En el muro opuesto se alza larga serie de anaqueles, en donde aguardan, colocados en ringlera, la acción interrogativa del sabio, libro de todas las edades, pertenecientes á los más nobles ramos del arte y de la ciencia. Descuellan por su grandor y pergenio unos de forro pergamináceo, sin tejuelos ni adornos; otros de portada casi ininteligible; varios de rótulo hierático, y no pocos con el dorso cubierto de figuras simbólicas, como para indicar la naturaleza de su texto ó el linaje de su doctrina religiosa.

Allí están los libros canónicos, envueltos en la divina majestad de su orígen. Allí el libro egipcio *de los Muertos*, especie de Código de las creencias faraónicas, con sus reglas ó fórmulas de conciencia y sus hondos presentimientos de la eternidad. Allí *Los Vedas*, con sus cantos é himnos en que bajo forma emblemática, llena de poesía vaporosa, se adora y reconoce el inefable principio de la existencia. Allí *El Mahabaratha*, el colosal poema, donde compite con la magnitud de los hechos la majestad de las descripciones; y *El Ramayana*, que ofrece á la par de graves escenas de religiosa ternura, cuadros cubiertos de lúgubre duelo, bajo el imperio sombrío de la naturaleza consternada. Allí *La Iliada*, en cuyos hexámetros se admira la lucha de dos civilizaciones, al través de sucesos combinados con arte insuperable y descritos con vigor irresistible. Allí *La Teogonía* de Hesiodo con sus combates olímpicos y *las Musas* de Herodoto con sus leyendarias narraciones. Allí el *Libro de Las Leyes* y el de *La República*, donde

aparece cierto ideal del Estado político, vinculado en prácticas educativas para el logro de una soñada disciplina social. Allí *La Psicología* del Estagirita, con los conceptos diversificativos de la sensibilidad y de la inteligencia; y allí *La Lógica*, con su poderoso mecanismo dialéctico, reforzado por el más noble aparato silogístico. Allí las *Décadas* de Tito Livio, y la parte salvada del *Tratado de Las Leyes*, obra del orador romano. Allí también las ciencias exactas y las ciencias naturales, representadas en los seis libros de Diofanto y en las clasificaciones de Dioscórides; como las artes liberales en los tratados de arquitectura de Marco Vitrubio, y las doctrinas del trabajo en el *De rústica* y en el *De arboribus* de Columela. Allí las obras críticas de San Jerónimo, y las apologéticas de Tertuliano, y las dogmáticas de Orígenes; y allí, por último, con los escritos de Teodoreto y el *Tratado de la Resurrección* de Atenágoras y la *Ciudad de Dios* de Aurelio Agustín, toda la vasta porción de ciencia cristiana que abarca los siglos medios, y termina, como en altura casi inaccesible, en la *Summa* del más sabio de los santos.

Las andanas de libros que á esa parte de la estantería corresponden, muestran por su deterioración ó menoscabo material, haber sido las de mayor trajín y faena en las consultas del sabio, ó las que han estado más prontas á resolver sus dudas, á metodizar sus ideas, á disminuir sus vacilaciones y á reencender en su espíritu el anhelo de la verdad.

Á medida que la distancia se estrecha entre una y otra de las tablas que en forma de ménsulas salen de

la parte superior del muro, aparecen en ellas, como en apretado haz, volúmenes coloridos, encuadernados en rústica, de aspecto vario y de delgada paginación, contrapuestos del todo, así por el tamaño como por el carácter tipográfico del texto, á los que ocupan los entrepaños inferiores. Si éstos requieren atril especial para su lectura, aquéllos se hojean en la mano fácilmente; y al paso que unos presentan en gruesa letra y en papel atlántico la serie de sus largos capítulos, ofrecen los otros en folio menor su tipo menudo y sus viñetas y cuadros apaisados, de corte casi simétrico, cual si se tratase de obras destinadas á servir de muestra extrínseca en imprenta de reciente instalación. Intacto, sin huellas de uso, se conserva allí este último acervo de ediciones, donde el sabio detiene apenas la mirada para recordar un nombre ó verificar la fecha de un adelanto bibliográfico.

La afanosa labor de aquel entendimiento toca en en su mayor actividad. Bañada en luz se halla la estancia, merced á los rayos del sol que han penetrado victoriosos por la claraboya, al través de la ligera cortina que la cubre. El anciano, erguido ya, no da tregua al deseo de concentrar todo el caudal de conceptos que la antigüedad atesora, así en cuanto al orden psíquico como respecto de la Naturaleza. Piensa resumir, allá en su mente, por virtud de un supremo esfuerzo analítico, las multíplices ideas en los viejos libros diseminadas, para hacer de los atributos del alma símbolos ú objetos de representación sensible, y de la vida externa campo seguro donde poder reducir á fórmula inequívoca la superioridad

del hombre, como parte del gran complexo universal.

Abre otra vez los degastados volúmenes, recorre sus páginas, escribe nuevas notas y medita largamente acerca de las acciones pasadas y de los hechos constitutivos de cada civilización. Busca en la existencia social enseñanzas categóricas ; en la esfera científica verdades irrecusables; en los cielos de la fantasía creaciones sublimes, y en el campo del sentimiento consuelos y esperanzas. Pero el sabio vacila, porque descubre ú oye que la inteligencia humana, olvidada ó descontenta de las obras antiguas, cede á nuevos impulsos, sigue otras corrientes, que acaso la lleven á regiones de más luz, á centros de mayor ó más positiva gloria. El aire le trae los ecos de la moderna escuela, según la cual el arte no es ya la fuerza creadora de los grandes modelos, sino cristal de pura reflexión, ni la ciencia luz tranquila, sino viva difusión de rayos que buscan penetrar, cada cual con proyección distinta, en los viejos asilos de la razón y de la conciencia, para comunicarles calor nuevo y trasmitirles el efecto de las más recientes investigaciones. Y ve entonces el anciano cómo la historia se abstiene de recoger, consagradas con el óleo de la verdad, las tendencias peculiares de las remotas épocas, y se dedica más bien á la averiguación de sucesos íntimos, al relato de pasiones personales, con el determinismo por guía, y por objeto una vaga fórmula de psicología social. No aparece ya á sus ojos la imaginación engalanada con los arreos del espíritu, sino dispuesta á forjar tipos

de carne, con el negativo prestigio que siempre ofrece la realidad de todo hecho humano, cuando se contempla al través de las últimas miserias de la vida.

Juzga el sabio inútil ó perdida la afanosa labor sobre el antiguo yunque, y desea ya con ahinco metales de reciente aleación para su obra. Poseído de extraño vértigo, lanza de súbito despectivas miradas al montón de venerables volúmenes, confidentes, amigos, hermanos suyos hasta aquel momento de prueba, y pide al fuego le liberte de tan tenaces testigos, para poder convertir el espíritu, con mayor holgura, á los modernos ideales.

II

Hacinadas en un ángulo del pavimento comienzan á arder aquellas venerables ediciones, primero con débil llama, que á poco se cambia en estuante hoguera, de la cual parte densa columna de humo en caprichosos giros y variadas ondulaciones. Entre tanto el anciano busca con avidez, en los compartimientos altos de la estantería, la serie de obras que hasta allí ha visto con glacial indiferencia; y saca volúmenes tras volúmenes de aquellas apretadas hileras, como si aspirara á recorrer de una vez y á interpretar de golpe tanta lectura distinta, congerie tan complicada de ideas y de argumentos. Del estante pasan los libros á la mesa de estudio, y de allí los toma él nuevamente, deseoso de descifrar en cada título el alcance, tendencia ó carácter de la obra. Y van desfilando ante los ojos del sabio el

Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos y el *Tratado de las sensaciones;* la *Crítica de la Razón Pura* y la *Crítica de la Razón Práctica;* el *Sistema de Política Positiva*, de Comte, y la *Antropología*, de Fichte; *La Fenomenología del Espíritu* y la *Lógica del Sér, de la Ciencia y de la Idea; los Primeros Principios* y *La Ciencia Social; El Ideal de la Humanidad* y *El Mundo como voluntad y como representación;* el *Libro sobre la libertad* y *La Ciencia desde el punto de vista filosófico, El Sistema del Idealismo trascendental*, y otros y otros cuerpos de doctrina, surgidos de las lucubraciones de los modernos maestros. Descienden á la mesa Schelling, con su extraña intuición de lo absoluto, y Hartmann, con sus sombrías declaraciones; así como Taine, con su crítica fisiológica ó científica, y Max Nordau, con sus convencionalismos revolucionarios. Mas en ninguno de tales sacerdotes halla el sitibundo investigador la claridad que solicita, ni la harmonía de ideas preconizadas por los adalides del nuevo palenque.

En Condillac sólo encuentra paradojas, que no resultan deslumbrantes sino por la majestad expositiva. En las abstracciones psicológicas de Kant y en sus conceptos sobre las facultades del espíritu, no ve sino una especie de niebla impenetrable, á pesar del decantado orden en que allí aparecen las formas de la sensibilidad, las categorías del entendimiento y las ideas de la razón. Á Comte y á Spencer los mira aplicar sin objeto, ó á lo menos sin resultado, los métodos biológicos al estudio de la sociedad, considerada por ellos como mero organismo; y oye con sorpresa al primero

negar ó condenar las explicaciones teológicas, con el intento de desconocer en el orden de la Naturaleza toda acción inteligente y soberana. En Hegel admira la potencia dialéctica; pero le anonada y abisma aquella Idea absoluta ó pura, que adquiere formas tan aparentemente evolutivas cuanto ineficaces, si se desenvuelven dentro de la propia esfera donde está representada la unidad del espíritu creador. El sediciente Panenteísmo de Krause no le presta luz alguna, envuelto, como se halla, en el velo de la hipótesis, y revestido, como se muestra, de los conceptos más vagos en cuanto á las categorías del sér. Indaga las razones de la desoladora doctrina de Schopenhauer, y descubre que ni él, ni Hartmann mismo, salen del círculo vertiginoso de los supuestos, desde el cual confiesa el célebre maestro del pesimismo que no se han de entender sus proposiciones. Y combatida así la razón del sabio por tal diversidad de elementos ideológicos, prescinde de su investigación científica, y pide á los poetas y noveladores del moderno sistema el auxilio que necesita para iniciarse en los arcanos de la nueva religión intelectual.

Aun cuando el sabio ha oído que en la reciente nomenclatura viene á ser el llamado genéricamente *cuento*, parte esencial y resultado valioso de la conquista realizada por los innovadores del arte narrativo, bien sabe él que las colecciones de Hoffman y de Grimm, de Auerbach y de Andersen, de Dickens y de Fabre, de Feval y de Souvestre, no han de proporcionarle sino el dulce placer de quilatar el mérito de la imaginación sencillamente creadora; y como inquiere con preferen-

cia lo que llama *temperamento* el oráculo de la escuela realista, pone aquéllas á un lado, para darse á examinar la carne viva de la sociedad, expuesta, cual en luminoso anfiteatro, en las obras de Honorato Balzac y sus discípulos, á quienes tiene que estudiar más en la condición de hábiles directores que de artistas de fama, á fin de descubrir su índole y comprender la idea ó propósito con que trocaron el luciente cálamo por el ensangrentado escalpelo.

Empieza el sabio su tarea y trae al estudio, después de *La Comedia Humana*, toda la cohorte de creaciones en que resaltan, por la intensidad realista de los cuadros, *Madame Bovary* y *Pot Bouille*, y en que descuellan, por la prodigalidad pictórica, *Le Nabab* y *Manette Salomon*. Seguidamente baja de los anaqueles la numerosa familia de los *Rougon Macquart*, con su ponderoso bagaje de atavismos y su pesada carga de vicisitudes; y vienen detrás, á modo de cortejo, las innumerables producciones de la moderna escuela novelado-ra, á cuyas filas se incorporan al cabo Augusto Niemann y Gabriel D' Annunzio, aquél con sus peregrinos recursos dramáticos y éste con sus escenas de travestido sensualismo.

El ya desacordado anciano apenas si columbra, en medio de tal muchedumbre de caracteres, uno que otro capaz de guiarlo, y ello no muy firmemente, en la investigación moral que se propone, pues no entra en su objeto tejer la trama de la verdad con lizos tomados de la parte odiosa de los hechos, sino descubrir en el laberinto humano con el hilo de la Lógica, esa Ariadna del entendimiento, lo que el alma puede producir como

caudal de trabajo legítimo, en pro de la sociedad y en honra de la civilización. Y como allí no halla sino efectos de flaqueza, vuelve á otra serie de libros la triste mirada, y demanda luz de auxilio á los renombrados cantores del nuevo rito literario, por quienes espera todavía ver pintada la vida con los nobles colores de la inspiración.

Surge de pronto á su conjuro la gran legión de trovadores, unos con el simbolismo de *Sagramor* y de *Belkiss;* otros con el nimio acicalamiento de *Los Trofeos* y de los *Poemas Trágicos;* cuáles, como Baudelaire, con las visiones del viejo maestro y la rara forma de sus poéticos atributos; cuáles, como Verlaine, con la deprecación del caído ó la imprecación del exaltado, lanzada una ú otra, ya en frases artísticas, ya en forma persistentemente batológica, según el medio en que se ejerciten las facultades creadoras, ó el minuto en que se contemplen las realidades de la vida. Comparecen luégo los celebrados reformadores de las cláusulas rítmicas, y muestran ufanos su extraño pentagrama de combinaciones métricas, en donde se aúnan el sonido y los colores por singular manera y como por obra de magos, para hacer olvidable, ó anular radicalmente, el tono musical de los antiguos versificadores. Mas el anciano, á quien el montón de volúmenes que ha recorrido sobresalta ya y agobia, no encuentra, ni en la fantasía de aquéllos ni en el esfuerzo de los otros, lo que tanto admiró en los bardos de las remotas edades: la natural concepción de la idea sin la tiránica preocupación de la forma: el genuino brillo de la imagen sin el auxilio de exteriores atavíos.

Va el sabio sintiendo desde aquel punto renacer en el alma el amor á los desechados libros, á los que siempre le ofrecieron fruto deleitoso, ora tomado del campo de la ciencia, ora recogido en las verdes praderas del arte antiguo, tan llenas para él de suaves aromas, tan hermoseadas por el noble culto de la Naturaleza. Y torna los cansados ojos al rincón de donde sale todavía leve columna de humo, que ve como el símbolo de sus anhelos y esperanzas. Quiere asirla, como deseoso de conservar algo de aquellos viejos compañeros de sus meditaciones, y sus manos no abarcan sino el vacío. Intenta abrazarla con el ansia de alcanzar que el espíritu de las incineradas obras se transfunda en el suyo, y sólo consigue desviar el caprichoso giro de aquella densa nube, que sigue en espiral continua hasta perderse tras la abertura del tragaluz, por donde ya penetran los rayos de la tarde. El viento al mover la cortinilla, hace temblar sobre la estantería y el pavimento los reflejos del sol; y por ilusión óptica, ó acaso por desvarío de la mente, cree el anciano que á su alrededor se agitan, animados por extraño conjuro, todos los objetos de la estancia. Los grifos de la mesa se yerguen; los tomos allí aglomerados saltan, como heridos por vara magnética, y van á unirse de nuevo sobre las rotas hileras del estante. Las pálidas cenizas, resto único de las destruídas ediciones, se esparcen como impulsadas por extraño soplo, y forman en el aire mil figuras simbólicas, que rodean la columna de humo, ya próxima á extinguirse. El consternado anciano las ve, las interroga, les dirige clamorosas súplicas, y abre, por último, los brazos con desesperado esfuerzo, para

detener el postrer jirón de la débil nubecilla, que al fin desaparece tras la abierta claraboya, por la cual entran, mientras tanto, las sombras de la noche, y velan del todo aquel misterioso aposento.

Diciembre de 1899.

ALMA PRECITA

Basilio dirigió á la tierra la última cariñosa mirada, y seguro de no dejar sino recuerdos unidos á hechos ó acciones de la más acendrada virtud, tomó tranquilo la primera vía que halló al paso, como si cediera, más que á voluntario impulso, á la fuerza persuasiva de sus propios merecimientos. Mientras avanzaba pedía á su conciencia, en íntimo coloquio, nuevas razones de la calma con que él había aguardado el tremendo instante de la partida; y la leal confidente le daba al punto, sin titubeo desdeñoso, la explicación serena, emanada de la verdad. Ella le ponía delante de los ojos una vida de constante sacrificio, dedicada al Bien, limpia de todas las sombras que engendra, aun en el más puro ambiente de las almas, el vehemente anhelo por la felicidad ó por la gloria. Merced al sugestivo lenguaje de su interlocutora, veía Basilio inmoladas sus pasiones de hombre en los altares del Deber; vencidos sus deseos de ventura por la aspiración á realizar la de los demás; sobrepuesta

á las tendencias naturales de su espíritu el ansia de vivificar hermosos y puros ideales; y casi compenetrado su sér con la abnegación misma, como virtual efecto de una voluntad superior.

Fortalecido así y lisonjeado por la voz que en el mundo había regido sus acciones, proseguía la misteriosa ruta, cuyo término, aunque lejano, esperaba encontrar envuelto en claridades infinitas.

La vía, amplia y llana en su comienzo, pronto se tornó estrecha y escabrosa. Al paso que Basilio avanzaba, se iba trocando en niebla de crepúsculo la vaga luz que descendía de los cielos. A poco no vió delante de sí más que informes objetos, agrupados en confusión extraña, al modo de picachos desnudos que cerraban el horizonte. Por primera vez sintió frío y pavor; el pavor y frío del alma que huye de lo desconocido por no divisar en su fondo ningún resquicio abierto á la esperanza. De nuevo interrogó á la conciencia, su compañera de viaje; mas sin obtener esta vez la anhelada respuesta. Todo había enmudecido. Sólo dominaba la sombra.

La voluntad de Basilio se sintió de pronto estimulada por la memoria de los hechos que él había realizado en el mundo. Y así, aun cuando la obscuridad era cada vez más densa, pudo continuar el viandante su ya fatigoso camino.

Vencidos los obstáculos que había hallado á su paso, se detuvo frente á una playa desierta, bañada por ondas silenciosas, cuyo fosforescente brillo aclaraba con tenaz intermitencia las tinieblas que oscurecían aquel extraño paraje. Quiso retroceder, y vió de improviso,

al reflejo azulado de las aguas, erguirse á su espalda enorme roca, sobre la cual gravitaba, en actitud siniestra, un sér como formado de vagos perfiles de la sombra y circuido de ese fulgor lívido que va dejando en los aires el carro de la tormenta. Basilio alzó los ojos, lleno de asombro, y oyó su propia voz que le hablaba desde la cresta del peñasco ingente. Fijó ansioso la pupila en aquel punto, y tembló....Era su sér el que dominaba la altura; mas no ya en figura humana, sino con los contornos intangibles de lo preternatural y de lo incorpóreo.

—¿Quién eres? preguntó Basilio.

—Tu conciencia, repuso la visión. Hasta aquí te acompañé y fortalecí tu valor. Ahora no puedes reconocerme, porque sometida á la tremenda prueba de la verdad, en el crisol de la eterna Justicia, mi aspecto ha de conformarse al estado moral del sér á quien viví unida sobre la tierra.

—¿Cómo? preguntó Basilio. Tu deforme aspecto de ahora es el de mi alma?

—Sí, respondió la aparición. La sombra, la densa sombra de la culpa cerca y envuelve tus acciones. En la balanza donde se pesan los hechos de la vida no cabe el engaño. Desde aquí descubro cómo se inclina hacia el abismo el astil de que pende la carga de tus obras. La Justicia habla. Su acento es terrible. No hay remisión para tus faltas.

—Mientes, exclamó el desventurado Basilio. Tuyo, si lo hay, tuyo sólo es el delito. Mi voluntad fue esclava

16

de tus consejos. Ningún acto de mi vida contrarió tus aspiraciones. Todos los deseos de mi alma, aun aquellos que la pasión estimulaba con su fuerza irresistible, se humillaron á tu querer. Mi albedrío desapareció siempre bajo tu peso formidable. Nada pude contra tí. ¿Por qué hacerme reo de tus yerros en esta hora de prueba? ¿Por qué obligarme á negar en este supremo instante que fue el Bien la norma de mi vida, el numen de mis acciones, la aspiración de mi espíritu y el objeto de mis anhelos? Invoca, invoca á la Verdad. Dí lo que constituyó mi sér moral y la parte que en esa obra te cupo. Pide luz, luz; que ya este ambiente me enerva y estas sombras me sofocan. Pronto, pronto: piedad para mí!

—Imposible, dijo el pavoroso espectro. Al intentar descargarte de la pesadumbre moral que te agobia, olvidas que yo no hice, como inspirador de tu conducta, sino discernir los principios que tu mente misma me exponía bajo el erróneo concepto de un bien acomodadizo y convencional. De la relación que estableciste entre los consejos del mundo y mis propios consejos, resultó para tí el falso culto de la Virtud. Lejos de amar el Bien por el Bien mismo, subordinaste tus hechos al punzante deseo de vivir absuelto ante el Tribunal humano, con mengua á veces de las más íntimas necesidades del alma, y á veces con menoscabo de los deberes que impone el estrecho vínculo entre el sentimiento y la voluntad. Si no te advertí nunca de la constancia lastimosa con que resultaban vulnerados, allá en las profundidades de tu espíritu, los genuinos fueros de la virtud, atribúyelo al prisma por donde hacías llegar á mí las impresiones de lo externo,

en las cuales cifraste siempre el único, el solo fin de tus acciones.

—Cierto, clamó Basilio; mas en mi anhelo por granjear el respeto y la admiración de los hombres, aun á trueque de más legítimas satisfacciones del alma, obedecí á la idea, sugerida por tí misma, de cómo prevalece en el mundo la escuela del ejemplo, y cómo sale de ella el surco luminoso que inunda á la postre en purísimas claridades la órbita de la vida.

—Ahí tu mayor yerro, contestó la voz. La práctica del Bien no es la ostentación de la Virtud. Esta, como la luz, se hace ver y admirar en medio de la mayor condensación de las sombras. No busca el escenario del mundo. Es el mundo mismo quien fácilmente la encuentra, guiado por la noble intuición de la Verdad. Luchaste, no por abrir á tu alma la vía de lo infinitamente glorioso, sino por salvar tu memoria de un supuesto olvido, de ese que en la esfera moral es de continuo, para las almas verdaderamente justas, penumbra apacible, donde se guarda al principio, como en urna misteriosa, para brotar después con nueva vida, el recuerdo que es digno de culto perdurable. Tu existencia resulta negación constante de la idea á que juzgabas subordinado tu albedrío. El fallo ya se escucha; y de las sentencias que se dictan al borde de lo infinito no cabe apelación.

A medida que vibraba el eco de estas palabras, se iba alzando en la desierta playa un rumor siniestro, que al cabo se trocó en confusión apocalíptica. Del fondo del lejano horizonte surgió una legión de combatientes, armados de espadas flamígeras que, al hender los aires,

formaban seres fantásticos con los rotos pedazos de la sombra. Cada fragmento cobraba el aspecto de un nuevo legionario que á su vez partía las ya desgarradas tinieblas, de donde brotaban en tropel más y más luchadores, armados siempre de cuchillos fulgurantes. Al fin no quedó en el espacio ni un resto disperso del manto de las sombras. Todos se habían animado, y adquirido fuerzas para el combate, como á poder de un conjuro formidable y misterioso. El mar, entre tanto, llamaba á sus olas, que al punto acudieron en tumulto y se precipitaron con impetu hambriento sobre el montón de calcinados guijos en que Basilio se hallaba. La roca allí erguida, cayó con estrépito; y el oleaje, al retroceder iracundo, barrió la vasta superficie arenosa, sin dejar ya á su paso más que una faja de fosforescente brillo, como para seguir alumbrando con tenaz intermitencia las tinieblas en que se vió envuelto de nuevo aquel extraño paraje.

ALEGORIA

El poeta duerme. La negra cabellera le ondula suavemente al soplo del aire que penetra por uno de los rotos cristales del desván. Dijérase que sueña con la gloria, por la sonrisa, á un tiempo amarga y dulce, que pliega sus labios.

El viento, antes apacible, va tornándose en huracán y amenaza arrasar violentamente la mísera techumbre de la buharda. Extraño al embate de los elementos reposa el cantor sobre duro jergón de pleitas de esparto. A lo lejos brama el mar con creciente furia, como si quisiese rebasar para siempre sus orillas. Ni una estrella en el cielo ni una voz en la tierra. Las sombras y el vendaval lo señorean todo.

De improviso el rostro del bardo se vuelve hacia la negra abertura por donde entran las heladas rachas que sacuden el débil maderaje de la vivienda. Tenue claridad, trocada primero en línea de oro y luégo en ráfaga de viva luz, atrae al cantor que, dormido aún, ve deslizarse por ella, á la manera de los

duendes del Ródano en el poema de provenza, bulliciosa cohorte de alados geniecillos, ceñidos de odorantes rosas y envueltos en ligeras túnicas, más blancas que la nieve del monte Cacius.

Traen únos talladas ánforas, henchidas con el óleo del sésamo indo: otros áureos pebeteros, cargados de resinas olorosas de Delos y de Naxos: portan éstos sendas liras, que vibran con el dulce sonido de los cantares eólios; y aquéllos guerreras trompas, cuyo timbre recuerda el largo rodar de los carros marciales sobre las llanuras de Teucria. Uno de ellos, cual si quisiese encender en el alma del poeta nuevo entusiasmo por la belleza artística, entona en acordado ritmo las alabanzas de la Hermosura, y después de suspirar endechas por la muerte de los viejos ídolos, dice al bardo:

«Levanta y convierte los ojos á los espacios de la antigua poesía. Aquí ofrecerte queremos las substancias vivificantes que infundieron en el héroe del Ramayana la sublime virtud de la fortaleza y comunicaron aliento al augusto protector de los Pandiones para ensalzar en el grande himno del Mahabaratha el poder y los atributos de la esencia divina. Aquí á rendirte venimos los balsámicos aromas que confortaron la voz de la Musa de Lesbos y prestaron nuevo hechizo á la fecunda inspiración del mago creador de los enhiestos muros de la ciudad de Cadmo. En tus manos ponemos la blanda lira á cuyos ecos se enardecían los luchadores en los juegos olímpicos de la pagana Grecia, y la trompa épica que hizo surgir á sus sones de las fraguas de Vulcano y bajo el patro-

cinio de Tetis, el ponderoso escudo del invulnerable argivo. Levanta, poeta: recoge el tesoro que las munificentes deidades del Arte envían para tu gloria. Levanta, sacude el sueño que te agobia, canta inspirado por la Musa antigua, y entra en el templo de la inmortalidad.»

El genio enmudeció de súbito y la cohorte de alados seres se desvaneció al punto como un jirón de niebla en los aires. Volvieron á dominar las sombras y el huracán, y el poeta soñaba aún.

Los silbidos del viento formaban una especie de concierto medroso sobre la rota ventanilla del desván.

Parecía que voces humanas, salidas del fondo de un abismo, alzaban allí extraño cantar. Y á medida que la tempestad arreciaba, iban siendo más claras las notas de aquel himno, más precisas las palabras del canto misterioso.

«Somos, decían, los sacerdotes de la Verdad. A nuestro lado no hay ensueño perdurable, ni reminiscencias místicas, ni universos desconocidos, ni quiméricas concepciones. Oficiamos en el altar de la Naturaleza, sin más ritos que los dictados por la contemplación eterna de los seres, ni más creencias que las sugeridas por el estudio de los hechos humanos. En nuestro anhelo de observación recorremos todos los espacios, cruzamos todos los desiertos, y allí donde la vida muestra sus grandes atributos, sin arreos convencionales ni hermosura impuesta por el poder de la imaginación, detenemos el paso para deducir nuevas enseñanzas y poner por sobre las falsas creaciones del espíritu la sencilla realidad de la existencia. Si nuestro camino tiene abro-

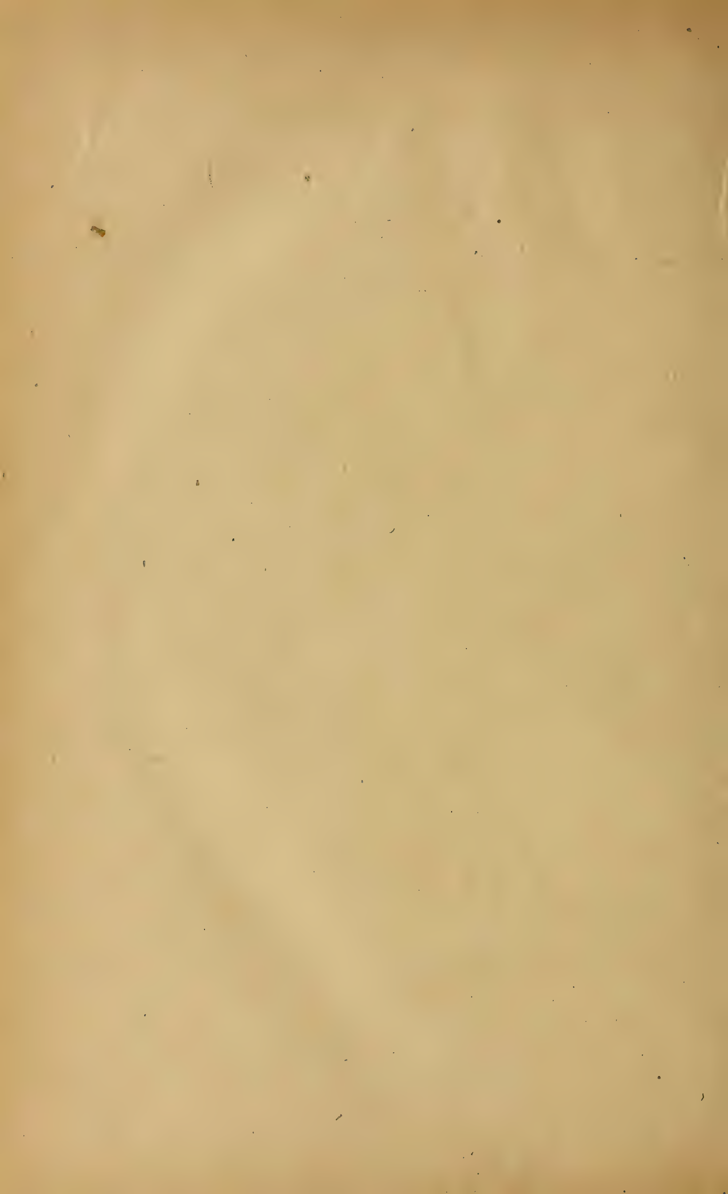
jos que punzan y obstáculos que abaten, nunca ofrece las amarguras de aquel que va alejando á la vista del viandante el suspirado término y mintiendo en el horizonte símbolos ó arquetipos de encarnación imposible dentro de los dominios de la Naturaleza. Huye, poeta, huye de falsos ideales, y ven donde el Arte cuenta con genuinos intérpretes, y tiene templo y culto la Verdad.»

Cesó el viento y con él el canto misterioso. El poeta levantó la frente, mesó la revuelta cabellera y lanzó un gemido de dolor.

«Ah! dijo: dos principios me atraen: aquél con la muerta luz de los antiguos ídolos: éste con el cárdeno fulgor de las nuevas ideas. Uno embriaga, enloquece y condena el alma al íntimo éxtasis de la gloria ó á la eterna idealización de los sentidos: el otro anula los actos del espíritu para sustituirlos con los efectos materiales de la percepción. Son dos abismos que producen vértigo: dos simas igualmente aterradoras. A ninguna cedo. Prefiero dormir otra vez y soñar con el advenimiento de más sublimes ideales.»

Y el poeta se reclinó de nuevo sobre el desnudo jergón de pleitas de esparto.

POESIAS



CONTEMPLANDO EL RETRATO DE....

(Escrita á los 16 años de edad.)

Mas ay! entre tanto te vas á otros climas,
Allá donde acaso jamás te veré....

(Fernando Velardo.)

Imagen fiel y preciosa
de la mujer que en mi mente
encendió la esplendorosa
llama del amor ardiente;

de la mujer que la calma
robó al infelice pecho
y ha sumergido mi alma
en un vendaval deshecho;

en tí contemplo los ojos
de aquel sér idolatrado
cuyo brillo diera enojos
al lucero más preciado;

su tez fina y trasparente,
su encantadora mirada,
lo puro de su alba frente
y su boca sonrosada;

la sonrisa seductora
de sus labios purpurinos,
más hermosa que la aurora
con sus lampos diamantinos;

de su seno levantado,
de su cuello alabastrino
el brillo, que no ha manchado
del tiempo el rudo camino;

pero ¡ay! al querer ansioso
aspirar su dulce aliento;
de su pecho voluptuoso
el divino sentimiento;

y contemplar de su mano
la delicada blancura,
su continente lozano
y su admirable cintura;

hallo tan solo perdida
mi más hermosa esperanza
de verte, mujer, unida
á mi eterna venturanza......!

Y en tal amargura agitan mi pecho
las turbias borrascas del férvido amor;
paréceme entonces la vida un estrecho
do tiene cabida tan sólo el dolor.

Y al ver la horrorosa, terrible distancia
que aleja y esconde tu ebúrneo perfil;
que á mi alma le priva tu excelsa fragancia,
rival de las flores de mayo y abril;

que vela á mis ojos tu grande hermosura,
que impide á mi pecho tu aroma beber,
que arranca á mis labios tu intensa dulzura,
que roba á mi anhelo tus gracias, mujer;

que impide á mis ansias febriles, ardientes,
de amor encendido tus sienes besar;
tejer de tus bucles los rizos lucientes,
sentir tus caricias, tu frente tocar;

al ver esa horrible distancia que aumenta
tan fiera amargura, tan ignea pasión,
desata sus furias la ruda tormenta
que ha tiempo amenaza perder mi razón.

Y mágicos delirios se forjan en mi mente
creyendo ver ansioso tu imagen relucir;
la célica esperanza brillar sobre tu frente
en tanto que tu labio comienza á sonreir.

Y luégo de tu imagen la luz se desvanece
dejándome sumido en honda obscuridad;
y de tu voz sonora el eco me parece
oir, que me aconseja la fe y la caridad.

Oh! sí, mujer sublime ! La fe que mis mayores
legaron á mi alma tan pura y virginal,
amengua de mi mente los negros sinsabores
que oprimen cada instante las sienes del mortal.

Por esa fe invencible yo tengo una esperanza
tan dulce, tan hermosa, tan rica de ilusión,
que en ella se cimienta la eterna venturanza
que anhela en este mundo mi pobre corazón.

Mujer !. . . esa esperanza que aclara de mi mente
los túrbidos celajes, que alienta mi valor,
que aleja en un instante las nubes de mi frente,
es alcanzar tu inmenso, tu ambicionado amor.

Si acaso el soplo horrendo del lúgubre destino
constante antagonista de dicha y de inquietud,
nos lanza aquí en la tierra por desigual camino
é impide así tirano mi eterna beatitud;

yo espero que en las altas, purísimas regiones
do mora el Dios inmenso de gloria y majestad
encuentre realizadas mis bellas ilusiones,
tu espíritu adorando por una eternidad.

Pero ¡ay mujer! en tanto, si yo llego á perderte
¿qué hará en tan negro trance mi pobre corazón?
Tan solo al meditarlo las sombras de la muerte
anublan mi semblante y ofuscan mi razón.

Y mi pecho se encuentra encerrado
en oscura y maldita prisión,
de que nunca se ve libertado,
con su inmensa terrible pasión.

Y del lago maldito las Furias
se columpian en torno de mí,
y me ofrecen con viles injurias
un recuerdo incesante de tí.

Y contempla mi vista anhelante
hondos cuadros de luto y horror,
y del mal el punzón penetrante
me traspasa con crudo rigor.

Pero elevo los ojos al cielo
invocando la excelsa mansión,
y se aparta mis ojos el velo
de tan fiera y letal confusión.

Que ante el Dios de bondad y justicia
huye todo principio fatal,
y se aleja la torpe malicia
al mirar su reflejo inmortal.

Esta es, mujer, la vida de tormento
que paso sin mirarte noche y día,
sin oír de tu ser el movimiento,
ni de tu voz la ingénita harmonía.

Yo necesito su amorosa esencia
como los campos la risueña aurora
como el sol la zafírica eminencia
como la miel el ave libadora.

Tú tienes para mí lo que la palma
para el viajero, que de sed rendido,
recobra con su jugo dulce calma
y á su sombra descansa dolorido;

lo que las flores para el claro río,
lo que las brisas para el pecho ardiente,
y lo que el fresco, matinal rocío,
para el estivo abrazador ambiente.

De tus pasos la huella primorosa
con ferviente ansiedad yo besaría,
de tus ojos la perla más hermosa
con avidez mi labio bebería.

Sí, mi primer amor, ciego te adoro,
como al sueño el cansado caminante ;
en vano á Dios en mi ansiedad imploro,
que no se calma mi pasión constante.

Y si acaso llegare á tu retiro,
salvando tan inmensas extensiones,
el eco del dolor que yo respiro,
estampado en mis férvidas canciones ;

dedícale, mujer idolatrada
de tus dulces luceros desprendida,
una perla de amor, que á mi morada
traiga el mar en sus hondas confundida.

AL SIGLO XIX

(Escrita á los 18 años de edad.)

Salud al siglo de tan grandes hechos,
de conquistas gloriosas é inmortales,
que convierte los istmos en estrechos,
amenguando distancias colosales;

que conjura la saña de los vientos
arrojando del mar á la bravura
bajeles, que en veloces movimientos
cruzan del agua la terrible anchura;

que rasga de montañas atrevidas
las rudas é ignoradas extensiones,
abriendo en ellas sendas conocidas
que unen lenguas, costumbres y naciones.

Que rápido conduce el pensamiento
del este á ocaso, norte y mediodía,
en la región del diáfano elemento
y entre las ondas de la mar bravía.

¿ Mas de qué sirve, ¡ oh siglo! tu grandeza
y esas conquistas que contempla el mundo,
si en cambio la ruindad y la vileza
hunden tus glorias en baldón profundo?

Pasaron para siempre las edades
de virtud, de honradez y de hidalguía;
hoy se miran tan sólo atrocidades,
crueles pasiones, dolo, alevosía.

En tu seno, gran siglo, se sustenta
el pedestal de la civil matanza;
la discordia do quiera se presenta
respirando el horror y la venganza.

El hombre en fango vil se precipita
y mata la conciencia y el decoro;
hacia el crimen su mente le concita,
y sólo calma su ambición el oro.

El que se apropie sin pudor lo ajeno
encuentra galardón en su camino:
el puñal alevoso y el veneno
maneja en libertad el asesino.

La raza humana sin cesar se hunde
en tinieblas de males y perfidia;
el honor desparece y se confunde,
surgiendo la serpiente de la envidia.

Miseria, obcecación y latrocinio
carcomen los cimientos de la tierra;
de la infamia el horrendo predominio
ya por doquier su destrucción encierra.

Esa es, ¡ oh siglo ! tu moral grandeza,
á hundirte vas en cenagal profundo;
detén tus pasos, alza tu cabeza,
y contempla la faz que muestra el mundo.

Las coronas legadas al talento
por otros siglos de mayor ventura,
son arrastradas por el crudo viento
de la ignominia, que triunfar procura.

No puede ya en sus ansias el poeta
pulsar su lira con ferviente tono;
ni el artista empuñando la paleta
alzar su frente de la gloria al trono.

Ni el gallardo orador en la tribuna
puede levar consejos redentores,
que de los hombres la maldad se aduna
contra artistas, poetas y escritores.

Recuerda ¡ oh siglo ! de los que pasaron
la inmarcesible, reluciente gloria
que en torrentes de sangre levantaron
los hermosos fragmentos de su historia.

Todos presentan hechos culminantes
de ventura, valor y poderío:
todos encierran páginas brillantes
que no borra jamás el tiempo impío.

¿ Y quedarás tu solo mancillado,
sin conquistas morales para el mundo,
entre males terribles encerrado
y lanzada tu historia en lo profundo ?

Detén ¡ oh siglo ! tan fatal camino,
rasga harmonioso tan nefando velo,
sigue resuelto tu mejor destino
mirando siempre hacia el azul del cielo,

donde se esconde de la vista humana
el Dios que de los hombres no se olvida;
que proteje nuestra alma en la mañana,
en la tarde y la noche de la vida.

El Dios inmenso que los mundos rige,
que nuestros males con amor perdona,
y que si justo al criminal corrige,
de gloria al bueno con afán corona.

Imploremos sus dones celestiales,
alcemos fervorosos nuestra frente,
para que borre los terribles males
que hacen del mundo lodazal hirviente.

DIOS

(Escrita á los 18 años de edad.)

Despierta, altivo numen, y canta vigoroso
del Dios de las alturas la gloria sin rival,
su mano omnipotente, su genio prodigioso,
sublime, penetrante, benéfico, inmortal.

Bendito sea su nombre: los cielos y la tierra
nos muestran su elocuente, su incomparable amor,
para el mortal dichoso que la virtud encierra,
y para aquel que apura las heces del dolor.

De su poder gigante las glorias adoremos,
plegarias fervorosas levante el corazón,
sus obras inmortales absortos contemplemos,
reflejo de su excelsa, brillante inspiración.

Á su fecundo aliento, divino, poderoso,
disipan las tinieblas su túrbido capuz,
y de la nada el manto terrible y pavoroso
conviértase en raudales de refulgente luz.

Y pueblanse los mundos de seres animados
Que buscan su diverso é ignoto porvenir,
Y brotan del abismo desiertos y collados,
Y vense de mil astros las órbitas lucir.

Y surgen y se extienden los mares borrascosos
que apartan de los pueblos la vida desigual,
y arrastran á su centro raudales anchurosos
y montes y ciudades con fuerza colosal.

Y arrojan de la tierra los senos fecundantes
de flores y de plantas extensa profusión,
innúmeros robledos de cúspides gigantes
que menguan los furores del frígido aquilón.

Y cruzan el ambiente mil pájaros cantores
de plumas de azabache, de azul y de coral,
y bellos panoramas de peces de colores
reflejan las arenas del claro manantial.

Y crecen las montañas con empinadas cumbres
que tocan de los cielos la concha de zafir
y ostentan orgullosas los diáfanos vislumbres
del sol, que allí reclina su frente al sucumbir.

Y nace el sér sublime, de todos predilecto,
con las excelsas dotes del alma y la razón,
que le hacen de los seres del mundo el más perfecto,
imagen de la augusta, divina inspiración.

Aliento tan fecundo, poder tan asombroso,
en vano los filósofos pretenden explicar,
y sólo puede el hombre á sér tan poderoso
con férvido entusiasmo sus preces levantar.

Las obras inmortales de su poder divino
sujetas se hallan todas á un orden sin rival,
desde la débil caña que azota el torbellino
á las radiantes zonas del mundo sideral.

La diminuta hoja que mueve el raudo viento,
las brisas que levantan las olas de la mar,
los peces que allí encuentran de vida el elemento,
las aguas que en las rocas se vienen á estrellar;

el aura pasajera, los rudos aquilones,
las anchas soledades, las galas del pensil;
de invierno y de verano las rudas estaciones,
de mayo las auroras, los céfiros de abril;

De las altivas sierras los troncos seculares,
el reluciente cáliz de la modesta flor,
de miles pajarillos dulcísimos cantares
que entonan entusiastas al matutino albor;

de los fulgentes astros que ostenta el firmamento
el inmutable giro, la excelsa majestad;
y del terráqueo globo el sabio movimiento
que marca nuestra vida con fúnebre verdad;

sujeto marcha todo á leyes naturales,
dictadas por su genio divino y bienhechor,
que extiende por doquiera sus dones celestiales,
al mar, á la montaña, al ave y á la flor.

Cuando al rayar la aurora se ostenta la natura
con galas relucientes de nítido verjel,
y se oyen los gemidos de la corriente pura
que riega los jacintos, la rosa y el clavel:

cuando la cumbre altiva del escarpado monte
adornan los brillantes reflejos de coral,
que lánguido despide del límpido horizonte
el sol, que va siguiendo la línea occidental;

cuando la noche anubla la faz resplandeciente
del zafirino espacio con su letal crespón,
é incita á los mortales á levantar la frente
los cielos invocando en férvida oración;

entonces yo descubro con pecho fervoroso
sus grandes maravillas, su gloria sin rival,
su mano omnipotente, su numen poderoso,
sublime, penetrante, benéfico inmortal.

De la risueña aurora los célicos paisajes
infunden religiosa, ferviente inspiración,
y alejan y disipan los túrbidos celajes
que anublan por instantes del hombre la razón.

Del apacible ocaso los vívidos fulgores
despiertan en el alma consuelo y ansiedad,
al ver que también pasan del mundo los dolores
y el premio nos ofrece la augusta eternidad.

De las obscuras noches el tenebroso manto
dirige nuestros pasos de la virtud en pos,
que allí contempla el hombre el fuego sacrosanto
del rayo de la eterna justicia de mi Dios.

Bendito su alto nombre: su ingente maravilla
plegaria fervorosa levante al corazón,
y ansiosos adoremos, doblando la rodilla,
al Sér Omnipotente, al Dios de la creación.

CANTO A LA AMERICA DEL SUR

(Escrito á los 19 años de edad).

Cantemos esa zona magnífica y gigante,
mansión de los volcanes, América del Sur,
de cuyas altas cimas el cráter vomitando
destruye las ciudades cual hórrida segur.

Cantemos sus montañas, sus árboles, sus flores,
sus piélagos inmensos, su clima sin rival,
sus aves gigantescas, su cielo y los primores
que encierra esa fecunda región meridional.

Allí se ostenta el Ande, la cordillera ingente
que nace al medio día y sigue al setentrión
en cuyas fuertes rocas su paso prepotente
detiene el implacable, mortífero Aquilón.

Los ígneos Chimborazo, Pichincha y Antisana
se elevan en los campos del céntrico Ecuador,
y en la feraz y bella comarca boliviana
levanta el Illimani rojizo resplandor.

Allí se mece el nido del cóndor altanero
que á las brillantes nubes eleva su volar,
y en árboles ignotos el colibrí ligero
variado en sus colores, sonoro en su cantar.

Surcando los collados se ven las mariposas,
las tímidas perdices y el bello pavo-real;
palomas y turpiales de lenguas harmoniosas.
y el ánade ligero del claro manantial.

Saltando bullicioso en ramas florecientes,
el cardenal purpúreo y el ágil colorín,
y miles pajarillos de plumas relucientes,
orgullo del hermoso, meridional confín.

De los agrestes campos alígera gaviota
extiéndese en su vuelo hacia el salado mar,
con avidez buscando el mástil de una flota
en donde por la noche tranquila reposar.

En frutos es América la zona más fecunda;
allí se da el magnífico, el singular café
que ya los hemisferios con su esplendor inunda,
rival siempre triunfante del afamado té.

La planta que amorosa, somnífera y ardiente
levántase á los cielos en túrbida espiral,
y el grano que produce el líquido bullente,
delicia y atributo del suelo tropical.

Extensos robledales y altísimas palmeras,
la almibarada caña y el azulado añil,
y del precioso trigo fecundas sementeras
cubriendo las llanuras de tinte juvenil.

Y vese allí la sombra de extensos platanales,
la deslumbrante seda y el nítido algodón,
innúmeras praderas con árboles frutales,
las uvas, el durazno, la parcha y el limón.

Adornan de esa zona las plácidas campiñas
dulcísimas naranjas de fúlgido color,
guayabos gigantescos y coloradas piñas
de refrigente jugo y delicioso olor.

El níspero frondoso y el imperial granado,
entre las bellas flores el nítido clavel,
las diáfanas magnolias y el alelí morado,
do aladas mariposas aspiran dulce miel.

Las frescas azucenas y las fragantes violas,
los nardos ambarinos y el rojo tulipán,
pintados pensamientos y lindas amapolas,
mecidas por favonio benéfico y galán.

Y blancas y gualdadas y purpurinas rosas
la América transforman en célico pensil,
do siempre se respiran esencias aromosas,
mansión de eterna gala del delicioso abril.

Raudales anchurosos que mares asemejan
recorren apacibles su suelo bienhechor,
y las azules ondas fantásticos reflejan
el campo, la montaña, los cielos y la flor.

Con paso majestuoso por entre verdes tilos
se ven el Orinoco, el Plata y Marañón,
que ocultan en su fondo verdosos cocodrilos,
cetáceos gigantescos de anfibia condición.

El ancho Magdalena sonoro se desliza
por suelo granadino hacia el Caribe mar,
y con sus limpias aguas el Tocantino riza
los brasileños campos que va á fertilizar.

Su clima nunca encierra ni el fuego del verano
ni del letal invierno el frígido rigor;
y lo brillante y puro del cielo americano
conduce el pensamiento á un mundo superior.

Esa es la tierra virgen, mansión de bienandanza,
de bellos horizontes, espléndida región,
y suelo do se encuentran el bien y la esperanza,
y do recibe el numen vital inspiración.

El Dios omnipotente que el Universo rige,
que presta á los espacios maravillosa luz,
que de astros numerosos las órbitas dirige,
y que arrancó á la nada su tétrico capuz;

aquel que en la brillante región de las alturas
encierra los profundos arcanos de su Sér,
y á valles y desiertos, montañas y llanuras,
extiende los favores de su inmortal poder;

aquel en cuya planta detiénense las furias
de mares borrascosos y ruda tempestad,
que salva á los mortales, perdona las injurias,
y da consuelo al triste, abrigo á la orfandad;

con su fecundo aliento formó esa maravilla
que llena de entusiasmo mi ardiente juventud,
y reverente el labio y en tierra la rodilla,
adoro en mis cantares su gloria y su virtud.



BAILÉN

Fragmento de un poema inédito.

(Escrito á los 19 años de edad.)

. . . .

Cuando sintióse España con la cerviz hundida
en el sangriento foso de irresistible mal
do la condujo en hora menguada y dolorida
de un pérfido verdugo la usurpación brutal;

cuando el ambiente, henchido de fúnebres celajes,
de mayo los acentos horribles repitió,
y prados y campiñas y lúcidos paisajes,
un velo de amargura y duelos empañó;

cuando en inmenso lago de fuego y de exterminio
se vieron de Numancia las glorias fenecer,
y de un tirano horrendo bajo el fatal dominio
los timbres de Lepanto sus brillos esconder;

entonces aquel pueblo que en ochocientos años
de infatigable lucha dió ejemplos de valor,
maldijo los violentos y múltiples engaños,
corriendo á las llanuras á vindicar su honor,

Y un grito prepotente, lanzado en la montaña,
por el patriota, fuerte y arrebatado astur,
electrizó los senos de la invencible España
del orto al occidente, del aquilón al sur.

Ejércitos sin armas brotaron por doquiera,
sintiendo de venganza latir el corazón,
y jóvenes y ancianos en súbita carrera,
febriles empuñaron la mecha del cañón ....

¡Qué bello, qué grandioso, qué singular ejemplo
para esos que en las garras de la ambición procaz
contemplan de sus glorias amancillado el templo
y doblan bajo el yugo la envilecida faz! ....

Se alzaban por doquiera belígeros pendones
llevados por los hijos de Córdoba y Guzmán,
de castigar ansiosos las rápidas legiones
que derribaban pueblos con fuerza de huracán.

El bélico Castaños con atrevida hueste
en marchas prodigiosas buscaba al invasor,
llevando en su estandarte y en su purpúrea veste
grabado de las selvas el imperial señor.

Dupont el valeroso mandaba al enemigo,
campando en las extensas llanuras de Bailén;
y sus invictas tropas de tiendas al abrigo
soñaban nuevos lauros para su altiva sien.

Los bravos descendientes del ínclito Viriato
veloces avanzaban del campo á la extensión,
para borrar la injuria y el hondo desacato
y al águila insolente rendir bajo el león.

Al fin cubrióse el llano de agudas bayonetas,
y oyóse de las trompas el toque funeral,
y alzadas banderolas de coloridas vetas
velaban los reflejos del astro celestial.

De un lado los varones que en mínimos fragmentos
sus naves arrojaron al fondo de la mar
cuando el furor altivo de borrascosos vientos
dió al anglo el infecundo laurel de Trafalgar;

y más allá las huestes salvajes, afrentosas,
salidas del terrible, feral noventa y tres,
que de su edad calmaban las furias tenebrosas
vertiendo sangre humana, bebiéndola después.

Trábase la matanza con rudo movimiento,
sonando tremebundas las voces del fusil,
y del acero al choque terrífico y violento
iban cubriendo el campo batalladores mil.

Cual trueno que despide la tempestad hirviente
vibraba el bronco estruendo del grávido cañón,
y el proyectil rasgaba del aire la corriente
llevando luto y males su ignívoma explosión.

Aspérrimos rugidos, clamores moribundos,
tonantes y horrorosos gemidos de dolor,
y acentos de venganza de pechos iracundos
llenaban el ambiente de lúgubre pavor.

Los férvidos hispanos ansiosos combatían
mirando allá á lo lejos el seductor laurel:
los galos entre tanto con fuerza resistían
el animoso empuje y arrollador tropel.

El humo ennegrecido, la polvareda ardiente,
cubrían el espacio de cárdeno capuz,
como si el sol nublando su majestuosa frente,
llevase á otras regiones su rutilante luz.

Surgiendo de las brumas del aluvión guerrero,
como precioso signo de la española unión,
veloz se adelantaba por el combate fiero
de púrpura y de jalde radioso pabellón.

Y tras la bella insignia que un brazo tremolaba
corrían afanosos de la victoria en pos,
los que al sentir las voces que el crimen levantaba
la destrucción del crimen juraron ante Dios.

Cual se doblega al soplo del euro furibundo
el roble envejecido que respetó el turbión,
iban doblando el temple de su valor profundo
las huestes invencibles del héroe de Tolón.

Y raudos proseguían los bravos españoles
con ímpetu arrollando del águila el poder,
y de la excelsa fama los refulgentes soles
bañaban la llanura de luz y rosicler.

Y aquel que de la Europa fué la segur terrible,
y que cubrió su vida de triunfo y esplendor,
y que llevó su paso con fuerza inextinguible
por pueblos que humillaba su aliento vencedor;

vió abierta sepultura para su insigne gloria,
y obscuros y marchitos los lauros de su sien,
cuando al tremendo empuje de hispánica victoria
rindieran sus legiones las armas en Bailén......

....

A LA PAZ DE ESPAÑA EN 1876

(Escrita á los 20 años de edad)

¿ Qué acentos de entusiasmo, de gloria y de ventura
atruenan y electrizan la hispánica región,
llevando á todo pecho la bienandanza pura,
rasgando el turbio velo de sangre y aflicción?

¿ Por qué de las matronas el bienhechor ejemplo
el noble pueblo sigue con júbilo y clamor,
y ansioso se encamina al religioso templo
cantando con anhelo las glorias del Señor ?

¿ Por qué desaparece de la mejilla el llanto,
trocándose en sonrisas que ocultan el placer,
y vese revestido de flores y de encanto
el suelo que inundaban desdichas por doquier ?

¿ Qué importa ese recinto de fúlgida memoria,
de egregios capitanes la cuna primordial,
que humilla heróicos hechos con su inefable historia,
que fue de altos prodigios ejemplo universal ?

¿Qué guarda en sus entrañas? ¿Por qué tal regocijo?
¿Por qué de los hispanos se alegra el corazón,
y ya la dulce madre no llora por el hijo
que sirve de muralla al fuego del cañón?

La Paz... sublime antorcha que alumbra los senderos
del pueblo que ambiciona laureles alcanzar,
dobló con su mirada los fúnebres aceros
que el suelo de los Cides quisieron mancillar.

Alzóse entre los senos de lóbregas montañas
de sangre y de exterminio maléfico pendón,
que un alma empedernida, un hijo sin entrañas
empuña, como lema de infame usurpación.

El Dios de los combates tendió su rojo velo,
innúmeros estragos teniendo por fanal,
y el astro de ventura abandonó aquel suelo
bañado de un aliento terrífico y fatal.

Y luto, latrocinio, deshonra y vilipendio
hundieron en las sombras la fama y el valor;
y el crímen inhumano y el destructor incendio
trocaron los verjeles en ruinas de dolor.

Esposas sin consuelo, infantes sin abrigo,
de cuerpos insepultos horrenda confusión,
el duelo de las madres, el llanto del mendigo,
y villas y ciudades en escombrosa unión;

Son túrbidos vestigios que acumuló esa guerra
de origen execrable, de falso porvenir,
que arrebató las galas de la española tierra
haciendo sus blasones en luto sumergir.

Mas ya cesó el delito, iberos, es la hora
de que vayáis sus rastros ansiosos á esconder,
y luzca nueva, hermosa y matizada aurora,
reflejo de otros siglos de luz y de poder.

Soltad, soltad veloces la insignia de matanza,
el sanguinoso acero y rápido fusil:
no profanéis la historia de bélica pujanza
que nace en Covadonga y muere en el Genil.

Que broten por do quiera señales de ventura,
que vibren los cantares del fuerte labrador,
que muestre en la campiña sus galas la natura
que oculte sus vestigios de fúnebre dolor.

Y rompa el férreo arado las huellas encondidas
que de luctuosos males el crimen nos dejó;
y tórnense en verjeles las tierras maldecidas
en que mortal destino la guerra derramó.

Y surjan de ese negro uniformado escombro
ciudades que demuestren animación viril,
y observarán los mundos con natural asombro
de tan excelsa raza el fuego varonil.

Y tú, joven ilustre, que ciñes á tu frente
la insignia donde irradia la heroicidad sin fin,
la insignia que elevaron con genio armipotente
los bravos de Sagunto, de Auseva y San Quintín;

que ocupas ese trono de Alfonsos y Fernandos,
y empuñas ese cetro brillante y vencedor,
extirpa de la Iberia los afrentosos bandos
que manchan y confunden los timbres de su honor.

Levánta tú la patria del fondo de esa tumba,
quebránta ese edificio de angustia y corrupción,
y el céfiro harmonioso que en el ambiente zumba
conducirá tus hechos del austro al septentrión.

Entonces ya los pueblos maldecirán el duelo
que hundió su altiva fama, laurel del español,
y lucirá sus dones el dilatado cielo,
y ocultará las nubes el rutilante sol.

En tanto, insignes bardos, de nuestro siglo gloria,
pulsad el dulce plectro con ansiedad febril,
cantad de esos soldados la espléndida victoria
que alzó de las tinieblas el primoroso abril.

Ilustres herederos de Lope y de Quintana,
de Ercilla y de Saavedra, de Maury y Calderón,
llamad de aquellos genios la musa soberana
que encienda vuestra hermosa, sublime inspiración.

Cantad ese recinto de fúlgida memoria,
de egregios capitanes la cuna primordial,
que humilla heroicos hechos con su inefable historia,
que fue de altos prodigios ejemplo universal.

LA ZONA FRIA

correspondiente á un canto titulado "La Zona Templada" dedicado al autor.

(Escrito á los 20 años de edad.)

Al fin, querido hermano, tu cítara sonora
agitas con hermoso, dulcísimo cantar,
cual las dormidas auras que en la risueña aurora
se mecen en las ondas del sosegado mar.

Al fin has roto el yugo del lóbrego marasmo
do un tiempo de tu musa se hundió la inspiración;
al fin has despertado, llenando de entusiasmo
mi joven, mi sensible, mi ardiente corazón.

De los egregios vates la reluciente palma
alcanza ya tu númen, tan lleno de vigor,
á cuyo dulce acento las fibras de mi alma
se agitan, impulsadas del fraternal amor.

Tu planta no detenga en senda tan gloriosa
del celo y de la envidia el hórrido puñal,
que el genio siempre marcha con huella victoriosa
luchando con los fieros espíritus del mal.

Tus trovas tan hermosas, tan llenas de poesías,
que cantan de la Zona templada la mansión,
de su florido seno la mágica alegría,
y de sus bellos frutos la ingente profusión;

que cantan de su otoño la aurífera belleza,
su opimo y delicioso matiz primaveral,
de su terrible invierno la fúnebre tristeza,
de su verano ardiente el fuego equinoccial;

que pintan con tan bellos, vivísimos colores
del labrador sencillo el suspirado hogar,
del campo las fatigas y rústicas labores,
del tímido arroyuelo el dulce susurrar;

encienden de mi musa la llama inspiradora
sintiendo los impulsos de tu alma varonil,
y canto aquella Zona, do nunca lleva Flora
las relucientes galas del amoroso abril.

Aquella zona triste, sin gloria y sin ventura
que encierra las regiones del círculo polar,
do nunca siente el hombre la fuente que murmura
ni de harmoniosas aves el juguetón trinar.

Do tiene entre sus brazos el implacable Eolo
las furias detenidas del tétrico huracán,
que llevan el estrago del uno al otro polo
é inflama las candentes cenizas del volcán.

Allí la faz del hombre jamás ha contemplado
benefactores rayos de refulgente sol;
y nunca el horizonte se ostenta engalanado
con los purpúreos tintes del lúcido arrebol.

Allí tan sólo llega confusa y mortecina
la lumbre que despide del disco tropical
el sol, que de los mundos los centros ilumina
y aleja sus favores de la región glacial.

No luce allí sus galas la hermosa primavera,
ni hace crecer sus frutos el estival calor,
ni otoño le regala su rica sementera,
ni adorna los ramajes la colorida flor.

De invierno los sañudos y roncos temporales
azotan de su seno la inculta producción;
y las pequeñas grutas de fieros esquimales
convierte su recinto en mustio panteón.

De tan estéril zona las anchas soledades
presentan los follajes marchitos del ciprés,
de cuyo tronco arrancan las rudas tempestades
las hojas moribundas que gimen á sus piés.

Inmensas extensiones de gigantescos pinos
rodeadas de inodoras praderas de abedul,
reciben en su frente los recios torbellinos
que cubren de nublado el horizonte azul.

Allí levanta el cuervo su lúgubre graznido,
el águila altanera su altísimo volar,
la hiena sanguinosa su fúnebre quejido,
y la feroz pantera su horrísono bramar.

Los lobos y osos blancos que marchan en bandadas
con el veloz rengífero se cruzan en tropel,
que de los mares huyen las moles encrespadas
cual huye de las fieras el tímido corcel.

Montañas majestuosas de helada constextura
recorren el oleaje del extendido mar,
cuyas plateadas filas, ya alcanzan á la altura,
ya caen de sus cimientos con hondo retumbar.

Esa es la zona triste, sin matizado oriente,
que encierra las regiones del círculo polar,
do nunca escucha el hombre la sonorosa fuente,
ni de aves coloridas el juguetón trinar.

Sus ateridos llanos, su nebuloso cielo,
sus gélidas escarchas, su lobreguez sin fin,
las plantas inodoras que brotan de su suelo
la fúnebre tristeza de su glacial confín;

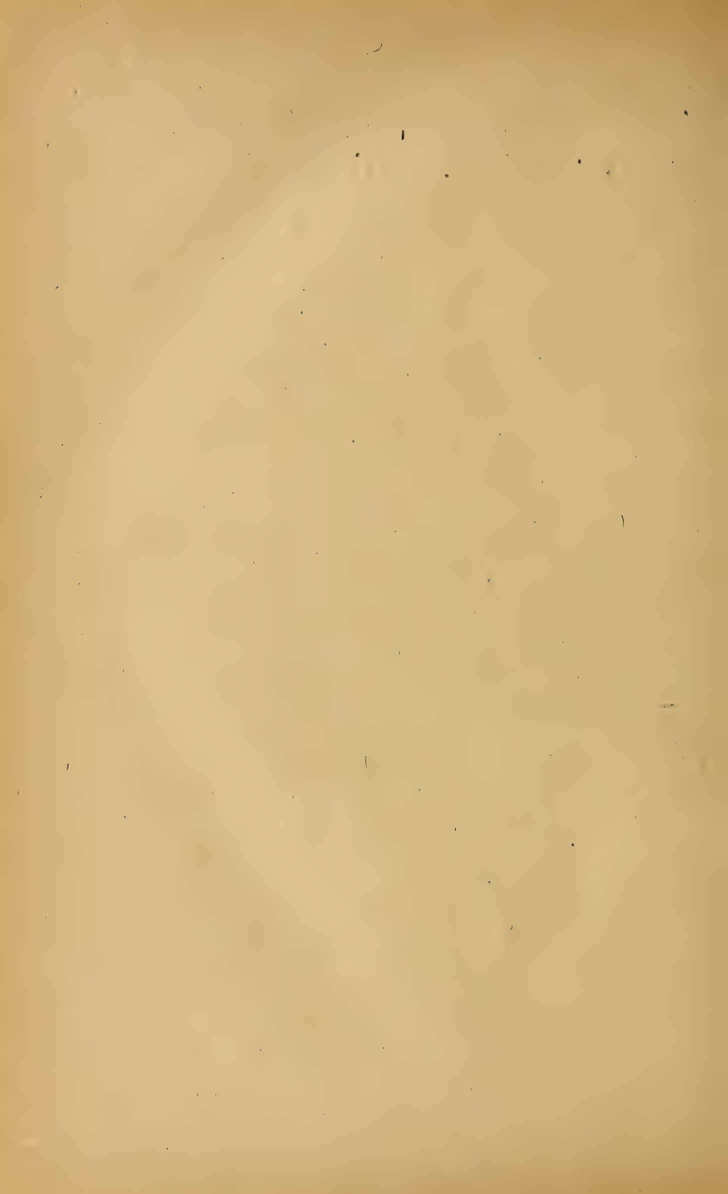
de la templada zona los frutos deliciosos,
el clima y los perfumes del seno tropical,
las calmas apacibles, los mares borrascosos,
de innúmeras esferas el orbe sin rival;

nos muestran del Eterno la mano omnipotente,
su inmensa, penetrante y excelsa inspiración,
que infunde á la cascada su armónica corriente,
al aura su dulzura, su fuerza al aquilón.

Y yo que adoro ansioso sus obras inmortales
con el vigor que inspira la ardiente juventud,
canté las relucientes mansiones tropicales
y las heladas zonas al són de mi laúd.

También, querido hermano, en férvida poesía
cantaste de la zona templada la mansión;
de su florido seno la mágica alegría,
y de sus bellos frutos la ingente profusión.

Al fin ha despertado tu cítara sonora
y arrancas á sus cuerdas dulcísimo cantar,
cual las dormidas auras que en la risueña aurora
se mecen en las ondas del sosegado mar.



EL NUEVO EDEN

En el álbum de la señora Isabel Plaza de Pachano

(1884)

¿ Por qué bañada en rayos de alegría
la esfera azul contemplo ?
¿ Por qué inundan raudales de harmonía
de la Belleza el consagrado templo ?

¡ Qué dulce en el espacio se dilata
la nota lisonjera!
¡ Con cuánta pompa y majestad desata
su manto en derredor la Primavera!

Y mientras brinda su fragancia el nardo
y el lirio da su aroma,
rico en esencias, el clavel gallardo
con regio orgullo en el pensil asoma.

Hinche los aires el acorde acento
de alados trovadores,
y van las auras en arrullo lento
rizando espigas y meciendo flores.

Y ostentan luégo, por mayor ventura,
libres de humano encono,
la Fe su altar, su cetro la Hermosura,
su luz la Dicha y la Virtud su trono.

Al ver la gloria que el recinto encierra,
juzgo que el Cielo quiso
mitigar mi dolor sobre la tierra
con la dulce visión del Paraíso.

Aquí, del bien y del amor señora,
muestras tu noble alteza,
como en su alcázar ostentaba Flora,
ceñida en palmas, la gentil cabeza.

Cruzar del mundo la región te veo,
sin duelos ni pesares,
cual cruzaba la linfa del Alfeo
el fondo azul de los helenos mares.

La recia voz de las humanas luchas
tu pecho no intimida,
y con la paz de la conciencia escuchas
el gigante concierto de la vida.

Eres, del culto que en delicia santa
bajo el hogar se crea,
sacerdotisa que la sien levanta
coronada de luz como Alcestea.

Y si ardiendo en maternas ilusiones
tu frente se ilumina,
en dos rayos de amor sus altos dones
mostrarte quiere la Bondad divina.

Uno se ofrece en tu feliz morada
con claridad hermosa,
como el beso de luz que la alborada
deposita en el cáliz de la rosa.

Y al ofrendarle en tu verjel las flores
primaveral esencia,
envuelve sus purísimos fulgores
en el blanco cendal de la inocencia.

De brillo el otro y de grandeza lleno,
al corazón hechiza,
y de tu Edén en el fragante seno
cuanto baña en su luz lo diviniza.

Su no igualado resplandor semeja,
cuando este alcázar dora,
la mirada de Dios que se refleja
en la cándida frente de la aurora.

Yo al contemplarlo, tras profundo anhelo,
miro en serena calma
nacer el sol y retratarse el cielo
en la infinita soledad del alma.

Sólo así puede el trovador doliente,
que entre pesares gime,
á las alturas convertir la frente
y alzarse á Dios en ansiedad sublime.

Que al brillo de tu hogar, gentil señora,
se aleja la amargura,
y despierta en la cítara sonora
el himno del amor y la hermosura.





VIVIDA IMAGO

Al distinguido pintor señor don Emilio Maury, con motivo del magnífico retrato de la señora Isabel de Pachano, debido á su pincel.

(1885)

¿ Cómo en anhelo tanto,
noble alumno del arte y de la idea,
pedir la pompa del irídeo manto
con que la aurora el ámbito hermosea ?

¿ Por qué ilusión secreta
hoy de tu gloria en el feliz camino,
de Apeles buscas la inmortal paleta
y de Timantes el pincel divino ?

¿ Será que en alto ejemplo
del Genio intentes conquistar la altura,
y dejar de las Artes en el templo
la sublime expresión de la Hermosura ?

Sí, que en placer bañada,
del artista la Musa peregrina,
en un rayo de sol, á tu morada—
como el Uriel de Milton—se encamina.

Oye tu ardiente ruego,
y por prestar á tu pincel colores,
suelta en aljófar y desata en fuego
perlas del alba y tintas de las flores.

Y al inflamar tu mente,
del sol te muestra á los destellos rojos
una matrona de serena frente,
de tez ebúrnea y de rasgados ojos.

No con mayor grandeza
viera Cecropia en el propíleo muro,
ostentar á Nausica su belleza,
del rodio artista al inmortal conjuro.

Ni en la región preclara
do el fresco Tíber su raudal enfrena,
al evocar de Ludio se mostrara
más rica en dones la oriental Helena.

Cual Numen del artista
beldad tan noble á tu ilusión se ofrece,
y sin que el lienzo á su poder resista
pronto á rendirse á tu ansiedad parece.

Ya con rumor süave
corre el pincel sobre la dócil tela,
y en giro alegre ó movimiento grave,
del Genio audaz la inspiración revela.

Sigue, y el tenue rastro
forma á medida que el matiz se embebe,
líneas de rosa en campos de alabastro
y orlas de luz en círculos de nieve.

Y asoma en la penumbra,
do en tintes leves el color vacila,
regio perfil, cuyo contorno alumbra
el rayo que destella la pupila.

Ó al beso fugitivo
de la luz que á la sombra se adelanta,
surge después, en ademán altivo,
erguida sobre el hombro la garganta.

Corona á tanto hechizo
viene á prestar la cabellera obscura,
que en uno y otro replegado rizo
orna la sien de la gentil figura.

Luégo en dormidas ondas,
que dejan sólo adivinar la falda,
vése el justillo de purpúreas blondas
cubrir el seno y la marmórea espalda.

Y al par que así levanta
su gloria el Genio y la verdad imita,
crece la luz, el lienzo se agiganta,
la imagen tiembla y el color palpita.

Rendida en alto anhelo
á tal poder, el alma no concibe
si la imagen alienta en el modelo
ó es la deidad la que en el lienzo vive.

¡ Oh esencia soberana,
fuente del Arte, inspiración sublime,
raudal de lumbre que del cielo emana
y del olvido y del dolor redime !

Yo tu virtud adoro,
y en sed ardiendo de tu amor fecundo,
del harpa siempre al modular sonoro
ensalzaré tus glorias en el mundo.

ANDALUCIA

Estrofas escritas con motivo de la catástrofe acaecida en las provincias meridionales de España

(1885)

Enlutados están los caminos de Sion, porque ya no hay quien vaya á sus solemnidades; destruidas están todas sus puertas, gimiendo sus sacerdotes, llenas de tristeza las vírgenes, y ella oprimida de amargura.

(Jeremías).

¡Cuánto de pompa y de grandeza un día
te concedió la Gloria!
¡Cuál se exalta la mente, Andalucía,
de tu pasado en la feliz memoria!

Ora me finjo que en edad robusta
de apuestos paladines,
correr te miro á la sangrienta justa
sobre corcel de ensortijadas crines;

y allí mostrar en varonil pujanza
ó con marcial decoro,
pendón de triunfo en la potente lanza
y empresa digna en el broquel sonoro.

Ya en ajimez de arábigas labores
pláceme verte ufana,
bebiendo luz y respirando amores
al encendido albor de la mañana;

ó entre nube de esencias orientales
cantando tu fortuna,
cuando del Betis tiembla en los cristales
el tibio rayo de la blanca luna.

Mas ay! que ahora del favor divino
dejada te contemplo,
y al mundo ser en tu fatal destino
patrón de llanto y de infortunio ejemplo.

Siniestra luz sobre tu alcázar vierte
la esfera combatida,
y sucede el espanto de la muerte
al fecundo entusiasmo de la vida.

Y en tanto horror y en desventura tanta
la recia voz se escucha
del Leviatán que la cerviz levanta
y osado viene á renovar la lucha.

¿Será que al borde de insaciable tumba
que abriera vil contienda,
como en los montes de Isacar, retumba
del bardo Rey la maldición tremenda?

¿O acaso vibra tras el eco impuro
de infandas alegrías,
cual de Samaria en el profano muro,
el fulminante acento de Isaías?

Nó, que jamás de la impiedad en aras
vieras tu honor rendido,
ni cual la prole de Efraím lanzaras
el culto de tu Dios en el olvido.

De tu beldad la Primavera esclava
dormía en tus alcores,
y la Ilusión en tu pensil vagaba
de su guirnalda repartiendo flores.

Y cuando el alba arrebolando el viento
daba el primer suspiro,
tu trono engalanaba el firmamento
con pabellón flotante de zafiro.

Luégo, su encanto al derramar el día
por el sereno espacio,
encendido tu alcázar parecía
templo de vida y de placer palacio.

Ó cuando el sol su brillo postrimero
hundía en lontananza,
te enviaba su fulgor cada lucero
como beso de paz y de esperanza.

Y allí, de eterna y celestial ventura
era en la dulce calma,
luz el Amor, encanto la Hermosura,
númen la Gloria y religión el Alma.

Ay! ya la ninfa del inquieto ejido
no irá en festivo alarde,
á oir la trova del doncel garrido
resonar en el himno de la tarde.

Ni al inundar la aurora en luz tranquila
la verdecida huerta,
en el rebaño sonará la esquila
que al campo anima y al zagal despierta.

Crece el musgo en el templo solitario,
de horror se viste el cielo,
y alumbra el sol con brillo funerario
ruina, y espanto, y destrucción, y duelo.

Depón el cetro en tan acerba angustia,
plañe, infeliz matrona,
y en triste sauce ó en adelfa mustia
trueca el laurel de tu gentil corona.

Mas ya de amor la Caridad en prenda
la blanca frente enluta,
y riega con sus lágrimas la ofrenda
que en el altar de tu dolor tributa.

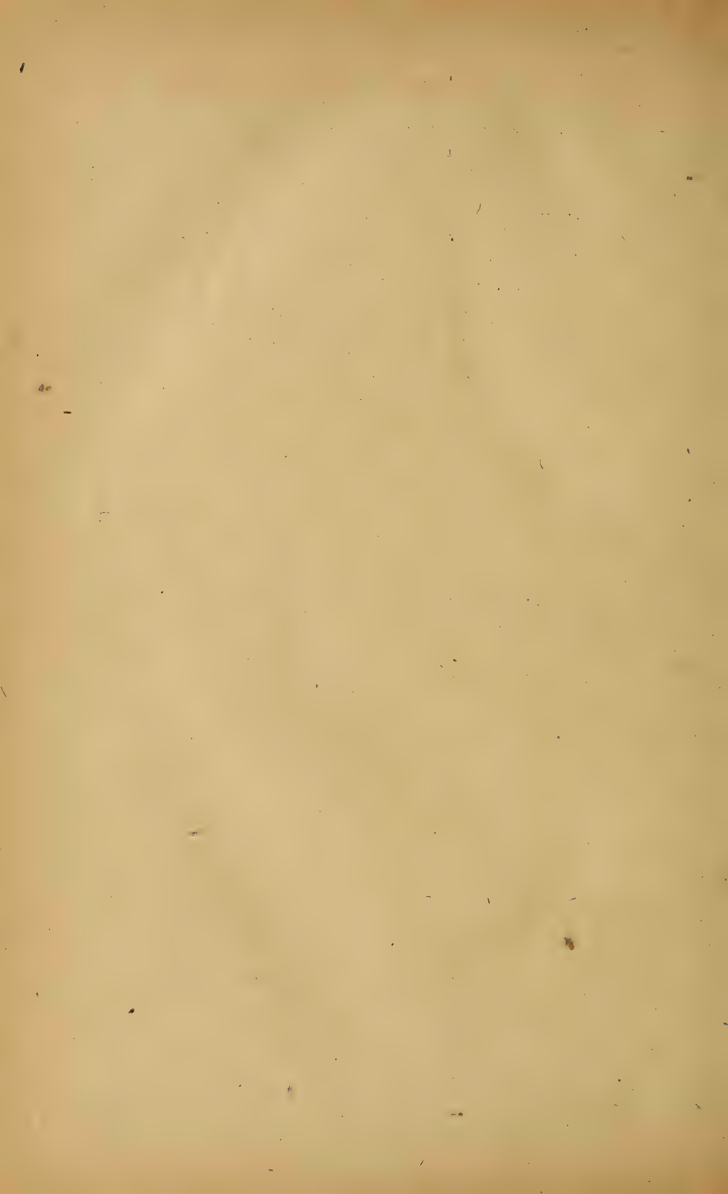
Ve cuál en medio á tu mortal quebranto
la noble Patria mía,
al desatar la vena de su llanto
ósculo tierno de piedad te envía....

Que no le plugo en el marcial proscenio
romper, tras la victoria,
lazos de amor que enalteciera el Genio,
que Dios bendijo y que estrechó la Gloria.

Así el clamor que de su pecho brota
y el que tu afán refleja,
vibran cual ecos de la misma nota,
suenan cual ayes de la misma queja.

Su llanto ahora de tu duelo impío
mitigue los rigores,
como templa los rayos del estío
el aljófar del alba entre las flores.

Y hoy de la Fe sobre tu aciaga suerte
brille el poder divino,
más alto que el olvido y que la muerte,
más grande que el dolor y que el destino.





ALFONSO XII

(1885)

> Hic rem Romanam, magno turbante tumultu,
> Sistet eques.......................................
> ....
> Ostendent terris hunc tantum fata, neque ultra
> Esse sinent.......................................
>
> (Virgilio—Eneida—Lib. VI.)

Oíd...... Los aires misteriosos hiende
clamor de desventura,
que el hilo hermano de la luz extiende
de Atlante por la líquida llanura.

Rápido el eco del pesar pregona
la nuéva dolorida,
y de Gadir á la cantabria zona
enmudece el concierto de la vida.

El alma, opresa de aflicción y espanto,
un templo sólo advierte,
donde entonan los númenes del llanto
la terrible salmodia de la muerte.

Y á par que el bronce los espacios llena
con lúgubre estampido,
mustio el león abate la melena
y al viento lanza funeral rugido.

Ay !.... del alcázar que le plugo al Cielo
hacer de amor santuario,
el canto es grito de profundo duelo,
sepulcro el trono y el dosel sudario.

La madre Iberia, en infortunio tanto,
mira con ansia extrema,
por tierra hundidos el glorioso manto,
el cetro augusto y la gentil diadema.

Plañe, sí, que del mundo las regiones
deja tu Rey bizarro,
y con él tus radiantes ilusiones
la muerte lleva en el luctuoso carro.

¿ Y es éste el mismo que bañado en gozo
vió Mantua en su recinto,
de la Patria con íntimo alborozo,
la corona ceñir de Carlos Quinto ?

¿ Eres, oh Rey, el que con fuerte mano
blandió temido acero,
y el armiño trocó del Soberano
por la ferrada cota del guerrero ?

Sí; mas en tanto que tu sér se ofrece
sumido en honda calma,
con viva luz tu gloria resplandece
á los conjuros mágicos del alma.

Ora mi mente en la febril batalla
tu regia voz escucha
que entre el fragor de la mortal metralla
victoria pide en la tremenda lucha.

Ó cuando al viento con vibrantes notas
clarín severo abruma,
del bando adverso entre las filas rotas
flotar contemplo de tu airón la pluma.

Y no imagino que con tanta gloria
el Eure en su ribera
viese ondular, cual signo de victoria,
del magno Enrique la triunfal cimera.

Ora me finjo que en austero porte
y ornado de laureles,
tornar te miro á la opulenta Corte
al sonoro marchar de los corceles.

Y ¡ cuál te aclama el pueblo castellano,
de regocijo lleno,
mientras de indócil palafrén tu mano
airosa rige el espumante freno !

La hueste invicta tu bridón siguiendo
va con serena pompa,
al par que avanzas entre el ronco estruendo
del hueco parche y la broncínea trompa.

Luégo te admiro cuando al atrio llegas
del templo sacrosanto,
donde á tu Dios el corazón entregas
al eco augusto del eterno canto.

Y á ser allí tu adoración alcanza,
tras la marcial contienda,
hostia de fe, tributo de alabanza,
gaje de amor y de piedad ofrenda.

¡ Oh Monarca feliz ! por alto emblema
que al universo asombre,
te brida luz de majestad suprema
la tradición excelsa de tu nombre.

Del santo amor que al heroísmo lleva
te ofrece el vivo rayo,
el Rey que supo desde el torvo Auseva
dilatar las conquistas de Pelayo.

Valor te infunde el que admiró Zamora,
ó el que en viril denuedo
plantar logró, con diestra redentora,
la Santa Cruz en la imperial Toledo.

Y de patrio fervor aquél te llena
que en Oretania un día
hizo morder la ensangrentada arena
del musulmán á la soberbia impía.

La ciencia augusta de los sabios reyes
te da fecundo amparo
con el que puso en las humanas leyes
de sus virtudes el blasón preclaro.

Así, rendido del deber al yugo,
y ardiendo en alto anhelo,
como al titán cecrópida, te plugo
librar de monstruos el nativo suelo.

Y al formidable impulso de tu mano
cayeron de su trono
la vil Discordia, el Crimen inhumano,
el Dolo impuro y el sangriento Encono.

Vióse entonces radiar en el Oriente
luz de serena calma,
y lauros hubo á la inspirada frente,
prez al valor y á las virtudes palma.

Y las conquistas que en tan noble alteza
lograr tu cetro pudo,
brillarán como timbres de grandeza
en los cuarteles del hispano escudo.

Mas ah ! que un pueblo en llanto de amargura
hoy tu sepulcro baña,
y en vano de tan negra desventura
implora el fin la infortunada España !

Ay ! que al bajar á la marmórea tumba
oyes que en lontananza
con ronca voz el huracán retumba
y mensajero del estrago avanza !

Mas, duerme, que el león ibero
guarda su heroico brío,
y en ruda lid sucumbirá primero
que mancillar su egregio poderío.





A LA CIUDAD DE CORO

Con motivo de la inundación de diciembre

(1885)

Exspatiata ruunt per apertos flumina campos ;
Cumque satis arbusta simul, pecudesque, virosque,
Tectaque; cumque suis rapiunt penetralia sacris.
(Ovid.—Met. Lib. I).

¡Salve, gentil matrona,
que un tiempo fuiste de piedad escudo,
y á quien de amor con vívida corona
en noble alteza contemplarse pudo!

¡Salve, ciudad augusta,
de fama un día y de grandeza ejemplo,
fuerte amazona que tras recia justa
entrar supiste de la Gloria al templo! (1)

---

(1) Para comprender mejor el sentido moral de este apóstrofe debe recordarse que Coro fué centro del Gobierno y asiento de la Iglesia Catedral de Venezuela en la primera edad de la Colonia, y que en los últimos días de la Independencia sirvió su suelo de teatro á sangrientas luchas, fecundas en hechos de verdadero heroísmo.

Bajo cenit radiante
te encuentra el alma en venturosos días,
dando á las brisas de la mar distante
el eco de tus dulces alegrías.

En tu feliz retiro
la acacia tropical espira olores,
y va el favonio con amante giro
vertiendo hechizos y arrullando flores.

Por tí la luz sazona
manjar que emula al de la nuez parlera,
y en cácteas fibras cuaja y aprisiona
su verde fruto la nopálea higuera. (1)

Y allá, do el campo alinda
la sierra umbrosa y el tendido llano,
cual regios dones el maizal te brinda
su blonda espiga y su fecundo grano.

Y al par que á la cabaña
forma el cafeto rústicos doseles,
viene á rendirte la opulenta caña
dulce tributo en generosas mieles.

Ó ya de risco en risco,
y de la esquila á los pausados sones,
á darte va la oveja en el aprisco
la ofrenda de sus cándidos vellones.

Y tú, al probar ufana
ventura tanta en la dormida siesta,
hada semejas ó gentil sultana
que el aura aspira de oriental floresta.

(1) Alúdese respectivamente, á la *urupagua* y á la *tuna* ó *higo chumbo*.

Mas ¿qué rumor de muerte
viene á turbar tu goce de improviso?
¿Qué aciago numen en dolor convierte
la gloria de tu regio paraíso?

¿Por qué tu sol no brilla
y voz de estrago tu reposo inquieta
cual la que oyó del Tigris en la orilla
con mudo asombro el soñador Profeta?

Es que al mirar tu labio
que así la copa del placer apura,
siente la envidia el punzador agravio
y hundir tu sér en los abismos jura.

Ya hirviendo en honda saña
con recias alas el espacio azota,
y de la linfa que tus huertos baña
los serenos cristales alborota.

Su sueño el dios sacude
que del raudal en lo profundo alienta,
y á su reclamo con fragor acude
sobre trono de rayos la tormenta.

Al ver que en lucha tanta
dejada quedas del favor divino,
los rudos miembros el titán levanta
del fondo de su alcázar cristalino;

y cual león hambriento
que atrás dejando la escondida gruta,
hinche de horror con su rugido el viento
y airado tienda la melena hirsuta;

tal en demente impulso,
entre el estruendo con que al campo asorda,
cruza del monte el ámbito convulso
y en la verde llanura se desborda.

¡Ay, que á su paso cruje
el tronco hendido del añoso roble!
¡Ay, que ya salva con violento empuje
la valla altiva del peñasco inmoble!

Y con furor creciente,
cual Escamandro ante el guerrero argivo,
hincha sus aguas y en veloz corriente
bramando inunda tu solar nativo.

Huye al redil lejano
la grey que el tallo de las mies pacía,
y del pastor y la zagala en vano
lleva el eco los ayes de agonía.

La tempestad avanza
y los espacios con su voz atruena,
al par que arrastra el viento en lontananza
moles erguidas de sonante arena.

Y es á la torva lumbre
que prestan los relámpagos al monte,
espectro el sol, catástrofe la cumbre,
el llano mar y abismo el horizonte.

Ansiosa el alma en tanto,
al dar de amor ó de piedad tributo,
sólo al través columbra de su llanto
estrago, y muerte, y soledad, y luto.

De pronto allá en la tumba
el manaurida Rey la frente asoma,
y el clamor al oír que en torno zumba
gimiendo sube á la enriscada loma. (1)

No ya la sien bravía
con rojo cerco de coral estrécha,
ni se ciñe la aljaba donde un día
llevó á la lid la enherbolada flecha.

Negros crespones viste
Que el llanto inunda y la borrasca mece,
y del sol de la tarde al rayo triste
el genio errante del dolor parece.

Llega tras honda angustia,
y al ver ¡oh Madre! tu mortal quebranto,
posa en la diestra la mejilla mustia
rendido al peso de infortunio tanto.

Depón el duelo ahora,
cacique heroico de preclara gente,
y ante el martirio en que tu Patria llora
convierte á Dios la atribulada frente.

No más tu pecho abrume
hoy de tus hijos el pesar inmenso,
que ya por éllos la Piedad consume
mirra de paz y de oración incienso.

Y no será que en vano,
á mitigar su acerba desventura,

(1) *Manaure*, célebre cacique de aquellas regiones.

vaya el noble tributo del hermano
con la ofrenda inmortal de la hermosura. (1)

¡Oh, Caridad sublime,
virtud que Dios con su bondad sustenta,
ángel que á el alma del dolor redime,
rayo de sol en la mortal tormenta!

Siempre tu luz radiante
será de bienes manantil fecundo,
y de la vida en el supremo instante
habrá tu amor de iluminar el mundo.

(1) Refiérese esta estrofa á la parte que tomaron varias señoras y señoritas en el concierto vocal é instrumental celebrado en el Teatro Municipal de Caracas para arbitrar medios con qué socorrer á las víctimas de la catástrofe.

EPITALAMIO

Composición recitada la noche de los desposorios del pintor venezolano D. Emilio Maury, con la señorita Isabel Margarita Pachano.

—

En vano mi corazón
presume en este momento
encarnar el sentimiento
en la luz de la expresión;

que por aciago destino,
siempre, sin tregua ni calma,
han de luchar en el alma
lo terreno y lo divino.

Mas no he de callar ahora
cuando á mis ojos se ofrece
cuadro en que brillar parece
la luz que el cielo atesora.

Y fuera hasta ruin sarcasmo
querer en tan fausto día
refrenar á la alegría
y acallar el entusiasmo......

Plúgole al Sumo Poder,
dispensador de altos dones,
á dos nobles corazones
la ventura conceder;

y al punto en rápido vuelo
desciende querub radiante
vertiendo en óleo fragante
los beneficios del cielo:

y no con el fiero dardo
que la leyenda figura
amenaza la Hermosura
ni hiere al doncel gallardo;

sino que al dar á los dos
ósculo de amor ferviente,
y al derramar en su frente
las bendiciones de Dios,

funde en un mismo crisol
de entrambos el albedrío,
cual dos gotas de rocío
que absorbe un rayo de sol.

¡ Con cuán celeste quietud
vemos hoy juntarse en ellos,
del Arte con los destellos
los dones de la Virtud !

Ved cual Ella goza en calma
de la dicha los favores,
coronada de albas flores
menos puras que su alma;

y ved como el pecho agita
del generoso mancebo
el latido, siempre nuevo,
de una ilusión infinita;

y á los nobles padres hace
ver la luz que aquí refleja,
no un afecto que se aleja
sino otro afecto que nace......

Y á fé que al ver tal ventura
quien en medio de ansia inquieta
de tanta gloria la meta
en breve tocar procura,

queda, cual suele el marino,
que desde la azul ribera
mira una barca velera
desplegar el blando lino,

y airosa y con rumbo cierto
ir por el líquido llano
al horizonte cercano
que anuncia el soñado puerto.

Entonces halla más puro
el ambiente de la aurora,
y la mar ménos traidora,
y el cielo menos obscuro,

y la luz más lisonjera,
y más diáfana la bruma,
y más serena la espuma,
y la brisa más ligera.

¡Feliz quien en dulce calma,
del mundo y sus pompas lejos,
llega entre limpios reflejos
á ese refugio del alma!

Y ya que en este momento
padres, hermanos y amigos
venimos á ser testigos
del solemne juramento,

brindemos en el anhelo
que nuestro espíritu inunda,
porque el hogar que hoy se funda
recuerde en la tierra el cielo.



HANNIBAL ANTE PORTAS

Parte del estudio poético intitulado "Roma Respublica"

De Flora el ¡ay! postrero
se anuncia en la clepsidra de Saturno,
y Ceres abre el próvido granero
al encendido soplo del vulturno.

Las ítalas regiones
tiemblan en tanto con fragor de guerra,
y parece que surgen mil legiones
del combatido seno de la tierra,

Cual Numen de exterminio,
ó del rayo de Júpiter trasunto,
viene extendiendo su feral dominio
el incensor soberbio de Sagunto;

aquél que de odio lleno
fué ya para las águilas romanas,
pasmo en el Trebia, nube en Trasimeno,
asombro en el Tesino; estrago en Canas.

Del Brucio las vertientes
Pugnaz traspone, y tras sangrienta lidia
quiere abrevar del Tibre en las corrientes
sus fogosos corceles de Numidia.

¿Será que el pueblo invicto
de Manlio, de Camilo y Cincinato,
la frente doble, de su mal convicto,
á los rigores del destino ingrato?

Nó; que al llegar de Apulia
el eco infausto de la nueva rota,
de todo rostro en la ciudad romulia
fuego de rabia y de vergüenza brota.

Mirad: legión valiente
á la Puerta Capena el paso guía,
donde Roma homenaje reverente
tributa al dios que la victoria fía,

Del Templo en los umbrales
choque de lanzas y de escudos suena,
en tanto que en la diestra los Feciales
agitan la simbólica verbena.

Traspasan el recinto
los legionarios con ardor guerrero,
y del altar en el augusto plinto
del arma afilan el templado acero.

Luego Vestal divina
hasta la planta de la Efigie sube,
para encender de Delos la resina
que al dios envuelve en odorante nube.

Dones de estirpe clara
allí el Quirite y el Pretor ostentan,
y ufanas las matronas ante el ara
los tiernos frutos de su amor presentan.

Con majestad radiante
llevan los Salios, cual divino arreo,
la trábea roja, el cíngulo flotante,
el férreo ancilo y el marcial pileo.

De fresno coronado
Se acerca el Flamen á la estuante pira,
y á Marte ofrenda el recental sagrado
que con balido lastimero expira.

La sangre el templo baña,
y al par que todos su ansiedad ahogan,
Extíspices y Arúspices la entraña
de la inmolada víctima interrogan.

La inquieta muchedumbre,
desdeñando el incógnito presagio,
vuela entre tanto á la Aventina cumbre,
puerto de luz en el mortal naufragio.

Y allí, sobre la roca
que holló de Servio la gloriosa planta,
el Genio augusto del pasado evoca
y á noble anhelo el corazón levanta.

Vibra el clarín sonoro,
y al eco agudo que los aires hiende,
en montes, llano, Capitolio y Foro
hierve la vida y el valor se enciende.

La plebe, en su osadía,
pide de Marcio y Rómulo á los manes,
el poder con que Júpiter un día
lanzó desde el Olimpo á los Titanes.

No hay ya prudente valla
al patrio afán en que el romano alienta,
ni al entusiasmo que en su sér estalla
con el ciego furor de la tormenta.

Al campo de la gloria
el pueblo corre, cual turbión deshecho,
y es cada brazo un rayo de victoria
y un volcán de venganza cada pecho.

De pronto mano ardiente
signo de luz en los espacios pinta,
y ven los ojos con placer creciente
la tierra en sangre de Cartago tinta.

Su duelo el Tibre oculta,
del segundo Escipión el genio asoma,
el sol de Aníbal su fulgor sepulta;
Quirino se levanta, vence Roma.

Julio de 1895.

A UNA CUBANA

La amistad es un alma que habita en dos cuerpos: un corazón que habita en dos almas.

(Aristóteles.)

La mente en vano fatigo
por hallar dentro del arte
algo en que mi fe probarte
de admirador y de amigo;
mas si hoy el bien no consigo
que el alma en lograr se afana,
tu hermosura soberana
dará á mi pincel colores
como da brillo á las flores
el albor de la mañana.

En tí mi entusiasmo admira
á la más gentil matrona
de aquella opulenta zona
porque hoy mi pecho suspira;
y al ensalzarte en mi lira
paréceme que despierto

á un vago placer incierto
que en la soledad del alma
nace cual nace la palma
en la aridez del desierto.

La perla de las Antillas
te brindó cándido lecho
y puso en tu hidalgo pecho
el tesoro con que brillas;
y de las verdes orillas
donde el sinsonte gorjea
y el colibrí se recrea
volando entre azules brumas,
te mecistes en las espumas
como nueva Citerea.

Dióte la Excelsa Bondad,
entre mil preclaros dones,
el de prender corazones
en la red de la amistad;
yo me tengo á la verdad,
por tu más débil cautivo,
mas ah ! que en ello recibo
dicha tanta y tanto gozo,
que no sé si de alborozo
es que muero ó es que vivo.

Como al soplo de la brisa
corre la fuente sonora,
y á los besos de la aurora
se abre la flor indecisa,
á tu voz y á tu sonrisa
así despierta mi anhelo

de tender el raudo vuelo
y salvar la etérea cumbre
para encenderme en la lumbre
de los altares del cielo.

Por tí con belleza suma
hoy mi ilusión aparece,
cual ave que al alba ofrece
la tornasolada pluma;
y sin que el fuego consuma
de tu corazón amante,
bebo en delirio constante
la esencia de tu cariño
que infunde en mi sér de niño
inspiración de gigante.

Esencia que de los dos
en el alma se dilata
como raudal que desata
la mano del mismo Dios;
numen que del bien en pos
nuestro espíritu convierte;
virtud que en la misma suerte
tu sér y mi sér ha unido,
vencedora del olvido,
de la ausencia y de la muerte.

Madrid—1882.



CONTEMPLACION EN ESPIRITU

(1884)

Cuando en opresora calma
todo reposa en la tierra,
y con su dolor en guerra
gime solitaria el alma;
por reconquistar la palma
del amor y la ventura
traspongo la esfera obscura
que al espíritu aprisiona,
y me elevo hasta la zona
donde reina la hermosura.

De mi enardecido vuelo
los ímpetus avivando
voy en la dicha soñando
por los ámbitos del cielo;
y al rasgar el áureo velo
de una nube peregrina,
descubro verde colina

que en laureles se decora
y con rayos de la aurora
sus contornos ilumina.

Á su falda absorto miro
ninfas mil en blanda fiesta
al són de vibrante orquesta
danzar en revuelto giro;
y en apartado retiro,
que envuelven tenues fulgores,
al numen de los amores
regir, en galas cubierto,
aquel divino concierto
de luz, bellezas y flores.

De improviso en los senderos
que rodean la espesura
veo alzarse tu figura
como sol entre luceros:
los acordes lisonjeros
sigues en pompa galana,
y es tu paso el de sultana
que al eco del canto moro
mueve el coturno de oro
sobre alcatifas de grana.

Cercarte en rumor secreto
turba de amantes ensaya
como á las rosas de Acaya
las abejas del Himeto;
mas en el rubor inquieto
que tu mejilla arrebola,
te ocultas cual amapola

que del favonio lascivo
pliega al arrullo furtivo
la bien oliente corola.

Ya á oír los danzantes coros
van el melodioso invento
en que de Listz el acento
vibra en alambres sonoros:
Euterpe allí sus tesoros
guarda en creciente alegría,
y sólo el poder ansía
de tu conjuro elocuente
para inundar el ambiente
de celestial harmonía.

Sintiendo en ansias sublimes
el noble pecho abrasado,
sobre el ebúrneo teclado
la mano de rosa imprimes,
y cuando así te redimes
de las terrenas prisiones,
logras de arpegiados sones
poblar la atmósfera pura
y henchir en grata dulzura
los amantes corazones.

Mas no á las almas suspende
sólo el poder de tu mano
cuando el fuego soberano
del arte tu pecho enciende;
que el amor en gloria esplende
si al brillo de tus miradas,
ve cuántas dichas soñadas

entre las cadencias flotan,
que de tu garganta brotan
como perlas desatadas.

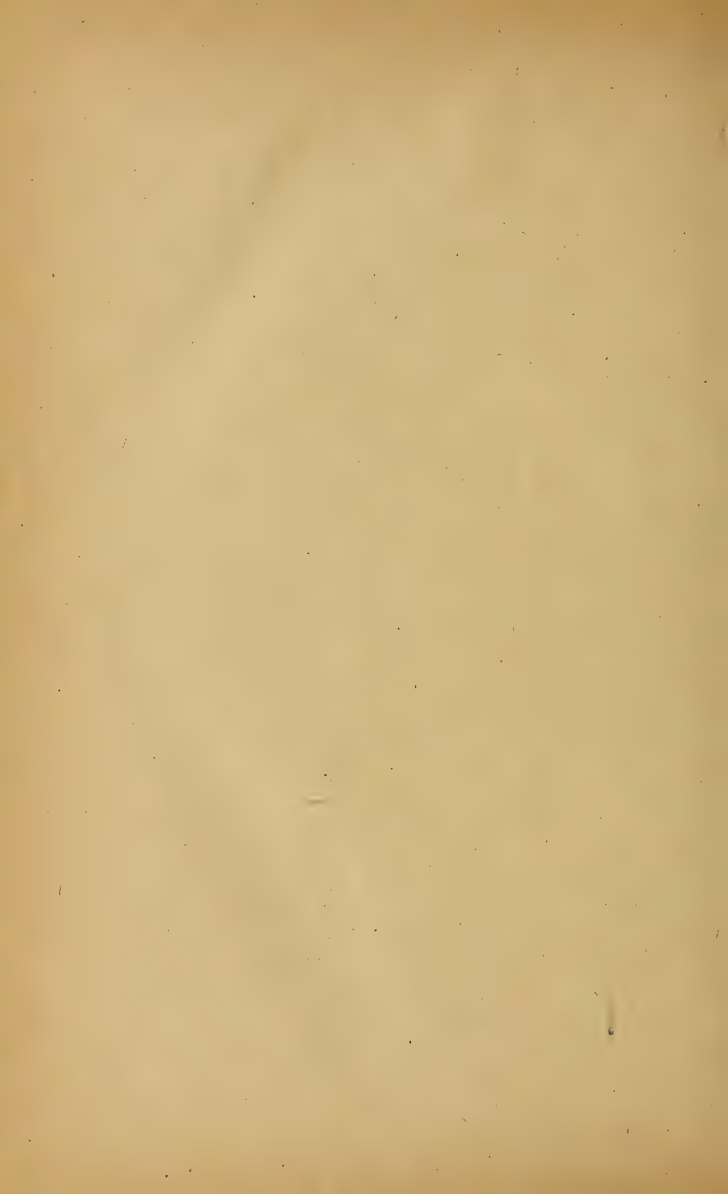
Ya tu canto es el halago
de Glauca en la azul marina,
ora el eco de la ondina
bajo la espuma del lago,
ya el suspiro incierto y vago
de Egeria en el arroyuelo;
y al sentirse en vivo anhelo
tu voz, que las penas calma,
van penetrando en el alma
las claridades del cielo.

¡ Cuán risueña la esperanza
por tí sus dones me ofrece !
¡ Qué rica en luz aparece
mi ilusión en lontananza !
¡ Cuál su brillo á darme alcanza
la aurora en nácar vestida !
¡ Cómo á gozar me convida
cuando sus tintas primeras
bañan las altas esferas
en el color de la vida !

Y ¡ cuánto alienta y palpita
mi pecho, libre de enojos,
hoy que contemplo en tus ojos
cielos de gloria infinita !
¡ Cómo la mente se agita
y en campos de amor se embebe
al ver que á brillar se atreve

el alba en tu faz hermosa
con el matiz de la rosa
sobre el cristal de la nieve !

Ay ! que si en afán altivo
quiero ensalzar tu hermosura,
sólo mi labio murmura
la plegaria del cautivo !
Mas cuando el fulgor recibo
de tus pupilas serenas,
en horas de dicha llenas
trueco mis hondos quebrantos
y bendigo tus encantos
al rumor de mis cadenas.





DECIMAS

Recitadas en una reunión de familia.

Cuenta griega tradición
que Diana en la noche umbría
el sueño á guardar venía
de su adorado Endimión;
mas ya ningún corazón
quiere ese ejemplo imitar,
y en vano hemos de aspirar
á que las Diosas de ahora
cual la antigua cazadora
nos vengan á enamorar.

Hoy para calmar un tanto
la viva llama en que ardemos
por fuerza pintar debemos
nuestro amoroso quebranto;
y á veces ni el crudo llanto,
ni el ¡ay! de nuestro dolor,
logran vencer el rigor

de algún pecho femenino
que niega el alto destino
á que obedece el amor.

Amor! principio fecundo,
fuente inexhausta de gloria,
luz que en perenne victoria
rasga el seno del profundo;
virtud que borra en el mundo
del mal las lívidas huellas;
numen que vierte querellas
llenas de dulce harmonía
á los reflejos del día
y al fulgor de las estrellas.

Él dilata á nuestros ojos
cielos de dicha brillantes,
y trueca en flores fragantes
de la vida los abrojos;
él los ardientes enojos
de nuestro espíritu calma,
y nos ofrece la palma
de la esperanza infinita
cuando la borrasca agita
los hondos senos del alma.

Él es brisa en los alcores,
blanca perla en el rocío,
cándida espuma en el río,
esencia en las gayas flores;
es bálsamo en los dolores,
talismán en la ventura,
lucero en la noche oscura,

laurel en la lid sangrienta,
sol de paz en la tormenta
y blasón en la hermosura.

Mas no á pregonar aspire
del amor la gloria suma
quien sumergido en la bruma
de las congojas suspire;
quien por doquiera que gire
la indagadora mirada
sólo columbre en la nada
su ilusión desvanecida,
y la estrella de su vida
tras las nubes eclipsada.

En vano al rumor del aura
querrá dilatar su acento
y bendecir el aliento
que á la natura restaura:
como Petrarca sin Laura,
cual Macías sin Elvira,
no logrará de su lira
despertar los áureos sones
ni recorrer las regiones
en que la mente se inspira.

Y yo, que jamás escondo
el amor con que batallo,
y en él más espinas hallo
cuanto más su ser ahondo;
yo de la vida en el fondo
encuentro que á Dios le plugo
castigarnos con el yugo

del amor, en cuyo nombre
se trueca en víctima el hombre
y la mujer en verdugo.

Mas en el grato momento
en que elevo entusiasmado
este cántico inspirado
por inmortal sentimiento;
en mi febril ardimiento
sueño que á ley tan tirana
no ha de rendir inhumana
nuestras amantes locuras
la cohorte de hermosuras
que este recinto engalana.

Por ello en ansia profunda
mi pecho á latir empieza
hoy que de tanta belleza
la majestad me circunda;
y en la esperanza que inunda
mi espíritu soñador
entono un himno en loor
de las que aquí congregadas
reconozcan, inspiradas,
los encantos del amor.

TRIBUTO DE ADMIRACION

A la inspirada cantora señorita María Caspers

Náyade esbelta que en el Peneo
la cabellera fuiste á mojar,
mitiga el ansia de mi deseo
dándome el ritmo de tu cantar.

Hoy es mi anhelo, calandria hermosa,
en dulces trovas á tí decir
cuanto el favonio dice á la rosa
que en primavera viene á lucir.

Entre los goces y las dulzuras
con que embelesas el corazón,
ante mis ojos te transfiguras
cual sér venido de otra región.

Hallo en tu canto, nota tras nota,
las remembranzas del Sumo Bien,
que en él parece que el cielo agota
las harmonías que dió al Edén.

Y ya preludies blandos rumores
ó el eco imites de undoso mar,
aves y fuentes, auras y flores,
al són despiertan de tu cantar.

Mas cuando logras la augusta palma
que da á sus hijos la inspiración,
es al mostrarnos tu voz el alma
con todo el fuego de la pasión.

Entonces robas al sentimiento
las vivas notas de la verdad,
y el duelo pintas en el acento
con que se anuncia la tempestad.

Ó luégo lloras de la fortuna
el no cansado fiero rigor,
en el arpegio con que á la luna
dice sus cuitas el ruiseñor.

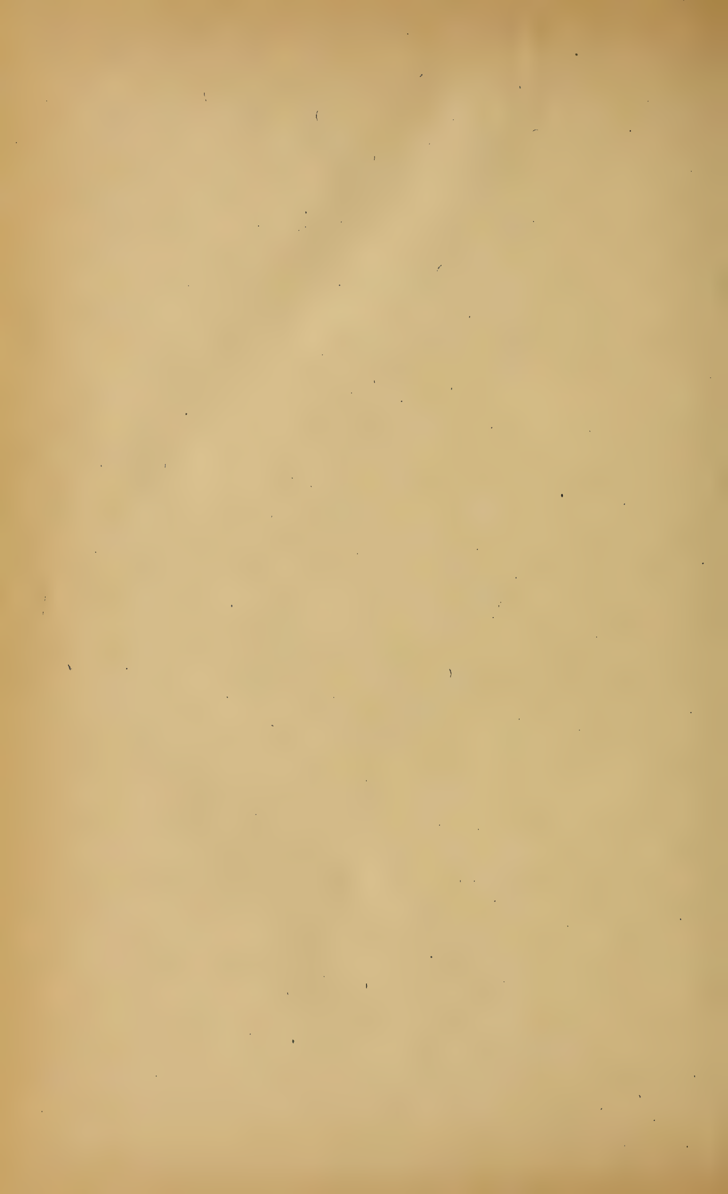
Si penas cantas de Margarita
que envuelto en sombras á Fausto ve,
descubro un alma que al eco grita
de otra que muerta mira su fe.

Y si el lamento sentido exhalas
que á su Manrique diera Leonor,
oigo en mi torno batir de alas,
trino de alondras y ecos de amor.

¿ Serás la Ninfa que Numa quiso
oir de Aricia cabe el raudal,
ó el bello Arcángel del paraíso
que entona el himno matutinal ?

¿ Maga ó sirena que al par que canta
mueve entre espumas el pie veloz,
numen que endechas de amor levanta
ó hurí que llora con flébil voz ?

No sé: mas ninfa, sirena ó maga,
náyade ó numen, ángel ó hurí,
miro á la Gloria que inquieta vaga,
regando flores, en torno á tí.





EPISTOLA

A mi querido amigo Felipe Tejera en la muerte de su madre

¿ Quis est dignus aperire librum, et solvere signacula ejus? [San Juan.—*Apocalipsis* V.]

Yo que la ley de la amistad bendigo
hoy á la voz de tu pesar acudo,
noble poeta, por llorar contigo.

En sombra envueltos y silencio mudo
los umbrales columbro de tu estancia,
y al traspasarlos desfallezco y dudo.

No exhala ya su mística fragancia
allí la flor del maternal cariño
que gloria fué de tu apacible infancia.

Y es tu dolor el que probé de niño
cuando en mi dulce hogar plantó la suerte
estas adelfas que á mi frente ciño,

cuando con llanto que aún el pecho vierte
ví caer á la madre de mi vida
en el lóbrego abismo de la muerte.

¡Cómo el alma, de horror sobrecogida,
contempla el suyo en tu doliente anhelo
y renovarse ve su propia herida!

Así el llanto al mirar de amargo duelo
que en larga vena tu mejilla inunda,
voz no puedo brindarte de consuelo;

que sin que el alma en el dolor se hunda
no reviven del seno del pasado
recuerdos tristes que el amor fecunda.

Llora, sí, trovador desventurado,
y en rama de ciprés trueca el que brilla
sobre tu frente lauro consagrado.

En vano de ese féretro á la orilla,
como el titán del Cáucaso, procura
domar tu sér el peso que lo humilla.

Y en tanto que la hiel tu labio apura,
insensible á tu mal naturaleza
se abisma en el placer y la hermosura.

De nuevo el campo á engalanarse empieza,
y en el valle, la loma y la montaña
es todo luz y encantos y belleza.

El alba en perlas el follaje baña,
y ni leve cendal de blanca nube
el claro azul del firmamento empaña.

Olor de vida por los aires sube,
y el céfiro acaricia la pradera
como el ala invisible de un querube.

Y á par que el sol en el espacio impera,
su verde manto, recamado en flores,
se ciñe la orgullosa Primavera;

mientras en suelta banda de colores
las aves cruzan el confín lejano
mintiendo prismas y entonando amores.

¡Oh de la vida impenetrable arcano!
sol y tinieblas, gozo y pesadumbre,
lago tranquilo y férvido oceano!

Y ¿quién tocar podrá la excelsa cumbre
donde el enigma se descubre á el alma
entre raudales de divina lumbre?

¡Ay! sólo es dado conquistar la palma
del eterno saber, á quien traspone
de los sepulcros la temida calma.

Su imperio en vano la razón impone
si de ella al par el Genio de la duda
con manto de tinieblas se interpone.

Edipo muerto está, la Esfinge muda,
y no ha de abrir sus puertas el santuario
donde el misterio á la Verdad escuda;

mas alumbra en el templo solitario
la de infinito bien luz encendida
en las ásperas cimas del Calvario;

la que daja de gozo el alma henchida;
por la que dió, de su ternura en prenda,
el Mártir de los mártires la vida.

Ella, del alma que en su amor se encienda,
el llanto hará purísimo tributo,
gloria el martirio y la plegaria ofrenda;

como en tus horas de orfandad y luto
dará á la pena en que tu sér se agita
de almo consuelo el suspirado fruto.

Que aún en las almas que el dolor marchita
hay anhelos y encantos y memorias,
do en puro germen la ilusión palpita.

No son imagen de mentidas glorias,
ni se deshacen en la mente inquieta
cual visiones de un sueño transitorias;

y allí levantan su mansión secreta
como suelen, en páramo aterido,
de algún peñasco en la musgosa grieta
formar las aves su caliente nido.

VESTIDA DE BLANCO

Hoy que tu regia hermosura
se envuelve en cándidas blondas,
y en red de airosos encajes
el leve talle aprisionas,
creo en mi loco delirio
ver á la ciprina Diosa
saliendo de las espumas
de la mar undisonora;
y á mis ojos te presentas
tan sutil y vaporosa
cual la nube que en los aires
lentamente se remonta:
nube que al sol se dilata,
como esperanza ilusoria,
para desgajarse luégo
en hilos de blanco aljófar.
Ah ! opreso por la duda
temo en mis dolientes horas
ver así, deshecha en llanto,
la ilusión que me lisonja.

Mas al fulgor con que brilla
tu mirada candorosa
y á los melifluos acentos
que palpitan en tu boca,
mi espíritu se despierta
con el ansia abrasadora
de tender las vivas alas
por los cielos de la Gloria.
Al tocar la excelsa cumbre
donde los genios reposan,
ámbitos sin fin abarca
mi pupila indagadora;
y al seguir la mente el giro
de la esfera luminosa,
mares suprime y compendia,
espacios y edades corta,
y en medio á la ardiente lucha
en que el alma se acrisola
descubre al Amor, bañado
por la luz de la victoria.
Es él allí quien al fuego
del afán que le devora
siega la palma del triunfo
y en lauros la frente adorna.
Deja, sol de mi alegría,
que le arranque esa corona
y en ofrenda á la Hermosura
sobre tus sienes la ponga.
Sí, que nunca del Oriente
la fantasía pomposa
pudo ver en sus delirios

los encantos que atesoras;
ni en la griega poesía
tanta gentileza cobran
las Ninfas que del Ilisso
se miraban en las ondas.
Y hora que en albos caireles
el alto justillo exornas
y de visos ondulantes
la falda inquieta festonas;
cuando en tu rostro se admira
la belleza de la aurora,
y el esplendor de los cielos
á tus pupilas asoma,
figúrome al contemplarte
que el alma á tu lado goza
frescuras de un paraíso
donde la inocencia mora.
Mas si del flotante velo
la nívea frente despojas
y vas con la grácil planta
rozando la muelle alfombra,
en mi entusiasmo te veo
como á la nítida rosa
que á los arrullos del alba
mueve las volubles hojas.
Ay ! es entonces que anhelo
hallar en mi lira notas
dignas de aquel que de Laura
los atractivos blasona;
y en vano, en vano, que al iris
nunca sus colores roba

el sér que la tierra cruza
envuelto en opacas sombras;
ni jamás de la Belleza
entonar el himno logra
quien con los genios no habita
bajo el dosel de la Gloria.



LA OFRENDA DE LAS ARTES

Versos escritos para servir de introducción al album de la señora Mercedes de la Plaza

---

Ya el beso del alba palpita en las flores,
ya pliega la sombra su negro capuz,
los aires se inundan en vivos colores
y su áureo torrente desata la luz.

Celeste cohorte que lléna el espacio
con canto en que vibra la voz del placer,
los ámbitos puebla del rico palacio
do plugo á la Dicha fijar su poder.

Batiendo las alas, el céfiro empieza
deleite y frescura gozoso á brindar,
y aroma de gracias y olor de belleza
parece la dulce morada exhalar.

Acordes resuenan las arpas de oro
que pulsan los genios amantes del bien,
y enciende en las almas el eco sonoro
felices memorias del bíblico Edén.

De pronto se rasga la tenue cortina
que guarda del templo la gloria inmortal,
y surge á mis ojos visión peregrina
envuelta en un manto de luz ideal.

Tras valla que forman tapices de grana
sus galas extiende pomposo verjel,
do al borde se miran de alegre fontana
laureles y mirtos tejer un dosel.

Y allí, sobre rosas que ufanas y ledas
despliegan sus hojas de vario matiz,
en trono levantas de pórfido y sedas
la frente, señora, con ansia feliz.

Jamás en la orilla del blando Permeso
mostraron las Musas mayor majestad,
ni en más gallardía se irguieron al beso
del sol de la Siria las palmas de Accad.

Yo juzgo al mirarte que oprime tu falda
de Venus el grácil gentil ceñidor,
que el *pêplum* Minerva te prende á la espalda
y Psiquis te infunde sus sueños de amor.

Mas hoy que tu mano mil dones reparte
y en júbilo henchido los ámbitos ves,
permite que logren los hijos del arte
glorioso tributo rendir á tus pies.

En grata harmonía dará sus loores
el sér que á la nota consigue prestar
ya el leve susurro del aura en las flores,
ya el hondo bramido del túmido mar.

Y luégo á ofrecerte vendrá su homenaje
quien hurta del iris el bello arrebol,
y en mágicos lienzos anima el paisaje
que pinta en las nubes el rayo del sol.

Yo en eco sentido mis dulces canciones
dejar en tu alcázar quisiera también,
mas ah! que no vengo de aquellas regiones
do el genio se ciñe de lauros la sien.

Hoy sólo en sus sueños el bardo ambiciona
poner á tus plantas su débil laúd,
al verte ostentando la regia corona
de amor y belleza, de gloria y virtud.

Que nunca en la orilla del blando Permeso
mostraron las Musas mayor majestad,
ni en más gallardía se irguieron al beso
del sol de la Siria las palmas de Accad.

Y pienso al mirarte que Venus tu falda
ajusta en su grácil gentil ceñidor,
que el *péplum* Minerva te prende á la espalda
y Psiquis te infunde sus sueños de amor.





¡EHEU VITA FUGAX!

Ay! cuánto de congoja,
cuánto lleva de afán á el alma herida
el verse marchitar, hoja tras hoja,
los renuevos del arbol de la vida!

Y ¡cuál desgarra el pecho
contemplar de la muerte bajo el ala,
como despojo de huracán deshecho,
la flor que aromas de virtud exhala....!

Radiante de alegría
ayer brillaba la feliz matrona
y entre goces y halagos se ceñía
de esposa y madre la gentil corona.

Hoy, bajo amargo duelo,
el trono de sus íntimos amores
muestra por galas enlutado velo
y por alfombra deshojadas flores.

Guarda el recinto amado
recuerdos solo de cariño intenso,
como guarda el turíbulo sagrado
el casto aroma del quemado incienso.

Todo á su fin camina:
la dicha pasa cual ligera bruma,
cual flor se extingue la ilusión divina,
muere la gloria cual liviana espuma.

Y en su febril deseo
el alma boga por revueltos mares
buscando, como el mísero Odiseo,
la blanca luz de los nativos lares.

¿En dónde, en dónde brilla
del puro bien la apetecida palma?
¿Cuándo, Señor, la suspirada orilla
habrá de vér en su naufragio el alma?

¿Será que siempre el hombre
mire, Señor, al Numen de la muerte,
de tu justicia ó de tu ley en nombre,
al sér feliz por víctima ofrecerte?

Sí, mas la ruda prueba
jamás el alma sufre solitaria
cuando á los cielos su aflicción eleva
en las alas de luz de la plegaria.

En medio á tanto anhelo
entonces mira entre irisada nube,
que el ósculo se cambian del consuelo
la fe que baja y el dolor que sube.

Y al par que así suspende
su llanto el pecho y la quietud alcanza,
sobre la tierra con amor desciende
el Angel tutelar de la esperanza.

A UNA CUBANA

(Inédita.)

La más sentida de sus canciones
aquí mi musa quiere ofrecer
á quien subyuga los corazones
con los encantos de su poder.

Y como nada la mente inquieta
como el halago de una ilusión,
el alma al punto siente el poeta
volar, ya lejos de su prisión.

Que al ver, señora, los mil favores
que grato el Cielo prodiga en tí,
juzgo encontrarme cogiendo flores
en las riberas del Yumurí.

El sol de Cuba puso en tus ojos
brillo de aurora, luz tropical,
y al mar Caribe tus labios rojos
hurtar supieron fino coral.

Hada pareces si brindas calma,
cisne si mueves los albos pies,
si el talle agitas airosa palma,
ángel si ríes, diosa si ves.

Al noble esposo, de amor henchida,
por siempre ofreces dicha sin par,
y es á tu lado dulce su vida
como la esencia del colmenar.

Al sentimiento prestas aroma,
como la aurora brillo al verjel,
cuando sincero cariño asoma
á tus palabras, que son de miel.

Pienso al mirarte que la fortuna
ciñe á tu cuerpo rico cendal,
hecho del rayo con que la luna
las aguas pinta del manantial.

Y ya que tanto tus atractivos
hablan de dones en la mujer,
nunca mis bellos lares nativos
por tí olvidados quisiera ver.



TRIUNFO POR IGUAL

EN EL ALBUM DE LUISA

(Inédito.)

Queriendo reinar en calma
cada cual sobre la tierra
moviéronse un día guerra
la luz, las flores y el alma.

De su ambición la primera
los nobles títulos funda
en el raudal con que inunda
de vida la azul esfera.

Ansiando vencer, las flores
recuerdan con arrogancia
lo puro de su fragancia
lo bello de sus colores.

Mientras por lograr la palma
de aquella contienda loca,
llena de altivez invoca
sus atributos el alma.

Mas, como en vano ofrecía
la Justicia su balanza,
perdíase la esperanza
de terminar la porfía.

De pronto gentil querube,
aires surcando resuelto,
desciende á la lid, envuelto
en el cendal de una nube;

y dice:–el Sumo Poder,
por templar vuestras pasiones,
desde hoy vuestros altos dones
quiere juntar en un sér.—

Absortos á su presencia
quédanse los lidiadores
y deponen sus rencores
en aras de la obediencia....

Y al punto se ve sumisa
á la reina de las flores
lucir sus bellos colores
en el semblante de Luisa;

y en radiosa majestad
la luz, mostrándose luégo,
dar á sus pupilas fuego
y á su frente claridad.

Después.... á belleza tanta
el alma se rinde ansiosa
y en tu sér, niña preciosa,
su regio trono levanta.

Y es fama que desde allí
todo el que admirar procura
Genio, Virtud y Hermosura
unidos los halla en tí;

pues refleja los favores
de la luz, tu inteligencia,
los del alma, tu inocencia,
y tu faz, los de las flores,





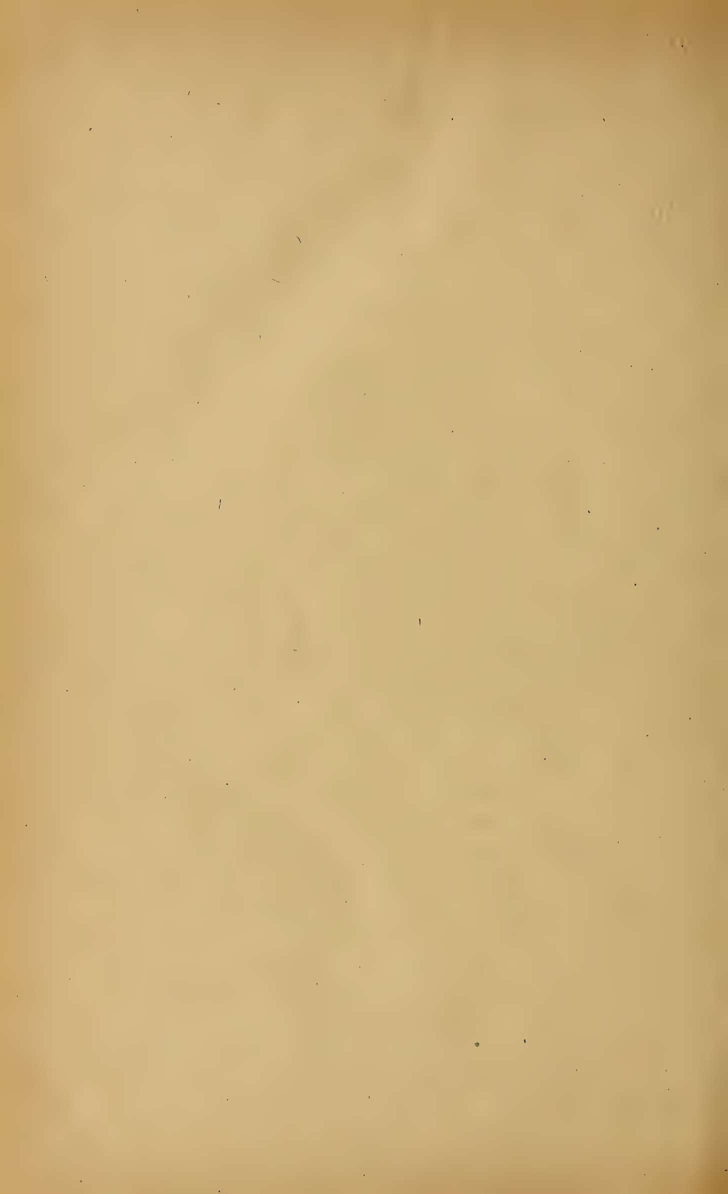
LA INSPIRACION DEL POETA

Fijo en su trono de radiante lumbre
anima el sol la inmensidad del cielo,
lanza sus rayos al dormido suelo
y despierta la humana muchedumbre.

El águila caudal desde ardua cumbre,
emprende altiva el poderoso vuelo,
arrebatada por su ardiente anhelo
de sorprender la célica techumbre.

Del vate así la inspiración sublime
con rayo vivo y vuelo soberano
desgarra sombras, ámbitos suprime,

y arranca al porvenir su negro arcano:
que en la mente del Vate Dios imprime
el signo más augusto de su mano.





LLORA

A mi querido amigo Mortimer Ricardo.

De ameno pensil cultor
feliz ayer te mostrabas,
y entre goces contemplabas
los arbustos de tu amor;—
mas quiso cierzo traidor
tronchar la flor bendecida
que sobre su tallo erguida,
con aromas de consuelo,
trocaba en horas de cielo
los instantes de tu vida.

Y ya que tu sér no advierte,
de la flor que fué tu gloria,
más que una triste memoria
que es el culto de la muerte,
lágrimas de luto vierte
de tu pena en el rigor,
que en la tierra, si el amor
en el recuerdo se funda,
es planta que se fecunda
con el llanto del dolor.





CERTAMEN APOLINEO

En el álbum de la distinguida poetisa venezolana Polita J. De Lima

Bajo un cielo que reparte
de bienes rico tesoro,
su alcázar de luz y oro
hoy abre el Numen del Arte.

Él de las Musas dispone
premiar en aquel proscenio,
á la que acendrar su ingenio
en noble lid ambicione.

Ya el galardón se divisa
de mirto y laurel formado,
á la guarda encomendado
de austera sacerdotisa.

Del dios al vivo deseo
acude pronta la Fama,
y en áureo clarín proclama
la calidad del torneo.

Á sus voces vibradoras
se agita el inmenso radio,
y van llegando al estadio
las nobles competidoras.

Ya la portada traspasan
y de la mansión se adueñan,
diosas que en la Gloria sueñan
y en noble anhelo se abrasan.

Unas con gracia y donaire
de gozo el eco enajenan,
al par que las otras llenan
de tristes notas el aire.

Y ante el Numen, entre tanto,
con el mismo afán deliran,
que todas, todas suspiran
por lograr la prez del canto.

Con la mirada indecisa
su fallo el Numen retarda
y el premio en las manos guarda
de la fiel sacerdotisa......

De improviso resplandece
con más fulgor la techumbre,
y compacta muchedumbre
tras el pórtico aparece.

La voz del heraldo truena,
y al repercutir sonora
de una nueva justadora
la entrada anuncia en la escena.

De ella en pos van las Virtudes
cantando sus altos dones,
á los acordados sones
de cítaras y laúdes;

y síguenla en grácil paso,
de entusiasmo enardecidas,
las Náyades castalidas,
con guirnaldas del Parnaso.

Canta del Numen la Gloria,
y al dar su voz al espacio
todo en el regio palacio
es anuncio de victoria.

Y al par que el ámbito hienden
los himnos que al Arte ensalzan,
nubes de incienso se alzan
y rayos de luz descienden.

Ninfas mil, engalanadas
de rosas y terebinto,
iluminan el recinto
con el sol de sus miradas.

Y porque asombre el ejemplo
que ofrecen Musas y flores,
ya todo el viento es olores
y todo hermosura el templo.

Ella ante el dios, como en prenda
de amor, se abate sumisa,
y la fiel sacerdotisa
le rinde la noble ofrenda......

Mas al conquistar la palma
del Ingenio y de la Gloria,
busca en su misma victoria
otros triunfos á su alma.

Y con patrio ardor anhela
de inspiración nuevo fruto,
para ofrecerlo, en tributo
de su amor, á Venezuela.

1894.

A NINI MAURI

Bien recordarás Niní,
que avecilla grácil eras,
de apenas dos primaveras,
cuando te mostraste á mí.
Después desplegar te ví
alas de ángel y mujer,
y entonces pudo mi sér,
con fe casi paternal,
de tu espíritu ideal
las virtudes comprender.

Lo de *paternal* lo incluyo
porque, según me parece,
la luz que mi hogar te ofrece
no es extraña á la del tuyo.
De tal bien, á lo que arguyo,
viene á ser móvil primero,
el cariño verdadero
que á tu padre rindo ufano,
tanto á título de hermano
como á fuer de caballero.

Él, que es tu gloria y tu egida,
te brinda, á par de su amor,
el ejemplo y el calor
de la reina de su vida.
En los dos por siempre unida
verás la dicha al consuelo,
y á su lado, en cada anhelo,
obtendrás segura calma,
porque ellos son á tu alma
lo que es el iris al cielo.

Caracas: 15 de junio de 1902.



A la señorita María Tello Martínez

Arbol que hirió la tormenta,
ya no suenan en mis hojas
sino las tristes congojas
del aura que se lamenta.

Y así mi ambición intenta
flores vivas tributarte;
ó una guinalda formarte
tan digna de tu hermosura,
como el laurel que fulgura
sobre las cimas del Arte.

Mas ya que por triste el alma
tal gloria en vano pretende,
deja que mi fe te ofrende
de la ventura la palma.

Lago de celeste calma
por siempre tu vida sea,
y cuando el mundo te vea
ceñir el nimbo de diosa,
reines cual reina la rosa
que los pensiles recrea.

Caracas: 12 de abril de 1903.





A LOLA PACHANO

La inmortal Naturaleza
cada vez que un tipo forja,
para probar sus hechuras
á noble lid las provoca.

Abre el palenque, y al punto
cada sér sus armas cobra,
unos por guarda ó defensa,
otros por timbre ó por gloria.

Los dardos del sol, la nube
como terso escudo embota,
y á los ímpetus del viento
es firme adarga la roca.

Si con ansias de dominio
hinchan su seno las olas,
tiéndese altiva la playa
y el recio paso les corta.

En los verjeles se yerguen
sobre el tallo las corolas,
siempre de trocar seguras
la hostilidad en lisonja.

Mas el rey de los pensiles,
algo ávaro de sus joyas,
no consiente que en la lucha
su dominio arriesguen todas;

y así escondidas á veces
se miran bajo las frondas,
las hermanas del rocío,
las dilectas de la aurora.

¿Por qué á la lidia no vienen
las violetas y las rosas!
á cautivar voluntades
con la prez de la victoria?

No lo sé; mas del enigma
en tu sér, acaso, Lola,
halle mi mente la clave
libre de dudas y sombras.

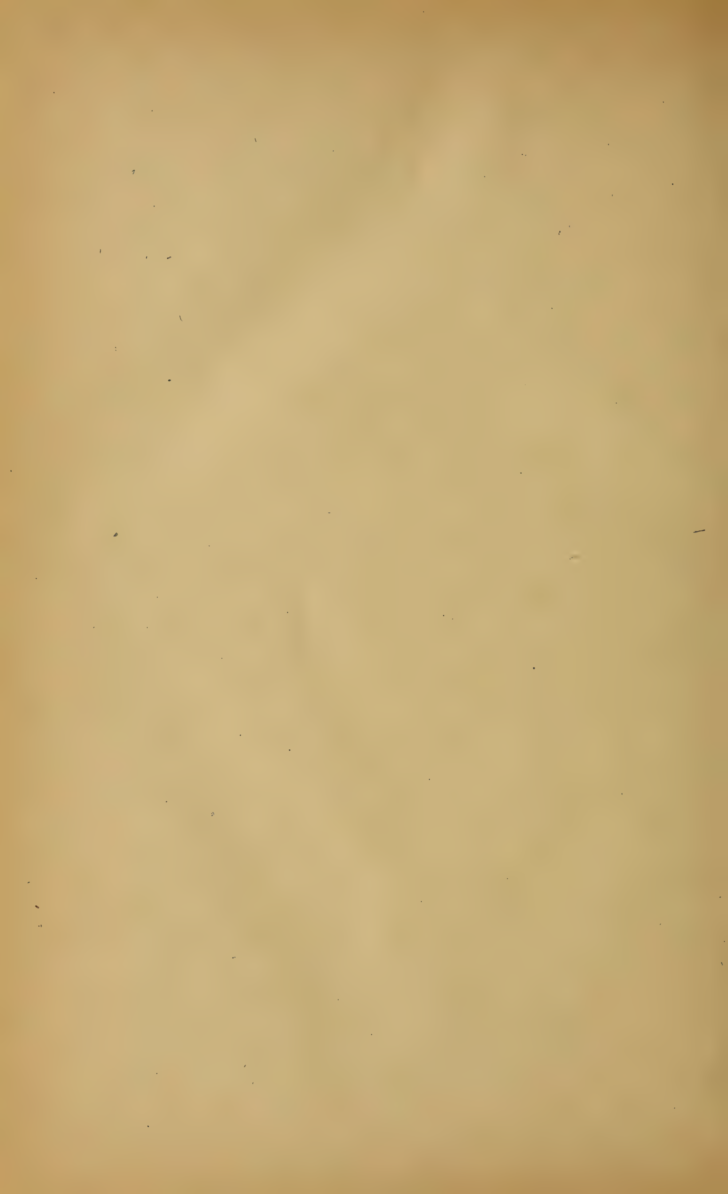
La *violeta* simboliza
cuanto en el pecho atesoras,
y es la *rosa* emblema puro
de las gracias que te adornan.

Y como á mejor presea
mayor avaricia toca,
cual tú los dones del alma
guardan ellas sus aromas.

Si sobre tal harmonía
por ventura me interrogas,
á tus propios atributos
diré que por mí respondan;

que al ver cuán noble semblanza
tu sér y esas flores forman,
dudo decirte *violeta*
ó si proclamarte *rosa*.

Setiembre, 1901.





REMINISCENCIA

(Inédita.)

Para la distinguida señorita Ana Teresa Hurtado-Machado

(En su album)

Cierta mañana de primavera
algo á una fuente le oí clamar
y de la pura linfa parlera
quise las penas adivinar.

Pude al instante ver que su anhelo,
el que causaba su frenesí,
era del todo copiar el cielo,
y no un pedazo como hasta allí.

Vana quimera me parecía
sus poderosas ansias calmar,
y ella sin tregua llanto vertía,
prenda constante de su pesar.

Crujir de pronto sentí el ramaje,
torné los ojos y al punto ví
vagar alegre por el boscaje
una figura como de hurí.

La sien le ornaban nardos y rosas,
luz de alabastro daba su tez,
y era un conjunto de las tres diosas
á quienes Páris sirvió de juez.

Mover hacía la falda leve
sobre las blandas hierbas en flor,
y al par la grácil planta de nieve
formaba en ellas grato rumor.

Presto á la fuente, mil palpitantes
vívidas gotas saltar miré,
cual si quisiera de albos diamantes
tender alfombra para su pie.

Y al acercarse la hermosa ninfa,
como atraída por la ilusión,
bullir de gozo sentí la linfa,
por ver cumplida ya su ambición.

Sólo quedaron en mi memoria
de aquella maga y aquel raudal,
ténues recuerdos, como ilusoria
luz de un celaje primaveral.

Mas de este libro tras la portada
reproducida la escena ví,
cuando de flores engalanada
miré la imagen de aquella hurí. (*)

17 de octubre de 1902.

(*) El retrato de la señorita Hurtado-Machado.



DUALIDAD

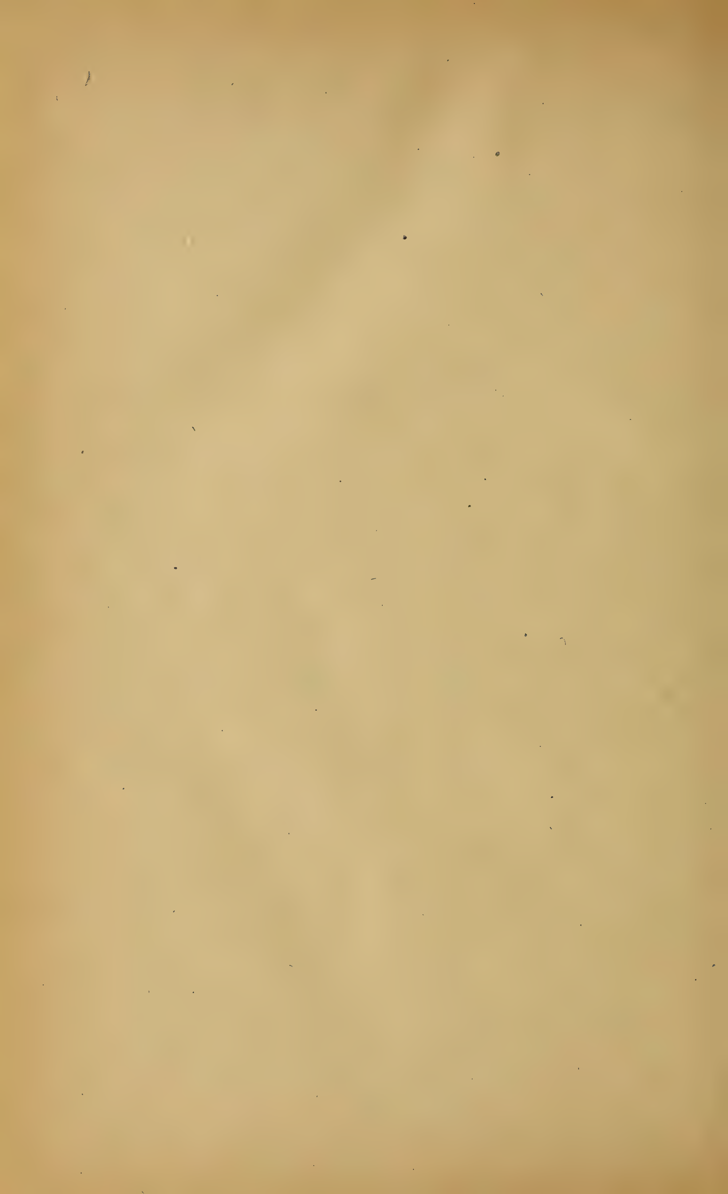
A la señorita Ana Lucila Navarrete

Es tan limpia y serena
la claridad que irradia en tu pupila,
tanto á el alma enajena
el ritmo dulce de tu voz, Lucila;

hay tal pudor y encanto
en la mística albura de tu frente,
muestran hechizo tanto
tus ensueños de virgen inocente,

que en tu sér de hermosura soberana
descubro ó adivino,
un presente del cielo en forma humana,
y algo del mundo con fulgor divino.

29 de setiembre de 1901.



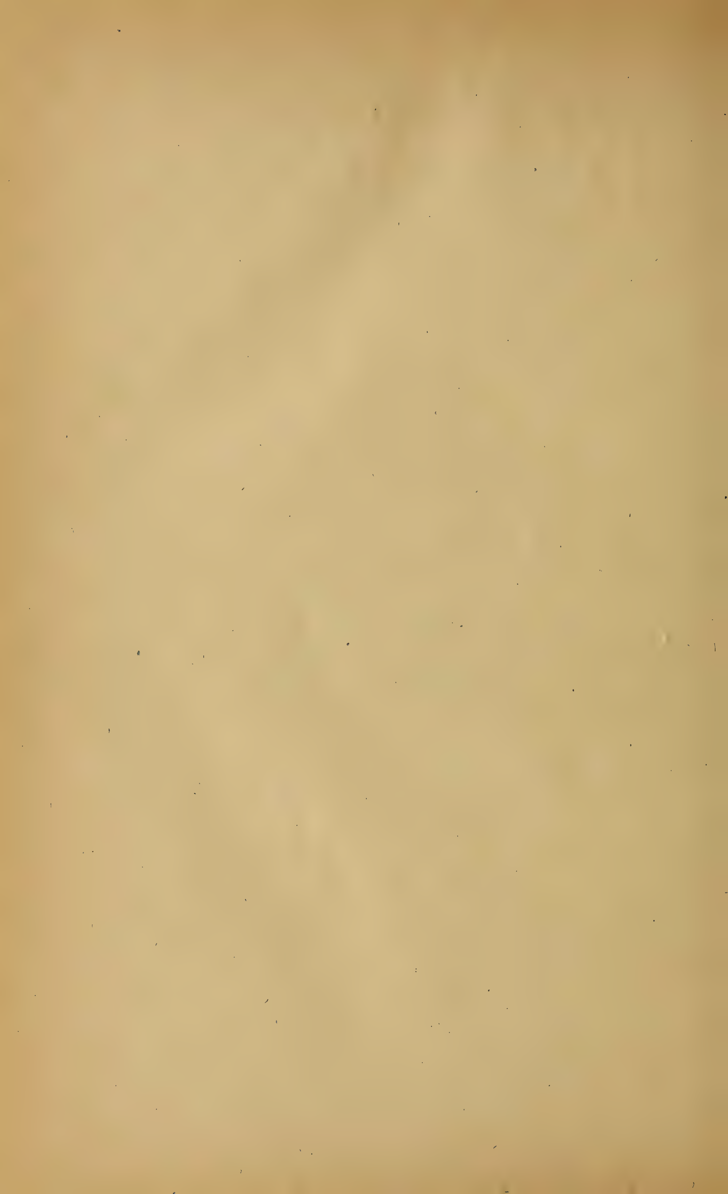


A la señorita Emilia Castillo

Cuando los genios del Guaire
cantan tu magia hechicera,
también yo decir quisiera
tus gracias y tu donaire;
más ni són me presta el aire
ni el verjel me da colores,
que al pedirles sus favores
sólo acuden á mi acento,
con tristes ayes el viento
y con lágrimas las flores.

Entró la muerte en mi hogar
y allí una flor me robó;
así no esperes que yo
llegue tu gloria á cantar.
Si mi sér pudiera dar
alguna tregua á su duelo,
tal vez con ferviente anhelo
tus encantos celebrára,
cual náufrago que se pára
á mirar un punto el Cielo.

5 de abril 1903.





MAGIA

De un bardo la historia oí
que halló luz, ya anciano y ciego,
en las pupilas de fuego
de una maga ó de una Hurí.
Nunca al hecho concedí,
por incierto, gran valor,
mas al ver cuánto dolor
la luz de tus ojos calma,
juzga posible mi alma
la historia del trovador.

1899.



EN UN ÁLBUM

Sobre el luciente papiro
del álbum que hoy me presentas,
los regios dones que ostentas
en vano á mostrar aspiro;
que si á pintar cuanto admiro
fuera en tan alto modelo,
necesitara en mi anhelo,
robar belleza á las flores,
pedir al iris colores
y hurtar encantos al cielo.

1885.





En un álbum

Cuando el altivo pensamiento explora
del alma las inmensas soledades,
encuentra sombras, de apacible aurora
cielo tranquilo, y negras tempestades.

Que allí del bien el resplandor divino,
con las tinieblas del pecado en guerra,
pugna por arrancarnos el mezquino
poder de las pasiones de la tierra.

Feliz aquel que con valor emprende
la tremenda batalla de la vida,
y contra el mal su espíritu defiende
de la virtud con la potente egida.

Ella embota los dardos del delito,
logra en la lid la victoriosa palma,
y reproduce el penetrante grito
que lanza la conciencia sobre el alma.

Tu niña que del piélago mundano
vas recorriendo la región serena,
sin escuchar el huracán insano
de duelo y llanto que en su fondo truena.

Toma la luz de la virtud por guía,
que á sus destellos la mirada advierte
rayar el alba del eterno día
tras la noche profunda de la muerte.

EN UN ALBUM

En la risueña infancia,
cediendo el alma á inspiración divina,
por un vergel de mística fragancia
nuestros débiles pasos encamina.

Y allí descuella sola
por su pureza y mágica hermosura,
una flor que en la cándida corola
guarda un tesoro de inmortal ventura.

Es la virtud su esencia:
el pecho llena de ambición sublime:
y borra en el cristal de la conciencia
la mancha impura que el pecado imprime.

Ay! si el mortal consume,
ante el ara que el crimen le señala,
el celestial vivífico perfume
que esa flor de sus pétalos exhala!

¡Ay si al mirar la vida
que traspone las brumas de occidente,
contempla el alma su virtud perdida
del mundano placer en la corriente!

Y ¡cuánta luz asoma
á la faz del mortal que el cuerpo inerte
de la pureza con el rico aroma
logra llevar al seno de la muerte!

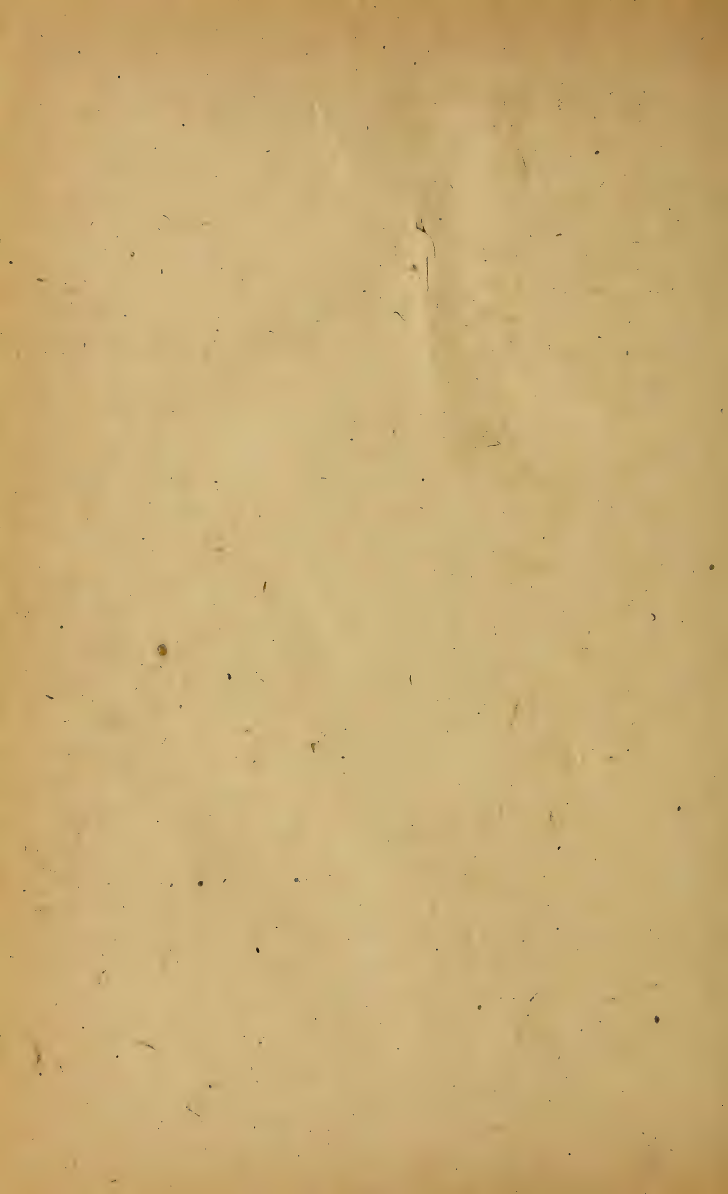
1878.

DOS CULTOS

A la señora Josefa Vivero de González.

Esposa, alzaste un altar
en tu pecho á la memoria
del sér que formó tu gloria
bajo el cielo del hogar;
y dominada á la par
por entusiasmo ferviente,
culto erigiste en tu mente
al Alcides Colombiano,
que sostuvo con su mano
la mitad de un continente.

Así dos recuerdos son
prez y amor de tu existencia:
del uno es tu inteligencia,
del otro tu corazón:
y al almirar la razón
tan sublime dualidad,
ve patente la verdad
de que á Dios le plugo hacer
del alma de la mujer
la luz de la Humanidad.





HALLAZGO

Supe de una flor gentil,
que en su sér y en su figura,
ostentaba la hermosura
de todas las del pensil.

Que guardaba, se decía,
de varias rosas la esencia,
y mostraba su presencia
del clavel la gallardía.

Daba su tallo admirable
de envidia al jazmín congojas,
y era el color de sus hojas,
por lo divino inefable.

Ensalzábanse los dones
de aquella flor hechicera
cual si en el verjel viviera
cautivando corazones.

Y al oír tanto embeleso,
yo de la verdad dudaba,
ó nacida la juzgaba
de un delirio en el exceso.

Mas por hidalgo favor
pude estas páginas ver,
y en la primera leer
la verdad de aquella flor.

29 de setiembre de 1931.

TU Y YO

Tu eres la rosa que al sol exhala
el de su seno fragante olor,
y yo el favonio que tiende el ala
para arrullarte lleno de amor.

Tu eres la fuente que va halagando
nardos y lirios en el pensil,
y yo el arbusto, que al beso blando
de tu corriente, se alza gentil.

Tu eres la nota que en áurea lira
suena al conjuro de la pasión,
y yo en los aires voz que suspira
cuando dilatas tu vibración.

Boguemos siempre, mujer divina,
por los espacios de lo ideal,
donde entre dichas el sér camina
como entre flores el manantial.

Juntemos niña, nuestras dos almas,
contra la humana desilusión,
como en el bosque se unen las palmas
para librarse del aquilón.

Soy como el ave que bebe ansiosa
de los espacios la inmensidad,
hallar queriendo la casta esposa
que dulcifique su soledad.

Y tu desoyes la voz amante
del que te adora con frenesí,
del que la vida prosigue errante
sin que olvidarse pueda de tí.

Dame la dicha, sol de mi cielo,
y en el instante de nuestra unión,
la gloria mía será tu anhelo
cual hoy es tuyo mi corazón.

1884.

A UNA ROSA

(Improvisación)

Rosa nacida al cuidado
del ángel de mis amores,
entre las fragantes flores
el más perfecto dechado;

dime, oh flor, si en ansia loca,
ella, al nacer la mañana,
en tu corola lozana
deja un beso de su boca.

Dime si en la quieta calma
de la noche silenciosa,
viene á contarse afanosa
los secretos de su alma.

Y dime, si alguna vez,
cuando jura que me adora,
la voz del amor colora
su nevada palidez.

Dime si su mano pura,
al tocar tus fibras rojas,
puso en tus débiles hojas
el signo de la hermosura;

que entonces yo quiero, flor,
en entusiasmo deshecho,
llevarte sobre mi pecho
como símbolo de amor.

De ese amor que el alma herida
siente que en luz se desata,
amor que á veces nos mata
y á veces nos dá la vida.

Amor que su encanto vierte
sobre el pecho acongojado,
y salva, en gloria bañado,
los abismos de la muerte.

Ven pues, oh flor, y en unión
de este pobre pecho herido,
quédate oyendo el latido
de mi enfermo corazón.

1884,



A MI AMADA

Soneto humorístico de consonantes obligados (1)

Á la sombra tendido de un *chaparro*
quedé sintiendo del amor el *hipo*,
cuando admiré, mujer, tu hermoso *tipo*
vaso de alma virtud, murino *tarro*.

Cual la que escancia en el Olimpo el *jarro*
eres de gentileza *prototipo*
tierna, como la Antígona de *Edipo*,
dulce, cual mosto del lagar navarro.

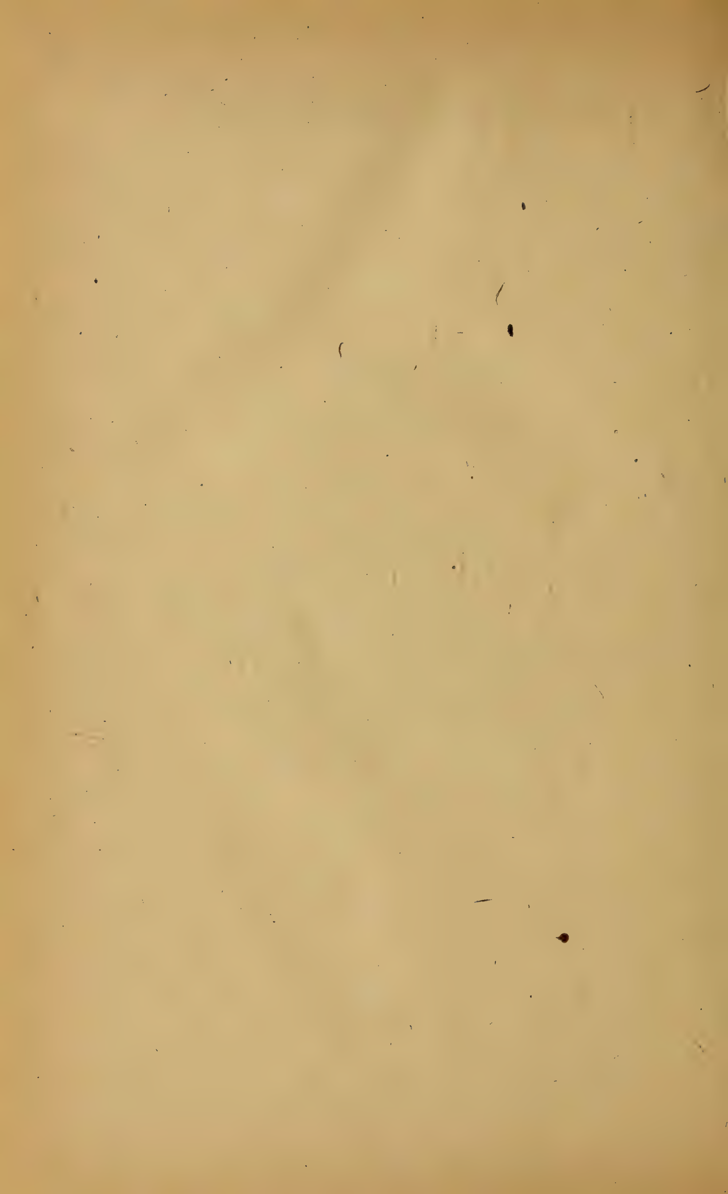
Por sólo dar un beso en tu *chancleta*,
te sustrajera del humano *coro*,
en el que todo amante es un *veleta*,

y te pondría en el alcázar *moro*,
donde es de albo marfil cada *vigueta*,
y cada piedra artístico *tesoro*.

1886.

---

(1) Dieron las rimas los señores Doctor J. A. Calcaño y General Silva Gandolphi.



A MI ESPOSA

Soneto de rimas obligadas, escrito en una reunión de familia.

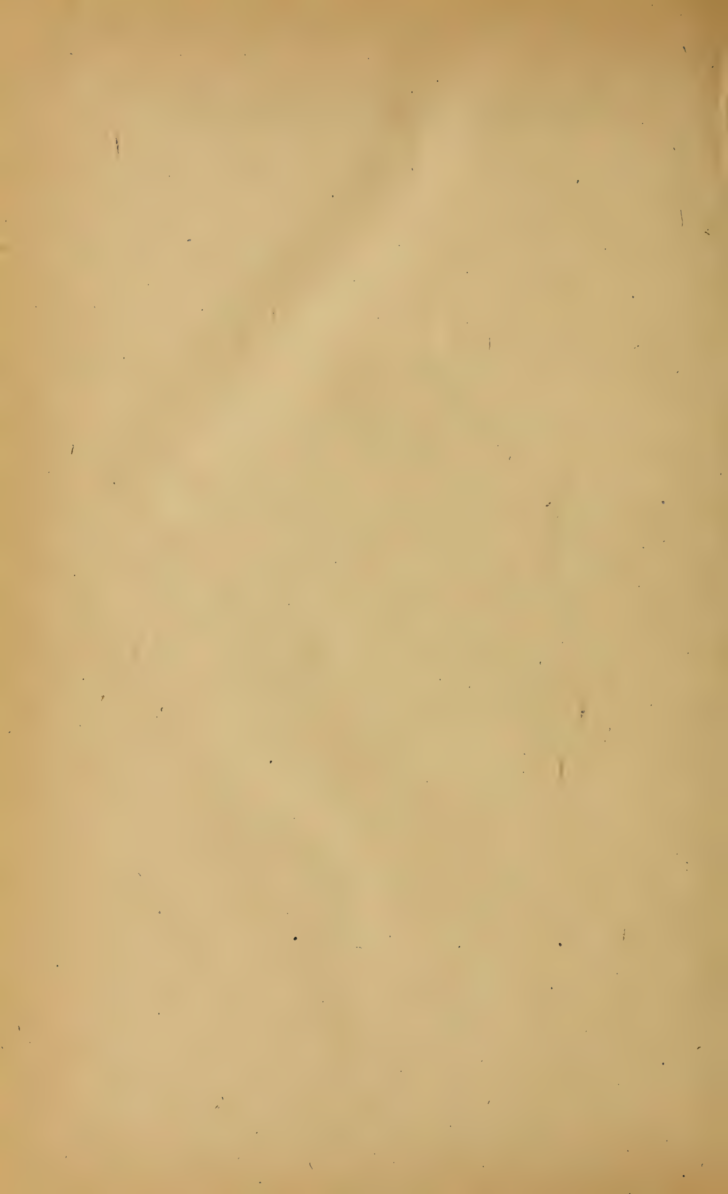
Soñaba yo que en plácida *alegría*
habitaba los senos de una *estrella*,
al lado de una virgen casta y *bella*,
fuente de amor, de gracia y *poesía*.

No atribulada la existencia *mía*
ni un recuerdo del mal, ni una *querella*,
y como lumbre que del sol *destella*
el rostro de mi bien *aparecía*.

Mi letargo se rompe, y oh ! *risueño*
te descubro á mi lado más *hermosa*
que la visión celeste de mi *sueño*.

Beso tus labios de encendida *rosa*,
y de amor bajo el lánguido *beleño*
te contemplo con ansia *misteriosa*.

1890.



A LA VIRGEN

Soneto de rimas obligadas, dadas por mi esposa

Á tu presencia en esplendor *radiante*
se viste, oh Madre, la celeste *cumbre*,
arde en la tierra de la fe la *lumbre*
y se estremece el infernal *gigante*.

Si sobre tí llevaste, como *atlante*,
del humano dolor la *pesadumbre*,
no hay quien dulces consuelos no *columbre*
en el casto fulgor de tu *semblante*.

Y así, por el alcázar *infinito*
que ilumina la luz de la *esperanza*
y á do no llega del dolor el *grito*,
mira el alma vagar en *lontananza*
el coro de los angeles *bendito*
que alza un himno de amor en tu *alabanza*.

1891.





A la señorita María de Jesús Torres

(En su álbum)

Cual flor que lozana vive
dentro de apacible estancia
y en premio de su fragancia
ósculos de luz recibe;
así mi sér te concibe,
gala de un hogar austero,
en donde el numen severo
del bien á un tiempo pregona
la virtud de una matrona
y la fe de un caballero.

Y así, niña, en dulce calma
irás luciendo tus dones
y despertando ilusiones
de tus padres en el alma.
De la ventura la palma
brillará siempre en tu diestra,
como en la social palestra
lograrás alta victoria,
por ser el Deber tu gloria
y la Virtud tu maestra.

16 de noviembre de 1902.



EN UN ALBUM

Yo he visto, al mostrarse la aurora en Oriente,
rasgar las tinieblas su lóbrego tul,
y el sol difundirse, cual áureo torrente,
llenando de vida la bóveda azul.

He visto el remanso, circuido de flores,
al beso del aura sus linfas rizar,
y en él avecillas de gayos colores
con rápido vuelo las alas mojar.

He visto á los rayos de luna serena
del mar en la orilla las ondas lucir,
y altivas romperse, formando en la arena
movibles penachos de plata y zafir.

Y á tanta hermosura mi númen se enciende
y sube de escenas divinas en pos,
mas ¡ah! que las alas flamígeras tiende
y en vano procura llegar hasta Dios.

Convierte á otras zonas sus místicos vuelos
las huellas buscando del bello ideal,
y sólo columbra los cándidos velos
que ocultan el foco de luz inmortal.

Y entonces, volviendo la vista hacia el mundo,
contempla un hermoso, purísimo sér,
de mágicos bienes principio fecundo,
hechura escogida de Dios: la mujer.

Y olvida, admirando su casta pureza,
la aurora, el remanso, las aves y el mar,
que en ella descubre la suma belleza
que á Dios en el mundo le plugo formar.

Sus ojos revelan la dulce inocencia,
su pecho es santuario de místico amor,
su gloria el martirio, su luz la conciencia,
el llanto su queja, su egida el pudor.

Y tú que mostrando tan mágicos dones
modelo te ostentas de gracia y virtud,
acoge benigna los lánguidos sones
que aquí te consagra mi débil laúd.

IMPOSIBLE

Desde que luce en la tierra
la llama del entusiasmo,
y desde que el dios Cupido
vibró sus primeros dardos,
nunca en leyenda de amores
se habrá visto un sér humano
presa del volcán ardiente
en que sin tregua me abraso;
y si quisiera extinguirlo
siempre lo quisiera en vano,
que la razón enmudece
cuando el sentimiento es alto.

Por calmar mi ruda pena
preludio sencillos cantos
y hasta sueño en mi delirio
conquistar gloriosos lauros;
mas ¡ah! que cuando las notas
de mi áurea cítara ensayo,
sólo responden al eco
de mi angustiado quebranto.

Si yo la luz poseyera
con que el florentino bardo
bañó la cándida frente
de su objeto idolatrado,
ó si me otorgara el Cielo
la lira de sones mágicos,
en que á la bella Leonora
cantó la musa del Tasso;
tal vez en mi ardiente anhelo
y en mi amoroso arrebato,
de tu lozana hermosura
sublimara los encantos.

Dijera que son tus ojos
brillantes como dos astros,
en cuyo seno palpitan
de mi ventura los rayos;
y que forman tus mejillas
los celajes sonrosados
que en el cielo de mis glorias
va la dicha dibujando.

Y que parecen, diría,
tu níveo cuello y tus brazos,
labrados por Praxiteles
en el Pentélico mármol.

Entonces yo la tersura
celebrara de tus labios,
puros cual pura es la rosa
nacida al beso de mayo.

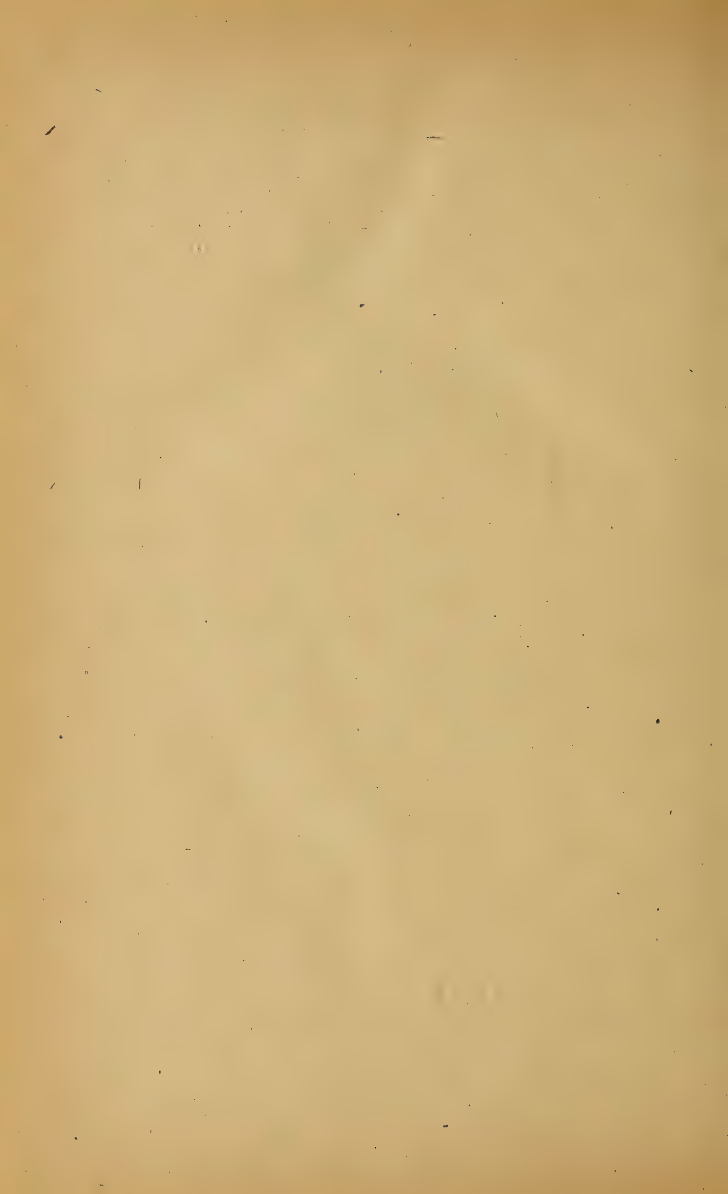
Y en mis cantos pintaría
de tu seno el alabastro

la nitidez que no luce
de la nieve en el ampo....

Mas no llegara mi Musa
á cernerse en los espacios
donde el sol de tu belleza
va su lumbre derramando.

Deja, deja que á lo lejos
siga bebiendo sus rayos,
ya que marcaste mi frente
con el hierro del esclavo.

1884.



A la señora Magdalena Calvo

Leo en historia de amores
que envidioso el rico Plata
del bien que el Cauto desata
por los cubanos alcores,
quiso robar de las flores
de su rival altanero,
la de olor más lisonjero,
la de más pura fragancia,
para premiar la constancia
de su mejor caballero.

***

Y cumplido el noble anhelo
viste con amor profundo,
entre el aplauso del mundo
y el regocijo del Cielo.
Mas desde que alzaste el vuelo
en pos de mayor ventura,
sé que con honda amargura
llora el antillano río,
clamando en su murmurío
por reflejar tu hermosura.

1885.

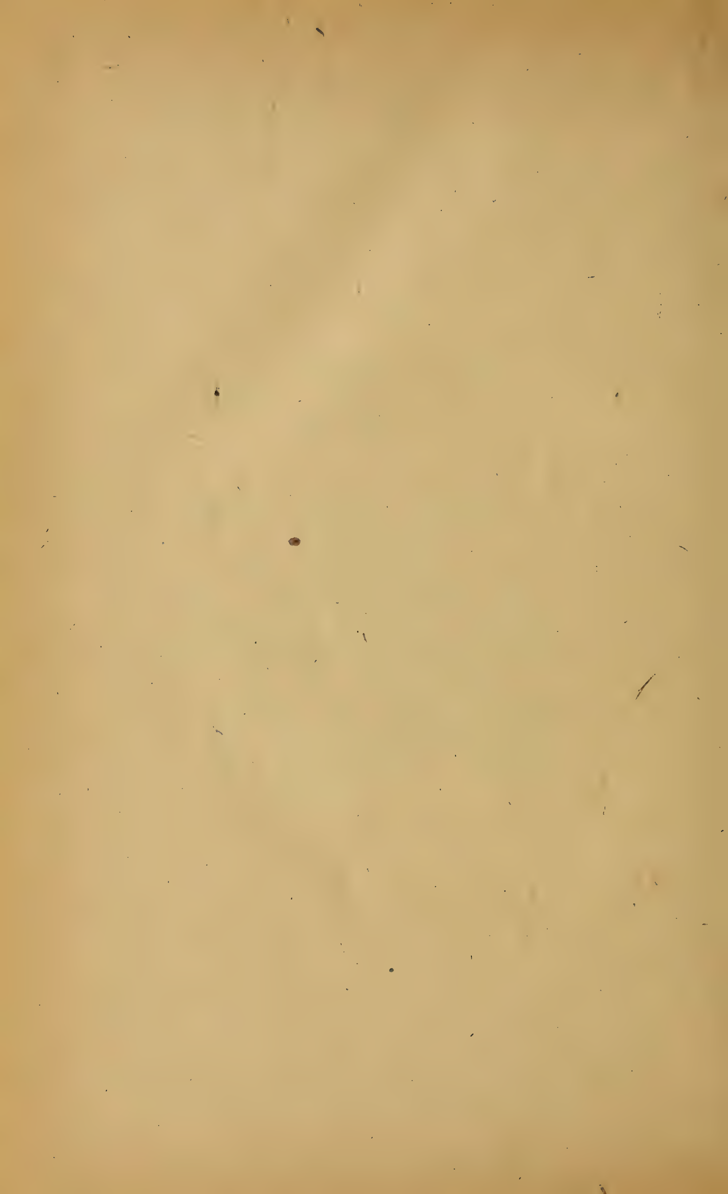


DELACION

En el album de la señorita Polita De Lima.

Cuando el atrevido vuelo
alzaste á la etérea cumbre,
de la inspiración la lumbre
fuiste á buscar en el cielo.
Allí por calmar tu anhelo,
robaste un arpa de oro,
y al verte con tal tesoro
hoy por menguar el delito,
brindas encanto infinito
al mundo en ritmo sonoro.

29 de setiembre de 1901.



OH INJUSTICIA!....!!!

Por pródiga ó por avara
jamás la Naturaleza
de sus dones la belleza
con justa igualdad depara.
De tal hecho muestra clara
miro, Señora, en tu sér,
que ella de tí quiso hacer,
con mengua de la equidad,
centro de su majestad
y emblema de su poder.

Pidió su luz á la aurora
y de ella tus ojos hizo,
quitó á las rosas su hechizo
y es el que tu tez colora;
del aura leda y sonora
dió á tu voz la dulce calma,
y porque ostentes la palma
del amor sin inquietudes,
robó al cielo sus virtudes
y te las puso en el alma.

Al mostrar la esplendidez
con que le plugo dotarte,
nos obliga á celebrarte
en su propia gloria y prez:
pero es fuerza que otra vez
distribuya más sus dones;
que si tantas perfecciones
siempre un solo sér encierra,
al fin llamará á la guerra
la envidia en los corazones.

1894.

Al señor Don Felipe Tejera

Para el álbum de la señorita....

Me ordenas Felipe amigo,
que aquí dibuje un retrato:
yo tu voluntad acato,
mas voy á pintar contigo.

El modelo que me das
muestra tales perfecciones,
que pintar solo sus dones
no conseguiré jamás.

Lienzo y pinceles apresta,
pon la paleta en mis manos,
prevenme los más galanos
matices de la floresta.

Y si de tu altivo Numen
me das la noble eficacia,
será el retrato de gracia
y de belleza resumen.

El contorno del paisaje
luz, mucha luz necesita:
la tez, pureza infinita,
estrema blancura el traje.

Que si pintar en conciencia
queremos tal hermosura,
fuerza es dar á la figura
claridades de inocencia.

Vamos.... ya el trazo comienzo,
ya el fondo esplende y rutila,
mas ¡por qué el pincel vacila?
¿por qué lo rechaza el lienzo?

Ah! que á pintar tales bienes
no alcanza mi ingenio tardo,
ni el mismo Numen gallardo
que dentro del alma tienes.

Y ni tú calmas tu anhelo
ni yo mi intento consigo:
¡nos faltan alas, amigo,
para llegar hasta el cielo!

1894.

EL MUNDO DEL POETA

Cíñe del Genio las divinas galas,
y arrebatado por sublime anhelo,
descóge ¡oh numen! las potentes alas
en la radiante inmensidad del cielo.

Tu audacia extiénde y tu ansiedad diláta
hasta tocar en la suprema cumbre,
donde Dios por los ámbitos desata
torrentes mil de esplendorosa lumbre.

Allí demánda al Sér Omnipotente
el de la vida manantial fecundo,
para animar con tu pincel ardiente
de tus ensueños el glorioso mundo.

Mundo al que prestan vívidos colores
los soles infinitos de la esfera,
y donde cantan céfiros y flores
el himnó de la hermosa primavera.

Donde se ven por el ambiente vago
batir mil aves las gentiles plumas,
y donde duerme el cristalino lago
en su lecho de cándidas espumas.

Donde impera la mística inocencia
y resplandece la Virtud Divina,
y donde el puro sol de la conciencia
de la maldad los ídolos calcina.

Donde se otorga palma al sacrificio,
esperanza y consuelo á los pesares
y donde encuentra maldición el vicio,
tumba él rencor y la virtud altares.

Donde altiva la Gloria se levanta
y sobre el héroe sus destellos vierte,
y donde el rayo de la fe quebranta
el cetro pavoroso de la muerte.

Ese es el mundo que el poeta admira,
y adonde en alas de su ardor se encumbra,
cuando los ojos por la tierra gira
y solo muerte y abyección columbra.

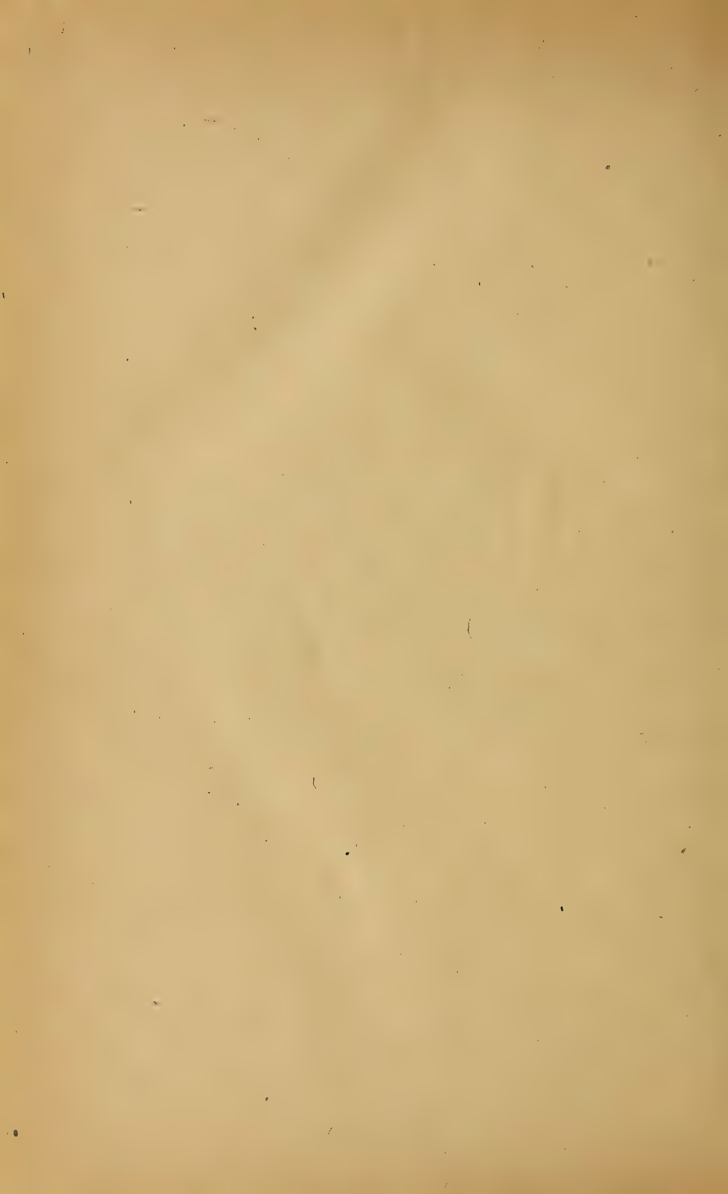
1880.

EL CRISTIANISMO

Nació cual la linfa pura,
que mana de ignota sierra,
y corrió sobre la tierra
como raudal de ternura.

Es fuente que lava y cura
del dolor la intensa herida;
lago que á probar convida
del bien la inocente calma,
y mar donde boga el alma
hacia el puerto de la vida.

1895.



EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA

MARIA ANTONIA SALUZZO

Alegoría

Pomposa nave, que la enhiesta lona
al viento das en la gentil ribera,
y airosa cruzas la tranquila zona
que baña el sol de la ilusión primera;
el himno escúcha que en tu prez entona
bardo sentido, cuya voz sincera
tus altos dones á cantar aspira
al grato son de la vibrante lira.

Ves, de la dicha bajo el tierno halago,
trocarse en luz la tenebrosa bruma,
el mar rugiente en adórmido lago
y en nívea alfombra la sonante espuma;
y como sube por el éter vago
el ave audaz de pintoresca pluma,
así gallarda al porvenir te lanzas
volando en pos de ricas esperanzas.

De ledas auras al rumor sonoro
luciendo vas en tu feliz camino
de la hermosura el mágico tesoro
y del pudor el talismán divino;
y cual dibuja con pincel de oro
el alba su paisaje peregrino,
te ofrece así la cándida inocencia
coronada de flores la existencia.

Sigue, nave gentil, tu rumbo cierto
por el piélago obscuro de la vida,
que ya lucir en tu horizonte advierto
las ilusiones de la edad florida;
y cuando toques el seguro puerto
donde la sombra á reposar convida,
guarda un recuerdo para el débil canto
que hoy á los cielos en tu honor levanto.



FRATERNIDAD DEL DOLOR

A mi querido amigo señor SALVADOR N. LLAMOZAS, con motivo de la muerte de su madre.

Cuando en ocaso el sol sin brillo arde
viene hasta mí tu acongojado acento,
traído por los ecos de la tarde.

Y al escucharlo, renovada siento
de mi antiguo dolor la cruel herida,
y en sombras se me abisma el pensamiento.

También á mí de la materna egida
aciaga suerte me privó traidora
en los más dulces años de la vida;

y entonces encontré, como tú ahora,
triste la vida, el universo mudo,
sin brillo el cielo y sin color la aurora;

y entre las garras del pesar agudo,
el árbol de mis bellas ilusiones
ví de follaje y de verdor desnudo;

que no soplan del alma en las regiones,
sin ir dejando asoladora huella,
del dolor los tremendos aquilones.

Mas no al oír tu lánguida querella,
tán hondo afán desventurado amigo,
mi frente rinde ni mi labio sella;

que del mortuorio tiempo al santo abrigo,
donde ofician los númenes del llanto,
quiero de hinojos sollozar contigo......

Mezclada irá la hiel de tu quebranto
con las acerbas lágrimas que vierto
por el ángel de amor que quise tánto.

Y de este asilo el ámbito desierto
henchiré con mi lúgubre gemido,
hasta venir á reposar, cubierto
con el triste sudario del olvido.

EN UN ALBUM

Cuando contemplo el fulgor
en que iluminas tu frente,
no sabe, niña, mi mente
si eres alma ó eres flor;
mas, juzgo al ver el amor
y la inefable ventura
con que de la fe más pura
muestras la gloriosa palma,
que si por ella eres alma
eres flor por tu hermosura.





ELEGIA

En la muerte de mi hermana Carmen

Pasó como la nota lisonjera
que exhala el arpa por el genio herida,
perdióse el eco tras la azul esfera;
sólo vibra mi queja plañidera
en el lóbrego ambiente de la vida.

¡Ay! de mi dicha la radiante aurora
en fatídica nube se convierte,
y el corazón atribulado llora
al ver los seres que en el mundo adora
rodar por el abismo de la muerte.

Gratos sueños de gloria y de ventura,
imágenes de amor y de inocencia,
¡cómo os invoca el alma en su amargura
cuando la azota la borrasca dura
del proceloso mar de la existencia!

Era mi hogar santuario de esperanza,
arca henchida de mágica alegría,

nave que surta en puerto de bonanza,
miraba rutilar en lontananza
la deslumbrante claridad del día.

No turbaban del mundo los dolores
de aquel pensil de celestial encanto,
y allí mostraban las fragantes flores
de su caliz los vívidos colores
sin el rocío del acerbo llanto.

Mas ¡ah! que al golpe de la muerte insana
cayó la madre tierna y amorosa,
y de la vida en la gentil mañana
de mis delicias la hechicera hermana
fué devorada por la hambrienta fosa.

Yo ví trocarse en lúgubres crespones
de aquel recinto las pomposas galas,
y sentí los siniestros aquilones
que de mi hogar las blancas ilusiones
arrastraban al soplo de sus alas.

Y hoy, no cansada, la segur impía
siega el tallo de mística azucena,
cuyo aroma mi espíritu bebía
por mitigar la férvida agonía
que mis dolientes horas envenena.

Yo la buscaba como busca el alma
de la virtud el talismán divino,
y ella brindaba á mis angustias calma,
como brinda la sombra de la palma
fresco reposo al tardo peregrino.

Vivió cual ave que en la azul ribera
oye asombrada la bullente espuma,
y llora por volar á la pradera
donde á la luz de eterna primavera
quiere batir la delicada pluma.

Ya por mirar el brillo de su frente
en vano mi pupila se dilata,
y á tanto afán contúrbase la mente,
y presa el alma de dolor ardiente
en raudales de llanto se desata.

Á tí, Señor, arrebatado sube
de mi congoja el penetrante grito:
dáme las ígneas alas del querube
para rasgar la tenebrosa nube
que me oculta la luz de lo infinito.

Nieblas doquier columbra la mirada
en el hórrido abismo de la tierra,
y en vano tras las sombras de la nada
pretende la razón desesperada
penetrar el enigma que la aterra.

Sólo la Fe tranquila se adelanta
á descubrir de la verdad la lumbre;
por ella el alma su prisión quebranta
y del cieno del mundo se levanta
al sol que irradia en la suprema cumbre.

Mas ¡ay! que en medio de su amargo duelo
mi acongojado espíritu declina,
y presa de abrumante desconsuelo,

alas no tiene para alzar el vuelo
á las regiones de la luz divina.

Mi fe sucumbe y mi valor se agota
al recio embate de mi enemiga suerte;
raudal eterno de mis ojos brota,
y ya rendido en la fatal derrota
quiero dormir el sueño de la muerte.



A ISABEL

Yo busco al mirarte la faz candorosa,
el numen que inspira mi canto, Isabel,
cual busca entre flores la abeja afanosa
la esencia que preste dulzura á su miel.

Mas no al ensalzarte requiero la lira
que pulsa en las sombras falaz trovador,
ni anhelo ofrendarte la endecha en que espira,
oculto en las hojas, gentil ruiseñor.

Hoy quiero ser ave que encienda sus plumas
al rayo inextinto del sol tropical,
y rasgue del éter las pálidas brumas
y beba á raudales la luz celestial.

Mas ¡ ah ! vanamente mi espíritu exalto
y audaz ambiciono loar tu virtud,
que al logro me niegan de empeño tan alto
colores el iris y ritmo el laúd.

Si Zeuxis y Apeles en rica pintura
pudieron de Elena la gloria animar
y darnos de Venus la regia hermosura
envuelta en las blancas espumas del mar;

si Tasso y Petrarca, con estro divino,
cantando bellezas de Laura y Leonor,
al mundo ofrecieron el noble destino
que tiene en las almas la luz del amor;

ninguno sabría, ni en mágica nota,
ni al toque inspirado de egregio pincel,
mostrarnos la grata dulzura que brota
tu sér, que es trasunto del cielo, Isabel.

Por ello el acento mi labio rehusa,
y al ver de tus ojos la llama vivaz,
su canto suspende mi férvida musa
y pliega sus alas mi espíritu audaz.

Mas ya que mis fuerzas se abaten, y pierdo
tan bella esperanza, tan rica ilusión,
no borres del alma mi humilde recuerdo
y entonces cumplida veré mi ambición.

¿ QUIEN COMO TU ?

Yo imagino al contemplarte
que en tí los rayos fulguran
del sol que enciende en los cielos
la diosa de la hermosura.

Si ella de nuevo surgiese
de las regiones profundas
que cubre la mar sonora
con sus flotantes espumas,
acaso al verte sería
presa de envidiosa furia,
ó con vergüenza ocultara
la faz dolorida y mustia.

Y á fe que en razón lo hiciera,
pues ella no tuvo nunca
ni tus pupilas de fuego,
ni tus mejillas de púrpura.

Tampoco allá del Olimpo
supo, en la mansión augusta,
mostrar las rizadas crenchas
que sobre tu sien ondulan.

Ni de tu erguida garganta
pudo exhibir la blancura,
ni tu relevado pecho,
ni tus espaldas ebúrneas;
y al danzar en las orillas
de la albanesa laguna
jamás ensayó el donaire
de tu garbosa cintura.

Ni cuando en carro tirado
por palomas de albas plumas
bajaba como un ensueño
desde la celeste altura,
ostentó las nobles prendas,
ni la gentileza suma,
ni la majestad pomposa
que en tí las gracias aúnan.

Es tu pie como el que enseñan
las vírgenes andaluzas
cuando del Betis se bañan
sobre las guijas menudas;
y es tu andar como el del cisne
que hiende la linfa pura
del lago azul donde tiemblan
los fulgores de la luna.

De tus manos robaría
la bella cinceladura
Canova, para la Psiquis
en que su gloria se funda;
y Bernini vacilara,

al ver tu beldad augusta,
en modelar de Teresa
la peregrina figura.

Y pues que tan regios dones
tu excelso origen denuncian,
no cabrá de tu belleza
la perfección absoluta,
ni en los moldes de Cellini,
ni de Petrarca en la musa,
ni en los pinceles de Sanzio,
ni en los arpegios de Schûbert.

Empero, yo en el delirio
de la pasión que me inunda,
quiero vivir ensalzando
las glorias de tu hermosura.



LUZ Y SOMBRA

Yo al ensalzarte poseer quisiera
el rumor de los céfiros suäves,
los cantos de la dulce primavera
y el melodioso ritmo de las aves.

Y al pintar tu hermosura, robaría
las tintas mil de la campestre flora,
los rayos de la luz del medio día
y los vivos cambientes de la aurora.

Mas ¿ cómo hallar en mi febril locura
notas que exalten tu oriental belleza,
si de tu voz no encierra la dulzura
en sus himnos de amor Naturaleza?

¿ Ni cómo los encantos en que brillas
pedir que el arte en su pincel encumbre,
si el alba se refleja en tus mejillas
y arde en tus ojos la celeste lumbre?

¿ Cuándo al mágico sol pudo el poeta
loar en rimas de inmortal memoria,
ni ofrecer el artista en su paleta
colores dignos de pintar la Gloria?

Abrasado en los rayos de tu frente
y envuelto en el fulgor de tu mirada,
ya contemplo lucir en el oriente
de mi ilusión la nítida alborada.

El numen tutelar de los amores
trueca en sonrisas de placer mi llanto,
y dulces cual la brisa entre las flores
se dilatan los ecos de mi canto.

Si Dios me diese la virtud preclara
que al Genio ciñe su eternal corona,
hoy el poder de tu beldad llevara
de triunfo en triunfo hasta la empírea zona.

Y ardientes bardos, en tropel sonoro,
vinieran á ensalzar en tu camino,
con liras de marfil y arpas de oro
los altos dones de tu sér divino.

Mas ¡ ay ! te alejas, y en delirio vago
palpita sin calor mi fantasía,
como en la linfa de insereno lago
tiembla la luz al declinar el día.

Pulso entonces la cítara sonora,
y al exhalar mi dolorido acento,
con el rumor del aura cuando llora
suena mi voz en el callado viento.

Sus negras alas en mi torno agita
el genio del dolor y la tristeza,
y como el lirio que Aquilón marchita
se dobla sobre el pecho mi cabeza.

DELIRIO

Cual águila que la bruma
rompe con ansia violenta
y al eco de la tormenta
descoge la regia pluma;
así tras congoja suma
en sed de gloria me agito,
y de la pasión al grito
que hoy á comprender alcanzo,
con alas de luz me lanzo
á volar por lo infinito.

¡Cuán inmenso panorama
ante mis ojos se extiende!
¡Cómo los aires enciende
del sol la fecunda llama!
¡Cuál en rayos se derrama
la Gloria en la azul esfera!
¡Cuánta nota lisonjera
por los ámbitos perdida!
¡Qué espacios llenos de vida!
y ¡qué olor de primavera!

En nube de armiño y oro
de pronto erguirse contemplo
alto y majestuoso templo,
del arte rico tesoro:
su ambiente en raudal sonoro
de cánticos se desata;
y su bóveda retrata,
como en animada tinta,
los cielos que el alba pinta
con su pincel de escarlata.

Sobre fondo de colores
se dibujan lentamente
de un trono resplandeciente
los contornos brilladores;
y en él, cual numen de amores,
con majestad se reclina
una sílfide divina,
cuya radiante mirada
parece la luz sagrada
que el ancho templo ilumina.

La aurora á ofrendarle baja,
como pomposo atavío,
el llanto de su rocío
que en aljófares se cuaja:
el sol sobre ella desgaja
sus hebras de lumbre pura;
y enlazando en red oscura
los rizos que la coronan,
las musas del bien le entonan
el himno de la hermosura.

Es el rostro de la diosa
cielo do á brillar se atreve
la blancura de la nieve
junto al color de la rosa:
su aliento es aura olorosa
como de nardos nacida;
y la aureola en que ceñida
su alba frente se columbra,
luce con fulgor que alumbra
los misterios de la vida.

Mirándola con anhelo
se enardece mi pupila,
y todo mi sér vacila
entre la tierra y el cielo:
impulsan mi raudo vuelo
mil esperanzas de gloria;
mas en óptica ilusoria
veo, al llegar á su planta,
que el dios del mal se adelanta
y me arranca la victoria.

Despiértome de improviso
y hallo, niña, en tu belleza,
la que á convertir empieza
aquel trono en paraíso;
y al mirar que el cielo quiso
darte esa regia corona,
y al ver que el mundo pregona
las glorias de tu hermosura,
con la sed de la locura
mi espíritu te ambiciona.

En su eterno desvarío
mi sér vanamente lucha,
y sólo el dolor escucha
cuando le azota bravío:
al yugo de un genio impío
mi amor condenado veo;
y en mi creciente deseo,
y en mi profundo quebranto,
hoy á los cielos levanto
los ayes de Prometeo.

Do quiera miro la tierra
sumida en la sombra aciaga,
donde el espíritu vaga
con el mal en cruda guerra;
y del cerco que le encierra
de impiedad y de egoísmo,
mi sér, de abismo en abismo
huye, entre mudos terrores,
despertando sus dolores
cual verdugo de sí mismo.

Duélete, niña adorada,
de tan negra desventura,
y alumbra mi noche obscura
con el sol de tu mirada:
mas si entre nieblas velada
has de mantener mi suerte,
y si el crimen de quererte
merece castigo tánto,
dílo, y secaré mi llanto
en los brazos de la muerte.

QUEJAS

—

Si me prestara la noche
su cuadro de negras tintas,
el desconsuelo sus notas
y su llanto la desdicha,
tal vez pudiera pintarte,
hermosa paloma mía,
las dolorosas tormentas
en que mi pecho se agita.

Yo, que en mis mejores años,
de la fe bajo la egida,
soñé lograr de la fama
las anheladas caricias;
yo que en las cumbres del Genio
y en las regiones divinas
quise desplegar las alas
de mi ardiente fantasía;

yo, que en el sol de la ciencia
dilataba mi pupila
por sorprender los misterios

en que la razón se abisma;
yo, sin rumbo ni esperanza,
cual zozobrante barquilla,
hoy al rigor de la suerte
siento que mi fe vacila.

Para mí no tiene el alba
las risueñas perspectivas
donde otras almas contemplan
el sol de sus alegrías.

Para mí con luz de oro
la bóveda azul no brilla,
ni de pomposos celajes
el ocaso se atavía.

Envuelto en densas tinieblas
voy recorriendo la vida
y en tí buscando el consuelo
que mi pecho necesita;
pues eres, niña adorada,
el sólo bien que me inspira,
y la imagen de ventura
que mi corazón hechiza.

En tu sér el cielo puso,
cuando al mundo descendías,
las más hermosas preseas
de la beldad femenina.

Con el fuego de tus ojos
y el color de tus mejillas
diera más vida á la aurora
el pincel del Sumo Artista.

De tu modelado cuerpo
en la apostura garrida
se inspiraran las miradas
de Praxiteles y Fidias;
y lo enhiesto de tu cuello
sin envidia no verían
las palomas de Dodona
ni los cisnes de la Frigia.

Eres más blanca que el copo
de espuma que se desliza
sobre los verdes cristales
de la arenosa marina.

El aliento de tu boca
parece esencia nacida
en pensiles de Bengala
ó en huertos de Alejandría.

Y tus bellísimos dientes
recuerdan las perlas ricas
que la famada Bassora
bajo sus arenas cría.

¡Ay! numen de mis amores,
fuente de ilusión purísima,
imagen de mis ensueños
y talismán de mi dicha;
no sabes cuál se desgarran
hoy de mi pecho las fibras,
ni cuán ensañada y fiera
la duda me martiriza.

Trueca, mujer adorada,
mis noches en claros días,
y mis acerbas angustias
convierte en horas tranquilas;

que cuando el Dios de los cielos
nuestra ventura bendiga,
y ordene que nuestras almas
queden para siempre unidas,
yo seré el humilde siervo
que á tus pies rindiendo viva,
el elocuente tributo
de su pasión infinita.



TU Y YO

A Leonarda.

Como al formarse el paisaje
del vespertino arrebol
junta en un solo celaje
dos de sus rayos el sol;

y cual la abeja industriosa
confunde en la propia miel
la fragancia de la rosa
con la esencia del clavel;

ó como la noche umbría
lleva en el mismo rumor
del aura la melodía
y el trino del ruiseñor;

así tu pecho y mi pecho
plugo á la Suma Bondad
unir en el lazo estrecho
de la más pura amistad.

Una tarde del estío,
cuando ya en el leve tul
del crepúsculo sombrío
se envolvía el cielo azul,

te ví por la vez primera
bajo un fresco robledal
recibiendo placentera
las caricias del terral.

Allí, sin temer enojos
ni desdichas presentir,
quise en la luz de tus ojos
mi espíritu confundir.

Y no es tan grato el arrullo
del cefirillo veloz,
cual fué á mi oído el murmullo
de tu dulcísima voz.

Pero al quilatar los dones
de nobleza que hay en tí,
á más altas ilusiones
el ánimo apercibí.

Y un cariño tan intenso
desde allí nos enlazó,
que hoy piensas como yo pienso
y sientes cual siento yo.

Pues la tierna simpatía
tánto ha unido nuestro sér,
que ya tu pena es la mía
como es tuyo mi placer.

Y al ir en delirio ciego
de un bello ideal en pos,
es el mismo el sacro fuego
que nos abrasa á los dos.

Por ello en acordes giros
subiendo á los cielos van,
de tu pecho los suspiros
y los ayes de mi afán.

Cual suele, al besar las flores
del regalado pensil,
los más fragantes olores
beber el aura sutil;

ó cual de gárrula fuente
sorbe el líquido cristal
la undisonora corriente
del peregrino raudal;

así, rompiendo la calma
de lenta meditación,
en tí recoge mi alma
tesoros de inspiración.

Y en alas de ardiente anhelo
traspone la inmensidad
para cantar en el cielo
las glorias de la amistad.



En una pradera á orillas del mar

Linfa sonora del inquieto río,
aura que espiras en la verde palma,
blando susurro del follaje umbrío,
eco perdido en la desierta calma,
prestad sollozos al acento mío
hoy que cautiva del dolor el alma,
viene á exhalar en la campiña amena
los ayes tristes de su amarga pena.

Ya en Oriente la cumbre tornasola
de la alborada el esplendor divino;
con manso arrullo la espumante ola
besa la planta del peñón marino;
abre la flor su tímida corola,
desata el ave su harmonioso trino,
y responde al alegre movimiento
desde la selva, cadencioso el viento.

Ostenta el sol su fúlgida grandeza,
torna doquier á palpitar la vida,

y la augusta y gentil naturaleza
el himno entona que á gozar convida;
sólo en mi pecho mora la tristeza,
sólo en mi mente la ilusión no anida,
que me niega su luz consoladora
del puro amor la regalada aurora.

Aurora que entre músicas derrama
del consuelo feliz la grata esencia
cuando iracunda la tormenta brama
en el revuelto mar de la existencia;
que de glorias risueño panorama
pinta en el cielo azul de la inocencia,
y despierta en los mústios corazones
el gérmen de fecundas ilusiones.

En mis delirios alcanzar intento
de tánta dicha el celestial tesoro
mas ¡ay! desoye esquiva mi lamento
la hermosa virgen que anhelante adoro;
en vano, en vano, con febril acento
de sus miradas el favor imploro,
que aún en su pecho juvenil no vibra
del tierno amor la delicada fibra.

Vedla cruzar fantástica y ligera
del monte enhiesto la apacible falda,
descogida su obscura cabellera
en luengos rizos por la ebúrnea espalda;
vedla pisar con ánsia placentera
de los prados la alfombra de esmeralda,
sin que la voz de mi dolor prolijo
pueda turbar su casto regocijo.

Y miéntras lanzo en la pradera hojosa
los ayes de mi férvida amargura,
á lo lejos la fuente sonorosa
entre áureas guijas con placer murmura;
mi afán insulta el ave melodiosa
con endechas de amor en la espesura,
y á mis quejas levántase indecisa
brindando halagos, la parlera brisa.

Mujer divina, flor de rico aroma
que das encantos al naciente día,
ven y mitiga, cándida paloma,
del bardo la mortal melancolía;
ven, y á la luz que en tu pupila asoma
se inflamará mi muerta fantasía,
y á tus plantas, henchido de ventura,
la gloria cantaré de tu hermosura.



SELGAS

Ayer hoy y mañana.

(Composición recitada por el autor en una velada literaria en honor del insigne poeta D. José Selgas, celebrada en la Unión Católica en Madrid el 30 de abril de 1882, bajo la presidencia del Excelentísimo señor Don Aureliano Fernández-Guerra).

I

Cual astro que en espléndidos fulgores
baña el mundo y el éter ilumina,
envuelta en luz y engalanada en flores,
ayer brilló tu inspiración divina;
y repitieron tu harmonioso acento
las leves auras en la azul colina,
el ruiseñor en el callado viento,
y en el valle la fuente cristalina.

II

Hoy ya no vibra tu laúd sonoro,
ni en blandos ritmos sus cantares vierte,
que de tu genio el celestial tesoro

oculto yace bajo polvo inerte ;
y en vano, en vano el alma entristecida
á tu sepulcro su ansiedad convierte,
queriendo hallar la lumbre de la vida
en la sombra insondable de la muerte.

III

Mas cual iris que borda y engalana
la azul techumbre tras borrasca fiera,
tu excelsa gloria brillará mañana
con puro timbre y majestad severa;
y ensalzarán tu acento peregrino
en sus murmullos la gentil pradera
las melodiosas aves en su trino,
y en su canto la dulce primavera.

A MI PADRE

En el aniversario de su muerte.

Hoy al radiar el cándido lucero
tras la nocturna calma,
revive el drama de tu adiós postrero
por misteriosa evocación del alma.

***

Y de improviso, cual hermoso templo
que el huracán ha hundido,
y como emblema de orfandad, contemplo
en hondo duelo tu solar querido.

***

Sombras doquiera la pupila abarca,
llanto el recinto brota,
y el ara del hogar, muerto el patriarca,
yace por tierra, desplomada y rota.

***

Otra vez, otra vez te ven mis ojos
envuelto en el sudario,
y oigo á la tribu sollozar de hinojos
en torno de tu lecho funerario.



Y al ofrecerte viva y palpitante
la aterradora escena,
el dolor con sus fuerzas de gigante
mi corazón oprime y encadena.



¡Ay! cuando el alma en su febril congoja
por el consuelo clama,
de las tristes memorias se despoja
como el rosal de su espinosa rama.



Mas si el hondo, quebranto, hora tras hora,
á renovar se entrega,
trueca el recuerdo en carga abrumadora
que hasta la frente del titán doblega.



Triste mi sér, en el sepulcro al verte,
ni paz ni aliento alcanza,
que en el campo surcado por la muerte
no exhala sus aromas la esperanza.

***

Si bálsamo á sus íntimos pesares
el alma dar pretende,
es la mirra quemada en los altares
que más se extingue cuanto más asciende.

***

Sólo quien boga audaz por mar incierta,
demanda, en noche aciaga,
refugio á la ilusión, isla desierta
para el que en sirtes de dolor naufraga.

***

Extasiada en la mágica ventura
que el dulce hogar encierra,
soñaba siempre la filial ternura
dilatar tu mansión sobre la tierra.

***

Mas pronto vió, tras su delirio amante,
la prole entristecida,
cómo el tiempo eclipsaba en tu semblante
los claros lineamientos de la vida.

***

Yo en tu cercano fin pensaba á solas
con amargura lenta,
cual bajel que llevado por las olas
va entrando en la región de la tormenta.

***

Y al cumplirse en tu sér la ley arcana
ver pude, por mí mismo,
cuál tiene á veces la aflicción humana
el vértigo y espanto del abismo.

***

Mas si mi pecho en el pesar se hunde,
siento, adorada sombra,
que su valor tu espíritu me infunde
cuando mi labio te bendice y nombra.

***

Convierte el alma en inefable anhelo
sus hondas inquietudes,
y goza entonces bienhechor consuelo
la alteza al memorar de tus virtudes.

***

Seres hay que jamás del mundo esquivan
los ímprobos afanes;
aves que el vuelo poderoso avivan
al reflejo tenaz de los volcanes.

***

Y tú, cual ellos, en la pugna heroica
á que el dolor nos lleva,
mostrar supiste la firmeza estoica
que el temple augusto de las almas prueba.

***

La luz buscaste que del bien emana,
y en el combate rudo,
hizo tu fe de la Verdad Cristiana
blasón, empresa, símbolo y escudo.

***

En homenaje al Genio y á la Gloria
vibró tu claro acento,
y de los hechos de inmortal memoria
heraldo fué tu altivo pensamiento.

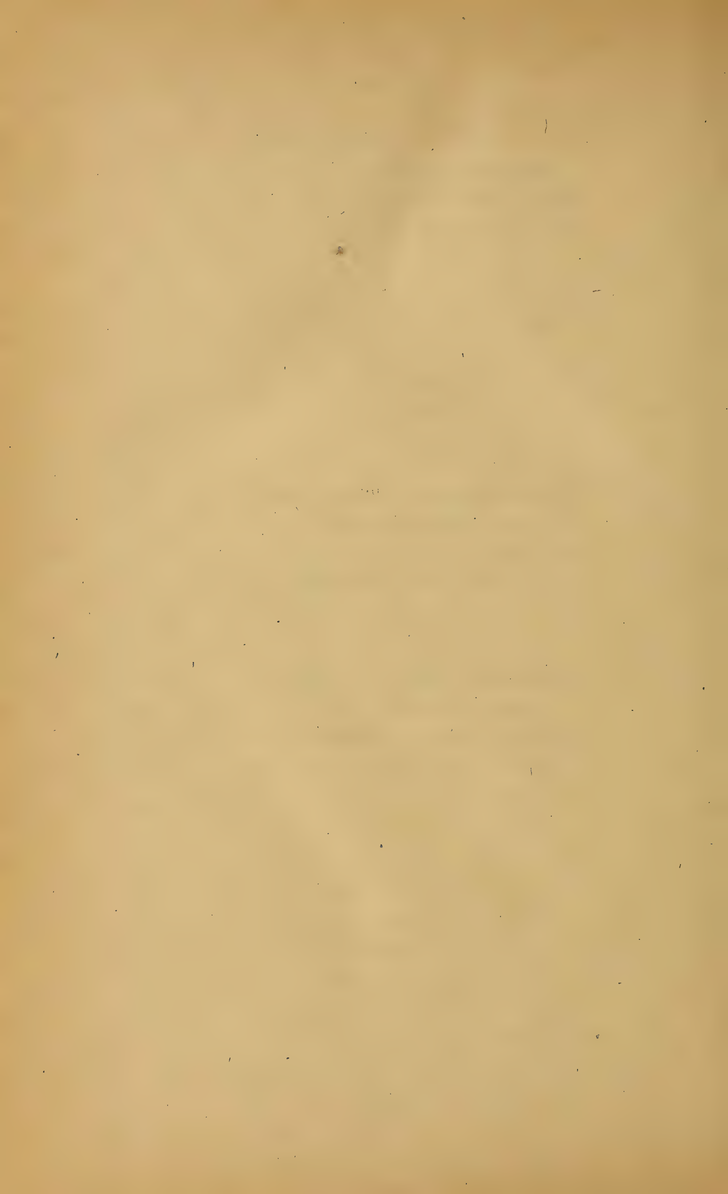
***

Con noble orgullo, su piedad severa
guardó tu mente honrada,
cual guarda el paladino la venera
en el marcial palenque conquistada.

***

Y así pudiste, al trasponer sereno
la eternidad temida,
culto dejarnos de enseñanzas lleno,
en el sublime ejemplo de tu vida.

27 de octubre de 1898.



ANIMA FILII

(**Manuel Antonio**)

Llanto es la vida. Cuando el alba tiende
por el cielo sus pálidos fulgores,
el rocío llorando se desprende
sobre el abierto cáliz de las flores.
Solloza el manantial; el aura gime
al resbalar en las volubles hojas;
y la amada del sol cándida nube,
—donde sus tintas la mañana imprime,—
cual nuncio de las íntimas congojas
que la contienda mundanal encierra,
del seno amargo de los mares sube
para inundar en lágrimas la tierra.

Y es consuelo llorar; que si en la calma
en que el dolor se nutre de sí mismo,
no ofrece el llanto á la aflicción del alma,
—nuevo Jordán,—reparador bautismo,
sumido el sér en su delirio, á solas,
apura doble, abrumador tormento,
y cual náufrago en lucha con las olas

entre sombras se agita el pensamiento.
Mas si al medir su férvida amargura
el corazón entre sollozos vibra,
pone en cada latido más ternura
y más noble tensión en cada fibra.
Duelo sin ayes, su rigor ensaña;
pesar sin voz, la fortaleza agota;
cuando siente el volcán arder su entraña
descanso encuentra si la lava brota.

Bien hayas, alto don! Lágrimas mías,
volved, volved á refrescar mi pecho,
y en las horas dolientes y sombrías,
cuando en vano interrogue al hijo amado
ó á los embates del dolor deshecho
grite mi corazón despedazado,
recoged como bálsamo á mi pena
el recuerdo del bien desvanecido,
y mezcladas con él, en larga vena,
regad las flores del hogar querido.



¡Ay! esas flores, antes tan lozanas,
hoy pálidas aguardan y llorosas
la vuelta de sus púdicas hermanas,
las cárdenas violetas y los lirios,
las blancas azucenas y las rosas
que al resplandor de macilentos cirios
fueron á embalsamar, como en ofrenda
de triste afán y de doliente angustia,
el yerto mármol donde helada y mustia
ayer estuvo de mi amor la prenda.

Y vanamente esperan. La fragancia
de esas hijas del alba y el rocío,
por siempre huyó de la mortuoria estancia
con el alma inmortal del hijo mío.
Ellas dieron allí su casta esencia,
cual leve mirra, en impalpables nubes,
y él, al par, como aroma de inocencia,
á la esfera subió de los querubes.
Al rendir el aliento, ante mis ojos
quedó su rostro de ternura lleno,
cual del ánfora rota en los despojos
queda el perfume que impregnó su seno.
Y sobre el cuerpo donde ardió la lumbre
leve y fugaz de su preciosa vida,
cayó después, con lenta pesadumbre,
la tierra por mi llanto humedecia.

***

En todo cuanto es luz, canto y colores
anhela hallar mi triste pensamiento
algo que con su sér palpite ó hable;
y en el mudo coloquio de las flores,
en los suspiros del lejano viento,
ó del ave en la música inefable,
vienen mensajes suyos á mi oído
que al salvar la indecisa lontananza,
infunden en el pecho adolorido
la dulce vaguedad de la esperanza.
Llegan cual ecos de la eterna gloria,
y al mitigar mis íntimos anhelos,
despiertan, más radiante, en mi memoria
la visión infinita de los cielos.

Sueña el alma otra vez con la ventura,
torna á subir del terrenal ambiente,
porque divisa tras la niebla oscura
el suave albor de su perdido oriente.
Y va en alas de nuevas ilusiones
en pos de alivio á su dolor inmenso,
cual se elevan á Dios los corazones
por la espiral sagrada del incienso.



¡Cuánto de luto y de misterio y sombra
cerca á las almas en la humana esfera!
La misma luz que en la gentil mañana
dora y esmalta la campestre alfombra
y ciñe á la inocente Primavera
la guirnalda de virgen soberana,
con sañudo rigor desciende luégo
del inflamado azul del horizonte,
á envolver en atmósfera de fuego
y convertir en yermos desolados,
la falda en flor del empinado monte,
la verde loma y los ruiseños prados.



Junto al gozo el pesar. En las alturas
de donde, con el sol, brota la vida,
el huracán sus ráfagas impuras
cierne sobre la tierra combatida.
El hombre lucha, y su vigor quebranta,
y cuando al triunfo la ilusión convierte,
confunde el himno en que su gloria canta
con vibraciones lúgubres de muerte.
Si la amarga verdad el pecho evoca,
se exacerba la pena que lo abruma,

como al batir en la escarpada roca
rompe la mar en hervorosa espuma.
Yo interrogo en mi férvido delirio
al sér amado que la tumba esconde,
y en vano, en vano extrémo mi martirio,
que sólo el eco á mi clamor responde.
Á tanto afán el corazón desmaya
y á la amargura abandonado queda;
nave impelida á tempestuosa playa
sin que una mano socorrerla pueda.

Vibre en el grito que mi labio exhale
toda la angustia que en el alma siento;
no hay ya dolor que á mi dolor iguale,
no hay lamento que acalle mi lamento.
. . . .

***

¡ Ay ! ven á mí, Resignación sublime,
compañera del bien, virtud cristiana;
calma el pesar que al corazón oprime,
la sangre ten que de la herida mana.
. . . .

***

Apagaban su brillo las estrellas,
cercana ya la luz del nuevo día,
y desde el lecho dirigí las huellas
á desierto lugar, donde la cuna
en que el perdido bien antes dormía,

se hallaba como prenda abandonada,
envuelta en un reflejo de la luna
á que daba el cristal furtiva entrada.

Reinaba en torno silencioso duelo,
y el pálido destello parecía
una lluvia de lágrimas del cielo
que sobre el breve cabezal caía.

Allí, de hinojos, cual imágen muda
del Supremo Dolor, lloraba ansiosa,
el semblante á los cielos convertido,
la que el amor á mi existencia anuda
con vínculo eternal, la dulce esposa
á quien me viene á unir con nuevo lazo
la aguda pena por el sér querido
que arrebató la muerte á su regazo.

Vencedora la lumbre matutina
bañó el recinto y nuestra faz doliente,
y en la cuna, al través de la cortina,
vibró su claridad intermitente.
Con pupila nublada por el lloro
surgir miramos del sutil encaje
vagos contornos de alabastro y oro,
cual los que pinta el sol sobre un celaje.
Y de improviso, como niebla pura
que anima, con la aurora, el aura leve,
se alzó del hijo amado la figura,
más blanca que los copos de la nieve.
Al brillo tenue de la luz remisa
verlo creímos y aspirar su aliento,

oír su voz, gozar con su sonrisa,
palpar su sér, sentir su pensamiento.
En la frente mostraba reflejada
del serafín la mística dulzura,
y ofrecía en la límpida mirada
todo un cielo de amor y de ternura....

....

Borrada la visión en raudo instante,
cercó la cuna aterrador vacío,
y el lloro acerbo de la madre amante
corrió mezclado con el llanto mío....

***

Ni un lirio queda ya, ni una azucena
de cuanto ornó su tumba; sólo brilla
la guirnalda inodora y amarilla,
emblema vivo de mi amarga pena.
La maternal solicitud decora
con nuevas flores el sepulcro abierto;
mas ah! ni en él, cuando el alivio implora,
encuentra paz el corazón desierto.
Madre infeliz, las rosas que aquí dejas,
en vez de dar á tus angustias calma,
al marchitarse exhalarán tus quejas
y aumentarán las sombras de tu alma.
Á más clara región ir es preciso
para apurar la fuente del consuelo,
que no mora en la tierra el Paraíso
y es patria de los ángeles el cielo.

Si anhelamos soñar con la ventura
y al sér querido convertir la frente,

sigamos ¡ ay ! por la divina altura
la huella de su amor, tras nuevo oriente.
Y halle, en pos de tan altas ilusiones,
alivio el alma á su dolor inmenso,
cual hallan á su Dios los corazones
al subir por la escala del incienso.

Enero de 1903.



QUEJAS INTIMAS

(MANUEL ANTONIO)

Al visitar ayer tu sepultura
vi de una flor abrirse la corola,
y al dar su esencia pura
en aquella mansión helada y sola,
sentí impregnada la desierta calma
de más honda y mortal melancolía,
cual si vagara en derredor un alma
llorando tristemente con la mía,
y al volver á la flor los turbios ojos
contemplé como en éxtasis sublime,
simbolizado en sus matices rojos
el poder que del mundo nos redime.
Y aquel ambiente como yo tan triste,
y aquella flor tan bella como el cielo
me mostraron que en todo cuanto existe,
hay luz y sombras, y esperanza y duelo.

Abril de 1903.

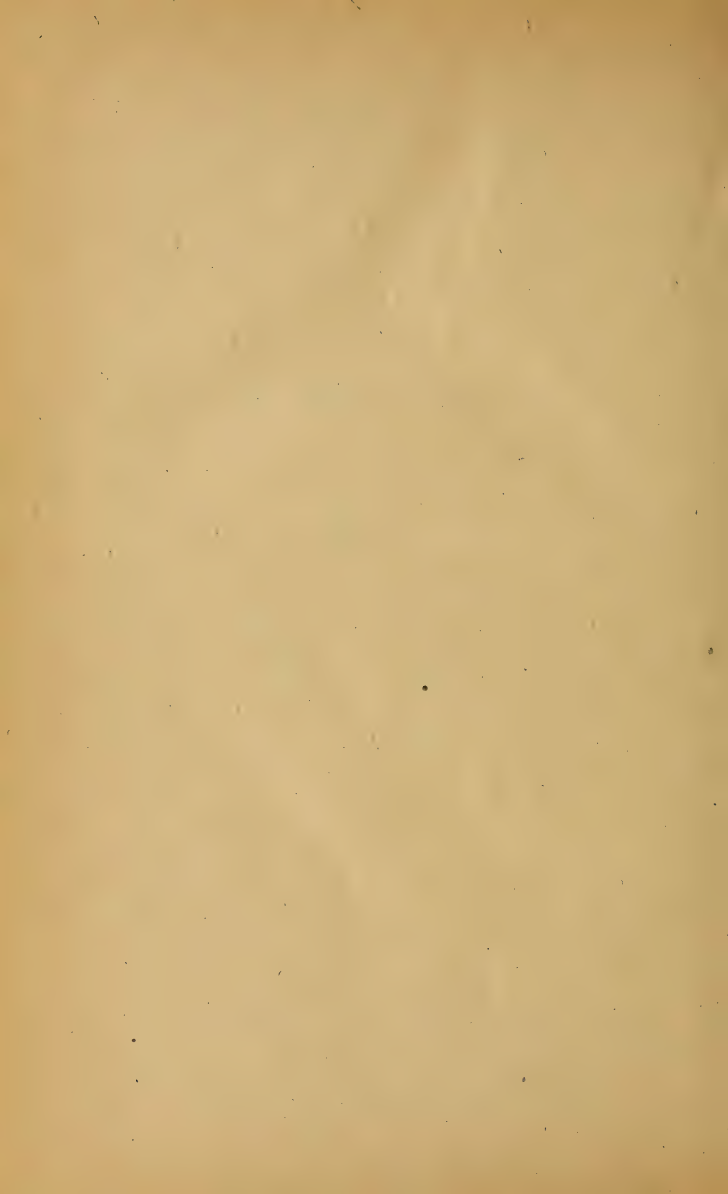


ANTE EL RETRATO DE SU HIJO MUERTO (*)

Es tu imagen prenda mía
tal consuelo en mi aflicción,
que sin ella no tendría
paz ni luz un solo día
mi doliente corazón.

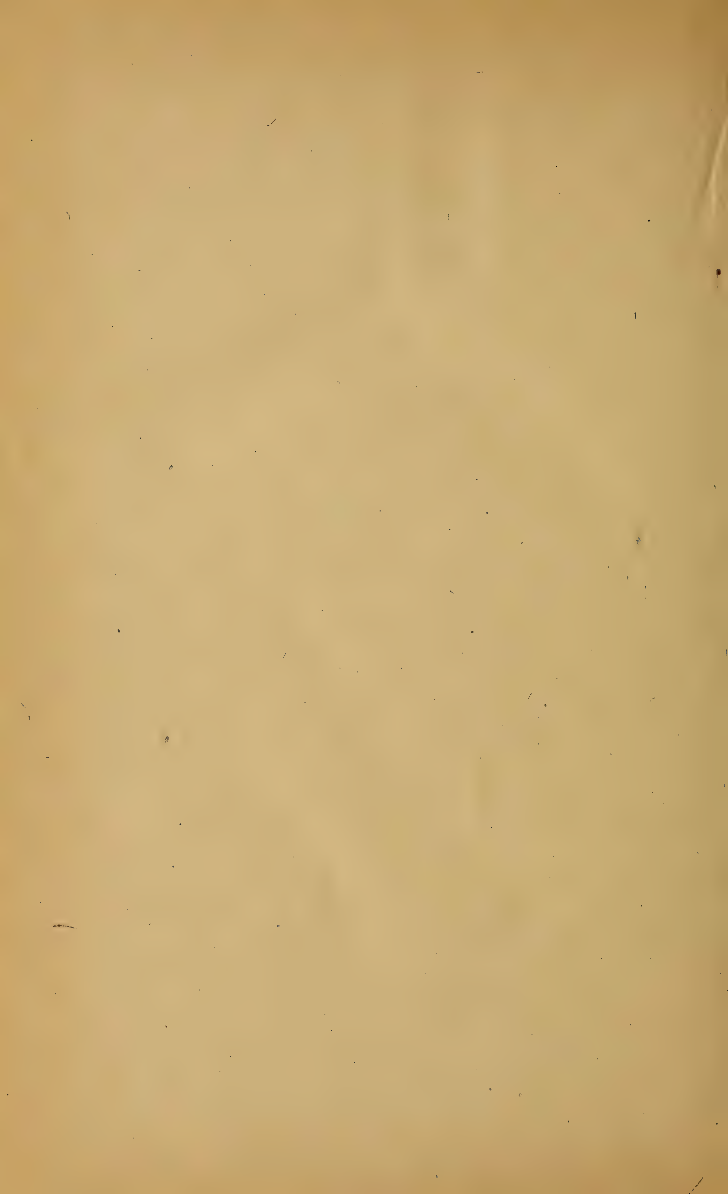
Octubre de 1903.

(*) Ultima poesía, dictada por el autor pocos días antes de su muerte.



TRATADO

DE SINTAXIS CASTELLANA





Tratado de Sintaxis Castellana

SINTAXIS Ó CONSTRUCCIÓN

PARTE ISAGÓGICA

1. Toda palabra es la expresión de una idea más ó menos determinada, y de la oportunidad de su empleo en el discurso depende, por modo exclusivo, la clara enunciación del pensamiento. Si en la manera de colocar los vocablos no se obedece al orden lógico de las ideas, desvirtúase el concepto y pierde la frase la principal de sus condiciones que es la perspicuidad. La parte que en la gramática instruye por tal respecto y enseña á formar las oraciones de acuerdo con los principios regulares del entendimiento, denomínase SINTAXIS, voz derivada de las griegas *syn* y *taxis*, equivalente la primera á *con*, y significativa la segunda de *orden*, *arreglo*, *disposición*, etc. Entran en ella *la concordancia*, *el régimen* y *la construcción;* mas como la última de tales divisiones envuelve en sí misma la idea general de LA SINTAXIS, no parece

fuera de ley el reducirse á las dos primeras é inferir de su estudio el modo de proceder correctamente en la disposición de las cláusulas.

2. Obsérvanse en castellano dos especies de SINTAXIS, *la natural* y *la artificial*. *Natural* es la que exige correspondencia propia de las dicciones entre sí y orden inalterable en la posición de los vocablos: *artificial* la que, como su nombre lo indica, se vale de cierta libertad en la colocación de las palabras y autoriza el aumento ó la omisión de algunas de ellas, con el fin de comunicar á la frase mayor pompa y gallardía. De ambas construcciones se tratará separadamante.

SECCION PRIMERA

SINTAXIS NATURAL

CAPÍTULO I

De la concordancia

3. No hay oración gramatical donde los términos variables aparezcan independientes unos de otros, ni período sintáctico en que dejen de concertar el adjetivo con el sustantivo y el verbo con el sujeto. El artículo, el pronombre y el participio se someten en su terminación á las propias variaciones sufridas por el sustantivo; y la conformidad que de todo ello resulta entre diversas palabras declinables, es lo que se llama *concordancia*.

I

Concordancia de sustantivo y adjetivo

4. El nombre, como centro principal de la oración y principio generador de ideas accesorias, puede figurar sin la concurrencia del adjetivo; pero si se quiere testificar el concepto que de la cosa representada por él forma el entendimiento, hay que acompañarle el calificativo, ó sea el vocablo denotativo de su naturaleza, en cuyo caso deben ambos conformarse en género y número. Cuando decimos *el sol es bello* referimos la condición particular de belleza á la idea expresada por el sustantivo masculino *sol*, para lo cual nos valemos del propio género en la terminación del adjetivo, y del número singular, que es en el que se encuentra el nombre calificado.

5. Si el objeto nombrado produce en nuestro ánimo varias impresiones, cuya enunciación requiere otros tantos adjetivos, fuerza es subordinar el sustantivo, así en el género como en el número, las voces que por tal respecto aparezcan en la oración. Al decir, por ejemplo, *la aurora es hermosa, blanca y benéfica*, damos á conocer el efecto que por su hermosura, lo blanco de su luz, y los beneficios que reparte, causa en nuestro sér el objeto representado por el sustantivo *aurora*, al que corresponden los tres adjetivos, puestos, como él, en género femenino y en número singular.

6. Hay adjetivos de cierta índole, que como *fácil*, *sensible*, *impune* concuerdan en ambos géneros con el

sustantivo sin alterar por ello su terminación. Así hablará tan correctamente quien emplee las locuciones *camino fácil*, *corazón sensible*, *crimen impune*, como quien use las frases *falta impune*, *alma sensible* y *empresa fácil*. Las variaciones por razón de número á que está sujeto el adjetivo en su concordancia con el sustantivo, no admiten ninguna excepción.

7. Cuando el adjetivo califica dos ó más nombres toma el número plural, sin que obste para ello la posición en singular de todos los sustantivos ó de alguno de los mismos. Quien dice LAS VIRTUDES *y* LA BELLEZA *son* AMABLES, atribuye á más de un poder la condición de amabilidad, por lo que coloca en plural el adjetivo, aunque el último de los sustantivos está en singular. Lo propio sucedería si devuelta al primero su significación abstracta ó metafísica se dijese LA VIRTUD *y* LA BELLEZA, pues el adjetivo en tal caso siempre se refería á dos sustantivos, bien que puestos ambos en número singular.

8. Al concurrir en la oración varios nombres de género diverso, la concordancia exige que el adjetivo ó los adjetivos correspondientes vayan en masculino por ser este género el que en su representación ideológica puede abrazar de cierto modo la distinta naturaleza de los sustantivos; v. g.: EL RÍO, LAS FLORES *y* EL AMBIENTE *estan hoy* DELICIOSOS, frase en que el adjetivo *deliciosos*, puesto en masculino, determina una circunstancia temporal de lo representado por los sustantivos del mismo género *río* y *ambiente* y por el femenino *flores*. Bello dice: *Da lástima ver ensartadas en* UN ESTUDIO *y* VERSIFICACIÓN *tan* HERMOSOS *unas flores tan ajadas y mar-*

chitas. (1) Recomiendan sin embargo, algunos gramáticos (2) la inmediata correspondencia de un masculino con el adjetivo que haya de calificar nombres de distinto género, por no herir violentamente las leyes de la concordancia y ser ésta la práctica entre los buenos escritores. El mismo Bello en otra parte se expresa de la manera siguiente: *no basta que sean propias las palabras y correctas las frases, si no se profieren con los* SONIDOS, CANTIDADES *y* ACENTOS LEGÍTIMOS; (3) cláusula donde se ve al adjetivo *legítimos* referirse tanto á los sustantivos masculinos *sonidos* y *acentos* como al femenino *cantidades*, pero colocado éste de manera que no afecte por modo directo el sentido de la frase en el orden de las terminaciones.

II

Concordancia de sustantivo y verbo.

9. El verbo no sólo enuncia la acción del sujeto sino el tiempo en que ella se desarrolla. Su oficio es manifestar la actividad del espíritu, enlazar los términos del juicio respectivo y dar al concepto la debida precisión. De aquí su obligada conformidad con el nombre en las varias inflexiones de que es susceptible, y la necesaria relación de número entre uno y otro para no faltar á la ilación sintáctica, que es consecuencia legítima de la índole del entendimiento. En este ejemplo, *el ruiseñor*

---

(1) Juicio crítico de Don José Gómez Hermosilla.

(2) *Salvá*—página 104.—*Pellegrín*—Gramática Universal aplicada á la lengua española—página 178.

(3) Principios de Ortología y métrica—Prólogo.

canta, pónese el verbo en tercera persona y en número singular por referirse á la acción de un solo sér, ejercida en situación distante del que habla. No así en la frase, *los pájaros gorjean*, donde si el desarrollo de una facultad pide para su expresión la misma tercera persona del verbo, reclama al propio tiempo el plural por derivarse de varios seres. La especie de cohesión que entre las ideas *ruiseñor* y *cantar pájaros* y *gorjear* se establece respectivamente en los susodichos ejemplos por la concordancia de verbo y sustantivo, es análoga á cuantas oraciones guarden tales principios en los accidentes de número y persona.

10. Fuera de ciertos verbos que, como *llover*, *tronar*, *granizar*, *relampaguear*, etc., constituyen por sí solos las llamadas entre los gramáticos *oraciones terciopersonales*, (1) no puede esta parte de la oración figurar en el discurso con absoluta independencia del sustantivo.

11. Cuando el verbo determina alguna circunstancia correspondiente á dos nombres, toma el número plural aunque ambos sustantivos estén en singular, como EL CIELO *y* LA TIERRA *se* ENGALANAN. Aquí el hecho de engalanarse queda referido al cielo y á la tierra por una simple modificación verbal debida á la concordancia. Idéntica regla se observa al juntarse más de dos sustantivos, como en los siguientes versos de Jovellanos:

---

(1) *Hermosilla.*—Principios de Gramática General.—*Arbolí.*—Lecciones de Filosofía.—Tomo III.—Gramática General.

El júbilo, el sosiego
Y el gozo nos «visitan.» (1)

donde la acción de visitar requiere para su señalamiento el plural por atribuirse á tres entes de razón representados por otros tantos nombres. La misma ley regiría si se suprimiese la conjunción copulativa antes del último sustantivo. (2)

12. Los nombres colectivos no consienten el empleo de número distinto al suyo en el verbo que ha de darles movimiento. Por ello, conforme á buena concordancia habrá siempre que decir: «el ejército» que «marchaba» «hacia Palencia «pernoctó» en Valladolid». Recuérdanse no obstante, por respetables autoridades (3) ciertos pasajes de ingenios que como Cervantes y Hurtado de Mendoza, ponen en plural el verbo que se refiere al colectivo indeterminado «gente». Gonzalo de Illescas también usa de esta licencia en la siguiente frase: «sabiendo que lo habían con «gente arrebatada» «y que no «peleaban» «sino como ladrones. (4) Más adelante dice el propio historiador: «desembarcó su majestad en Palermo, y «acudiéronle toda la isla» «con servicios y congratulaciones de la victo-

(1) Idilio *al sol.*

(2) Omitida la conjunción se ofrecen, no obstante, ejemplos como el siguiente:

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo «procede» y «pasa» al bueno
(*Rioja.* Epístola moral)

Con respecto á este caso véase la silepsis en la *sintaxis artificial.*

(3) *Real Academia Española.*—Gramática—página 218—Salvá—página 106.

(4) Jornada de Carlos V á Túrez.

ria». (1) En este ejemplo el uso de un tropo convierte en nombre colectivo el femenino singular «isla», el cual concuerda con el verbo «acudir», puesto en número plural. Semejantes locuciones, tenidas por vitandas entre algunos legisladores de la lengua castellana (2) y disculpadas por otros, (3) no hieren el sentido cuando entre el nombre y el verbo media un número regular de vocablos. Si se dice con Saavedra Fajardo: «siendo «gente numerosa y feroz» «que «destruía» «las provincias, era fuerza que «pasasen» «de unas á otras para sustentarse», (4) al colocar en plural el segundo de los verbos que denotan acción del sujeto, atiéndese más á la idea del colectivo «gente» que á su verdadera posición gramatical.

13. El colectivo partitivo que ejerce en oraciones consecutivas el mismo oficio sustancial, puede concertar en singular con el verbo ó verbos de la primera, y transferir luégo su acción al nombre en plural que le sirve de complemento, en cuyo caso tomarán este número las respectivas inflexiones verbales. La siguiente estrofa de Don Gaspar Núñez de Arce corrobora de un modo práctico tal licencia gramatical.

Con mudo afán y punzadora pena
Multitud de mujeres contemplaba
El brutal frenesí de aquella hiena,
Desde una roca inaccesible y brava.
De acerbo llanto silenciosa vena

---

(1) Ibid.

(2) Martínez López—Gramática—páginas 218 y 219.

(3) Bello—Gramàtica—página 191.

(4) Corona Gótica, Castellana y Austriaca—Capítulo II.

Sus lívidos semblantes inundaba,
Y ante aquel espectáculo sangriento
Ni un suspiro exhalaron ni un lamento. (1)

La primera de las cláusulas contenidas en esta estancia poética ofrece la concordancia en singular del verbo *contemplar* con el nombre colectivo *multitud;* mas como de la idea general que éste encierra pasa aquí el entendimiento á fijarse en otra más concreta y precisa, cual es la representada por el vocablo *mujeres*, hácese concertar la inflexión del último verbo con el sustantivo plural que viene á reemplazar al colectivo en su oficio de sujeto principal. (2) Tales faltas de concordancia, menos reales que aparentes, están en cierto modo autorizadas por la *silepsis*, figura de que se hablará en la *sintaxis artificial.*

14. Los infinitivos sustantivados no pueden figurar en la oración sin la concurrencia de otro verbo con el cual conciertan siempre en singular como sucede en estos dos períodos rítmicos que corresponden respectivamente á Valbuena y á Gallego:

Al sordo «murmurar» que «se despeña»
El hondo valle suena comarcano. (3)

Retiembla la alta sierra
Y el ronco «hervir» de los volcanes «calla.» (4)

---

(1) Ultima lamentación de Lord Byron.—Octava LXIV.

(2) Don José Echegaray presenta en el siguieute ejemplo la concordancia directa del verbo con el nombre común, que sirve de complemento al colectivo *bandada*:

Como á palos se espantan en su hartura
Negra bandada de pesados cuervos.

Haroldo el Normando.. Acto III Escena última.

(3) Bernardo—libro II.

(4) Oda *A la defensa de Buenos Aires.*

15. No se consiente el uso del plural en los infinitivos que desempeñan el oficio de nombres; pues si bien Cienfuegos, en verso citado por Salvá (1) permitióse tal licencia, nunca logró por ello sino censura entre los doctos humanistas de su época. (2)

16. La condición peculiar del infinitivo es prestar carácter al verbo; mas como éste, filosóficamente considerado, sólo se halla en el sustantivo *sér*, no es de extrañarse que aquel aparezca en ocasiones como adjetivo y aun se califique de tal por los partidarios de cierta escuela. (3) Si el único objeto del verbo fuese representar unas veces la condición particular de existencia y otras la idea precisa de tiempo, claro es que su índole atributiva dependería de principios meramente convencionales y nada cónsonos con las teorías de algunos filósofos (4) que presumen probar la anterioridad de los verbos activos sobre el indicativo de sustancia. Bien que esto último no sea tampoco aceptable por la imposibilidad de imputar acción alguna á lo que carece de vida en el entendimiento, siempre el espíritu considera como propiedad de seres determinados el empleo de ciertas fuerzas ó el ejercicio de ciertas facultades. Las mismas leyes estatuidas para la concordancia de nombre y verbo comprueban la analogía existente entre éste y el atributo. Veamos cómo: dice Mateo Alemán en su famosa novela: LA MURMURACIÓN *como hija natural del odio y de la envidia, siempre* ANDA *procurando como manchar y oscurecer las*

---

(1) Gramática—página 160.

(2) *Hermosilla*—Juicio crítico, tomo II, páginas 226 y 227.

(3) *Destutt-Tracy*, *Martínez López*, *Arbolí*, etc., etc.

(4) *Hermosilla*—Principios de Gramática General.

vidas y virtudes ajenas; (1) ejemplo donde el verbo *andar*, antepuesto en singular ó en gerundio que en su compañía enuncia la acción directa del sujeto, y conforme al propio tiempo en número y persona con el sustantivo *murmuración*, atribuye á la idea general que este representa la cualidad particular de ir trasmitiendo su influjo á extraños elementos para conseguir el perjuicio absoluto de las vidas y virtudes ajenas. Cuando Cervantes, en Persiles y Segismunda, aludiendo á la historia, á la poesía y á la pintura afirma *que se simbolizan entre sí y se parecen tanto, que cuando* ESCRIBES *historia* PINTAS *y cuando* PINTAS COMPONES (2) establece una concordancia de número y persona entre su imaginario interlocutor y los tres últimos verbos, concordancia por cuyo medio refiere al sujeto de la oración las facultades privativas del sér metafísico que ya es aquí representante de la idea de *escribir*, ya del concepto de *pintar*, ya del principio de *componer*. Semejantes consideraciones, pertenecientes más bien á la gramática general, tienden sólo á probar la similitud del verbo con el nombre atributivo.

III

Concordancia de artículo y sustantivo

17. El artículo, propiamente hablando, es un adjetivo que expresa la extensión en que se toma el concepto enunciado por el nombre común; y de su conformidad con el sustantivo en género, número y caso derí-

(1) Parte I. Libro I. Capítulo VIII.

(2) Capítulo XIV.

vase en gran manera el ordenado desarrollo de la proposición. Quien dice, *el cielo está hermoso, la naturaleza se atavía, los árboles susurran, las aves trinan*, hace concordar el artículo definido con *cielo* y *árboles* en masculino, en femenino con *naturaleza* y *aves*, con los dos sustantivos de las primeras oraciones en singular, en plural con los de las dos últimas, y en nominativo con todos ellos, revelando de ese modo la más ó menos amplitud que ha dado á las distintas ideas que en dichos nombres se representan. De la propia suerte se adaptan las varias formas del indefinido *un* á las leyes de concordancia porque se rige la oración gramatical, si bien este artículo contribuye á enunciar más vagamente que el definido aquellos actos intelectuales de que son los sustantivos expresión particular, como lo prueba el siguiente terceto de Herrera :

> *"Un" divino esplendor de la belleza*
> *Pasando dulcemente por mis ojos,*
> *Mi afán cuidoso causa, y mi tristeza.* (1)

La correspondencia en género masculino y en número singular que es motivo en el citado ejemplo de la asociación ideológica entre el sustantivo *esplendor* y el artículo indefinido *un*, sustrae el entendimiento del concepto que con el empleo del definido *el* se hubiera precisado, y lo lleva á buscar en algo más indeciso, aunque menos general, el origen de las pasiones á que está sometido el poeta.

18. Las cláusulas formadas por la unión del *lo*, en sentido neutro, á un adverbio como *lejos* ó á un adjetivo masculino como *bello*, son mera expresión de algu-

(1) Elegía primera.

nas ideas abstractas que surgen en el espíritu, emanadas de un concepto anterior; mas cuando se les junta á modo de complemento, un nombre masculino ó femenino, puesto en genitivo, pierden su carácter metafísico, y vienen á representar un principio concreto de cualidad, como en el siguiente ejemplo de Cadalso: LO EXTRAÑO DE LA DEDICATORIA *de mi amigo Nuño á su aguador Domingo* y LO RARO DE SU CARÁCTER, *nacido de la variedad de cosas que por él han pasado, me hizo importunarle para que me enseñase la obra.* (1) En tales locuciones no se comete error alguno de concordancia, pues la forma *lo*, en el primer caso, corresponde á una abstracción del pensamiento, y en el segundo, ó sea en el ejemplo transcrito, contribuye á la enunciación de varios juicios juntándose respectivamente á los adjetivos *extraño* y *raro*, que si bien califican nombres de distinto género como *dedicatoria* y *carácter*, no es sin el auxilio de la preposición *de*, cuya concurrencia les da apariencia sustantival. Cuando en la oración no se ofrece el genitivo tampoco se falta á la concordancia si el artículo neutro cobra la condición de adverbio, como en la siguiente frase: *es de notar* LO VENENOSAS *que son las serpientes africanas;* ó si va sobrentendido un verbo, como en esta otra: *en* LO AMABLES *é* INTELIGENTES *no hay mujer que venza á los venezolanos.*

---

(1) Cartas marruecas. VIII

IV

Concordancia de sustantivo y pronombre.

19. Recordar en la oración la idea del nombre ó de la frase que desempeña el oficio de sujeto; servir de enlace entre una parte de la cláusula y la denominada *antecedente*; representar alguna persona ó cosa ya referida, he aquí lo que toca al pronombre como agente gramatical. Con excepción de los personales *yo, tú, él*, y sus respectivas modificaciones, todos los pronombres pueden tomarse como adjetivos sustantivados, por ser, en ley de verdad, frases elípticas, todas aquellas en que aparecen usados en lugar de nombres.

20. El pronombre relativo concuerda con el sustantivo en género y número, bien que es unas veces la terminación del artículo que le acompaña lo que señala su conformidad con el nombre, y otras el sentido natural sin auxilio de parte alguna de la oración. Este pasaje de Fray Luis de Granada servirá de apoyo á entrambas afirmaciones: *más perfecto que el agua es el aire con* QUE *vivimos y respiramos, y* EL QUE *acarrea esas mismas aguas de la mar á la tierra.* (1) En el primer inciso se ve al relativo *que* repetir por sí solo la idea de 'aire,' y en el segundo referirse á lo mismo en unión del artículo definido *el.* Tal pronombre, lejos de impedir la repetición del sustantivo, válese á veces de su compañía para prestar mayor claridad á la dicción, como se observa en este otro ejemplo del supradicho autor: "después deste elemento tiene el segundo lugar el agua que

(1) Símbolo de la Fé—Parte I. Capítulo XXVII, § único.

es la que hace fructificar la tierra; 'la cual tierra' 'cuanto es de su naturaleza, es como cal, que es estéril y seca como ella.' (1)

21. El pronombre 'quien,' referido de continuo á persona, debe conformarse en número con el nombre que viene á representar en la oración, (2), pues aunque hay ejemplos como éste

> *« Cándidas niñas » á « quien » siempre veo.*
> *Cruzar por mi memoria, (3)*

la fidelidad del sentido exige por tal respecto una concordancia regular; v. g.:

> *Ni á la guerra civil que á los maridos*
> *Suscinan conjuradas « las mujeres, »*
> *« A quienes » ya parecen reducidos*
> *los gajes mensüales de alfileres .... (4)*

22. Con no poca frecuencia se halla este relativo aludiendo en la oración á cosa ó cosas personificadas; mas procúrase siempre por los buenos escritores que la personificación no recaiga en objetos de inferior naturaleza. (5) Los siguientes ejemplos, de Maury el prime-

(1) Ibid.

(2) Tenido por indeclinable entre los antiguos no es raro verlo usado en singular, aun cuando se quieran representar con él muchas personas ó cosas personificadas. A tal ocasión cita Bello, página 89, una cláusula de Cervantes.

(3) A. F. Grilo—La Inocencia.

(4) *José Joaquín de Mora*—Leyendas Españolas—Don Policarpo.

(5) Bello dijo en la "Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida:"

> Tú das la caña hermosa
> De do la miel se acendra
> Por *quien* desdeña el mundo los panales;

y hay que convenir en que, no obstante la impropiedad de la personificación; el concepto resulta soberanamente bueno.

ro y de Cañete el segundo, dan á conocer el buen acuerdo con que puede hacerse uso de semejante licencia:

Tú, que prendiste el río y el torrente,
Que el campo has hecho páramo desnudo,
«A quien» aclama el aquilón rugiente,
Invierno vencedor, yo te saludo. (1)

—

'El primero de esos dos romances es un precioso poema donde se pinta con envidiable concisión y rica vena fantástica, el poderoso atractivo de la hermosura, "por quien" 'el más cuerdo se torna loco, etc.' (2)

23. Cuando el sobredicho pronombre se trueca de relativo en indeterminado, puede emplearse en singular ó en plural, según la idea de acción indirecta que con su auxilio se intenta representar. Ejemplos:

«Quién» despluma las aves, «quién» al fuego
Ramas secas añade, «quién» lo atiza,
«Quién» va y viene á la fuente presuroso,
«Quién» friega los pucheros y vasijas. (3)

—

«Quiénes» tranquilos departen
Y el alma dejan en prenda;
«Quiénes» próvidos reparten
Rústica, alegre merienda. (4)

24. Como el relativo 'cuyo' está íntimamente ligado al nombre, por cuanto guarda relación con las propiedades ó accidentes de éste que es forzoso determinar, debe siempre aparecer en inmediata posposición al sus-

(1) Esvero y Almedora—Canto III.
(2) Juicio acerca de las obras inéditas de Quintana.
(3) *Angel de Saavedra*—El Moro Expósito—Romance VI.
(4) *Antonio Arnao*—El caudillo de los ciento—Capítulo I.

tantivo, ó á la frase que le sustituya en calidad de sujeto, por ser lo contrario muy ocasionado á censurables anfibologías. Ejemplo de su buen uso es el de La Fuente, cuando al hablar de los fenicios dice, 'que fundaron á Cádiz con el nombre de Gadir, comenzando por erigir un templo á Hércules, su divinidad favorita "cuyo" 'culto llevaban consigo á todas partes.' (1) Fuera de lo dicho, sólo no podrá afectar á la claridad de la frase la colocación de este relativo cuando entre él y el nombre á que se refiere aparezcan algunas oraciones incidentales, y pueda el que habla ó escribe valerse de una conjunción para no romper el orden gramatical. (2) v. g.:

Tu despeñas
En sonoras cascadas los torrentes,
Y hasta del centro de las rudas peñas
Desatas « manantiales »
En que apagan su sed los animales;
« Y a cuyo » placidísimo murmullo
Desde su nido, que en la roca esconde,
La enamorada tórtola responde
Con querelloso arrullo. (3)

25. 'Cuyo,' unido al verbo 'ser,' puede significar la pertenencia directa ó indirecta de alguna cosa, lo mismo que el concepto de duda en la posesión de la misma, para

---

(1) *Historia de España*—Parte 1—Libro I.

(2) Sin el auxilio de la conjunción presumió el autor de la *Oda á Francisco Salinas* conservar de este modo la ilación gramatical:

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada;
A *cuyo* són divino etc.

(3) *Gertrudis Gómez de Avellaneda*—Imitación del Salmo 103.

lo cual ha de referirse al sustantivo que representa el objeto ú objetos de la pasión respectiva, y concertar con él en género y número. En tales casos cobra el carácter de pronombre posesivo. (1) Sirvan de ejemplo las siguientes cláusulas poéticas:

---

(1) Bello, en la página 90 de su Gramática, rachaza en uso de este pronombre en inmediata anteposición el sustantivo, por no juzgarlo sino en su índole de predicado; mas cuando el docto humanista llega hasta baldonar tácitamente su empleo en aquel conocido verso de Garcilaso:

Tu dulce habla ¿ en cúya oreja suena ?

no pára mientes en que ahí el pronombre, en la forma interrogativa, no hace más que aparecer, lo mismo que siempre, como el legítimo descendiente del *cujus* latino, genitivo de *quis*, y equivalente por tanto á *de quien.* De igual delito se habría hecho reo Cervantes cuando dijo en su *Elegía á Don Diego de Espinosa :*

¿ A quién irá mi doloroso canto,
O en *cúya* oreja sonará su acento
Que no deshaga el corazón en llanto ?

Por igual manera habían pecado Ruiz de Alarcón y Ojeda, el primero en su comedia *Los favores del mundo* [Acto I Escena VIII] cuando dice :

¿ Cúyo crïado será
El que está hablando con ellas ?

y el segundo en *La Cristiada* [Libro VIII] donde pone en boca de los súbditos de Lucifer los siguientes versos :

¿ Llevareis en paciencia que os arguya
Sobre quién es, ó cúyo hijo, Cristo ?

No en forma interrogativa, mas en sentido análogo, lo empleó Fr. Luis de Granada en la Guía de Pecadores (Libro I—§ I) donde se lee : "somos semejantes en esto á los animales brutos que están bajo la encina, los cuales cuando les está su dueño desde lo alto vereando la bellota, ocupados ellos en comer y gruñir unos con otros sobre la comida, no miran á quién se la da, ni saben qué cosa es levantar los ojos para ver por "cuya mano" 'se les hace este beneficio.' De arcaico podrá ser tildado quien se valga de semejantes locuciones : nunca de incorrecto.

«¿ Cúyos son» estos balcones ? (1)

No es menester que digáis
« Cúyas sois, » mis alegrías,
Que bien se vé que sois mías
En lo poco que duráis. (2)
Ni sér alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe «cúyo es» aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente (3)

26. Los pronombres personales, como genuinos sustituidores del nombre en la oración, pueden, sin compañía alguna, ocupar la posición del sujeto; mas á ninguno de ellos es dado aparecer como tál sin necesidad de referirse á una idea precedente, expresa ó sobrentendida, de la que siempre tienen que hacer derivar su respectiva modificación de género y número. Al decirse por un personaje de Lope de Vega:

Metí mano, y «¿quién va ?» dije ;
Respondió : « Un hombre ; » y embisto
Con « él; » y « él, » de mí apartado,
Que era el Rey, Estrella, dijo, (4)

conviértese el pronombre *él* en sujeto de la segunda oración, y se pone en género masculino y en número singular por ser recuerdo inmediato del sustantivo *hombre*.

27. *Nos*, contracción de la primera persona del plural masculino, ofrece la singularidad de poderse refe-

---

(1) *Ruíz de Alarcón.* — Las Paredes oyen.— Acto I Escena XVIII.

(2) *Calderón.*—Amar después de la muerte—Jornada II—Escena V.

(3) *Zorrilla.*—Ira de Dios.—poema bíblico.—Canto III.

(4) La Estrella de Sevilla—Acto II—Escena IX.

rir á un solo sér en el ejercicio de altas dignidades, como sucede con los diocesanos y vicarios, á quienes de contínuo se les ve dar comienzo á sus decretos, pastorales y aprobaciones en esta ó parecida forma: Nos *Don Pedro de Sobrarbe y Rodríguez, Vicario Eclesiástico de esta Villa y su partido. Por la presente y por lo que á* Nos *toca* CONCEDEMOS *etc.*

28. *Vos*, contracción de la segunda persona del plural, se emplea generalmente como término de respeto en el trato oficial, en el estilo levantado, y en todas aquellas ocasiones que requieran una expresión de ideas ó de sentimientos fuera de la usanza común; sin que la circunstancia de ir relacionada con una sola persona impida su concierto en plural con el verbo respectivo. Así dijo Meléndez Valdés al dirigirse al Príncipe de la Paz:

En alas de la pública alegría
Por la anhelada paz, de gozo llena,
A «vos» llega feliz la musa mía.
Disculpadla, señor, si acaso ajena
De un delicado acento cortesano,
Ruda «os» saluda, si de afecto llena.
Benigno «sois,» y miraréis humano
A quién sólo «agradaros» fiel procura,
Y en «vuestro» nombre se complace ufano. (1)

No siempre en la oración aparece enlazada dicha forma del pronombre á la idea de un solo sér, pues, especialmente en poesía, hay ejemplos, como el siguiente de Quintana, en que se conexiona por manera gramatical é ideológica con un sustantivo plural:

«Ojos Hermosos»,
Sabed que nunca parecéis más bellos,

(1) Epístola primera.

Sabed que nunca sois más poderosos,
Que cuando en «vos» se mira
El vivo afán que el sentimiento inspira. (1)

29. Al concurrir en la oración dos pronombres en singular, uno en primera ó segunda, y otro en tercera persona, referidos á la misma idea sustantiva, ó á una sola abstracción del pensamiento, puede el verbo concordar indiferentemente con cualquiera de ellos. Así se lee en *La Gatomaquia:*

Yo, «aquel» que en los pasados
Tiempos «canté» las selvas y los prados; (2)

y en un pasaje de Calderón:

Yo soy "aquel" que "maté"
A don Manuel mi enemigo; (3)

bien que entre renombrados autores castellanos se nota marcada preferencia por la concordancia del segundo con el verbo en tercera persona, (4) sobre todo cuando el primero de los pronombres va acompañado de alguna de las formas de ser, como en estos ejemplos:

Yo soy "aquel" mortal "que" por su llanto

---

(1) Oda *A la hermosura.*
(2) Silva I.
(3) *A secreto agravio secreta venganza.*—Jornada III.
(4) No obstante las controversias á que se presta este punto de concordancia, se ha obtemperado aquí á lo resuelto por la Real Academia Española "Gramática página 271;" mas si se observa que en tales casos la enunciación de un relativo independiza al verbo del pronombre personal y lo enlaza, por decirlo así, á la idea del sér indeterminado sobre el cual recae principalmente la atención, parece, no sólo más elegante, sino hasta más lógico, establecer la conformidad gramatical entre el verbo en tercera persona y el relativo, tanto más cuanto que este, después de hacer olvidar por completo el concepto representado por el pronombre personal, pasa á ocupar el puesto del sujeto, de tal propia suerte que en el siguiente ejemplo lo efectúa un nombre sustantivo:

"Fué" conocido más que por "su" nombre
Ni por "su" dulce canto. (1)

Yo soy "aquel que" en la invención "excede"
A muchos.... (2)

30. Las formas *mí, tí, sí,* correspondientes á los pronombres personales, sólo se usan en compañía de alguna preposición, ya para componer un solo vocablo denotativo de acción mutua, como *contigo (con-tigo)*, ya para indicar efectos accesorios como *a sí*, ideas de pertenencia, como *de tí*, ó principios de interés ó beneficio directo, como *por mí* y *para mí*. Ejemplos:

Mirad al Rey que os anunció el profeta :
Soy el hijo de Dios, soy «el Mesía,»
«Que» el rayo «apaga,» que la mar «aquieta,»
Del viejo amparo, de la infancia guía.

(Martínez y Güerteros.—Larmig—Canto ó Magdalena).

Si el relativo *que* referido à *Mesía*, exige en la antedicha estancia poé-tica la posición del verbo en tercera persona, pues al decirse

Que el rayo *apago*, que la mar *aquieto*,

resultaría viciosa la elocución, ¿por qué cuando éste ú otro pronombre viene à ejercer idéntico oficio ha de consentirse ó preferirse la concordancia del verbo con el personal *yo* ó *tú*, cuya representación desaparece desde que un relativo, ó un demostrativo con càracter de tàl, se ofrece como objeto principal de la atención? Sobrado sófistica es por tal respecto la doctrina de Salvà (Gramàtica—pàgina 108 y 109) pues el ejemplo allí citado. "Yo estoy aquí que lo sostengo,' no guarda relación alguna con el punto que se intenta dilucidar, desde luego que en él la presencia del verbo *estar* convierte en indirecta la acción del relativo *que*. Bello "Gramàtica—pàgina 199," juzga *contraria á la razón* la concurrencia en ocasiones anàlogas del verbo en primera persona; y Martínez López, "Gramàtica—pàgina 224," dice que "con *quien*, lo mismo que con el *que*, hay que traer el verbo à la *tercera persona* aunque hable la *primera* ó se hable de la *segunda*. Yo soy *quien* ó *el que* lo *ha* dicho. Tú eres *quien* ó *el que* lo *ha hecho*."

(1) *Quevedo.*—Musa séptima.—Canción.

(2) *Cervantes.*—Viaje del Parnaso.—Capítulo IV.

Funesta guerra, bendecida sea
Tu mano asoladora,
Si va "contigo" Dios á la pelea,
Si eres de santa paz próvida aurora! (1)

«Cuenta pues la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la cual con el gusto que tenía de oirle le hizo sentar junto Á sí en una silla baja.....» (2)

Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro "de tí" gritándote severa. (3)

"Para mí" da la tierra tantos frutos,
Nada el pez, pace el bruto, el ave anida,
Dos mundos ciñe el mar, luce la luna,
Alumbra el sol y las estrellas brillan. (4)

Dichas formas se usan sólo en singular; mas con la de *sí*, ó sea el caso oblicuo de la tercera persona, hay la circunstancia de que sin alterar su terminación puede representar un sustantivo plural, v. g.: *Poseedores* LOS HEBREOS *de la tradición bíblica, y sabedores del fin para que la mujer fué criada, la levantaron hasta* SÍ, *amándola como á compañera suya....(5)*

31. Los adjetivos *mismo* y *propio*, pospuestos inmediatamente á tales dicciones pronominales, con-

---

(1) *El Barón de Andilla.*—Guerra de España contra Marruecos.—Poema.

(2) *Cervantes.*—Quijote.—Capítulo XXXIII.

(3) *Espronceda.*—Diablo Mundo.—Canto II.

(4) *Martínez de la Rosa.*—Fantasía nocturna.

(5) *Donoso Cortés.*—Discurso sobre La Biblia.

tribuyen en gran parte á dar viveza al concepto respectivo, como se observa en este pasaje de Saavedra:

La muerte buscaré : la muerte anhelo....
Cómo sin tí vivir ? Aborrecido
Te debe ser quien te privó de padre.....
Aborréceme ! !.... Sí, yo, yo « á mí mismo »
Me aborrezco también. (1)

32. Los términos recíprocos *me*, *te*, *se*, relacionados con las tres personas del singular, y *nos* y *os* correspondientes á las dos primeras del plural, se emplean para significar que la acción del verbo al cual se juntan, recae por modo directo sobre el agente que la produce. *Se* pertenece también á la tercera persona del plural, por adaptarse tanto á la expresión de la idea de algunos seres cuanto al concepto de acción por parte de uno solo.—Véanse, en prueba de esto último, los siguientes ejemplos de Cervantes y de Hartzenbusch: 'Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno SE ACERTABAN, por lo menos SE DIVIDIRÍAN y FENDERÍAN de arriba abajo...." (2)

Y osado luego, á la temida fiera
Clavó el arpón, y "se" vistió su piel. (3)

33. Las terminaciones oblicuas *le*, *la*, *lo* para el singular y *les*, *las*, *los* para el plural, ofrecen la difi-

(1) Moro Expósito.—Romance V.

(2) Quijote.—Capítulo IX.

(3) La Muerte.

cultad de no poder ni deber usarse indiferentemente en dativo y acusativo, (1) pues si el primero de dichos

(1) Al tratarse en el *Arte de Hablar*, [edición de Salvá, páginas 154 y siguientes] de las supradichas formas pronominales, censûrase acremente el empleo del *lo* en acusativo masculino y se propone en seguida ei uso del *la* para el dativo femenino, lo cual vendría á perjudicar por alto modo la natural sencillez de nuestra lengua. El erudito editor de la citada obra didascálica, no obstante la copia de ejemplos y buenas razones que tanto en las páginas 151, 152 y 153 de su Gramática, como en las notas H é I de la misma opone á tales doctrinas, deja casi sin resolver el punto y dice respecto á él que *lo general es obrar con incertidumbre.* Don Alejandro Oliván, al confutar en su Discurso de recepción en la Academia Española algunas de las ideas de Hermosilla, califica de *especiosas* las teorías del célebre preceptista con relacióa à la forma del pronombre en el acusativo masculino, y encuentra el error en no distinguir la índole indeclinable del posesivo *este* de la declinable del personal *él*, así como en suponer que *lo* traduce únicamente *á illut* sin comprender *á illum* ni poder extenderse al masculino de acusativo, más el habilísimo arguyente no acepta por su parte la forma *le* referida en dicho caso á persona, y si bien la disculpa á las veces por razón de eufonía, presenta dificultades para su uso, sin detenerse á considerar que en muchas ocasiones, con sólo evitar el giro de la frase, se evita la antibología. Apoyado Martínez de la Rosa en la práctica constante de los maestros del buen decir, impugna á su vez los principios de Oliván; y si á todo ello se agrega que Pelegrín [página 48] reprueba la aplicacion de la forma del neutro en vez de la del masculino, que Martínez López [página 198] tiene por *bárbaro* el uso que ha hecho á *lo* sinónimo del masculino *le*, y que la Real Acodemia Española [página 241] ádmite indistintamente el *le* y el *lo* para el acusativo masculino, no se hallará á primera vista, en medio de tantas opiniones, solución posible ni manera de vencer el gravísimo inconveniente. El propósito de una conciliación es lo que nos ha hecho seguir aquí la regla asomada por Bello [página 218] al decir que puede emplearse con buen acuerdo la forma *lo* en el acusativo masculino si se trata de cosa, y *le* si de persona ó ente personificado. En cuanto al uso del *la* para el dativo femenino fuerza es rechazarlo de todo punto, sin embargo de los fundamentos expuestos por Bello [página 219], pues los motivos de duda que allí se alegan para preferir el *la* no son de tomarse en consideración desde el punto de vista gramatical, como muy bien se deduce de lo que en la diserta nota que comienza en la misma página dice el eminente filólogo, refiriéndose á los casos

casos se dirige á la persona ó cosa que de modo indirecto es afectada por el verbo, y que pide,[1] por ello, un complemento, es ilógico atribuirle la misma representación del *lo* masculino y del *la* femenino, aplicables únicamente á aquello que es fin ú objeto determinado de la acción respectiva. El uso de la forma *le* para el acusativo masculino, por más que hayan tratado de sancionarlo autores de alta valía como Fray Luis de León al decir:

El polvo roba el dia y "le" oscurece, (1)

es poco aceptable cuando el pronombre entra á representar cosa y no persona, v. g.: *recibo el periódico y* LE ABRO; donde la sustitución del *lo* por el *le* exige necesariamente el complemento en dativo, como en este ejemplo: *recibo el oficio y le rompo la cubierta.* Mas en el caso de referirse á persona empléase con buen acuerdo la forma *le* en el acusativo, como en las siguientes cláusulas de Mariana y de Leandro de Moratín: *el mismo mar donde* LE *arrojaron* (á Abides) LE *sustentó con sus olas, y echado á la ribera, una cierva* LE *crió con su regalo y con su leche.* (2)

¿Adónde, adónde está, dice el Infante,
Ese feroz tirano de Castilla?
*Pedro al "ver*le" *desnuda la cuchilla,*
Y se presenta á su rival delante. (3).

---

de reduplicación. La Real Academia Española [página 241] señala la variante *le* para dativo singular del nombre, sea masculino ó femenino y lo mismo previene Martínez López página 191] al criticar lo propuesto á tal ocasión por Gómez Hermosilla.

(1) Profecía del Tajo.

(2) *Historia de España.*—Libro primero.—Capítulo XIII.

(3) *La noche de Montiel.*

34. De todo punto censurable es el cambio del *la* por el *le* en el acusativo femenino, incorrección en que suelen incurrir los más notables escritores y que se advierte, con pesar, en el por todos respectos admirable período rítmico que se copia á continuación:

Desgraciada del alma que sin tino
En alas del error su vuelo encumbra,
Y abandonada y sola en su camino
Niega la misma luz que «le» deslumbra. (1)

De igual suerte hay que evitar el trueque de *le* por el *la* en el dativo del mismo género, falta que cometió Martínez y Güerteros (Larmig) cuando dijo:

Es cual la flor de la mañana, pura,
Como ensueño de amor es hechicera,
«La» dió el sauce su lánguida tristura,
«La» dió su gentileza la palmera. (2)

35. Los pronombres *mío*, *tuyo*, *suyo*, son meros adjetivos en cuanto no sustituyen al nombre sino se unen á él para denotar especialmente algún principio de posesión. Cuando se ofrecen formando oraciones por sí solos, llevan siempre, en virtud de la *clipsis*, (3) sobrentendido el nombre á que han de referirse, como en este caso:

Inmóviles tras las rejas
Permanecen « las figuras, »
Como estatuas sepulcrales
Apoyadas en sus urnas....

---

(1) *Núñez de Arce.*—Ultima lamentactón de Lord Byron.—Estrofa.

(2) «Querellas del vate ciego.»

(3) Véase esta figura en la Sintaxis artificial.

Y el ruiseñor en su rama
Canta con sangrienta burla
« Tuyas fueron ». . . . y sarcástico
El viento responde :—¡ Suyas! (1)

En compañía de un artículo, y siempre en plural, pueden llegar á figurar sin enlace gramatical con nombre alguno, bien que nunca en absoluta independencia ideológica. En tales ocasiones casi afectan la forma del sustantivo. Véase el siguiente ejemplo, donde la dicción *tuyos*, por efecto del artículo definido *los*, viene á testificar convencionalmente la existencia de varios seres en ocasión determinada:

Dunois. Esperemos.
Rey. Dunois !
Duque. Será posible !
Thibaut. Respira, vive !
Dunois. Cielos !
Duque. A sus manos
La muerte sucumbió !
Juana. Dón le encuentro !
Dunois. En medio de *los tuyos.*
Rey. En los brazos
De tu Rey, de tu amigo.
Juana. Yo os lo juro;
Sobre todas las cosas le idolatro. (2)

36. Las anfibologías á que suele dar lugar el empleo del posesivo *suyo* se subsanan fácilmente si el que habla ó escribe logra evitar, por medio de la debida colocación de las partes, que la posición de tal pronombre con respecto á los términos accesorios no aleje el entendi-

---

(1) *Pedro Antonio de Alarcón.*—Las Exequias del amor.

(2) *Manuel Tamayo y Baus.*—Juana de Arco.—Acto IV. Escena XII.

miento de la idea representada por el sujeto principal de la oración; (1) ó si consigue que cuando el posesivo se haya de referir al agente ó sujeto de un período incidental, quede colocado de suerte que no pueda establecerse conexión alguna sintáctica ni ideológica entre él y la acción predominante; v. g.:

Se arroja al punto Fernán
Con el puñal matador,
Que refleja «su» furor,
Sobre el nocturno galán, (2)

En medio de su aparente confusión hay aquí cierto orden de ideas que hace referir el *su* únicamente á Fernán, pues á más de ser éste el sujeto principal y ofrecerse la frase:

Que refleja su furor

como simple oración incidental, el acto de reflejar, atribuido al puñal, está indicando que la pasión del furor no puede derivarse sino del sér cuya exaltación se trasmite á todo cuanto le rodea. Lo demás sería conceder al sustantivo puñal una doble acción, lo cual es imposible.

Doblado so la inmensa pesadumbre
De un pensamiento colosal, inclina
Aquella noble frente que la lumbre
Del genio con «sus» rayos ilumina. (3)

---

(1) A tal respecto dice Hartzenbusch (Discurso de contestación á don Salustiano de Olózaga.—Memorias de la Real Academia Española.—Tomo III.—página 567.—) "La dificultad en el uso del pronombre ó adjetivo *suyo*, *suya* (*su* y *sus*) dificultad reconocida por la Academia, no es de las que se resuelven con un precepto, ó se excusan con un aviso. Por imperfección de la lengua la tenemos nosotros también, y no se le conoce otro remedio que emplear el pronombre ó adjetivo de modo que sólo se pueda referir á un nombre, lo cual es más fácil de prescribir que de ejecutar.

(2) *Arolas.*—Fernán Ruíz de Castro.—Leyenda.

(3) *García de Quevedo.*—Canto á Colón.

Adviértese en este ejemplo la claridad que es posible dar á un concepto sin rehuir las bellas trasposiciones de que es susceptible la sintáxis castellana. Véase con cuánta destreza y tino queda evitada la ambigüedad en la siguiente elocución poética, no obstante la repetición sucesiva del litigioso pronombre adjetival:

¿No basta, no, que la imperial matrona
Mire en girones « su » purpúreo manto,
Menguado el esplendor de « su » corona,
Campos los « suyos » de dolor y espanto? (1)

Con el fin de salvar el peligro valíanse los antiguos, al emplear este posesivo, de algunos circunloquios no muy aceptables en cuanto á la majestad de la expresión. Ejemplo de Solís: *dos frenos sin cuyas riendas queda* EL HOMBRE *á solas con su naturaleza, y tan indómito y feroz en ella como los brutos más enemigos* DEL HOMBRE. (2) Aquí donde exigía la naturalidad de la frase el empleo del posesivo en plural masculino en lugar del último sustantivo, prefirióse colocar batológicamente el vocablo 'hombre' al fin de la cláusula para evitar toda duda acerca del objeto sobre que recae la enemistad de los brutos.

V

Concordancia de nombre y participio.

37. Ninguna parte de la oración reúne tanto como el "participio" las condiciones naturales del adjetivo,

---

(1) *Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.*—Oda "Al Enlace de Doña Isabel II. con Don Francisco de Borbón."

(2) Conquista de Méjico.—Capítulo IV.

puesto que con él se anuncia el estado yá potencial, ya activo de cada ente, y se determina su posición con respecto á los demás. *Soy amado* significa una acción constante ó frecuente, ejercida por seres indeterminados, sobre la persona que habla; y *soy amante* el principio eficiente de la misma acción bajo el dominio espiritual de quien lo dice. El participio activo de presente, fórmase por lo común de las llamadas oraciones de relativo, como *maestro complaciente* que equivale á *maestro que complace :* el pasivo, denominado también participio de pretérito, toma unas veces el carácter de simple adjetivo como cuando se dice *hombre confiado*, y otras adquiere índole especial para denotar que el sujeto determinado no es agente de la acción respectiva sino objeto de ella, como en el dicho ejemplo *soy amado.* El oficio que este último desempeña en los tiempos compuestos del verbo quedó explicado en 'la Analogía.'

38. En cuanto á la debida conformidad sintáctica de ambos participios con el nombre sustantivo, es de advertir que el 'de presente' no altera su determinación sino por circunstancias de número, pues lo mismo se dice 'hombre' que 'mujer transigente, principio' que 'idea edificante, código' que 'doctrina tolerante, etc.' Si se dan casos, como los citados por Salvá, (1) en que se cambia para el femenino la desinencia del vocablo participial, no es más que por formarse en cada uno de ellos un sustantivo de naturaleza tan propia como la de todos los nombres correspondientes al género referido. El participio de pretérito se somete siempre al sustantivo en

(1) *Gramática.*—página, 161.

sus accidentes de género y número, y así habrá que decir "la dama" 'se halla "rendida, el preso está custodiado, los danzantes" 'se encuentran "fatigados, las huérfanas" 'han sido recogidas.' Esto se refiere á los casos en que el participio, unido á otros verbos, indica acción refleja, pues en la conjugación de los tiempos compuestos sabido es que conserva siempre la terminación masculina y el número singular por quedar entonces envueltos los tales accidentes en las inflexiones del auxiliar consabido y en los respectivos pronommbres personales.

39. Los participios anómalos, como 'compulso, extinto, despierto, omiso, incurso, disperso, inverso, manifiesto, etc.,' concuerdan con el nombre de la propia suerte que los adjetivos, v. g.:

De tu centro saltastes al abismo
Tu gran «sistema» en confusión «disperso;» (1)

y es de observar que con excepción de 'ingerto, preso, prescrito, provisto' y 'roto,' nunca pueden denotar acción alguna del sujeto acompañados del auxiliar 'haber.' El empleo de ellos en unión de 'estar' y de cualquiera de las inflexiones de 'hallar, ver, encontrar,' en forma pronominal, sirve para expresar por modo pasivo la misma idea del verbo en que tienen su derivación; por ejemplo: 'Dado un Diccionario compuesto por una Academia, nada más fácil que sacar á luz nuevos Diccionarios; mas los autores de éstos "se hallan incursos" 'de lleno en la censura ó moralidad de la fábula literaria de Iriarte, titulada Los Huevos, etc.' (2)

(1) *Fernando Velarde,*—Al Pico de Teide.

(2) *Monlau.—Del Arcaismo y el Neologismo.*—Memorias de la Real Academia Española.—Tomo I.—página 478.

40. La apariencia sustantival con que suelen ofrecerse entrambos participios es debida á la omisión por 'elipsis,' (1) de un nombre propio ó común, como cuando se dice "el firmante" 'responde de ello' (oración formada de otra de relativo): son muchos "los llamados" y pocos "los elegidos." (derivación de un concepto anterior). El mismo adjetivo considerado en su condición peculiar puede analógicamente cobrar el carácter de sustantivo, según el siguiente ejemplo:

¿No ves cómo se apaga
El rayo entre las manos «del Potente?» (2)

41. Al participio en cualquiera de sus formas le es dado prescindir por completo de su naturaleza verbal, y figurar como un mero calificador del nombre, caso en el cual ha de subordinársele, al modo de verdadero adjetivo, en cuanto se refiera al cambio de terminaciones. Véanse estos dos ejemplos:

«El piélago sonante»
Abrirá sus abismos: sorda al ruego
«La nube fulminante»
Su terrífica voz lanzará luégo
Y tinieblas, y horror, y lluvia y fuego. (3)

—

Larga «cola recogida»
En las «piernas descarnadas,»
«Cabeza» pequeña, «erguida,»
Las «narices dilatadas,»
«Vista» feroz y «encendida.» (4)

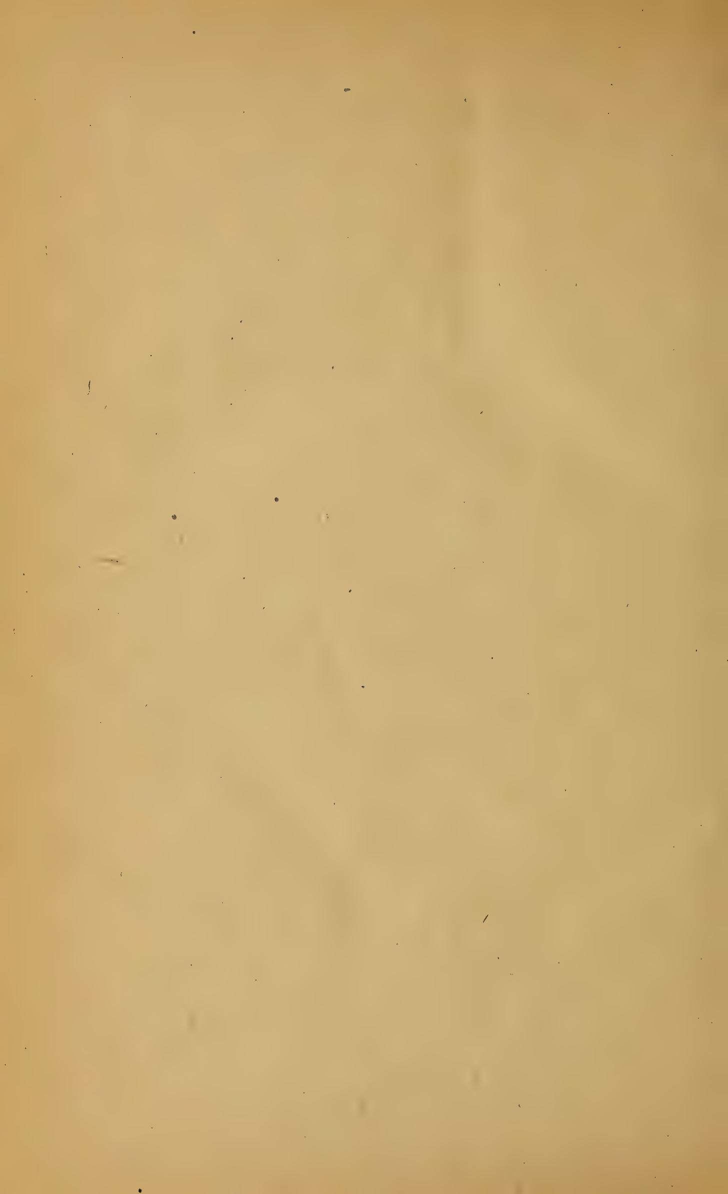
(1) Véase esta figura en *la sintáxis artificial.*
(2) *Lista.*—La muerte de Jesús.
(3) *Baralt.*—Oda á Colón.
(4) *Moratín.*—(N. F.) La fiesta de Toros.

VI

Consideraciones generales.

42. Es 'la concordancia' la parte de 'la sintáxis' ligada por manera más íntima al estudio filosófico del pensamiento, pues de ella se deriva la correspondencia lógica de las partes del discurso, y el arte de enlazar con oportunidad las ideas. La conformidad en los accidentes de número y persona respecto de las voces que indican acción, y la armonía que en género y número han de guardar forzosamente entre sí las palabras relativas á sustancia, calidad, extensión y enlace, es lo que viene á prestar condiciones de inteligible al concepto formado por el alma, ya en sus relaciones con el universo exterior ó sensible, ya en cuanto depende del orden puramente espiritual. Como no es posible que cada sentimiento de placer ó de dolor, cada una de las impresiones del ánimo, cada afecto del espíritu tenga en el lenguaje un signo especial, búscase en la correlación de los términos variables el medio de expresar claramente los juicios intelectuales y de informar las abstracciones del pensamiento, sin separarse nunca de la idea sustantiva en que con anterioridad haya fijado el alma el objeto primordial de su atención. Desde tal punto de vista puede considerarse 'la concordancia' como el estudio psicológico de la lengua respectiva.

ÚLTIMAS PAGINAS



DISQUISICIÓN HISTORICA LITERARIA

(POLÉMICA)

LOPE DE VEGA Y EL CABALLERO JUAN BAUTISTA MARINO

EL SONETO

"Daba sustento á un pajarillo un día"

ES DEL PRIMERO

En todo linaje de investigación literaria toca al erudito apreciar de igual manera ó atribuir idéntico valor á los recursos materiales y á las pruebas morales que puedan ofrecer por sí mismos los hechos cuya determinación se solicite. Recursos materiales son los nacidos del cotejo de las fechas ó de la comparación de sucesos acaecidos dentro de una misma edad, por donde viene á resultar la cronología especie de discreto lazarillo que va guiando al historiador ó al crítico al través de ciertas sinuosidades y tinieblas, hasta llevarlo con la fuerza de la lógica al conocimiento de la verdad. Pruebas morales

son las que surgen de las propias ideas de un ingenio cuando se trata de esclarecer algo relacionado con su vida ó con sus obras. En la paternidad del soneto citado, nada pueden dar ni aquéllos ni éstas que no convenga del todo á la defensa de Lope. Vamos á los primeros.

Nació Lope de Vega en Madrid en 1562 y Marino en Nápoles en 1569. Los primeros años del español no discurrieron tan apacibles que le permitieran saborear sosegadamente, hasta querer traducirlas, obras extrañas; y menos si se atiende á que desde 1582, época en que el otro contaba apenas 13 años, hasta el de 1590, en que Lope regresó á Madrid después de haber compartido el tiempo entre peripecias juveniles y estudios en la Universidad de Alcalá, no pudo llegar á su conocimiento nada del novel autor italiano, á quien era de suponer todavía entregado á los estudios preparatorios del foro, que había de dejar más tarde para dedicarse de lleno á la reforma del estilo poético, primero en Roma, después en la Corte de Saboya y por último en París.

Cuando Lope publicó la parte I de las *Rimas humanas*, en donde ya aparecía el Soneto, no era presumible que llevase todavía con Marino la correspondencia de que habla Ticknor en el tomo III de su obra; ó, por mejor decir, no era factible que lo conociese. La primera edición de las *Rimas* se remonta á una fecha algo anterior á 1598, puesto que en la serie de ediciones enumeradas en el resumen producido por don Cayetano Rossell en 1856, se cita como de aquel año una edición de la tercera parte de ellas que dice el mismo Rossell

haber visto. Otra edición se hizo en Lisboa en 1605 y otra en Madrid en 1609. Si en 1598 existía ya una edición de la parte III, la primera había de ser algo anterior. Don Nicolás Antonio recuerda una de la II parte correspondiente á 1602.

Ahora bien: Lope dedicó á Marino su comedia: «Virtud, Pobreza y Mujer,» que no figuró nunca en la serie de las sacadas á luz antes de 1618. En la dedicatoria habla el poeta español con gratitud del empeño del italiano por obtener su retrato.

«Debe, le dice, á mi amor y inclinación Vuesa Se-
« ñoría justamente tanto favor que haya tenido deseo de
« mi retrato, que puesto que la pluma lo es del alma des-
« pués de haberla leído en el entendimiento, tengo por
« honra grande hacer estimación de los exteriores instru-
« mentos . . Si ha llegado el lienzo, podrá Vuesa Señoría,
« con juicio fisionómico, reconocer fácilmente si corres-
« ponde á su bondad quien esas señales tiene.»

¿Será ese el lenguaje del traductor al autor traducido ó de éste al otro? Parece más bien lo último. Y es además de observar que, quien así escribe, por primera vez debía de hablar, directamente, con quien le pedía su imagen á fuer de entusiasta admirador de su ingenio. La correspondencia á que Ticknor se refiere hubo de ser, por tanto, posterior á la publicación del Soneto en las *Rimas*. La admiración que ambos se profesaron, si acaso dió motivo á la traducción, tuvo que mover no al español sino al italiano, por tratarse de una obra de que ya había varias ediciones, no sólo castellanas sino aun portuguesas, antes de la amistad cultivada por los dos

poetas al través de la distancia. Panegirista fue de Lope el caballero Marino. En dos composiciones de él que inserta Sancha en el tomo último de sn célebre edición, puede confirmarse este aserto.

Las pruebas materiales ceden así en favor de Lope. Las morales no resultan menos eficaces en su abono: Era el poeta español tan adorador de la propia lengua como poco amigo de abrevar su ingenio en autores que cultivaran las extrañas. En la *Filomena* dijo:

> Así ninguno lo que imita iguala,
> Y son en sus escritos infelices,
> Pues ninguno en el método extranjero
> Puso su ingenio en el lugar primero.

Cuando en otra parte dijo:

> Favorecido, en fin, de mis estrellas,
> Algunas lenguas supe, y á la mía
> Ricos aumentos adquirí por ellas,

no quiso referirse á traducciones ni a imitaciones, sino al discreto modo como había procurado enriquecer el caudal lexicológico del castellano con piedras de otras canteras, labradas por él mismo.

En carta á su hijo, al dedicarle una de sus obras dramáticas, *(El Verdadero Amante)* se expresaba así:

«Mas ¿para qué os persuado con autores cuando «aun estáis en los primeros rudimentos de la lengua lati-«na? Cosa que no podéis excusar; aunque si hubiese «quien os enseñase bien la castellana, me contentara más «de que la supiérades; porque he visto muchos que ig-«norando su lengua se precian soberbios de la latina, y «todo lo que está en la vulgar desprecian, sin acordarse «que los griegos no escribieron en latín ni los latinos en

« griego; y os confieso que me causa risa ver algunos
« hombres preciándose de poetas latinos y en escribiendo
« en su lengua parecen bárdaros, de donde conoceréis
« que no nacieron poetas, porque el verdadero, de quien
« se dice que ha de tener uno cada siglo, en su lengua es-
« cribe y en ella es excelente, como el Petrarca en Italia,
« el Ronsardo en Francia y Garcilaso en España. »

¿ Había de ocultar, quien así pensaba, la ocasión en que se le hubiera incidentalmente ocurrido engastar en el oro de la lengua nativa una joya extranjera ? Pasmaría ciertamente ver cómo al través de tántas y tántas ediciones de Lope, entre las cuales se cuenta la célebre de Sancha, constante de 21 volúmenes; y cómo en colecciones tan ilustradas ó eruditas cual la de Mendibil y Silvela, no figurase ni el más leve indicio de traducción respecto del soneto, ni huella alguna capaz de hacer suponer en Lope el menor propósito de poner su abundante ingenio al servicio del jefe del culteranismo italiano. Traductores de Marino hubo, como el poeta y pintor Pacheco, que son bien conocidos; pero no era Lope de los que pudieran andar á caza de pensamientos ajenos para aumentar su gloria. « El » (como dice el crítico Adolfo de Castro) « manifestaba sinceramente sus ideas. Por eso « mientras más bellos son los objetos que descri-
« be los pinta con mayores encantos y atractivos. La
« inocencia, los afectos de un amor puro, la belleza de
« una doncella, la gala de las flores, hijas de mayo, y las
« mansas corrientes de los ríos y de los arroyos, se hallan
« retratados en sus escritos, con la sencillez de la verdad,
« en floridos y suavísimos versos y con palabras y frases
« más suaves todavía. »

Los años corridos desde Sedano y Estala, colectores no muy cuidadosos, han esclarecido puntos de alta importancia para la bibliografía española. Todavía se discute la paternidad de algunas obras dramáticas del siglo de oro; pero á nadie pudiera ocurrir que el más fecundo de los ingenios castellanos hubiera dejado como propia entre sus obras una joya ajena, con debilidad tanto menos explicable cuanto equivaldría al fútil empeño del océano Atlántico en defender como suya una onda cualquiera de los ríos que caen dentro de sus aguas, aun cuando fuese de las que arrastra el Orinoco.



CARTA LITERARIA

El Palito: 31 de mayo de 1903.

Señor Director de La Semana.

Muy respetado señor mío:

En el corto vagar que me dejan mis arduas labores agrícolas y comerciales, vengo estudiando, y no por vía de pasatiempo, sino con justificada curiosidad, las razones expuestas por la discreta señora de Wilson y por el celebrado poeta señor Mata, en contra aquélla y en favor éste de la propiedad de Lope de Vega sobre uno de los sonetos más recitados y conocidos del Parnaso castellano. Confieso que cuando leí el primer escrito de la conversable dama, juzgué, como después el señor Mata, que se trataba de alguno de los ingenios patrios, oculto tras el velo ó la mantilla de improvisada mujer; pero al hallarme con la réplica inserta, á guisa de carta, en la edición del interesante periódico de usted correspondiente á la semana última, no dudé de que el arañazo allí asestado al rostro del poeta era de aguja, como era de mano femenil el golpe de bastidor lanzado á su cabeza.

La mujer, de suyo tierna, amable y moderada, no entra en acción sino para desplegar atributos sublimes, capaces de curar heridas, nunca de ocasionarlas; pero cuando en los azares de la lid siente el rebote de alguna idea ó piensa que en los dominios de su espíritu ha podido alguien penetrar con el intento (intento punible!) de neutralizar en ellos antiguas y arraigadas convicciones, pone á un lado todo recelo, da de mano á todo temor, y, ceñidas las armas, punza primero la epidermis, desgarra después la piel del contrario y al cabo lo anonada y lo tunde sin ápice de remordimiento. Dígalo Aspacia, á quien no impugnaban nunca, por no caer bajo la férula de sus respuestas, los literatos y los artistas atenienses que se juntaban al rededor de aquella mujer adorable. Dígalo la célebre Dacier, cuyas protestas en pró del épico griego presentaban filo de jifero y punta de florete ó de lanza. Dígalo la baronesa de Stäel que puso cual digan dueñas nada menos que al Cid de Arcola por ceder al prurito de vengar supuestas injurias. Y dígalo la Safo americana cuando incineraba, envuelta en ira, los versos suyos que no merecían el inmediato aplauso de los circunstantes.

En la presente contienda soy un intruso, pues, si aspiraciones literarias hube, fué en ya remotas mocedades; pero, como vengo de paz, no se tome á mala parte el deseo de echar mi cuarto á espadas en el asunto y abogar humildemente por el vate castellano, ya que no con la autoridad del erudito, con la fe incontrastable del devoto. Mis armas serán las de la verdad, que, lejos de ofender, enaltecen aun á los que obligan á esgrimirlas.

La contendora del señor Mata empieza su réplica con una desmentida que no guarda relación lógica con el aserto á que se refiere. El escrito del señor Mata no dijo que Marino se hubiera dedicado *primero* á la poesía en la antigua ciudad de los Césares. Con referencia á la puberta del poeta, que discurrió en Nápoles, expuso él la natural hipótesis de que, de 1582 á 1590, de los trece á los veinte años, anduviera el presunto bardo entregado, valuntariamente ó no, á los estudios preparatorios del foro, para los cuales tuvo siempre, como lo reconoce la señora de Wilson, el enérgico estímulo del Jefe del hogar. La Academia *Degli Oziosi* lo contó en su seno, y de que estuvo luego en Roma no dejan duda sus amistosos nexos con el Cardenal Aldobrandini y algunas de sus tradicionales aventuras de trovero y de amante.

Para dedicarse á escribir composiciones en verso con humos de culteranismo, no era menester perpetua radicación en la ciudad papal. Semanas y hasta días bastaban para darse á tal tarea, sobre todo en aquella naturaleza azogada, que así pasaba de la contienda amorosa á los trasportes del lirismo, como cambiaba los efectos apacibles por otros de mayores incentivos ó alicientes.

Los anhelos de culteranismo que á Marino dominaban no se desarrollaron bajo el solo influjo del ambiente nativo. Ocho años más que él contaba Góngora y mayor aún era el famoso Gedesma.

«En Italia, (dice Martínez de Velasco), hacia la «época en que Góngora escribía en su *Polifemo* :

«Oídos preste el mundo al verso culto,»

«el gran poeta napolitano Juan Bautista Marini, amigo y « discípulo del Tasso, protegido del Cardenal Pietro Al-

«dobrandini y luego de la Reina María de Médicis, «publicaba su famoso poema heroico «Adonis,» tan de- «testable por su forma esencialmente culterana.» (Estudio acerca de Góngora—1885). No calculó aquí con grande exactitud el crítico español, pues cuando se terminó la publicación del «Adonis» tenía Marino 54 años. Góngora murió en 1627, á los 66, después de haberse fatigado plumas y liras en su alabanza y en su vituperio.

Boscán y Garcilaso, que habían hecho á España tributaria de Italia en cuanto á cierta escuela lírica, pertenecían ya á un pasado relativamente distante. El primero había muerto antes de 1544 y el Cisne del Tajo en 1536. Con ellos quedó plantada la simiente nueva en el español terruño; simiente ya extraña y aun refractaria al riego de otros raudales y al calor de otros soles. Si la influencia no se convirtió por completo de italiana en española, fué, á lo menos, recíproca. Y cuenta que Marino no era de los que mostraban menor acuciosidad en seguir el rumbo de las cosas iberas, al decir de Cantú, voto mayor de toda excepción para juzgar de cuanto concierne al bardo napolitano. «El» (Marino) dice el historiador, «era adorado por haber sabido unir el tipo italiano con «el español.» Y al hablar de la funesta escuela culterana, que infestó á Italia, y de sus horribles defectos, dice que «todos los escritores, prosistas y poetas, no sabiendo «oponerse á la literatura *españolesca* á lo menos por la «ira contra los dominadores, se afanaron en seguir á «Marino en sus caprichosos delirios.» (Tomo V. Edición española 1856, páginas 779 y 780). Véase cómo entre los mismos autores italianos priva la idea de que para la época de Marino y de Lope el ascendiente de las

escuelas españolas, en especial el del gongorismo, se hacía sentir aun más allá de los horizontes de Iberia, Lope puso también su grano de mirra en el turíbulo que ardía ante las aras del nuevo templo, á pesar de su célebre soneto contra la jerga de los presuntos reformadores, y no obstante la tenaz diatriba con que había tratado de herirlo y de enturbiar su fama el implacable vate cordobés; pero mal podría haber ido á pagar tributo de vasallo como traductor á quien, por mucho que lo admirase, no debía de ver sino cual corifeo de la secta que lo había impulsado á él mismo á pecar en ocasiones contra la pureza de las ideas y la perspicuidad de la frase. El soneto de Lucinda no es por cierto en su delicada y tierna estructura de los que pudieran haber surgido del mefítico ambiente en que se inspiró *L' Adone.*

Una de las cosas que más me han sorprendido en la réplica de la señora de Wilson, es ver empeñada á la justadora en hallar elementos de acción en un Diccionario Etimológico para vencer en el campo de la erudición bibliográfica. Quien busca esclarecer puntos de esa laya no necesita luz en obras enciclopédicas, muy propias para salir del paso en una cita baladí, para evacuar consultas de poco momento ó para reforzar ideas ú opiniones circunstanciales. El investigador de fuste no establece la firmeza de su aserto en casos como el de las *Rimas* de Lope, sino después de cotejar fechas, confrontar ediciones, y seguir por sí propio el hilo de ciertos sucesos, valido siempre de la Cronología, que es, como decía Scaligero (José Justo), uno de los ojos de la Historia.

Mayor abono á lo antedicho viene á dar la circunstancia de ser el Diccionario de Barcia de los menos exen-

tos de yerros é inexactitudes. El autor fué hombre, si leído y de alto ingenio, de existencia combatidísima y de carácter poco adecuado para la labor paciente que piden ciertas obras. El estilo declamatorio que campea en algunos de los artículos del diccionario, basta á demostrar que no es espíritu analítico el que allí indaga, sino cerebro en ebullición el que comenta. Á veces habla más el tribuno que el etimólogo. El palenque de la política, donde al cabo halló él desencantos en vez de triunfos, lo atraía demasiado y no le consentía llevar la vida sedentaria del erudito ni conducir su vasto talento por los senderos de la crítica histórica.

Comienza el señor Barcia el artículo sobre Lope por decir que el poeta falleció el 26 de agosto de 1635, y al fin del relato fija el fallecimiento en el 27. Si hemos de atenernos á Montalbán, que en su *Fama Póstuma* describe los últimos días de aquel ingenio con encantadora minuciosidad, hubo de morir el 21. Barcia pudo decir á lo menos que no había fijeza en el dato. Él se contentó con estampar los dos, sin ninguna de las deducciones á que obliga la sinceridad literaria. Habla allí mismo con acre censura de la exhumación de cierta correspondencia muy privada de Lope, pero sin advertir, acaso por no haber aclarado el punto, que el objeto de los exhumadores no fué á los principios arrojar á la calle la honra del poeta, sino aprovechar el tesoro epistolar en la ilustración de ciertos pasajes de sus propias obras y en el estudio de las escuelas dramáticas de la época. Todavía, según entiendo, permanece inédito el trabajo que con tal motivo coordinó el erudito don Cayetano Alberto de la Barrera y que premió en concurso especial la Bi-

blioteca de Madrid. Si alguien tomó más tarde y sacó á luz parte de la correspondencia de Lope, que los mismos investigadores habían descartado, en nada se desvirtúa el propósito primitivo. Una cosa es valerse de las ideas íntimas del escritor para seguir el derrotero de su propio ingenio, y otra lanzar al público las flaquezas de su vida, sin respeto á su memoria. Lo primero es hasta natural: lo segundo indigno; mas la censura de este procedimiento no puede alcanzar al otro.

Al referirse á las diversas ediciones de Lope, habla con elogio de la que incorporó á su colección el célebre Rivadeneyra, constante de cinco volúmenes; y á reglón seguido cita, como si fuera otra, la de las obras no dramáticas del *Fênix de los Ingenios*, sacada á luz en 1856. Á poco de examinarla hubiera podido ver que ésta y el volumen 5º de aquélla no difieren en nada, puesto que constituyen un mismo sér. Imposible parece remitir un punto de importancia bibliográfica á quien tan de ligero procede en sus investigaciones.

Con el docto Jesuíta Mariana le aconteció lo mismo que con Lope. En el artículo que le dedica habla de la muerte del historiador como acaecida en 1624 y luego la da por ocurrida en 1623.

Al biografiar á Espronceda atribuye al gran poeta el siguiente concepto:

> *No hay verdad, no hay virtud, todo es mentira ;*
> Sólo en la paz de los sepulcros creo.

El primer verso es una verdadera suplantación. Lo que dijo el insigne extremeño fué esto:

> Y encontré mi ilusión desvanecida
> Y eterno é insaciable mi deseo ;

Palpé la realidad y odié la vida ;
Sólo en la paz de los sepulcros creo.
(A. Jarifa).

Si se tratara de un estudio de otro linaje, yo invitaría á la señora de Wilson á examinar más detenidamente el diccionario, y aun me avendría á que ella misma indicara los artículos examinables, en la seguridad de no tener que esforzarme mucho para señalar errores. Basten los apuntados como indicio, y aun más que indicio demostración, de que no es en obras de esa especie donde se halla el mejor esclarecimiento de cuestiones bibliográficas, como no son los remedios caseros ni los médicos empíricos, vulgo *curiosos*, los que comunican á ciertas dolencias orgánicas de carácter agudo, alivio positivo ó cura permanente.

De *Rimas sueltas* habló Barcia al referirse al año de 1602; mas no á ésas sino á las llamadas *humanas* ha de concretarse quien solicite definir la paternidad del ahora disputado soneto. Lope escribió *Rimas humanas* y *Rimas sacras*, sin hacer cuenta de las que publicó mucho tiempo después con el supuesto nombre del Licenciado Tomé de Burguillos. En la primera parte de aquéllas corrió el llanto de Lucinda á la par de otras manifestaciones del alma de Lope tan semejantes á la queja de la dulce aprisionadora, que vano fuera negar la identidad de su origen, comprobada todavía más por la similitud de la forma. Penetrar en el espíritu del poeta, buscar allí el foco de las ideas, inquirir cómo nacen ellas, se animan, cobran cuerpo y se ofrecen de un golpe vestidas de luz, es acción que cuadra muy bien al investigador perseverante cuando quie-

re reforzar con argumentos de orden moral aquello á cuya probanza se ha aplicado antes el criterio inmutable de los hechos. En la primera parte de las *Rimas humanas* es Lucinda visión hermosa, que trueca, al pisarlas, en arenas de oro, las riberas del juncoso Manzanares; belleza que, si toca el Betis, despierta celos en las aguas; iris á cuya presencia se disipan las tormentas del Guadarrama; cielo con estrellas que roban el albedrío; ninfa de cabellos sutiles en donde se enredan las almas; diosa á quien se paga en flores el censo debido á su poder. En los distintos sonetos que allí el poeta le dedica, entra el del pajarillo, no como planta de ajeno terruño, sino como rosa silvestre, según es de espontánea su esencia y de natural su donosura. ¿Cómo había de intercalar Lope exóticos sentimientos en donde todo era suyo, en donde no cabía nada extraño, en donde las ideas esenciales, las imágenes poéticas, la cadencia rítmica, el orden de las composiciones, obedecían á un solo movimiento del alma, como si se tratara del mismo rapto de inspiración, del mismo transporte de entusiasmo?

Hacer de Lucinda su musa, pintarla de tan vario modo, describirla tan animadamente, para retratar después, por obra de no se sabe qué capricho, sus quejas y sus lágrimas con ideas ó locuciones de otro poeta, sería como armarse caballero para valer á una dama é ir luego á buscar la celada en donde halló la improvisada bacía barberil el asendereado Manchego.

Lope tradujo varias veces: nunca sin advertirlo; y para ello prefería siempre el latín. Así lo hizo con el salmo *Super flumina*; con algunas, muy contadas, odas

del gran lírico latino, (no la *Audivere Lyce* que parafraseó); con pensamientos de Ovidio y hasta con epigramas de Mariner. Inspiró algunos de sus sonetos en pensamientos de Marco–Antonio Flaminio, de Plauto, de Sócrates y de San Juan Crisóstomo, pero sin ocultarlo ni dejar de revelar en lo rebuscado de la forma, que trocaba entonces las alas por andaderas, aun cuando siempre con la destreza del avezado á impulsarlas.

Para demostrar á la señora de Wilson la candidez de su apreciación, pudiera presentárseles cualquiera otro de los sonetos comprendidos en la parte primera de las *Rimas humanas* y ponerle al lado el del pajarillo de Lucinda. Vamos á la prueba, y diga la amable escritora si el amanerado poeta del soneto sobre la tumba de Sannazaro, el poeta de quien con referencia al «Adonis» dijo el Abate Don Juan Andrés que nadie pudiera leerlo seguidamente sin tener pervertidos el gusto y el corazón, acertaría jamás á concebir por sí y á expresar tan sinceramente los sentimientos que en estas dos composiciones se admiran. Lea y compare la contentadora del señor Mata.

Cual engañado niño que, contento,
pintado pajarillo tiene atado,
y le deja en la cuerda, confiado,
tender las alas por el manso viento;

y cuando más en esta gloria atento,
quebrándose el cordel, quedó burlado,
siguiéndole, en sus lágrimas bañado,
con los ojos y el triste pensamiento,

contigo he sido, amor; que mi memoria
deje llevar de pensamientos vanos
colgados de la fuerza de un cabello;

llevóse el viento el pájaro y mi gloria
y dejóme el cordel entre las manos
que habrá por fuerza de servirme al cuello.

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
fuésele de la jaula el pajarillo
al libre viento, en que vivir solía.

Con un suspiro á la ocasión tardía
tendió la mano, y no pudiendo asillo,
dijo (y de las mejillas amarillo
volvió el clavel que entre su nieve ardía).

"¿Adónde vas, por despreciar el nido,
"al peligro de ligas y de balas,
"y el dueño huyes que tu pico adora?"

Oyóla el pajarillo enternecido,
y á la antigua prisión volvió las alas;
que tanto puede una mujer que llora.

(Rimas Humanas.—Parte I.—Colección de Sancha.—Vol. IV).

Compárese el orden de las ideas; estúdiese la paridad de la forma; adviértase la similitud de los conceptos; nótese hasta la identidad de algunas locuciones y dígase si ambos sonetos son ó no del mismo autor y si corresponden ó no corresponden á la primera época de su vida.

Que la parte primera de las *Rimas humanas* pertenece á una colección anterior á 1598, lo probaría el solo hecho de figurar en la parte segunda de ellas el romance que Lope escribió á la muerte del Rey Felipe (el del Escorial). Allí dice el poeta:

Hoy nuestro padre nos deja,
nuestro santo protector,

nuestro divino planeta;
que como el sol por los signos,
por nuestras claras esferas
iba dando luz Filipo
á dos mundos, que hoy desprecia.

(*Rimas humanas*. Parte II. Sancha IV).

La muerte de Felipe II acaeció el 13 de setiembre de 1598; y si para esa época no hubiera estado impresa la parte primera de las *Rimas humanas*, en ella habría figurado, no en la siguiente. En esta (en la segunda parte) pueden verse muchos epitafios, y entre ellos el que Lope dedicó al *divino* Herrera. Helo aquí:

Respeta, oh tú, peregrino
este suelo humilde y llano,
que aunque cubre un hombre humano
tuvo espíritu divino.
Ligera tierra le oprima;
séale la patria aceta;
llore el siglo su poeta
y nuestra lengua su lima.

(Sancha.—Ibid).

¿Pudo haberse escrito ese epitafio ya entrado el siglo XVII? ¿Cómo había el poeta de referirse en esa forma al siglo á que perteneció Herrera, si no hablara en la centuria misma del Cantor de Lepanto? Averiguado desde 1845 el año de la muerte del insigne vate sevillano, (1597) no queda el menor resquicio á la duda en cuanto á la época del epitafio. (Véase á Ticknor. Vol. 3º pag. 190, nota 12).

Don Cayetano Rosell, al sentar en la columna tercera de la página 526 de su colección de Lope la afirmación que en el escrito del señor Mata se recuerda, no cometió ninguna herejía. Ese docto varón, tan conocido

y apreciado por todo el que se haya propuesto seguir con algún tino el curso de las disquisiciones bibliográficas en el siglo último, no entró á tontas y á locas en el arsenal poético de Lope de Vega. Tan esmerado en la búsqueda como celoso en la interpretación, comparó y anotó las diversas ediciones puestas á su alcance, no sin desentrañar de paso composiciones poco leídas hasta entonces y que reposaban en códices de propiedad particular. La frase algún tanto hiriente que, por contradecir á Mata, le endilga la señora de Wilson, bien merecería cualquier piadosa rectificación. No es de almas generosas persistir en lo inmotivado. Vale más confesar el error que mantenerlo vestido con el traje de la ofensa. Bien triste es la vida para amargarla más aún con el ajenjo de nuestras propias pasiones. De mí sé decir que, como ya voy siendo viejo, medito mucho toda frase para no tener que arrepentirme de su sentido, y hasta quisiera, como el mismo Lope, «rogar á las canas que me en- «señen donde vive la prudencia, pues parecen ser sus «aposentadoras, aunque la ira siempre hace que se yerre «el camino de hallarla y el bien y descanso de poseerla» (Carta al Duque de Sessa).

Al volver por los fueros de la verdad en el asunto del soneto, cabe muy bien el concepto de la defensa en cuanto á Lope, pues no á otra cosa pudiera equivaler la acción destinada á borrar de la frente del vate la fea mancha de usurpador. Tanto valdría disculpar en un ingenio el acto de dejar correr como suyo, al través de los tiempos, lo trasladado de otro autor y de otro idioma, como absolver á un hurtador de telas si ha cosido por sí

propio los indumentos que constituían el cuerpo del delito. Lope tradujo, pero sus traducciones nunca se embazaron. La colección de Sancha cuénta en condición de táles nada menos que cuarenta y siete, y entre ellas algunas que, como la oda de Horacio *Audivere Lyce*, no es traducción sino paráfrasis de grande amplitud. No la incorporó Lope en el número de sus canciones. Entró así en la colección de Quintana por simple efecto de nomenclatura. El autor la intercaló por primea vez en el libro II de *La Arcadia*, (1602) puesta en boca del pastor Gaseno. Para cerciorarse por esa joya poética de lo que media entre la versión y la imitación de una obra, bastaría comparar el original latino con las liras del vate castellano. De veintiocho versos consta aquélla: de sesenta y cinco la de Lope. Los conceptos y las imágenes de una y otra difieren á veces de tal suerte, que casi pudieran algunas partes de la paráfrasis resultar hasta extrañas al natural desenfado que caracteriza al lírico latino.

Al tratar Menéndez Pelayo de los imitadores de Horacio, dice con respecto á Lope que la imitación para él no pasaba del género, pues en lo demás procedía el poeta castellano con independencia absoluta. «Tienen « todas esas composiciones (agrega) un carácter personal « é íntimo, encierran datos preciosos para la vida del « autor y la historia literaria de su siglo, aluden siempre « á sucesos contemporáneos y son por tal concepto muy « importantes. » (Horacio en España. Pag. 273).

El juicio del eminente crítico cuadra perfectamente á todas las imitaciones atribuidas á Lope. Así *La Circe*, que dedicó como obra suya, y con razón, al Conde Duque

de Olivares; y así *La Arcadia*, que ofrendó, también como cosa propia, al Duque de Osuna. La imitación deja de serlo cuando el espíritu del autor al unificar los elementos dispersos que flotan en la vasta región de las ideas, les transfunde su propia fuerza, les comunica mayor luz y los lanza á nueva vida. Así imitó Garcilaso al Cisne de Mantua y Fray Luis de León al Lírico de Venusia.

Muy al tanto estaba Quintana de la influencia ejercida por otras literaturas en la española. Ni una sola vez dejó de puntualizar los casos que ofrecían relación de origen ó semejanza de forma con poetas extranjeros. Hasta en el soneto de Góngora

«La dulce boca que á gustar convida,»

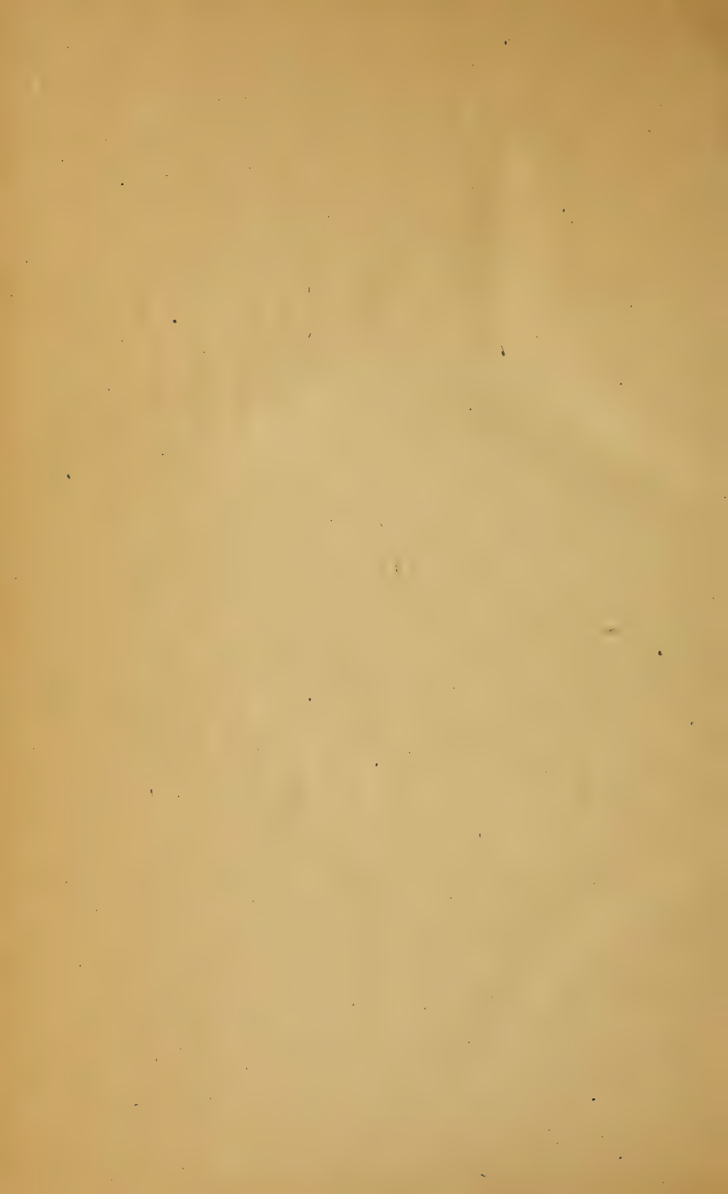
supo hallar y poner de manifiesto huelllas de la inspiración de Torcuato Tasso. ¿ Por qué había de callar ó de desconocer el colector y poeta la legítima existencia italiana del soneto de Lucinda ? ¿ Ó serán de Marino, ó de otros, los demás sonetos que á la misma deidad, musa, hermosura ó sirena, dedica Lope en la parte primera de las *Rimas humanas* ?

Desgraciado anduvo el *Fénix de los Ingenios* en ciertos casos de su vida literaria, sin que su grande inspiración ni su extraordinaria fama pudiesen serle defensa ó escudo. Todavía en 1792 afirmaba Estala en el tomo XI de la colección publicada por él con el supuesto nombre de Ramón Fernández, que las *Rimas* del Licenciado Tomé de Burguillos, entre las cuales se contaba nada menos que la célebre *Gatomaquia*, eran de un ingenio de ese nombre. La disertación que prometió para comprobarlo no apareció nunca. La sana crítica reivindicó la

propiedad de Lope; mas no habían sus cenizas de reposar tranquilas, y he aquí que surgen, á la vuelta de nuevo siglo, dudas insólitas acerca de la paternidad de otra obra suya, si no de trascendencia literaria por la idea y por la forma, de originalidad relativa por la pureza y ternura del pensamiento. Á tal peligro estará expuesta siempre toda composición literaria si llega á ser traducida por un autor de cuenta. De ahí que toque á la conciencia de los pósteros no juzgar de las cosas de esa índole mediante impresiones de momento, y sea preferible, antes de confirmar un concepto que pudiera aparecer aventurado, trasladarse en espíritu á la respectiva época y pedirle con ánimo sincero la luz que pueda suministrar por sí misma para la recta determinación de los hechos. Los juicios por inducción en achaques de literatura y de arte, son muy ocasionados á inconvenientes para el buen resultado de la crítica histórica.

Si el señor Director de *La Semana* halla dignos de alguna consideración los conceptos que humildemente expongo en esta ya larga carta, y les dispensa el honor de la publicación, sabrá estimarlo y agradecerlo su muy obsecuente apreciador y compatriota.

INDICE





INDICE

PROSA

POESIAS

Páginas

Páginas

—FIN—

















